VOCES DE ALIENTO

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS LITERARIOS

DE

Rafael Palma

CON PRÓLOGO DE

Joaquín Pellicena Camacho.

Reimpreso de "Cultura Filipina" correspondiente al mes de Mayo.

MANILA
Imprenta "CULTURA FILIPINA"
Cabildo 191, Intramuros
1914

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo	I
El canto de la pasión	1
Un viaje á Polo	4
La feria de Quiapo	8
José Villanueva Fernandez	9
En el campamento	12
El espía	13
Lo que hemos dejado	15
Los heridos que llegan	17
Un hogar de patriotas	20
Lejos del pueblo	22
Las víctimas sagradas	24
Se fueron	25
La sombra de Elías	26
¿Patriota ó traidor?	32
Fé	36
Buscando el remedio	41
De flor en flor	45
La hada del combate	49
La primera emoción	51
Una mujer hermosa	56
El hijo que vuelve	62
Aquella diosa	65
El primer amor	70

Un corazón que no ama 73
Un ramito de flores 77
Declaración 80
Los tianaks 83
La conciencia social 87
La polémica 90
La flor de sampaguita 93
En la víspera de la boda 100
Recuerdos de Antipolo 106
Los patriotas 113
Alma nueva 116
La guerra en el campo 118
La libertad 120
La muerte del P. Florentino 122
La luneta 126
El alma de España 127
Luz de cielo 129
¡Todos periodistas! 132
La hegemonía española 134
Novedades manilenses 137
¡Paso! 140
¡Hacia el porvenir! 142
La dama de la caridad 145
3 Agosto 1898 146
29 Septiembre 1898 148
En las fiestas de Kabkad 151
Después de las fiestas 156
Un dia de viaje 161
Una visita al Liceo de Manila 168
Diez y ocho abriles 172
Hispania 178
Los que se van 179
¡Al destierro! 183
Sobre «Florante» y su autor 186

VOCES DE ALIENTO

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS LITERARIOS

DE

RAFAEL PALMA

Entre los recuerdos de mi adolescencia, que viven tenaces en la memoria, para bañar de luz mis días de nostalgia, surgen, evocadores y rientes, los bulliciosos corrillos que, al entrar ó salir del colegio, formaban los alumnos del Ateneo Municipal de Manila en la típica plazoleta de Sampalucan, á la sombra de copudo tamarindo. Una mañana luminosa de Octubre, en que por las calles intramuros de la ciudad bullía alborozada la multitud, celebrándose la solemne fiesta del Rosario, en esos corrillos, entre los que se veía discurrir á futuros padres de la patria como Rafael Corpus, Luciano de la Rosa, Gil Montilla ó Ambrosio Santos, comentábanse animadamente los méritos de los autores premiados en el certamen literario que á su excelso Patrono San Francisco de Borja acababan de dedicar los académicos de la Congregación de Externos del Ateneo. Allí oí por primera vez el nombre de Rafael Palma.

El Jurado calificador había premiado con un ejemplar de la obra *Los grandes arcanos del Universo* del P. Pesch el mejor discurso acerca de nuestra literatura en el siglo de oro. Palma era el autor (1).

(1) He aquí como á los pocos días se daba cuenta del triunfo de Rafael Palma en un artículo crítico que firmaba Gonzalo Venáncez (Jaime C. de Veyra) en *El Diario de Manila:*

«La composición que mereció la preferencia del Jurado fué la que

II

En aquellos certámenes y *coronas poéticas* de la Academia de San Francisco de Borja, que era entonces el primer centro científico y literario de la juventud escolar filipina, se dieron á conocer muchos ingenios que luego han sobresalido en las letras, las ciencias y la política. Mis personales evocaciones me recuerdan que fueron premiados, en el mismo certamen que el erudito trabajo de Rafael Palma, el notable estudio crítico acerca de las glorias políticas y religiosas de España en el siglo de Borja, de que era autor el Secretario de la Academia, José C. Abreu, hoy gala y ornato de la judicatura; el discreto discurso sobre el esplendor de la familia del duque de Gandía, debido á la correcta pluma de Manuel Guerrero, el atildado prosista, á quien la Medicina ha arrebatado definitivamente á la Literatura; el diálogo *El encuentro de dos santos*, de Clemente J. Zulueta, en robustas décimas, de sabor calderoniano; y la famosa oda elegíaca *Borja ante el cadáver de la Emperatriz Isabel*, de Fernando M. Guerrero. Allí declamaban sus inspiradas composiciones, prometedoras de más sazonados frutos, Tomás Tirona y Honorio Valenzuela, arrebatados á las Musas por la Muerte, como Zulueta, en edad temprana. Se representaban los cuadros dramáticos y diálogos de Norberto Romuáldez, á quien el trato de Temis no ha indispuesto con Talía. Disertaba Vicente Singson sobre *La soberanía del Papa*, en un discurso histórico filosófico. José Quintos hacía gala de sus conocimientos científicos y literarios. Se leía el magistral estudio crítico de Epifanio de los Santos Cristóbal, acerca del novelista P. Luis Coloma, el

---

llevaba el lema *Grecia y Roma*. Roto el sobre que guardaba el nombre del autor, supimos que éste era D. Rafael Palma, joven muy apreciado por cuantos aficionados á las letras conocen su bien tajada pluma.

«Palma es ya un escritor que empieza. Ha publicado ya trabajos muy estimables en varios periódicos de esta localidad, pero siempre bajo el velo del seudónimo.

«Atildado en sus frases, revolucionario en la forma y luminoso en el fondo, imita á la Pardo Bazán, si no en el lujo de las expresiones, en el uso de giros atrevidos y en la elevación del lenguaje. Como posee una riquísima fantasía viste de hermosas galas sus escritos, que gustan, deleitan y sorprenden por la novedad siempre creciente en el desarrollo del plan».

«Ha dado á la publicidad varios cuentos muy bonitos y unas leyendas muy bellas. Genio oriental y fantástico, bebe en el ambiente en que vive la inspiración demasiado soñadora, enamorándose igualmente de los símbolos y alegorías».

discutido autor de las discutidas *Pequeñeces*. Jaime C. de Veyra, aunque no era académico, asistía con frecuencia á las sesiones. José Abello declamaba las áureas estrofas de *La Purificación de María*, fragmento épico del llorado Pepe Palma, que aún no había escrito *El kundiman* ni *La hamaca*:

Sobre las cimas que la luz bordea
Con bellos rizos de flotante llama,
El sol arroja su cendal de chispas
Deshecho en flecos que semejan ascuas;
Y al recorrer el piélago incendiado,
Muestra en su rostro plácida amalgama
De sonrisas que bullen resplandores,
De reflejos que en haces se dilatan.

Cecilio Apóstol, en cuyo cerebro todavía no se incubaban *La siesta* y *Los mártires anónimos de la patria*, describía al pirata Limahong, como *El terror de los mares índicos*, en aquellas rotundas sextinas que comienzan:

De pié en el puente, en ademán de acecho,
con los brazos cruzados sobre el pecho,
y allá lejos la vista penetrante,
como buscando un algo tras la bruma,
su nave envuelta en sábanas de espuma,
álzase un hombre cual visión del Dante.

Y Fernando M. Guerrero, que aún no sentía balbucir en sus labios *Mi patria* y *Mi bandera*, *Los espejos muertos* y *El dolor de las cuartillas vírgenes*, con una sinceridad artística intachable, como si realmente tuviera ante de sí los yertos despojos de la Emperatriz, exclamaba:

¡Isabel! ¡Isabel! ¿y eres la esposa
del César más potente de la tierra?
¿cómo aquella diadema luminosa,
que la mano de Dios puso en tu frente
dentro una caja mísera se encierra?
¿Cómo cayó aquel cetro refulgente,
símbolo de tus glorias y tu imperio,
para trocarse en ese polvo inerte
con que tapiza la implacable muerte
las tumbas de un oscuro cementerio?

Esta composición de Guerrero se publicó en la *Revista Católica de Filipinas* (2), fundada por D. Baldomero de Hazañas, en la que entonces colaboraba Rafael Palma, firmando sus cuentos y narraciones, y hasta algunas poesías con el seudónimo *Roberto Pí y Villa* ó con las iniciales de su nombre. A aquella época pertenecen las narraciones *La flor de sampaguita*, *En la víspera de la boda* y *Recuerdos de Antipolo*, que figuran en esta colección, y sirven para fijar la posición intelectual de Rafael Palma en su adolescencia (3).

---

(2) Á este propósito dice Epifanio de los Santos Cristóbal en el *Prólogo* á *Efemérides Filipinas* de Jaime C. de Veyra y Mariano Ponce: «Aconteció que un poeta y crítico que se creía togado, Gómez Pardo, ocurriósele mortificar á Guerrero, con ocasión de la publicación, creo que en la *Revista Católica*, de la poesía de Guerrero *Borja ante el cadáver de la Emperatriz Doña Isabel*, y Veyra, azuzado por Guerrero y Zulueta, con el seudónimo de *Venáncez*, sacó el pecho por Guerrero y como un parto acribilló con sus flechas á Gómez Pardo desde las columnas del *Diario de Manila*». Gómez Pardo escribía en *La Oceanía Española* y tituló su primer artículo, impugnando á Veyra, *Contra la corriente*. Tanta importancia tuvo entonces esa polémica que fué la comidilla de literatos y periodistas por espacio de varios días. El malogrado Francisco de la Escalera, recientemente fallecido en Buenos Aires, puesto el pensamiento en Filipinas, publicaba por entonces á diario en *El Comercio*, con el seudónimo *Peldaño*, una sección de *Chispas Filipinas* en que recogía y comentaba en verso los asuntos de actualidad. Aludiendo á esta polémica escribió:

Entre tanta polémica sin tino,
como se entabla en nuestra escasa prensa
por críticos de esos que critican
sin razonar ni nada lo que expresan
agrada presenciar cómo discuten
dos que razonan en campal polémica,
arguyendo el porqué de lo que alaban
y diciendo el porqué de lo que pegan.
Por eso cuando, *contra la corriente*,
hay un crítico bueno que navega
y se bate con otro que, acertado,
se lanza airado á personal defensa,
da regocijo contemplar los buenos,
y recordar los malos ¡da vergüenza!

(3) Epifanio de los Santos Cristóbal, insuperable evocador de aquella época y cantor de aquel ambiente, dice que «Rafael Palma se las daba entonces por Lammenais y leía *Palabras de un creyente*, no porque concordase con Lammenais en instinto y temperamento, sino por un hechizo que tiene este escritor que por igual atrae la curiosidad de los incrédulos y de los creyentes. Era un amor pasajero, después de todo en Palma.....»

M. M. Norton escribe en *La obra nacional filipina y sus hombres:* «El señor Palma es hijo de Manila. Nació en esta ciudad el año 1874. Su padre se llamaba Hermógenes Palma y su madre fué la señora Hilaria Velázquez, perteneciente á familia de distinción en Tondo. Su

Rafael Palma nació en Manila, cuna de tan preclaros ingenios, y como casi todos los jóvenes de su época y su posición cursó el bachillerato en artes en el Ateneo Municipal de Manila y la Licenciatura en Derecho en la Universidad de Santo Tomás. Ya desde sus más tiernos años se distinguió por su afición al estudio y su aptitud para las empresas literarias. Entre aquel famoso grupo de aprendices de literatos y de poetas en flor que solía reunirse en un entresuelo de la ciudad murada, Rafael Palma abordaba con preferencia temas de historia y sociología y descollaba por su prematura seriedad y su nativa propensión á poner el paño al púlpito y definir controversias. No quiere ésto decir que Rafael Palma estuviera exento en absoluto de la jurisdicción de la mocedad ni dejara de cuando en cuando de acometer travesuras propias de sus años ó echar una cana al aire, dentro siempre de su discreta corrección y su natural comedimiento. En *La primera ilusión*, *Una mujer hermosa*, *El primer amor* hay rasgos indudables de auto inspección psicológica.

Rafael Palma ya había leido entonces los principales autores españoles y algunos novelistas franceses, en las traducciones castellanas de Maucci. Karr y Daudet le encantaban. Mientras su hermano Pepe, Fernando Guerrero y Cecilio

---

padre fué tenedor de libros, modesto cargo del que pasó á oficial quinto de Hacienda. Siempre residió en Manila, en el arrabal de Tondo. De su matrimonio nacieron cuatro hijos, tres niños y una niña, todos en ese populoso, democrático y trabajador distrito, verdaderamente obrero, con su multitud que corre presurosa, no á buscar esparcimiento, sino á ganarse la vida, hombres y mujeres graves que en las esforzadas luchas de la industria logran su sustento y el de sus hijos. Allí creció Palma; allí aprendió el ánimo sereno del inteligente niño á simpatizar con los humildes. Recibió la instrucción primaria en una escuela pública, entre el pueblo cuyo caudillo había de ser luego desde un cargo tan importante. Desde esa escuela pasó al Ateneo de Manila para cursar la segunda enseñanza y á los siete años de estudios logró, en 1891, el título de Bachiller en Artes. Después de esta sólida formación literaria, pasó á la Universidad de Santo Tomás, á estudiar Derecho, en cuya carrera invirtió siete años, sin concluirla por entonces, á causa de la guerra. En aquella época, desalentado en sus estudios, creyendo que no podría licenciarse, cogió la pluma de periodista. Mas, antes de ésto, durante el régimen español, el señor Palma fué nombrado empleado en la administración de Hacienda, cargo poco poético pero lucrativo, el cual le inició en los secretos del gobierno, á veces hondos, así como en el estudio de las cuestiones económicas que luego había de abordar, aunque aquel trabajo, como suele acontecer, resultaba para él más instructivo que agradable pues sus aficiones eran de hombre de letras.»

Apóstol eran poetas, orfebres del verso, que rimaban sus aspiraciones. Rafael Palma se dedicaba con cariño á la prosa, y escribía cuentos, leyendas y narraciones con prolija delectación. Gustaba el peculiar encanto de la prosa de los grandes poetas: Bécquer, Núñez de Arce, Zorrilla, Campoamor. Por eso la prosa de Rafael Palma no es erudita y académica, sino espontánea y jugosa, aunque algunas veces evoque en su estilo á Valera y otras á Donoso Cortés, cuya influencia, por ejemplo, es notoria en *El Canto de la Pasión.*

Hacía notar con mucho acierto D. Isidoro Fernández Flores, el inolvidable *Fernanflor*, en su hermoso Discurso de recepción en la Academia Española, que la costumbre de escribir versos da soltura y flexibilidad á la prosa. Rafael Palma, en sus días de *retórico* y *filósofo*, cuando estudiaba el bachillerato, compuso versos. Dicen los que los recuerdan que no eran tan malos como creía su autor. Aquel ejercicio poético dió número y medida á su prosa, que no era musical, prestándola cadencia, armonía y ritmo, de tal modo que hay impresiones suyas, como *La Feria de Quiapo*, en que abundan los endecasílabos y fácilmente pudieran escribirse en verso.

Pero, apesar de sus lecturas, pronto sacudía Rafael Palma la influencia de sus modelos para entregarse de lleno á su propia inspiración. Sentimental unas veces, sentido otras, sincero siempre, dice por su cuenta lo que piensa, sin cuidarse de cómo lo han expresado los demás. Es curioso observar que, no obstante su abigarrada erudición, apenas hay en sus trabajos una cita literaria. Si en *La sombra de Elías* y *La muerte del P. Florentino* se glosan palabras de Rizal es porque estas narraciones son á modo de rapsodias del *Noli me tangere* y *El Filibusterismo.*

La dirección espiritual de Palma era entonces católica y española, impregnada de misticismo é idealidad. Vino poco después la revolución á cambiar su posición intelectual, pero tan hondas raíces había echado en su corazón y su cerebro el ideario español que, años más tarde, en *El canto de la Pasión, El alma de España, La hegemonía española en el alma filipina, Un dia de viaje, Hispania,* se le ve claramente pugnando por salir á flor de labio y correr á los puntos de la pluma,

para desbordarse en las albas cuartillas, aún contra la voluntad del autor, que ya siente pesar sobre su espíritu los prejuicios del nuevo orden de cosas instaurado por el régimen exótico. Rafael Palma se cree, y lo es hombre de amplio espíritu, y por eso teme ir demasiado lejos en esas concesiones á la fisonomía mental de su adolescencia, que acaso reputa brotes reaccionarios de su alma. Pero, al mismo tiempo, su nativa serenidad y su innato sentido de la justicia le obligan á reconocer el hecho donde lo encuentra. Piensa entonces que «la vida viene del pasado para enriquecer el presente y señalar los caminos del porvenir» y que «las tradiciones y costumbres marcan con claridad las diversas épocas por que un pueblo pasa en el desarrollo de su personalidad en la historia». Ve que «aún vive la vieja alma de España aquí», que «la substancia de una raza se ha transfundido en la substancia de la otra» que «la sombra de España peregrinará por nuestra tierra años y años», y abomina de todo trabajo de desunión y odio, sintiendo hasta «rubor y vergüenza» cuando injuriaban «á esa vieja nación los hijos de esta tierra, histórica por su hospitalidad, nobleza y honradez».

Sobrevino la Revolución, cuando, exteriormente, todo parecía indicar que se iniciaba una era de progreso material y político, de cultura y prosperidad. Se había celebrado la Exposición Regional de Filipinas, comenzaba el ferrocarril á cruzar los campos de Luzón y los cogonales de Mindanao, se tendía el cable de Bisayas, salía de las aulas de Letrán y el Ateneo una juventud inteligente y entusiasta, se acometían en Manila grandes reformas urbanas, se instauraba el nuevo régimen municipal (4), el ge

(4) De los recelos y vacilaciones con que se implantó la reforma de Maura da idea este episodio, hasta ahora inédito:

En 31 de Diciembre de 1894, D. Pedro Alejandro Paterno, natural de Quiapo, abogado, solicita autorización del Gobierno General para publicar «El Régimen Municipal en Tagalog. Reglamentos provisionales de los Tribunales Municipales y de las Juntas Provinciales.»

Por la Secretaría del Gobierno General se pasó la obra al M. R. P. Provincial de Agustinos Fr. Juan Zallo para que informara acerca de la exactitud de la traducción. El P. Provincial encomendó esa misión al Predicador General M. R. P. Miguel Coco el 12 del mismo mes y año y el censor rindió el día 17 el siguiente informe:

«Por atento oficio de Va. Ra., fecha 12 de los corrientes, confié

neral Blanco iba á levantar el destierro de Dapitan á Rizal, que no soñaba en alzamientos..... A la vista de todos aquellos hechos, bajo la influencia de aquel medio, pudo llamar Fernando Guerrero la *mejor etapa* de Filipinas á la que precedió inmediatamente al grito de Balintawak, eco definitivo de una protesta que venía incubándose hacía tiempo. Aún se recuerdan en todo el archipiélago las co-

---

reme Va. Ra., el inmerecido honor de censurar un libro titulado «El Régimen Municipal en Tagalog» á fin de que informe á Va. Ra., de la fidelidad en la traducción.

En cumplimiento, pues, de mi deber, tengo el honor de manifestar á Va. Ra., que la tal traducción, si bien es literal del texto castellano, á las veces faltan, á las veces sobran conceptos que he anotado en el manuscrito con lápiz rojo. Es traducción bastante oscura en ge eral y dudo que pueda entender el sentido de la ley el que tenga obligación de aplicarla, si no tiene á mano otro texto más claro que lo ilustre.

En el artículo 102, que trata de la Instrucción Pública, faltan algunas frases importantes que anoto en el manuscrito y hay una oración que no tiene el texto castellano, oración de muy dudoso sentido que traduzco literalmente: «el ramo de Instrucción Pública comprende. .... *y todos aquellos medios más apropósito para que abran los ojos los tontos.*»

Es cuanto creo debo manifestar á Va. Ra., acerca de la dicha traducción.»

El P. Zallo trasladó ese informe á la Secretaría del Go'ierno General el 18 de Enero, añadiendo por su cuenta:

«Cumple á mi deber significar á S. S. I. que se ha concretado la censura á la traducción en tagalo, sin hacerla extensiva á la Dedicatoria que figura en la hoja anterior de la traducción, por estar en el idioma patrio.»

Esta dedicatoria decía así:

«Al Exmo é Iltmo. Sr. D. Angel Avilés y Merino, Director General de Administración Civil de las Islas Filipinas.

Estas líneas son traducción al idioma tagalog de algunos de los penosos y largos trabajos de V. E I. para implantar en el Archipiélago Filipino el nuevo régimen municipal (Real Decreto de 19 de Mayo de 1893) y manifiestan que los desvelos y amarguras de V. E I. se estiman y que sus lágrimas y sudores caen en campos, si dilatados y sedientos, nunca estériles, siempre agradecidos. Manila, 22 de Diciembre de 1894.—P. A. Paterno.»

En vista del precedente informe, la nota puesta al expediente por el Sr. Santisteban recomendaba que no se concediese el permiso solicitado para la impresión del libro «por no haberse ajustado á la más estricta fidelidad en la traducción, permitiéndose, además, el autor hacer comentarios indirectos y de muy dudosa intención.»

El general Blanco se conformó con este dictamen y con fecha 20 de Enero de 1895 denegó la autorización solicitada, si bien fundándola únicamente, con lo que demostró una vez más su buen sentido, en que la traducción no se hallaba ajustada al texto castellano.

En lo copiado no se sabe qué admirar más: si la inocencia de Paterno ó la del P. Coco. Los originales de estos documentos se hallan en los archivos del Gobierno General, de donde han sido tomados.

pisas cosechas de aquel año que hicieron posible, aunque parezca paradógico, el sostenimiento de las huestes revolucionarias.

Pudo entonces haberse salvado para siempre la soberanía de España en Filipinas, acometiendo con decisión la reformas políticas que el estado de cultura del país reclamaba imperiosamente. Los laborantes se contentaban con la asimilación total de Filipinas á España, de manera que aquí rigiera sin restricciones la Constitución nacional y se implantaran todas las libertades que ésta garantizaba á los ciudadanos, con la consiguiente representación en Cortes. Es decir que lo que en puridad pedían Mariano Ponce, Marcelo H. del Pilar, Graciano López Jaena, era que se les considerase como verdaderos españoles. Pudo y debió hacerse eso entonces. El españolismo de Rafael Palma y Fernando Guerrero, como el de la mayoría del país, en aquella época, era sincero, y la revolución, en un principio, les sorprendió, como sorprendió á Rizal. Creían que Filipinas podía ser dueña de sus destinos, próspera y grande, sin arriar la bandera española, que había cobijado sus cunas. No pudo ser, pero ¡qué hermoso hubiera sido!

Al surgir la revolución, brotó la discordia, nacieron los odios, ya no era posible entenderse. Hubo, no obstante, un momento de esperanza cuando la paz de Biac-na-bató, pero pronto la guerra internacional provocó la catástrofe definitiva. Entonces el país sintió en toda su plenitud la conciencia de su personalidad; lo que había comenzado siendo la protesta armada de unos cuantos desesperados se trocó en la afirmación colectiva de un pueblo. Consciente ó inconscientemente realizada la evolución en el ánimo de los caudillos ,es un hecho histórico que la revolución, acaso agraria ó reformista en sus orígenes, no se transformó en movimiento resueltamente nacionalista, secundado por todo el país, hasta que la presencia del factor exótico hizo descollar, por el contraste, el sentimiento de la propia personalidad.

Fué entonces cuando Antonio Luna, queriendo que el movimiento nacionalista contara con un órgano en la prensa, fundó *La Independencia* y llamó á su lado á Fernando Guerrero, Rafael Palma, Cecilio Apóstol, Clemente Zulueta,

José Abreu, Epifanio Santos, Salvador y Mariano Vivencio del Rosario y José Palma.

La Independencia llevaba el pié de imprenta de Malabón pero se editaba y tenía su redacción en Manila.

Volvían pues, á encontrarse en un piso bajo de la calle de Jolo casi todos los jóvenes literatos que se habían reunido en aquel otro entresuelo de la ciudad murada. Faltaba uno: Jaime C. de Veyra.

Este había marchado á su provincia natal, Leyte, poco antes de la ruptura de hostilidades entre España y los Estados Unidos de América, queriendo volver al nido familiar cuando ya amagaba la tormenta. La guerra cortó una curiosa polémica epistolar y privada que el *Gonzalo Fenáncez* de *El Diario de Manila*, desde Leyte, sostuvo por entonces con Rafael Palma, que vivía en Tondo. Fernando Guerrero, á quien ya todos los jóvenes que sentían amor á las patrias letras consideraban como maestro, había escrito, por encargo de los jesuitas, que pensaban publicarla en *El Adalid*, de Madrid, una vibrante, poesía con el título *Lázaros y Epulones* (5), dedicada á su primo José M. Font, que era uno de

(5) Como documento evocador de aquel ambiente literario, se publica á continuación esta poesía de Guerrero, hasta ahora inédita, que su mismo autor ha olvidado:

Cuando, tras el combate por la vida,
cae el obrero desmayado en tierra,
taladrándole el alma los sollozos
de la esposa infeliz que nada espera;
cuando su prole sin hogar recorra
las calles de ciudades opulentas,
y, en vez de una limosna compasiva,
sólo la brinden sanguinaria afrenta;
si, al soñar con el pan que ellos cocieron,
ni migas de ese pan gustar pudieran,
porque los ricos que esclaviza el oro
les cerraran sin lástima su puerta;
si, en cambio de una dádiva mezquina,
á esa viuda llorosa envilecieran
con la hez inmunda que, infectando el aire,
brota del lupanar donde fermenta;
si esos huérfanos pobres, azotados
por el látigo cruel de brisas gélidas,
no hallaran ni el jirón de un traje sucio
con que vestir sus carnes macilentas .....
si esa prole haraposa, en los delirios
que infunde á veces la escasez horrenda,
asiera con su mano descarnada
el aldabón de la heredad ajena,

lo primeros declamadores de la mentada Academia de San Fancisco de Borja. Esa composición, antes de pasar á los jesuitas, se leyó en la tertulia literaria de Santos. Se hallban presentes Palma, Veyra y Abreu, entre otros. El sagaz instinto crítico de Veyra adivinó en aquella poesía

---

y, herida por estímulos potentes,
blandiera el hacha vengativa y fiera,
como horrísona tromba se lanzara
para astillar la decorada puerta,
para gozar del oro que otro tiempo
brotar hicieron con sus propias fuerzas .....
¡ay! cuando este huracán amague al rico
sobre el diván espléndido en que sueña;
cuando escuche, temblando, y sudoroso,
el reproche tenaz de su conciencia,
acosado en sus horas de sosiego
por los fantasmas que el temor engendra;
cuando, como una espada penetrante,
desgarren sus oídos las querellas
de la viuda olvidada y lacrimosa,
de la prole sin pan y sin herencia,
¿será posible que, olvidando el rico,
que otro brazo produjo sus riquezas,
con ciega insensatez negara al pobre
el fruto de sus lágrimas y penas?.....
¿Será posible que, invocando débil
las prescripciones de la Ley severa,
quite á esos seres, de miseria llenos,
prerrogativas en el hombre ingénitas?
¡Ricos del mundo, no!—Desde que inicia
su jornada el mortal sobre la tierra;
desde que su alma, como savia ardiente,
dentro del cuerpo á palpitar comienza;
si, aguijado por nobles esperanzas,
cayó, no obstante, en la vital contienda,
luchando como un héroe, y regando
con sus candentes lágrimas la arena .....
desde ese instante mismo en que le punza
el aguijón de su penuria extrema,
nace en él el derecho invulnerable
de saborear el pan de vuestra mesa.
Y no infringe preceptos ni deberes,
ni turba con sus ansias de opulencia
la paz de vuestro hogar; su pié no mancha,
cuando alfombras magníficas de seda
conculca sin piedad: su flaca mano
no es torpe ni atrevida, cuando llega
á aprisionar la vuestra con cariño;
sus abrazos no matan ni envenenan;
sus ósculos no venden ni traicionan,
sino que vierten inmortal esencia
de gratitud, que, cual legado eterno,
deja el Señor para las almas buenas.
Esos bienes superfluos, esas joyas,
ese oro que gastais en bagatelas,
excitando en el alma de la plebe

la crisis espiritual porque atravesaba Guerrero, sin sospecharlo acaso el mismo poeta. Veyra notó, no solo el cambio de estilo, que iba adquiriendo robustez y firmeza, sino, principalmente, la crisis religiosa del autor. No era éste todavía el demoledor *Erasmo* de *Sin dogma*, pero ya no

el ansia pertinaz de las riquezas,
¿son vuestros por ventura? ¿Acaso el sello
de vuestro inmenso capital aún llevan? .....,
¡Mentira! ..... Esa porción de patrimonio,
que vuestra loca vanidad emplea
en coronar de flores perfumadas
á las bacantes de la orgía obscena,
ese caudal que convertís, ufanos,
en áureas copas de hervoroso néctar,
en músicas que halagan los sentidos,
y en danzas que envenenan la inocencia,
no es vuestro, no; es del rústico mancebo
que enfermó, trabajando en vuestras eras;
es de esa madre desvalida y triste,
que, al llamar sin aliento á vuestra puerta,
busca un trozo de sombra para el niño,
que entre sus brazos con afán estrecha.
¡Ay! esa multitud desventurada,
que hinche y obstruye vuestra misma senda,
no es culpable ante Dios ni ante las leyes,
cuando á su boca vuestros panes lleva.
No lastima el Derecho; está cumpliendo,
en fuerza de sus hórridas miserias,
algo grande y sublime que palpita
hasta en el polvo de las razas muertas.
Algo por quién el sabio, en su cerebro,
concita el torbellino de la idea,
afrontando la mofa ó la censura
con que el vulgo procaz tal vez le premia;
algo que es en el lienzo luz y ambiente,
músculos palpitantes en la piedra,
línea graciosa en el labrado pórtico,
y armonía en el arpa del poeta:
algo, en fin, que no muere ni se borra,
cuando el alma repudia á la materia,
y que en el caos mismo irradiaría
con el claror celeste de una estrella .....
y ese *algo* perdurable, que en la frente
de la familia humana Dios cincela,
es el derecho que el mendigo invoca,
¡es la sed inmortal de la existencia!
Mirad: entre tristezas y fatigas,
comido el cuerpo de asquerosa lepra,
va esa turba de pobres ascendiendo
de su Calvario por la abrupta cuesta.
Todo es amargo allí: todo es sombrío:
la flor hermosa que, en cercanas épocas,
de rico aroma saturó el espacio,
es un montón estéril de hojas secas.
El canto de los pájaros imita
tristes salmodias de esperanza muerta:

precía el místico *O'Fredann* de la *Revista Católica*. A instancias de Guerrero, Veyra le expuso en una carta su opinón sobre la poesía. Leyó la crítica Rafael Palma y disintió de la opinión de Veyra, expresando en otra carta las razones de su disidencia. Replicó Veyra y así se en-

---

y cuando el aura susurrante mueve,
para esparcir salud, sus alas frescas,
sólo trae al oído de esos pobres
gritos de maldición y ecos de befa.
Nadie cura sus llagas; nadie enjuga
el resignado lloro con que humectan
las insensibles piedras del camino;
nadie arropa sus miembros, en que ceba
su emponzoñado diente la desgracia;
nadie los busca y llama, ¡ni siquiera
sobre el candente polvo de su vía,
la sombra de una mano se proyecta,
en ademán de dar á los que sufren
ese fraterno abrazo que consuela! .....
¡Indigencia y dolor! ..... Esto heredásteis,
¡Lázaros miserables de la tierra',
como un amargo fruto de aquel crimen
con que hirieron á Dios, Adán y Eva;
¡esa es la expiación de vuestra culpa
y la esperanza última que os queda! ....
Mas ¿qué importa sufrir? ¿qué los abrojos
que os circuyen la sien pálida y seca? .....
¡ah! en el dolor perenne que asesina
la paz del corazón, y que congela
el fuego de la vida; en esa especie
de abrumadora laxitud, que apenas
deja al hombre elevar su pensamiento
á la ignota región de las ideas;
hallaréis el crisol do se depura
el alma humana de esa escoria infecta,
que bulle, como el virus de la sierpe,
en los negros pantanos de la tierra.
¡Llorad y padeced! .... Sólo el acero
golpeado sobre el yunque no se quiebra;
sólo el diamante que el cincel desbasta
en la intangible sombra centellea.
Y si es vuestro destino, pobres Lázaros,
soportar, como Cristo, la tremenda
y agobiadora cruz del infortunio,
llevadla con valor, hasta la cresta
de ese sangriento Gólgota, que, acaso,
sea el Tabor de las miserias vuestras.
¡Ay del que escupa al rostro enflaquecido
de ese montón anónimo, que lleva
clámide de irrisión sobre sus hombros!
¡Ay de tí, oh Epulón, si de tu mesa
cayere el blanco pan para sustento
de tus hermosos canes! ... ¡Ay, si niegas
el calor de tu hogar á ese mendigo
que, en el nombre de Dios, llama á tu puerta!...
Entonces ..... pero ¡no! .... Los que del cielo

tabló una polémica literaria y filosófica que llenó el espacio de algunos meses. La ruptura de hostilidades puso fin á la discusión, *Lázaros y Epulones* quedó inédita, vino la catastrofe y cuando volvieron á reunirse los contertulios del entresuelo de la calle de Magallanes habían pasado por su espíritu las tempestades de las conmociones políticas. La personalidad de Filipinas quedaba incisa en el bloque de la historia. Veyra, por su curiosidad crítica, era al principio, ó al menos lo parecía, el menos ortodoxo de aquel cenáculo. Ahora es el más ortodoxo de sus antiguos compañeros. Es que ha visto girar a su alrededor los hechos y las almas.

En aquella polémica epistolar y privada, salvada del olvido por el cuidado de Veyra, es notable el empeño de Rafael Palma en no salirse un punto de la más pura ortodoxia. Quería defender á Guerrero *con el P. Liberatore en la mano*, como había dicho el poeta. Téngase presente que ya se había desencadenado sobre Filipinas el huracán de la revolución. No obstante, la posición intelectual de Rafael Palma seguía siendo la misma de *Roberto Pi y Villa*: Pero, en la defensa de Guerrero, acaecía el fenómeno psicológico de llegar á identificarse en cierto modo crítico y autor, y así sobre el espíritu de Rafael Palma, sin que éste lo sospechara tampoco, se proyectaba ya la misma crisis religiosa del poeta.

En *La Independencia* fué Rafael Palma redactor en jefe primero y luego director. Pocos periodistas tienen en su historia una página tan novelesca como la suerte que cupo entonces á Rafael Palma. La ruptura de hostilidades entre

---

heredaron la fé santa y excelsa:
los que sienten vibrar dentro del pecho
de un generoso amor la dulce cuerda,
esos no escupirán la faz de Lázaro,
ni serán el puñal de su pobreza.
Para esos la diadema de los justos:
para el sordo Epulón, para el que cierra
sus ojos al dolor, queda el martirio
de sentir, en sus horas más risueñas,
las eternas punzadas que no embotan
el aguijón cruel de la conciencia.

Está fechada esta composición en la Ermita, el 19 de Noviembre de 1896. Podría notarse su exotismo, pero téngase en cuenta que, si escrita en Manila, debía publicarse en Madrid. Un año más tarde escribía el poeta los filipinísimos versos de *Mi Patria*.

filipinos y americanos Imprenta y la redacción de *La Independencia*, «periódico engendrado por una revolución y que engendró primero» á Malolos, más tarde á Tárlac, y, después de Bambang, á un coche del ferrocarril; hasta reciógo cerca de Bautista, cuando en poder de los americanos. Juzgando hoy aquellos sucesos con toda la ecuanimidad posible á estas fechas, es digno de notarse que Rafael Palma, alma fué director de *La Independencia* se este periódico, no solo por la corrección de su lenguaje, también por la serenidad de sus ideas, todavía, naturalmente, compatible con un estado de guerra.

A esa época pertenecen todos los escritos ahora coleccionados: unos son de narraciones, de frondosa vegetación intelectual; otros de crónica periodística con asunto patriótico, como *Cartas de la guerra*, verdadero *diario* del alma en aquellos días de lucha. Casi todos se publicaron como: *Idóyon* ó *Dapit Hapon*. Hoy, al coleccionarse, el autor ha querido casi no tocar prefiriendo dejarles con la lozanía y frescura con que nacieron á la vida pública. Descuellan en ellos las cualidades distintivas del estilo de Rafael Palma. Impregnados de hondo y filipinismo, más que la corrección de la forma atrae la permanencia de la idea, persistencia que no angustia ni ofende el espíritu del autor sino que amplía ya los horizontes de su visión intelectual, casi sirena de tolerante.

Llevado por las olas de la revolución, que arrojaba sobre Manila los restos del naufragio, volvió Rafael Palma á esta capital. Sergio Osmeña, que había conocido en el campo revolucionario, fundaba un periódico en Cebú, y llamó á Rafael y Jaime C. de Veyra. Rafael Palma acudió desde Vania, desde Leyte, donde era secretario civil.

Rafael Palma quería bordar por el ideal con la pluma, aquella pluma a comalgrado definitivamente á la causa de la patria. Por pocos meses que estuvo entonces en Manila, fundó en bo *Solidaridad*, en que veló sus armas periodísticas. Juan Pasumulong. Rafael

Palma publicó en aquel periódico con su propio nombre ó el seudónimo *Ricardo*, unas *cuartillas volantes* (*La Feria de Quiapo* y *La Luneta*) que son, acaso, sus producciones más coloristas.

En Cebú se reprodujo en *El Nuevo Día*, aunque en proporciones más modestas, como imponían las circunstancias, el cuadro de *La Independencia*. Sergio Osmeña, Rafael Palma y Jaime C. de Veyra lograron convertir su periódico en bandería de enganche del nacionalismo que, derrotado en las sementeras, se refugiaba en la torre de marfil del pensamiento.

El desastre militar de la revolución se había consumado; era preciso evitar el desastre político, y de eso se encargaban ellos, los buenos hidalgos de la pluma, que solo se apeaban de Rocinante para cabalgar en Clavileño.

La labor de Rafael Palma en *El Nuevo Día* fué muy intensa: cuentos, narraciones, alegatos políticos y patrióticos, artículos de fondo, que la censura militar del comandante Mc Intyre tachaba implacablemente. Veyra guarda aún las pruebas de los artículos tachados, alguno de los cuales, como *¡Al destierro!* se reprodujo más tarde en Manila y figura en esta colección, vividas etapas de una jornada fatigosa.

Algunas narraciones de Rafael Palma, escritas en esa época, como *Los Tianaks* y *Aquella diosa* tienen saborcillo folklórico y evocan el peculiar encanto de las sagas noruegas.

Los trabajos del autor, en *El Nuevo Día*, cuando no eran anónimos aparecían sin firma, llevaban generalmente los seudónimos *R. Panganib* y *Luciano Miller*. Rafael Palma imprimió en esos trabajos su sello característico: el *Dapit Hapon* de *La Independencia* reaparecía en el *R. Panganib* de *El Nuevo Día*.

Aquella lucha titánica, aunque sorda, entre la Fuerza y la Idea, entre el poder militar y la juventud patriótica, no era sostenible, y pronto sucumbió *El Nuevo Día* al rigor de las circunstancias marciales. No por eso desalentóse Rafael Palma. Volvió á Manila, reunió á los dispersos restos de *La Independencia* y fundó *El Renacimiento*, cuyo solo nombre ya era un conjuro y un programa.

Mientras Rafael Palma desempeñó la dirección de *El Renacimiento* distinguióse este periódico, hablando en términos amplios, no obstante sus radicales tendencias, por cierta templanza no exenta de energía, reveladora de una de las cualidades características en el autor: su aversión á toda violencia y su fé en la virtualidad de las ideas. Con los trabajos de esa época termina el ciclo de producción literaria y periodística que hoy se colecciona. Algunos, ya firmados con el seudónimo *Resurrecto*, que es también una evocación, porque *El Renacimiento* era la reencarnación de *La Independencia* y *El Nuevo Día*, y en aquel avatar de sano filipinismo (6), en aquel despertar de los recuerdos, las impresiones y las nostálgias de su primera juventud, sentía Rafael Palma resucitar en su espíritu muchas cosas que ya creía muertas.

Sus escritos de ese tiempo son crónicas periodísticas de asunto patriótico como *La guerra en el campo* y *Hacia el porvenir*, narraciones del mismo género como *La polémica* y *La libertad*, cuentos amorosos como *Alma nueva*, ensayos críticos como *Los que se van* y *Sobre «Florante» y su autor*, avalorados con toques de índole cordial y carácter episódico.

(6) D. León M. Guerrero expresó elocuentemente las características del medio que ha moldeado el carácter filipino, en estas notables palabras de un discurso muy comentado que pronunció en América el año 1904:

«El filipino es dúctil, se adapta sin repugnancia á todas las imposiciones cuando las encuentra beneficiosas, porque no es misoneista, sin que por eso deje de pretender también, al igual de todo hombre de buen sentido, la conservación de aquello que es provechoso, como elemento indispensable para un perfeccionamiento ulterior. Su educación no está basada en principios extravagantes de la filosofía en uso entre los orientales, que le impidan avanzar por la senda luminosa del progreso. Sus ideas religiosas y filosóficas han sido moldeadas en el latinismo imperante aún en Europa, y no son para él un pesado fardo que le aniquile, sino benéfica herencia de aquella nación hidalga é infortunada que se encargó generosa de transformar el alma virgen del malayo, infundiendo en ella los sublimes ideales de la humanidad, sin asomo aparente de egoismos que empequeñecen al hombre, constriñéndole en un limitado círculo de acción, haciéndole inepto para una evolución progresiva, indefinida. No querais buscar jamás en el filipino ese resto de barbarie que en muchos pueblos de Oriente perdura, porque no lo halleréis; y si alguna vez se pone de manifiesto, tened la seguridad de que sólo se daría el caso atávico en las tribus mahometanas ó paganas, que continúan siendo como excrecencias inútiles y, por ende, llamadas á desaparecer de un organismo que encierra en su seno todos los gérmenes de una vitalidad enérgica y propendiente al más alto grado de desarrollo moral.»

Rafael Palma que ya nació, como vulgarmente se dice, con el colmillo retorcido, va ganando con el tiempo en aplomo y gravedad. No comete ligerezas. Quizás tarde algo en aventurar opinión y emitir juicio, pero cuando lo haga habrá estudiado concienzudamente el asunto y elaborado en su mente una convicción profunda.

Dejó la dirección de *El Renacimiento* para ejercer la profesión de abogado. Al convocarse la primera Asamblea Filipina presentó su candidatura para diputado por la provincia de Cavite, obteniendo el triunfo en las elecciones. Fué también, por entonces, profesor de la Escuela de Derecho de Manila y vocal del Partido Nacionalista. En la Asamblea secundó con cariño y energía la política de Osmeña, y en recompensa á sus servicios al país el gobierno de los Estados Unidos le llevó á la Comisión de Filipinas. En ésta obtuvo el cariño y el respeto de sus colegas, adversarios suyos en política, pues era entre ellos el único nacionalista. Fué nombrado Presidente de la Junta Organizadora de las exhibiciones filipinas en la próxima Exposición Universal de San Francisco, conmemorativa de la apertura del canal de Panamá. Viajó por Europa. Hoy es el jefe reconocido de la mayoría nacionalista en la Comisión. Pero su historia de estadista no es de este lugar, no pertenece á la época en que se escribieron los artículos ahora coleccionados, cuando solo era literato y periodista. La ocasión de estudiar y juzgar esa nueva etapa de la vida de Rafael Palma será cuando se reunan en otro volumen sus escritos y conferencias de carácter político y social, publicados en *El Ideal*, CULTURA FILIPINA y otros diarios y revistas.

Dice un adagio castellano que muchas veces las apariencias engañan. Esto, que acaece en todos los órdenes de la vida y en todas las manifestaciones de la actividad, se acentúa mucho más en la política, por lo que tiene siempre, y es inevitable, de personal y menuda, aún en medio de los impulsos más limpios, pues las ideas han de encarnar en los hombres. La política, en recto y puro sentido, como arte y ciencia de gobernar á los pueblos, es flor de patriotismo, noble ocupación de la inteligencia.

E realidad, no puede haber nada más elevado y digno e la sociedad civil.

Y, sin embargo, el político, en contacto constante con la inexorables imposiciones de la realidad, con las impuras de la vida y de la lucha, corre peligro de mancharse la manos y la veste, y el que surge impoluto de la dura pueba es que pertenece al reducido gremio de los hombres sueriores y escogidos.

Esta amarga verdad, que en todas partes puede contrstarse, es todavía más notoria en esta tierra, donde, por la circunstancias que en su régimen concurren, la política reiste peculiares caracteres. Puede afirmarse que acabams de salir de una revolución que, en diferentes formas y periodos, ha abarcado más de una década y cuyos ecos petreros aún resuenan alguna vez en nuestros oídos. En ess periodos revolucionarios de los pueblos acontece como enlas grandes convulsiones geológicas de la naturaleza: qu se remueven los bajos fondos, sociales ó telúricos, saliedo el fango á la superficie. Los caudillos y los cerebrs de la revolución lo lamentan, pero no pueden evitarlo y se consuelan pensando que, cuando vuelvan las aguas á u nivel, el cieno tornará á recogerse en el fondo del mr, que es su sitio, y la superficie se restituirá á su naural y cristalina pureza.

Quiere ésto decir que los nombres y prestigios revoluconarios que sobreviven á las conmociones políticas, sobrnadan después de la tormenta y permanecen en la supeficie al restablecerse la calma, «y á su luz primera restitirse alegre el claro día», pueden darse por satisfechos al salir limpios de la prueba, amados por los afines, respeados por los contendientes.

Esto es lo que ha sucedido con Rafael Palma. En plena juventud le sorprendió la revolución, y se dejó arrebaar por ella, seguro de que servía la causa de su pueblo. Hombre pacífico y sensible, no la prestó el concurso airado y angriento de su espada, pero la dedicó todos los generosos entusiasmos de su pluma.

La historia de su producción literaria es la historia contemporánea del país. El cronista se identificó con su

pueblo é hizo suyos sus dolores, sus anhelos, sus esperanzas. No era un hombre el que escribía, era una nación que hablaba á las muchedumbres por la pluma del escritor. Sobre aquellos dolores, aquellos anhelos y aquellas esperanzas, sobre las horas de pesar y desaliento, soplaba un hálito vivificador y optimista, que engendraba la fé en los propios destinos, fé recia é inconmovible, cimentada en las firmes rocas de la conciencia de Justicia y la virtualidad de la Idea.

En aquellas trágicas horas fueron las cuartillas de Rafael Palma *voces de aliento* para los débiles de espíritu, clarín de guerra para los héroes de la patria y *luz de cielo* para los que sentían hambre y sed de justicia y de patria.

«Ningún esfuerzo humano por el progreso universal se pierde». Ha fructificado la semilla y las ramas del árbol de la patria se extienden frondosas sobre las nativas sementeras, donde duermen el sueño de la gloria los que «cayeron por darla vida», los mártires anónimos, los voluntarios del ideal.

Rafael Palma fué uno de esos soldados y sus armas las cuartillas.

Y hoy, que ha llegado á la cumbre y «ha visto la aurora brillar sobre su patria», recordando de nuevo que «la vida viene del pasado para enriquecer el presente y señalar los caminos del porvenir» vuelve los ojos del espíritu á los días risueños de su niñez, impregnados de esencia de sampaguita, envueltos en humo de incienso, arrullados por cadencias de órgano, evocadores de aquella bandera española que, madre, flameó sobre su cuna y de aquella bandera filipina que, libre, ondeará sobre su fosa.

JOAQUIN PELLICENA CAMACHO.

Manila, Junio de 1914.

VOCES DE ALIENTO

EL CANTO DE LA PASION.

En Filipinas, en las sublimes y primaverales noches deCuaresma, cuando las flores huelen más, cuando hay ms estrellas allá en el fondo azul de los cielos, cuando entre las hojas de la caña y de los platanales suenan los suspiros trémulos y las endechas más enamoradas de la brisa, óyese un canto monótono, grave, preñado de religiosa melancolía, que entona voz alta y vibrante cuajando el espacio de notas lánguidas y prolongadas que se quiebran en suspiros y se evaporan en lágrimas. Su música no varía, las estrofas se cantan del mismo modo, pero le prestan armonía y encanto la flexible lengua del país en que se canta y la vaguedad melancólica que respiran todas sus notas.

Ese canto es el *Canto de la Pasión.* El filipino se sirve de él para expresar sus sentimientos religiosos como se sirve del *Kundiman* para exteriorizar ocultas llagas del alma, causadas por los puñales de los rasgados ojos de una hermosura, al pié de la ventana, en pensadora noche de luna. Sobre un libro popularísimo lee y canta esas estrofas que derraman tanta oriental poesía y hacen soñar á las almas piadosas. Leyendo y cantando pasa á sus ojos desde el Génesis al Apocalipsis, la primera página del Universo que se abre con una sonrisa del Edén y la última que acaba en un estertor del Juicio y, á través de ese tiempo, cerrado por dos infinitos, recuerda paso á paso la sangrienta y conmovedora historia del Nazareno sorprendiéndole desde su cuna de Belén hasta su sepulcro de Haceldama.

Todos lo saben. Las madres arrullan á sus niños con los primeros versos del libro y éstos saben cantarlo, como los pájaros, sin aprenderlo y lo mezclan en sus primeros juegos y travesuras. Los ancianos buscan en sus melodías y estrofas el eco perdido de los días que fueron y el fulgor misterioso de la deslumbrante eternidad que se avecina respondiendo á los últimos goces de sus almas que reflejan

los tristes colores del crepúsculo y se encorvan mirando en la tierra el hoyo negro que les atrae. Las doncellas y mancebos, allí donde se encuentren reunidos, ora en las intimidades del hogar, ora en las capillas de caña, improvisan veladas alegres donde, en vez de conversaciones que el amor hermosea y alumbra, cantan con voces alternativamente varoniles y femeninas las desgarradoras angustias del Huerto ó las sublimes palabras del Calvario.

Quien no sabe *La Pasión* no es filipino. En su choza el pastor la entona á las horas de la siesta para descansar del sol y de la fatiga; en el palacete del hacendero se escuchan las voces de una mujer ó de un niño que se asocian para leer las profundas sentencias del libro; mar adentro ó á la orilla el pescador la canta, acompañándola con el golpe de sus remos; la canta en voz baja mujer hermosa, en su retiro sagrado, para alegrar las inexplicables nostalgias de algo que se desconoce y desea; la canturrea el muchacho que pasa corriendo por la calle cumpliendo un recado; la canta la criada del hogar á altas horas de la noche, vigilando el sueño de alguna criatura. En todas partes y á todas horas, al tiempo de la Cuaresma, ese canto llena todos los espacios, sale de todos los rincones y afluye á todos los corazones para conmoverlos y despertarlos á las emociones de la fé y á las dulzuras de la religión.

Es el canto religioso del pueblo filipino. Por eso tiene su tiempo y por eso tiene su música. Cuando acaba la Cuaresma ya no se le vuelve á oir hasta otro año. Me gusta ese canto, me conmueve y me impresiona. Cuando en mis paseos solitarios, vagando por caminos poco frecuentados, en busca de impresiones que alimenten el calor de mi juventud, allá en mi pueblo, escucho una voz que canta la Pasión desde cualquiera choza que cobija y oculta un árbol, al volver la primera esquina, me paro instintivamente á escuchar la voz que canta, destemplada quizás, á veces ronca, pero que mis oídos procuran excusar encontrando no sé qué sabrosa melodía, qué deleitoso arte en ella. No sé por qué, pero os confieso que más de una vez me sucedió volver á casa con melancolía y lá-

gnas: son las notas de *La Pasión* que han logrado llegar á i alma sacudiéndola de su sueño brutal é indiferente.

En su música encuentro mucha melancolía y mimo ortal y en sus notas largas y vibrantes me parece oir suiros del alma, elegías grandes, aletear de plegarias. He oído á muchos criticarla por insulsa y monótona, pero ha algo que me deleita y entusiasma en aquella serie de suiros, de espirantes quejas, de nostalgia grave y misteosa.

Esto será quizá porque todos los pueblos tienen algo suo y peculiar en las costumbres, tradiciones, ideas y pensamientos, en todas las demás manifestaciones de sualma. Los pueblos, sin darse cuenta, aman esas tradiciies y costumbres, veneran esas ideas y propias manifestaciones de su espíritu y las creen, si no superiores, pc lo menos, mejores para él, que las comprende y crea. No tienen otra razón para mí las preferencias que cada tiera ó región demuestra por todo lo suyo. Como las madrs encuentran siempre á sus hijos más guapos ó más inligentes, así los pueblos tienen por más bello y bueno too aquello que ha nacido allí, en su propio suelo, que tiee su sello y su carácter.

Es por eso que la música popular de una región tiene siencanto para los que han nacido allí; que cualquier canto poular de una comarca posee imperecedera magia para sus haitantes. Nada más propio para conmover á un pueblo, haerle reir ó llorar que los ecos de su música, canto ó poesía popular. Y es que música, canto ó poesía popiar son emanaciones de la esencia misma del pueblo, so el éter de vida por las cuales derrama, por decirlo as, las intimidades más ignotas y recónditas de su alma, codensando en esas manifestaciones artísticas, como condosa la noche el perfume en el seno de la rosa, los mvimientos espontáneos, las palpitaciones naturales é ingenuas de sus costumbres y pasiones.

Muchos han pedido hace años la supresión del *Canto dela Pasión*, unos por motivos de arte, otros por motivos de moralidad, y otros más por exigencias del progrso. No comprendo como esos individuos tienen el mal

gusto de rebelarse contra esa poética costumbre que retrata las días de nuestra inocencia y lleva el sello de nuestra religiosidad. Las tradiciones y costumbres que no contrarían el progreso deben perpetuarse por el encanto divino que llevan: son para el pueblo como el ensueño de su pasado, como la sangre de su corazón. Las tradiciones y costumbres marcan con claridad las diversas épocas por que un pueblo pasa en el desarrollo de su personalidad en la historia.

No ¡por Dios! no necesitais arrancar al pueblo ese canto que es suyo, que vivió con él desde la infancia y le acompañó en sus pasos hasta estos siglos de luz y de oro que parecen propender á derribar todo lo antiguo por serlo, sin reflexionar que no todo lo nuevo es bueno ni todo lo antiguo, malo. Empléese para otras cosas la obra de destrucción; edificad cosas nuevas, si quereis, pero conservad esas piedras de la tradición, esos huesos de vuestro pasado, esas costumbres que retratan vivamente vuestras pasiones é impulsos, vuestro carácter y maneras de otra época porque la vida viene del pasado para enriquecer el presente y señalar las caminos del porvenir.—(Publicado el 29 de Marzo de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Dapit Hapon*.)

UN VIAJE A POLO.

¿Quién puede ser pesimista? No, no hay que serlo. El tiempo es sombrío, el nublado denso; á través de las tinieblas suele surgir de vez en cuando un relámpago que deja un surco de sangre; pero hay algo como una ráfaga fresca, brisa de fronda que acaricia las frentes y aleja el nublado. Que ésto no se vé, que es espejismo de ciertas imaginaciones; no lo discuto ahora, pero el tiempo me dará la razón. Hay miradas que no adivinan lo que hay detrás del horizonte entenebrecido y tempestuoso; si es torrente que destruye ó lluvia que fecundiza. Yo confieso ingenuamente que una especie de visión de luz flota en la atmósfera; las tinieblas que avanzan no hacen más que agrandar el fondo de aquella claridad desconocida; hay buena

sefl de gloria y esperanza, porque hay unión, hay fé, hay caiiad y amor.

.... Y mientras tanto, el tren devoraba la distancia corla impaciencia que presta al deseo lo lejano, y los paiajes del camino corrían y desaparecían de nuestros ojos con las instantáneas figuras de un cinematógrafo. ¿Qué tre era aquel y por qué iba yo en él? No se trataba de un viaje de recreo, por de pronto, ¿quién se recrea en esta tiempos, cuando la sangre corre á arroyos por los campos y se oyen dolientes gemidos de hermanos en los hositales? Sí; aquel tren no significaba, por su concurrencia, uno de esos viajes de fiesta, en que, al cabo de la mucha, se espera alegrar los ojos y esparcir el corazón: aqul tren iba cuajado de gente dispuesta á cumplir un apostolado, el más noble y glorioso de todos, el de la caridd.

Y por eso, en su mayor parte, eran mujeres las personas que viajaban en el tren. El ejercicio de la caridad es ropio de todos, pero es más propio de la mujer. Muchc han dicho que la caridad sin la mujer es fría y poco consoladora, que la mujer sin caridad es una aberración, un monstruo. No entro ahora á analizar ésto: solo hago constar un hecho, que la caridad ha encontrado más Sacerdotas que Sacerdotes. Yo iba en el tren como un espectador, como un curioso, sabía que aquellas mujeres venan de San Fernando, que constituían una comisión de la junta filantrópica de este pueblo y que marchaban á Pol. No sabía más ni quería saber más. Lo demás ya lo adiinaba. Polo es el lugar donde nuestros soldados pelean, donde sufren la lluvia de fuego de nuestro sol cuaresmal, donde vigilan y acechan al enemigo para defender el terreo que pisan, que es terreno común, donde viven y donde mueren. No iban allí aquellas mujeres, para darse en espectáculo como en las fiestas y salones: iban á algo más no había duda.

Y ésto era verdad cuanto que llevaban sendos sacos de igarrillos, cajones de tabacos, bolsas llenas de dinero. Cuando llegaron á Polo eran más de las once de la mañana. El general Luna con su Cuartel general, recibió á

las visitantes; éstas expresaron su objeto y aquél agradeció muchísimo el acto. No era aquella la primera comisión que llegaba á dicho punto con tal objeto: otras fueron antes. La unión, la compenetración de todos los elementos del país, se puede probar palpablemente por esas manifestaciones de amor, simpatía y gratitud á los soldados por todas las clases, por la mujer especialmente, ese compendiado poema de hermosura y bondad, idilio perpetuo que suena en todos los dolores y amarguras del mundo.

Después de breve rato de descanso, aquellas damas dieron comienzo á su tarea. Dispuestas las tropas por compañías, sucesivamente fueron recibiendo los soldados de manos de sus cariñosas huéspedes su respectivo óbolo. En esta tarea turnaban todas: el buen ejemplo era emulado: se notaba que cada cual procuraba no tanto dejar el regalo en la mano del soldado, como estimularle y fortalecerle para la lucha. Entre las visitantes y visitados se cambiaban mutuas frases, de aliento unas, otras de gratitud, de consuelo á veces, de bendición siempre.

Una de ellas, alma ardiente y patriota, se expresó diciendo:

—Defended vuestros puestos, valientes, sabed morir, si es preciso. En vosotros espera la patria.

Y una voz contestó por todos.

—Los defenderemos.

Cuando no hubo más soldados en los alrededores del Cuartel General, las damas preguntaron si no había otros más. Se les contestó que los demás estaban en las trincheras avanzadas. «A las trincheras vamos», se dijeron, y á las trincheras fueron efectivamente. Después de comer, bajo un sol que retuesta la hierba y hace crepitar las cañas, vilas dirigirse hacia las avanzadas de Pasong-Madulás, en grupos caprichosos que animaban por un momento aquellos llanos desiertos, y en cada trinchera repartieron sus donativos y dejaron allí el calor de consuelo y bendición que desprende toda obra buena. Aquellos semblantes negros, tostados por el sol de la trinchera, aquellas fisonomías malayas, sin expresión, aquellos ojos velados de los soldados, ¡cómo se animaban y radiaban al recibir la ofrenda de la

cadad que con una encantadora sonrisa se les dejaba en lanano!

Y sudorosas y fatigadas, rojas por el sol, cubiertas de pro, volvieron de las trincheras de Pasong-Madulás creydo que habían acabado su tarea. No era así. Había ots soldados aún que no habían recibido el óbolo y sin ter en cuenta el sol y la fatiga se encaminaron allá, á Tajeros, en una serie de vehículos. El caballeroso genal García, jefe de aquel punto, les recibió allí, agradeendo mucho, en nombre de los soldados, la caridad y el patriotismo que demostraban con aquella visita.

Eran las seis próximamente cuando volvieron de Tinéros. Era la hora de partir. Todas, poco más ó menos, intraban claramente el cansancio y la fatiga pero sus seblantes permanecían inalterables y alegres como en mlio de una fiesta. Éralo, sí, pero era fiesta de la carid, fiesta del alma que se regocijaba de su acción herma, no sarao ni fiesta del mundo donde se conoce el vdadero cansancio del alma y la desabrida fatiga del cazón.

... Y la noche era negra, muy negra, cuando aquel tra de la mañana que llevaba á las viajeras de la caridad, á as valientes y espléndidas damas de la Junta de San Fnando corría, tremendo, gigantesco, horrible con su esuendo de cadenas, su silbato de infierno y su penacho dechispas que revoloteaban en el espacio como si se entrgaran á un juego caprichoso y enigmático.

Y el tren corría y corrían más mis pensamientos volado, á través de la oscuridad y la distancia, á Polo, el lugar de los soldados que hacen de sus pechos el balurte de la patria y de sus almas la hoguera de la indeendencia y allí reconstituía yo el cuadro del día, las impresiones maravillosas, producto de la caridad y del patrtismo y, sin querer, repetíame yo mis reflexiones de la mñana, que es imposible ser pesimista, que á través de la tinieblas y del nublado hay ráfaga fresca, brisa de fronda qu acaricia las frentes y aleja la tempestad. Sí, hay buena seal de gloria y esperanza porque hay unión de voluntaes, hay fé en nuestro ideal, hay caridad en las damas,

hay amor á la patria.—(Publicado el 6 de Marzo de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Hapon*.

CUARTILLAS VOLANTES.

La feria de Quiapo.

Pasó con sus bizarras alegrías, sus frescas doncellas, sus himnos de iglesia y campanas locas que despertaban en la cama de la niñez dormidas remembranzas.

La fastuosa religiosidad de nuestro pueblo de ayer, brillante y solemne, mandóme sus recuerdos y estrofas, trayéndome su alma de sermón y de plegaria, envuelta en una nube de incienso y en el traje de luz de las arañas.

Llené mis ojos de todo aquel zumo de religión y cántico y en la vieja y encorvada iglesia habláronme de mis misticismos de la niñez los lirios blancos de los cirios que anegaban el altar de claridad y los labios rojos de mujeres veladas que murmuraban secretos rezos, el ayer de la gloria é inocencia reapareció ante mis ojos, toda mi vida de colegio y congregación, todo aquel amor á lo místico y candoroso, á las primeras ideas....

Y el alma de los recuerdos me llevó y me acompañó á la feria que ríe con sus muñecas de porcelana y sus flores de trapo, que suena con sus cascabeles y sus tambores, que deslumbra con sus luces de gas y sus juguetes metálicos, que llena el espacio de risas, música y ensueños.

Exhibición de bellezas; caras sonrosadas, pálidas y morenas; ojos negros y profundos como los pesares de la pasión y ojos dormidos, lánguidos, como si acariciaran un sueño azul, bajo una sombra de cejas; faldas blancas, rosadas, carmesíes, negras, llenas de arabescos y de flores cual si hubieran acabado de allanar un jardín; toda una fantasía de árabe, toda una maravilla de mago en noche de humor y delicia.

Corrían mis ojos tras aquellas efigies risueñas, tras aquel panorama de lujo y bizarría que se movía con indecisión de autómata, y me golpeaba el cerebro con su martillo de ruidos y en cada frente veía la azucena de un

mo y en cada labio la clavellina de una sonrisa, subrayda con una tímida mirada de pasión.

Olvidaba las horas en aquella visión de gloria y parai, contemplando aquel desborde de juventud, de risas y janteos.... cuando de repente se cierra el escenario y un golpe de sombra y silencio invade el salón de la ferique queda desierto y triste.

Es la hora de las ocho y media que cierra las puertade las casas y hace ahullar á los perros de la calle creyedo que es media noche!

Después, nada.... El pensamiento se recoge asustado, co un pajarillo ante la borrasca y recuerda la guerra, lucha de hermanos que se descuartizan y se derriban, trchando tallos de vidas útiles y capullos de inteligencli hermosas, de corazones delicados.—(Publicado el 20 de Ero de 1900, en el periódico *La Independencia*, con el ncbre del autor.)

JOSE VILLANUEVA FERNANDEZ.

(P. P. VIELADEZ.)

Este es el nombre del compañero que la guerra nos nanció ayer. ¡Una víctima más! Es lo que único que pudios exclamar al saber la dolorosa noticia. Esta guerra diora nuestra juventud animosa y brillante, aquella que dtila esperanzas y glorias, aquella que promete. No imputa: ante el altar de la Patria lus mejores víctimas son la más aceptas. Muere el soldado obscuro, muere el ofici intrépido, muere el Jefe inteligente: esas muertes son iales, pero la Patria estima más al que ha hecho más srificios, al que ha puesto más talento ó más trabajo en dender su causa. Pepe Villanueva puede clasificarse entre éos, entre las mejores víctimas.

*

Estaba con nosotros. No tenía necesidad de correr los ares de la milicia. No le inclinaba á ello su propio natur ni nadie le llamaba á ello. Se ofreció voluntariamente.

Cuando el General Luna, nuestro Director, fué nombrado comandante del Centro de Luzón, y preguntó un día quien quería seguirle de entre nosotros, Villanueva, que estaba presente, contestó inmediatamente:

—General, puede V. contar conmigo.

El general le agregó al Cuartel General y al poco tiempo le concedió el grado de segundo teniente.

*

Delgado, seco, más bien bajo, tenía una figura bastante simpática. Sabía conquistarse pronto las voluntades. Se le cobraba confianza á los pocos días de tratarle. Corazón sano y generoso, no tenía para sus amigos más que esplendideces y confianzas. No le conocía enemigos. Su hablar era agitado, nervioso, incorrecto, pero tenía siempre un ofrecimiento para el que necesitaba, y una concesión para el que pedía. Alma de sentimientos delicados, amaba mucho á sus amigos y compadecía cualquiera desgracia: yo le he oido proferir muchas veces palabras de lástima á la vista de un indigente á quien socorriera, como pudo.

*

Natural de Albay, hijo de un comerciante acaudalado de dicha provincia, estudió en un Colegio de Hong-kong desde los 10 años. Poseía suficientemente el inglés y con este motivo entró en la redacción. Él era quien traducía los telegramas y los artículos ingleses que publicamos. Tenía además conocimientos bastante completos de matemáticas, de naútica y otras ciencias.

Á veces escribía artículos en castellano. Su estilo era sobrio y llano. Las «Notas de la semana» que en cierto período publicamos estaban escritas por él. Por cierto que aquellas «notas» fueron acogidas y leídas con interés por el público.

*

Desde que se agregó al Cuartel General, varias veces me había dicho:

—Yo he pensado en ser militar porque quiero que conste qusé defender con las armas lo que he defendido con las lds.

Murió con esta idea. Yo conocía que le complacía mucheste pensamiento: le gustaba manifestarlo en el seno dea confianza. Realizó su deseo. ¡Fué mártir de su idea!

Los que le vieron morir hablan mucho de su entereza y meridad. El combate se libraba á cincuenta metros: las bas silbaban atrozmente. Nada intimidó al bisoño teniite. Siguió en su puesto, siguió disparando, á pesar de qu se había ordenado la retirada. En actitud de disparar, un bala enemiga le penetró por el hombro y le salió por la spalda, bajo el pulmón. Cayó allí y solo pudo exclamar:

—¡Ay! .....Mi hermana.....

Tenía una hermana á quien profesaba mucho afecto y dequien nos hablaba siempre. Esta hermana vive, según pace, en Manila. Que sepa, que conste, si ésto lee, que el ariño de su hermano le dedicó un recuerdo antes de dmir para siempre en la noche serena de la eternidad.

*

Los que le conocíamos, los que habíamos vivido con él y abajado en unas mismas tareas, sentimos un gran vacío pc su muerte. No le lloramos, porque su muerte fué gloiosa, fué digna de él, de su alma grande, de su corazón priota. Sabemos que nuestro ideal necesita víctimas: él lo fuhoy: ¡quién sabe si lo seremos nosotros mañana! Cuando la lioria cuente los nombres de los héroes de la independencia pria, no se olvidarán indudablemente del suyo, unido á s de otros muchos que iluminan y alumbran con sus ejeplos y heroicidades los horizontes de nuestra joven Reública.

¡Pobre compañero! ¡Adiós! ... ¡Que tu ejemplo fructifique y aime á todos los débiles y vacilantes!.—(Publicado el 25 le Abril de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el eudónimo de *Dapit Hapon.*)

INSTANTANEA.

EN EL CAMPAMENTO.

En tiempos de lucha, cuando el espacio relampaguea y la tierra enrojece, la pluma no puede hablar de otra cosa, sino de campamento, de soldados, algo de combate, de atmósfera de sangre y tormenta.

Esto es lo de actualidad. El soldado de la Patria que vive alerta, allá en la trinchera que á cada paso le amenaza con la muerte en figura de invisible bala; ese soldado que no descansa, que con el sol y la lluvia se mantiene de pié, inmóvil en su puesto de honor, con el fusil en el brazo y el ojo en el enemigo de enfrente que atisba, que vigila también, allí está lo que llama la atención de todos, ociosos y ocupados, grandes y pequeños.

¡Allí está! El campamento está siempre en movimiento, hace mucho ruido. Aún de noche, cuando el silencio lo envuelve todo con esa quietud que se parece á una muerte de toda la naturaleza, el campamento rebosa vida, se agita como el mar, que nunca tiene calma. Hay sombras que pasan y repasan en la tiniebla, como espectros ambulantes. El ruido de las pisadas que se recatan tiene un eco que asusta por lo misterioso, parece el de un criminal que se acerca á su víctima para dar el golpe. Además, se oyen voces de mando, á veces duras, coléricas, que no se pueden reprimir, á veces bajas, dichas así como «al oído» que parecen encerrar graves consignas.

De un lado á otro suenan ruidos metálicos apagados. Ya es el fusil del centinela que se descansa ó se vuelve del otro brazo, ya es la marcha de una sección que tiene consigna de sorprender al enemigo, ya es el relevo de los guardias de una posición ó trinchera. Todo indica allí vida y ruido. Jamás se deja de notar el bullir y la agitación de un alma que parece estar á todas horas despierta y atenta á algo que se espera, que se desconoce.

El campamento parece un corazón que nunca está parado y continuamente lanza arroyos vitales á los miembros del cuerpo. Y es verdad. El corazón de la patria allí está.

ientras no pasa el peligro, mientras el derecho se decide ɟr la razón de la fuerza, mientras la hora de las soluones llega, la patria no puede dormir y entregarse á los ɛeños de luz que un porvenir honrado y grande hurga ɛ el cerebro, tiene que desvelar, agitarse, ver, inspeconar, levantar á todos sus hijos, envalentonarlos, fortalcerlos.

Por ésto el campamento no tiene reposo ni sueño. A tdas horas se observa allí movimiento de hombres, agitacón de peligro. El enemigo puede llamar á cualquier momentò; puede entrar y ser un gran peligro para la patria. Ds soldados que le guarnecen saben ésto, por eso se sacifican: viven alerta y mueren allí. Un campamento que s toma es un trozo de vida de la patria que se pierde. Sbre el dolor de la derrota se añade el dolor de la ignomnia. ¡Qué pena para la patria!

Por eso, los que comprendemos esos sacrificios del soldo que vive allá en el campamento, expuesto á morir bjo la primera bala de cañón ó bajo el pedazo invisible d plomo que le manda lejano fusil, intentamos proyectar sbre esa figura un poco de luz que la ponga de relieve á todos los ojos, á fin de producir en las almas admiracón, respeto y cariño que se deben á tantos oscuros oreros de la guerra, que no titubean en ofrecer el gallrdo presente de sus vidas para salvar la vida y el honor d su patria.—(Publicado el 19 de Diciembre de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo *Hapon.*)

INSTANTANEA.

EL ESPÍA.

Cuatro soldados le llevan delante del General en Jefe.

Al mirarle, todos los semblantes se vuelven rápidamente á otro lado y todas las bocas escupen algo como una gota de hiel que quema la garganta.

El hombre tiembla y mira á todas partes sin fijar su vista en ninguna, su pupila inquieta revela el azoramiento y el terror interiores que le sacuden y atarazan el alma.

El General en Jefe ha leído el parte y un fulgor de cólera ha atravesado su rostro, pero calmándose y mirando á aquel hombre fijamente, le pregunta en un tono que algo amenazante hacía indefinible:

—¿Qué eres tú?

El interrogado abre y cierra loe ojos, los baja y no acierta á contestar.

Los circunstantes se murmuran rápidas y secas palabras en voz baja pero que suenan alto en el alma del reo como bofetadas terribles. Aquella alma adquiría una comprensión extraordinaria y parecía abatirse más ante aquellas palabras que acusan, aquellos ojos que insultan, aquellas frentes que amenazan.

El General en Jefe repite su pregunta.

Entonces de aquella figura bajita, pálida, mezcla de imbécil y de pícaro, sale una especie de voz humana, pequeña, temblorosa como la de una cabra, que enreda, y baraja palabras y hechos, formula pretextos, aguza defensas y acaba en negativas, en rotundas negativas. Mientras habla, su cabeza se mueve por todos lados como una de esas figuras automáticas de cartón, sus ojos miran y no miran á todos, sus manos describen unos círculos que parecen gestos para robustecer lo que dice y todo su cuerpo parece sometido á sacudidas eléctricas.

Terminó de hablar y sus ojos se bajaron de nuevo como atraídos por un clavo del suelo en que se fijan.

El General en Jefe le increpa otra vez:

—¿No dices nada más?

La cabeza del hombre hizo un movimiento que equivalía á ¡no!.

—Está bien. El castigo. ¡Fusiladle!

El hombre da un salto como si le quemaran los piés, levanta los ojos animados de una resplandecencia extraña y los fija, altivos y rencorosos, en el General en Jefe que acaba de dictar la orden. Ya no tiembla, reta; parece como si al zumbido de la bala que le ha de producir la muerte, su alma sintiera recobrar valor y energías y se enderezara.

—¿Qué deseas? le preguntan.

—Mi vida.

—¿Tienes derecho á la vida, tú, que has vendido tu ah, como Judas, por un poco de dinero? ¿Tienes tú dereo á la vida que tuviste conciencia para alargar tus mos al oro del enemigo y engañar vilmente con el color dtu piel, con el tipo de tu raza, á todos los que vivían contigo, seguros de que esta tierra no engendraba nstruos, degenerados, como tú? ¿Pides clemencia de tu vi, tú que no la tuviste para entregar al extranjero elorazón de la Patria? ¿Pides piedad tú, que careciste della traicionando y vendiendo á tus propios hijos, pa- di y hermanos?

El hombre baja la cabeza anonadado y confundido; uellas palabras caen sobre su alma como piezas de mármu que le atontan y le aplastan.

. . . . . .

Cuatro soldados cumplen la orden del General en Jefe.

Cuatro detonaciones, que dejan exánime un cuerpo y ungrietan un pequeño espacio de tierra, pregonan á todi los oídos que acaba de lavarse un crimen y cumplirse lusticia.

Sobre la humeante sangre del cadáver desliza el sol uráyo que dá á ésta un brillo fatídico y siniestro que pece traducir ideas terribles.

¡Fusilado! Tú asesinaste á tu Patria. La Patria te mata, es vengada. Pero, más benigna que tú en vida, después dsu muerte, recoje tus huesos y no los arroja de su seno. ¡E mayor castigo para tí fuera arrojar tus restos á tierra eranjera!—(Publicado el 15 de Marzo de 1899, en el periico *La Independencia,* con el seudónimo de *Hapon.*)

INSTANTANEA.

Lo que hemos dejado.

Apesadumbra contemplar los pueblos que hemos dejado alenemigo. Poblaciones antes rientes, compendiados parios, que acariciaban las brisas y el sol de Filipinas, lo no son más que calcinados esqueletos, levantados sobre inensos montones de escombros y lágrimas.

Allí ha pasado la discordia. Allí los hombres, que debieran amarse como hermanos, han disputado y luchado. La fraternidad universal, monumento que han ido erigiendo los siglos desde Cristo hasta Renán, ha recibido un piquetazo más. No se ha destruido, pero se ha bamboleado como siempre que recibe un golpe.

Negros pensamientos acuden en tropel á la cabeza con la contemplación de tanta desolación y ruina. Un aire frío de cementerio y lugar deshabitado estremece y desconsuela el alma que siente súbitos escalofríos. Era nuestro todo aquello, muy nuestro; teníamos sobre ello el supremo título, el de la naturaleza; pero el extranjero sintiendo deseos de invasión, se abrió paso con sus inmensas máquinas de guerra por entre cadáveres é incendios, arrebató aquellos lugares donde nacimos, donde amamos y donde oramos á Dios. ¡Suerte terrible! Nosotros defendimos aquello, pero no pudo ser. Cayeron los más valientes, murieron cuantos intentaron oponerse al paso de las invasoras legiones; el cañón diezmó nuestras filas, el fusil acabó con nuestros héroes, y el enemigo avanzó, avanzó terrible, gigantesco, satánico, riendo y blasfemando, en la locura de su triunfo y en el hervor de su júbilo. Cedimos, pero ¡ah!, palmo á palmo, como se cede todo aquello que se quita por la violencia, y cedimos no aquellos hogares llenos de luz y amor, no aquellas campiñas rientes de granos y espigas, no aquellos templos rebosantes de plegarias é inciensos, sino las cenizas, los escombros, las ruinas, lo que queda después de la vida, lo que no vale, lo que no se aprovecha, la materia muerta, reducida á polvo y escoria.

Una luz, sin embargo, ilumina tan negros pensamientos. Entonces el alma se refrigera y vigoriza. No importa. Se ha perdido, es cierto, mucho; solares extensos, casas hermosas, vidas juveniles y haciendas sanas; pero se ha salvado una cosa, lo que importaba salvar, el honor de un pueblo, nuestro honor. Cayeron los héroes, es verdad, pero cayeron bendiciendo á la Patria, envueltos en un girón de la bandera; murieron los mártires, verdad también, pero su sangre salvó un ideal y glorificó una patria libre y nueva. La sangre humana jamás fué estéril y baldía: con

allse han comprado grandes imperios, se han derrocado vettas tiranías, se ha transformado el mundo. La libertad alebre ha nacido entre sangre y lágrimas: los pueblos la iren agitados por convulsiones trágicas y hecatombes aulmes.

Sobre esas ciudades muertas, á través de esos campos neps que infecta el olor de incendio y la corrupción de los adáveres, flota hoy una calma sagrada, una tristeza inmsa que pesa y anonada el alma. Descuidad. El genio de libertad surgirá de allí: los héroes resucitarán de sus cenas: día vendrá en que el espíritu de nuestra raza, valoso y temible, sabrá vengar la afrenta cometida por el xtranjero, y hacerle pagar caro tantas vidas robadas deleno de la Patria, tantas esperanzas malogradas en flor, tans gérmenes que aspiraban á una vida grande y feliz.

Dejad pasar la nube ... Esperad. El porvenir no está peido. Hemos arrasado campos y hogares, hemos destruo magníficos panoramas de la naturaleza. ¡Serán nuestros otr vez! ¡volverán á retoñar para nosotros! Cuando fijeis la irada ó el pensamiento en aquella decoración sin vida, necópolis fría donde la ruina se enseñorea y los restos de héroes duermen, no lloreis lo que hemos perdido ni la suete de los compañeros que cayeron alegres en la noble y temenda lucha, pensad que aquellas cenizas y cadáveres son el tributo de un pueblo, altivo y fiero, que adora la libtad y se abraza á ella luchando y muriendo con cánticos en os labios, con arreboles de luz en los ojos.

¡Se ha quemado, se ha destruido, pero la Patria es libe aún, el honor de la raza está ileso!.

El mundo sabrá de nuestra firmeza: nos hará justicia.

¡Héroes, adelante!—(Publicado el 15 de Abril de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Hapon*).

INSTANTANEA.

Los heridos que llegan.

Un silbato anuncia la salida de un tren de la estación inmediata.

Agólpase la gente en el andén para esperar: aquel tren pica la curiosidad: no es la hora ordinaria de llegada: debe de ser algún tren de heridos que llega.

En tiempos de guerra, todas las ideas convergen hácia ese punto rojo que tiñe los horizontes del cielo y los horizontes del alma. La guerra. ¡Cosa maldita! Yo no sé por qué los hombres se destrozan y se matan, por qué la humanidad no cambia de rumbo para ir por los caminos de paz y de amor revelados por los apóstoles más grandes del siglo. Pero hay ambiciones que merecen cortarse á cercen, crímenes que no deben llegar á su consumación, y para extirpar unas y aniquilar otras se hace necesario llegar á la guerra, combatir. Esto es lo que hace nuestro pueblo. ¿Qué quereis? Nuestro pueblo no buscó jamás la contienda: provocáronle á ella. Vidas á millares se van, riquezas inmensas se pierden, tesoros de inteligencia y amor son agotados por esa vorágine inmensa que devora, implacable y furiosa, cuanto alcanza y toca. Todo eso, para impedir que á la ambición nazcan alas, para que no se realice en esta tierra un crimen, un liberticio.

El tren llega en este momento y á través de sus ventanillas se ven dibujarse caras pálidas, algunas cubiertas de sangre, que reflejan una expresión triste y abatida.

Todos se aproximan á examinarles. Brazos rotos, piernas colgantes, miembros agujereados, dislocados ó deshechos, una exposición de cosas horribles que parecen herir la retina y desgarrar el alma: tal es el espectáculo que los curiosos miran con ojos ávidos como si buscaran una satisfacción á sus instintos de fiera.

Entretanto, los heridos bajan uno á uno: algunos curiosos murmuran palabras de lástima, otros se aproximan á los heridos y conversan. Óyese entonces la relación del combate: el semblante del soldado que cuenta, se anima; parece que vé el fuego, el enemigo que avanza: su mirada lanza fugaces centellas, su voz vibra sonoros ecos como el de la pólvora que explota. Hay rasgos de valor que asombran, hojas de laurel que embellecen los campos de nuestra historia.

Las camillas tardan en llegar; aquellos heridos sufren

con la espera. Han combatido, sin perder momento, por la patria; han dado su sangre y ... necesitan estar expuestos mucho tiempo antes de ser trasladados al hospital.

Están allí con la faz cadavérica, expresión vaga y dolorosa, conteniendo el dolor de sus heridas, suspirando de cuando en cuando, dirigiendo á todos miradas que suplican, ojos que piden algo.

Nadie se mueve, sin embargo. En aquel público hay un frío que apena; no se siente allí calor de familia, de hermanos. Hay más curiosidad que conmiseración. La tristeza moral que ésto produce dá más dolor que la tristeza por los mismos soldados.

Al fin llegan las camillas. Se transporta primero al más grave, luego siguen los demás, uno á uno ... Todos desaparecen.

El público se dispersa también. Ha satisfecho una necesidad. Habla, discute, comenta la guerra.

... ¡Que calle! Oiga. Los heridos van camino del hospital: están tristes. No han visto en nosotros nada que consuele sus dolores, que fortifique sus almas. Ni la atención del extraño, ni la caridad del desconocido. Lucharon al pié de la trinchera, cayeron para defender á sus hermanos, para no ser esclavas nuestras madres, esposas é hijas y, en su desgracia, no ven amor en esos sus hermanos, no ven cariño ni piedad. ¡Horror y vergüenza para todos! No tenemos amor á los heridos; luego no tenemos patriotismo ... ¡Son ellos los mejores hijos de la patria, porque pelean, porque no escatiman su sangre, porque ofrecen su vida! Héroes caidos, infortunados mártires, buscan calor que los refrigere, ternura que les conforte. En la batalla no pensaron más que en odiar y matar, hoy sueñan en el amor de los suyos, de sus madres y hermanos; piden más que medicinas, atenciones; más que salud, fraternidad del alma. ¡Misericordia, misericordia para los pobres heridos!.—Publicado el 27 de Abril de 1899, en el periódico *La Independencia,* con el seudónimo de *Hapon.*)

INSTANTANEA.

UN HOGAR DE PATRIOTAS.

He visitado ayer á una familia que antes de ahora había gozado una posición desahogada y brillante.

La guerra la ha reducido á un estado de apuro y pobreza que muchos no pueden ó no quieren tolerar. Sin embargo, aquella familia se muestra resignada y contenta con su suerte. No formula quejas: confía que el dolor no será eterno, que la esperanza de la Patria se convertirá en realidad.

Son una madre y cuatro hijos. Aquella estaba acostumbrada á pisar alfombras y vestir seda y encajes: hoy gracias si dispone de algunas faldas viejas y algunas camisas de mediano uso. Sus hijos tenían juguetes y dulces en abundancia, jugaban en jardines hermosos y paseaban en coches soberbios: hoy visten rústicos trajes y juegan á orillas de un río, sobre la desnuda tierra.

De los cuatro hijos, una es joven, hermosa, coronada con las flores de su primavera y llena de virtud y encanto en medio de sus quehaceres y atenciones caseros y prosaicos. No la envanece su origen ni estado anterior, sufre las penas, mortales para ella, de la precaria situación actual y vive cantando y soñando como antes, en divinos crepúsculos y celajes de rosa....

—¿Y durará mucho esta situación?—me preguntaron madre é hija con natural curiosidad.

—¡Dios lo sabe, señoras! Las guerras por la independencia duran años y años.

—Pero, por lo menos, ¿no se habla bien de nosotros, no tiene simpatías nuestra causa en el resto del mundo?

—¡Oh, eso sí! Nuestra energía, nuestra intransigencia se aplauden por todos los corazones nobles, estamos produciendo admiración, hay cruzadas de almas humanitarias, que piensan seriamente y pesan las dificultades del problema en la misma Norte América, dándonos apoyo moral, miradas húmedas de emoción y amor en todas partes. Esto hace mucho, aunque parezca nada por ahora ...

—¿Y qué? ¿nuestros soldados pelean, no se desaniman, no se abaten?

—No, señoras: á los seis meses de lucha continúan defendiendo las trincheras sin temor ni cansancio: están como el primer día, más animados aún; convéncense de que los enemigos tienen mil elementos de muerte pavorosos, horribles, incontrastables, pero no se convencen que deben dejar las armas y entregarse. Confían en la victoria final; no dudan de ésto.

—Gracias, sí, gracias á Dios: el ejército es nuestra esperanza. Está bien que confien: mientras se tenga confianza, no se perderá nada. Nosotros, si vivimos alegres, contentas, resignadas, es por esa confianza. No importa la pobreza actual; ya vé Vd., todo le hemos perdido, pero no nos quejamos: más perderemos todos si perdemos una patria ya libre. Esto durará algunos años, pero triunfaremos ¿verdad?.

Yo no contesté á aquella elocuente interrogación. Sentía mi alma llenarse de viva simpatía, de asombro ante aquellas valientes mujeres. Hay también héroes en el hogar como en el campo, que merecen un poco de atención é interés, por lo mismo que están escondidos.

No debe ser aquel el único hogar donde una familia sufre contenta y bien resignada los rigores de esta guerra: debe haber muchos allí por esos pueblos, que cobijan almas tenaces, viriles, que se enderezan en el peligro en vez de doblarse y empequeñecerse, almas que viven en la luz, llenas de vigor y salud, que desafían la tormenta y se desposan con la gloria.

Cuando me despedí de aquella familia, saludé respetuosamente á aquellas mujeres y me descubrí ante ellas, como se hace al pasar frente de una iglesia ó á la vista de hombres que creemos superiores, gloriosos, inmortales.

Y al atravesar el pasillo que da á la calle ví á los tres niños, uno de ellos algo mayorcito ya, como de nueve años, que jugaban riendo y corriendo tan desapoderadamente que tenían los pies, rostro y vestidos manchados de tierra.

Yo besé uno por uno a los tres que me miraron con

sus ojos grandes, brillantes de asombro y duda...—(Publicado el 13 de Julio de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Hapon*).

INSTANTANEA.

LEJOS DEL PUEBLO.

Á los Sres. de Mesina en Angeles.

De vez en cuando, en medio de los cruentos horrores de esta guerra, mi pensamiento se vuelve allá, á lo lejos, hácia mi humilde pueblo, ¡el pueblo que dejé por correr con mis hermanos los azares é infortunios de una lucha sin medida ni término!

Sufre mucho el corazón pensando en el tiempo que he de volver á él. ¿Quién puede pronosticar la alborada en medio de esta inmensa y negra noche? Todos se miran interrogándose con la mirada, pero nadie contesta. El cielo mismo no responde con una estrella para guiar ó indicar el curso del camino.

Son muchos, como yo, los que sufren, los que esperan el día en que la fortuna volverá á abrirles las puertas de sus cariñosos y vacíos hogares. Dispersos, disgregados van por esos pueblos luchando con las nostalgias de una tranquilidad perdida, buscando techos extraños que les cobijen durante la larga tormenta, mendigando acaso el pan que dán á su familia. ¡Cuántos no encuentran nido y sombra donde descansar y vivir en estos días de doloroso y negro ostracismo! ¿Quién no se compadece de la suerte de esa cadena de familias que cae y se levanta al seguir su calvario de miseria y lágrimas, yendo á formar y aumentar el montón anónimo de los desgraciados, de los mendigos que sucumben y desaparecen misteriosamente en las tinieblas, sin ningún eco ni ruido!

Por suerte, en nuestro suelo hay almas llenas de luz y hermosas, que comprenden la ley de la fraternidad y brindan hogar y cama á esos dolientes transeuntes, pobres

huidos de la guerra y del enemigo ... Esas almas recogen su premio: tienen el amor de aquellos á quienes hicieron el bien, tienen la bendición de Dios que recompensa la gota de agua que se dá á la sed del prójimo.

En esta vida de azar y padecimiento, veo también y observo otras cosas. Hay almas que se dejan abatir por las contrariedades, que se arrepienten y desesperan. El sacrificio les arredra y al acercar la copa á sus labios la alejan con disgusto, encontrándola insoportable y amarga. Pero hay otra clase de almas, grandes y heroicas, que no titubean ni dudan. Trabajan con sencilla tenacidad: luchan, sudan en el trabajo; no se preocupan de las dificultades. Para ellos la montaña es una piedrecita; el oceano, una gota de agua. Cuando más penan y sufren, más se esfuerzan; confían en la justicia y en la verdad, en la grandeza de su ideal, en la ayuda de lo alto. Animan á los que se detienen y llaman á su lado á los que sienten desmayo ó miedo. Las primeras semejan aves que se cortan las alas para volar: tienen que arrastrarse á la fuerza. Las segundas son aves que se ponen otra ala y vuelan con más fuerza y llegarán á las alturas á donde quieran llegar.

Yo espero en el triunfo, á pesar de las tinieblas que ennegrecen el horizonte. No será el ostracismo indefinido, eterno. La sangre de los héroes que corrió para teñir las florecillas del campo y las aguas del arroyo, fecundará en el seno de la tierra y dará á todos valor, fortaleza y serenidad, las tres cosas necesarias para los hombres que luchan. Trabajen todos en la brecha: trabajar es la gran necesidad, el gran deber de todos. Mientras todos trabajen, mientras todos pongan su esfuerzo ó idea en la obra común, la esperanza es segura, el triunfo está en nuestras manos. Todo tendrá su fin: todo se recogerá al final de la obra. Los que hayan dudado, vacilado, desalentado ó arrepentido, llevarán en sus hogares el dolor de su debilidad y la vergüenza de su error. Los que hayan confiado y encendido en sus almas la perpetua luz de la esperanza, esos tendrán la gran satisfacción, la íntima alegría del vencedor. Concluyamos, concluyamos lo empezado: que todos ayuden á

él, ninguno permanezca ocioso. No retornar al pueblo con las manos vacías: cualquiera que sea nuestra suerte, que se diga de nosotros, de cada uno: «Ha trabajado mucho, ha sudado y fatigado en la lid. ¡Ha cumplido con su deber hasta el último instante! ¡Bienvenido sea!»—(Publicado el 16 de Mayo de 1899, en el periódico *La Independencia,* con el seudónimo de *Hapon*).

INSTANTANEA.

Las victimas sagradas.

No os podemos olvidar, sagradas víctimas del deber, generosos voluntarios de la Patria, altivos cruzados del honor.....

¡Bravos, dormid!

Vosotros habeis sacrificado vuestras vidas como nosotros sacrificamos nuestras inteligencias: unos y otros contribuimos al gran fin, vosotros con vuestra sangre; nosotros con nuestro cerebro.

Habeis llegado al término, concluisteis la jornada; nosotros continuamos aún, tristes ó alegres, siguiendo vuestras huellas, en derechura á ese punto misterioso donde celebra el alma sus nupcias con el Eterno Espíritu.

¡Celebrad vuestras nupcias en santa paz y alegría almas sublimes, selladas con la llaga del amor á la Patria!

Alegraos. ¡Aún luchamos, como vosotros, por aquella idea por la cual sucumbisteis; el desmayo no ha mordido nuestros corazones, seguimos en pié, mirando al enemigo sin temor, con asco, como se mira al ladrón, al bandolero del camino!

Es el sol de la Patria el que alumbra vuestros huesos en los sepulcros: son aves propias las que os cantan expresivas endechas arrullando vuestro eterno sueño.

No hemos entregado nada al extranjero: no hemos renunciado á la posesión de nuestra tierra; él domina en algunos puntos pero con la punta de las bayonetas, no domina en las almas.

¡Somos libres aún! ¡Nuestra Patria es libre!

No temais por nosotros. Como habeis hecho, haremos; como habeis luchado, lucharemos hasta el fin. No importa que caigamos también, como vosotros, si al caer hemos de reposar y dormir bajo el cielo estrellado y en la encantada tierra que guarda á Rizal y Burgos, Evangelista, Bugallón y os guarda á vosotros, ¡oh, sagradas víctimas del deber, generosos voluntarios de la Patria, altivos cruzados del honor....!—(Publicado el 3 de Septiembre de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Hapon*).

INSTANTANEA.

SE FUERON.

Hace pocos días, todas las mañanas y tardes veía yo dedicarse á la instrucción aquellos grupos de reclutas.

Despertaban con el día y el ruido que hacían las voces de mando de los oficiales y las pisadas de los soldados que cantaban uno, dos, para marchar á un tiempo, me despertaba á mí.

Edifica y conforta el alma ver á aquellos tímidos aprendices, de curtidos rostros, de miradas tranquilas y humildes, aprender esa serie de evoluciones y marchas militares que exigen rapidez, marcialidad, vigor, estruendo.

Diríase que aquellos hombres no sabrían luchar; aquella corteza de humildad, de indolencia, de apocamiento daba pobre idea de aquellos rudos mozos extraidos del seno del pueblo para librar las batallas de la Patria.

¡Ah! Pero no: aquellas fisonomías poco vivas, poco enérgicas, se transforman, se transfiguran allá, cuando el enemigo avanza, cuando la pólvora destroza, el cañón ruje y la trinchera peligra y demanda esfuerzo y heroísmo.

¡¡¡Ah!!!

Esos hombres demuestran entonces lo que son, lo que valen, lo que pueden: contestan al cañón que extermina y ensordece, al fusil que derriba y despeja las filas, é impávidos, serenos, con aquella tranquilidad que desafía

la muerte, con aquella pasividad que hace temblar y asombrar siguen de pié ahí donde se les ha señalado y mueren, gloriosos y héroes, dando sus vidas por la salud de sus hermanos, por la libertad de la Patria.

. . . . . .

Ya no están: se han marchado á la guerra: el cuartel rebosante de gente está casi en silencio. como si llorara.

Se han marchado alegres, dando vivas: el sol coloreaba sus rostros, hablaban entre sí, reían, jugaban.

No sé la suerte que cabrá á todos y á cada uno: pero, afortunados ó infelices, todos sabrán cumplir con su deber y escribirán allá en los campos de batalla una de estas estelas de luz que no borra el polvo de los tiempos en el libro de nuestra libertad.—(Publicado el 20 de Septiembre de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Hapon*).

LA SOMBRA DE ELIAS.

(CUADRO TAGALO).

En el NOLI ME TANGERE del Dr. Rizal llama la atención un personaje misterioso que se llama ELIAS. Es un indígena al parecer rústico pero al mismo tiempo ilustrado, viste como los demás campesinos y se dedica á profesiones humildes y con ello, sin embargo, es amigo de los mejores hombres de su pueblo y hasta de algunas autoridades. En esta variedad de condiciones trabaja por mejorar la suerte del pueblo; usa primero de resortes pacíficos y al convencerse de que por este camino no podría conseguir nada, se une á los descontentos de la montaña para hacer uso de la fuerza; pero antes de que pueda cumplir este compromiso muere salvando con su vida la de una persona que tiene muchos motivos para ser su enemigo.

La luna menguante, pálida como una mujer delicada y enfermiza, iluminaba en aquella hora la cabaña que se levanta, sola y misteriosa, en la vertiente de la montaña,

en un claro de árboles. La brisa soplaba, fresca y deliciosa, componiendo entre el ramaje las notas de una melodía que no oiría con indiferencia un buen músico. Era ya pasada la media noche, y los mismos pájaros nocturnos, cansados de buscar su festín en la noche, dormían tranquilos. En la montaña puede haber tranquilidad, pero no silencio: la naturaleza no duerme, siempre mueve algún ruido: el insecto que zumba, el viento que sopla, el arroyo que canta, y por eso, sin duda, no se sintieron llegar los pasos de un hombre que de repente apareció, cerca de la cabaña, apartando con violencia los guijarros del camino. Se detuvo, respiró, limpió con la manga derecha de su camisa de sinamay el copioso sudor que le bañaba el rostro, y miró á la casa.

La casa estaba cerrada como era consiguiente á tal hora, más todavía, ni siquiera había luz; de suerte que si aquel viajero, que tal parecía, tenía intenciones de subir ó llamar era más que posible que no saliera consolado en sus propósitos. Esto sin duda pensó el hombre, pues que apartando de la cabaña la escrutadora mirada, la volvió al rededor de sí, como asegurándose del sitio en que estaba ó como si buscase lo que deseaba en otro lugar fuera de aquella morada. No vió más que árboles formando grupos como si tratasen de murmurar á semejanza de los hombres en una reunión, allá el cauce de un seco torrente y más allá colinas y valles que reposaban en una media luz y proyectaban siluetas y sombras fantásticas. Sin embargo, la mirada del viajero investigó más y pudo distinguir allá escondida entre algunas plantas y enredaderas una pequeña verja que remataba con una cruz negra.

—¡Allí es!—dijo para sí el hombre avanzando hácia aquel sitio.—Allí le enterraron, sus huesos descansan entre esas ignoradas piedras de la montaña.

Al llegar al sitio, se descubrió. Este era un sepulcro humilde de piedra que manos cariñosas sin duda cuidaban, puesto que no se había apoderado allí las zarzas y musgos del tiempo, sino que se veía cierto orden y arte en la colocación de las plantas y en el curso que tomaban las enredaderas al subir por las rejas. Algunas florecitas ani-

maban aquel tosco recinto y al mismo tiempo despedían un perfume de selvático olor.

El hombre bajó la vista y murmuró frases ininteligibles, parecía orar. Estuvo así algunos minutos, pero después levantó la voz como si se dirigiese á alguien:

—La aurora risueña y hermosa brilla sobre las cumbres de tu patria ... ¡Oh, espíritu noble, espíritu desconocido, que trabajaste durante la noche y sembraste el germen de la divina idea! No se ha malogrado el grano: se ha encontrado y se ha cultivado, calentado por el sol de los sacrificios. La cosecha es rica y sana .... Alégrate, despiértate de ese sepulcro, alma noble y altiva, clava tu mirada en los primeros rayos del sol que colorean las cimas de nuestra patria, saludados frenéticamente por todas las frentes y todos los corazones. Tú has tomado parte en esta resurrección de las almas, te has fatigado, has caído por eso: despiértate. Tú has dicho en tus últimos momentos estas palabras: «¡Muero sin ver la aurora brillar sobre mi patria!... Vosotros, que la habeis de ver, saludadla ... No os olvideis de los que han caído durante la noche»! No, no os olvidamos, héroes ignorados, sepultados en la hora tenebrosa, sabemos que teneis derecho á disfrutar de esta luz que ahora nos ilumina y engrandece; sabemos que os debemos mucho; vosotros sois nuestros acreedores ... Por eso he venido aquí, alma que reposas desde hace muchos años, para hablarte, animar tus huesos con mi voz y requerirte á que salgas de ese estrecho sepulcro para mirar la sublime aurora de la libertad que tanto deseaste en vida.

Y el hombre esperó como si efectivamente el sepulcro hubiera de contestar, pero no contestó: solo se oyó el viento que movía las ramas de la enredadera y procuraba esparcir el perfume condensado de las florecitas silvestres.

La luna menguante dibujó otra silueta en el camino que va de la cabaña al sepulcro: esta silueta estuvo por un momento al lado de la escalera de la casa; después dió un paso, pareció interrogar la distancia; elevó una mano hasta la altura de la frente á guisa de pantalla para convencerse si aquel bulto que veía era un hombre, y después caminó con resolución hácia éste. El bulto no se movía

y seguía mirando la muda piedra como si persistiese en esperar que algo le respondería al fin, y en este abstraimiento no sintió los pasos del recién llegado, que se mantuvo á alguna distancia, mirando al otro de arriba abajo, procurando reconocerle. No le conocía: ésto pareció contrariar al pobre hombre que acudió á sus cabellos como dándoles la culpa, vaciló algún rato y al cabo tomó la resolución de hablar á la sombra:

—¿Qué haceis ahí, buen hombre?—dijo en tagalo.

El interpelado tembló; sus manos instintivamente buscaron un arma en el cinto, volvió el rostro y rápidamente y con los ojos centelleantes y el acento nervioso preguntó á su vez en el mismo lenguaje:

—¿Quién sois? ¿Qué derecho teneis para preguntarme?

—Yo soy el dueño de esa cabaña que veis cerca, yo cuido este sepulcro desde muchos años y no sé que alguien haya venido á visitarle. Así es que al ver que aquí había una persona, mi sorpresa fué grande y he querido conocer quién era. Decidme, si quereis, vuestras intenciones. ¿Conoceis acaso de quien es esa tumba?

—No creo equivocarme—contestó el otro en tono más tranquilo—si os digo que aquí enterraron á un tal Elías. ¿No es cierto que es esa su tumba? Sí, creo que no he equivocado las señas; una y otra vez me las repitió, al morir, mi padre, que le debía muchos favores. Según vuestras palabras, guardais también la memoria de este hombre puesto que cuidais su tumba. ¿Qué relaciones os unen á él?

—Venid—dijo el dueño en vez de responder directamente á la pregunta—hablaremos más despacio en mi casa.—Puesto que al parecer sois amigo del muerto, no podeis ser extraño para mí.

Ambos hombres se alejaron del sepulcro y se encaminaron á la cabaña. Sus dos siluetas juntas se prolongaban desmesuradamente á lo lejos, como espectros.

La escalera de caña atada con bejuco es corta y tosca: frente á ella, en el espacio de tierra que le sirve de rellano, se ha levantado un banco de caña sobre el cual se sentaron los dos hombres.

—Como acabais de decir, sois, pues, pariento de Elías, esa noble alma que luchó por su patria, que murió por ella, dijo al dueño de la casa el desconocido.—Le conozco, sí, es decir, no le he conocido en vida, pero, como si lo fuera, me han dado á conocer su espíritu superior, el afán de su espíritu, el móvil eterno de sus aspiraciones y amores. Mi padre, que había tenido ocasión de comprender y admirar ese gran corazón, me ha recomendado su ejemplo para imitar. Los que sientan en sus venas el calor del sentimiento patrio, los que no amen las cadenas de la esclavitud y, ante los males que procrea y multiplica la tiranía tienen valor y dignidad para romper contra todas las preocupaciones y armar sus propios brazos para destruir todo aquello que está viciado y corrompido—dijo—deben de tenerle por modelo. Contóme su historia y la aprendí desde entonces. Vos sabeis seguramente mejor que yo esa historia, sois su pariente: pues bien, yo, yo he querido imitarle. Es verdad que mi historia fué casi semejante á la suya, como la de otros innumerables paisanos doblados bajo un dogal que todos sentían pesado y ninguno se atrevía á sacudir. Yo fuí escarnecido y perseguido como él; como á él me han causado desgracias de familia, herido en mis más caras afecciones; por eso pensé que debía obrar como él, y así obré. He procurado mover las almas, interesarlas á extirpar el mal cada vez más potente y próspero, porque no oía ninguna protesta, creyó que el pueblo había perdido toda fibra de dignidad, y no sintiendo en sí más que estómago y tripas, adoraba ya para siempre su estado; primero por medios pacíficos legales como querían y después cuando se acabaron estos medios, fiado en la justicia de nuestra causa y en el valor de nuestro brazo, preparé la lucha, el incendio para exterminar á todos, disolverlos. No fueron inútiles mis tentativas como las de esa gran alma que allí descansa: el descontento era demasiado grande y general: la instrucción había iluminado muchos cerebros: no faltaba más que una chispa para provocar el incendio; yo fuí esa chispa. ¡Ah! cómo ví temblar á la luz fatídica de las llamas á los tiranos desde sus asientos, los rostros pálidos, gesti-

culando y pataleando como epilépticos: el peligro les sorprendía, algunos intentaron apagarlo pero estaban malditos, no se comprendían entre sí y el incendio se propagó, creció cada vez más y abrasó todo y á todos, tesoros, hogares, vidas ... ¿No ha llegado aquí la alarma de este gran incendio? ¡Oh! sin duda: las montañas nos han servido mucho, mucho para guardar nuestro secreto, para preparar el combustible, la leña que los ha de hacer arder. La obra está terminada ó por terminar: el incendio ha purificado nuestra tierra corroída por el veneno de la tiranía: la noche acaba. el sol avanza ... ¡Oh, qué hermosa es la aurora que brilla temprana sobre la faz de nuestra patria.! ...

Y como si esta voz fuese un conjuro, la aurora, en efecto, deslizó su primer rayo sobre la yerba y tocó con otro la frente del desconocido, que se levantó de súbito, conmovido y tembloroso de emoción. El dueño de la casa le imitó, le invitó á subir, pero el hombre se negó pretextando no sé que ocupaciones.

—Y bien—preguntó el dueño al estrechar la mano del otro que se despedía—¿creeis que esa aurora anuncia ya definitivamente el día de nuestra redención?

—¿Lo poneis en duda? Ved cómo todas las inteligencias trabajan, cómo todos los corazones se unen, cómo no hay más que una misma palabra en los labios y un fuerte abrazo estrecha á todos. No importan las diferencias de lenguas, caracteres, costumbres, las divisiones mismas naturales; todo el Archipiélago se unirá, salvará todas las distancias y á un solo grito tomará el lábaro de su redención y lo paseará de parte á parte.

Y luego con voz más entusiasta exclamó:

—¡Sí, saludemos la hermosa aurora que hoy despunta sobre nuestra joven patria, y al descubrir nuestra frente, recordemos respetuosamente á tantos hermanos que han luchado y caido durante la noche!—(Publicado el 9 de Septiembre de 1898, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Dapit Hapon.*)

¿PATRIOTA O TRAIDOR?

Iba á retirarse Don Martín, uno de los más acaudalados agricultores indígenas de la provincia de B ... (Filipinas) á su aposento, después de cenar regaladamente, tomar una taza de café y conversar con su familia, cuando un criado de confianza le llamó y avisó que un caballero europeo preguntaba por él y quería hablarle.

—Espera en el salón—añadió el criado.

Don Martín se volvió y se dirigió pausadamente al salón. En un asiento estaba sentada una persona que inmediatamente se levantó y corrió á saludarle:

—Oh ¡mi querido millonario, Dios te dé salud y más millones!

—Agustín ¿eres tú? ¿qué es de tí?

Y los dos amigos se abrazaron después de mucho tiempo.

—Siéntate, hombre, siéntate—dijo el dueño de la casa vivamente.—Hablemos. ¿De dónde vienes? Dormirás aquí esta noche, eh? No te permito marchar.

—Acepto la invitación con tanto más placer cuanto que precisamente he venido á solicitar tu hospedaje por esta noche. Martín, te lo diré; soy hombre peligroso y me siguen el bulto. Yo trato de ocultarme; soy un fugitivo.

Don Martín saltó de su butaca: se quedó mirando al otro con atención como queriendo adivinar si se burlaba, pero vió que su amigo hablaba en serio. A lo que dijo:

—¿Cómo? ¿por qué? ¿tú ...?

—Sí, yo mismo, como me ves, en cuerpo y alma, huyo para librarme de las garras del lobo, para poner á salvo mi pelleja. Ah, amigo Martín, es cosa poco envidiable esta vida que llevo, temiendo á cada paso encontrarme con uno de los esbirros ó espías de mis enemigos. ¡Y yo no soy culpable! ¡No soy ningún criminal! Es únicamente por profesar una idea, por propagarla entre los demás, por defenderla. Me maldicen, me odian mis amigos, mis compatriotas: todos me toman por loco, criminal, iluso, que sé yo ... A veces me indigno, se me sube la sangre .....

Ah, sí, yo lucharé contra todos, sostendré el reto de los que me persiguen y odian. ¿Qué culpa tengo yo si no comprenden mi idea? Es demasiado grande para que la entiendan, es demasiado noble para que la practiquen. ¡Viles, pigmeos, rutinarios siempre! Yo haré frente á esa canalla, iré con las muchedumbres, haré armas contra ellos aunque tengan mi lengua, mi color, mi sangre, mis nervios. ¡Yo no les reconozco por hermanos, porque les falta corazón, les falta inteligencia, son ruines, son fonógrafos de ideas, no piensan por sí mismos ... ¡Puf!.

Y Agustín escupió con sarcástico desprecio como si le envenenara la saliva. Su interlocutor le estuvo mirando con ojos de sorpresa, mucho después de aquella inesperada explosión de palabras y formidables apóstrofes que acababa de oir: empezaba á comprender la situación de su compañero.

—Cálmate, hombre: explícate más claro y despacio—dijo.

El europeo se cortó: después de aquel desbordamiento no encontraba manera de dar la explicación. Al cabo de un rato, enmendado el entorpecimiento que se le produjo, exclamó:

—Dicen que soy ingrato, traidor, que no amo á mi patria, que la desgarro el corazón. ¿Por qué? ¿Hay algún hombre, algún monstruo que no ame á su patria, que no ame á su madre? Pues la patria es madre de nuestro ser social, como la mujer que nos tuvo en su vientre es madre de nuestro ser material. A la una la debemos la carne, la sangre, los músculos: á la otra nuestra instrucción, nuestras relaciones, nuestros deseos de grandeza, saber y gloria. ¡Que yo no amo á mi patria! .... No lo sé: no sé si entiendo mal lo que es la patria ó son mis acusadores los que no lo entienden bien. La patria es para ellos el pedazo de tierra donde han nacido, los hombres que hablan la misma lengua y tienen el mismo color y guardan las mismas leyes y costumbres: su patria acaba en las fronteras que circuyen una extensión, más ó menos dilatada de terreno: fuera de ella, ya es tierra extraña, ya es sociedad de enemigos cuyos intereses son ó pueden ser un día contrarios á los de la patria, cuyas leyes les merecen censura, á cuyos habitantes guardan prevención como si

trataran de robarles alguna propiedad. ¡Imbéciles! Yo comprendo otra patria más grande, una patria sin fronteras ni divisiones, una sociedad de hombres unidos conmigo en santa amistad en medio de las diferencias naturales que dan la raza, la lengua, las leyes; una patria hermosa, divina: la humanidad. Dentro de esa patria, las contiendas se resuelven á favor del que tiene razón, «no porque eres de mi color, de mi traje, de mi idioma, sino porque á eso tienes derecho, eso es tuyo.»

—Sí—prosigió, después de avivar el fuego de su cigarro y arrojar dos fuertes bocanadas de humo—yo concibo así la patria, yo vivo en esa sociedad. Por eso me pongo al lado del que defiende la causa de la justicia y del derecho; trabajo con aquellos que luchan por la razón y el bien; veo en esos á mis verdaderos hermanos aunque no hablen mi lenguaje, aunque no vea en sus ojos el sol de mi cielo, aunque sus costumbres sean diferentes de las mías y considero enemigos á los que pretenden oprimirles, negar el aire á sus aspiraciones, quitarles la voz en el augusto congreso donde se ventilan y contrapesan las justicias y los derechos de la humanidad. ¿Qué? ¿Por qué voy á trabajar por aquellos que yo sé defienden mezquinos intereses y bastardas ideas? ¿Porque he nacido como ellos bajo un mismo sol, porque he nacido bajo unas mismas creencias, porque venero con más especialidad sus instituciones, porque llevo su traje y su color y su temperamento? Necedades, rutinas, antigüallas. No: la humanidad es una, la patria de todos es la misma: mi corazón ama á todos los hombres, mi pensamiento respeta todas las creencias, las leyes é instituciones son variables, solo son eternos é invariables la razón, la justicia, el derecho, en una palabra, Dios ...

Y otra vez el hombre llevó á su boca el cigarro y como en su entusiasmo se había casi levantado del asiento, tiróse atrás y guardó silencio.

Don Martín no halló modo de interrumpirlo: había comprendido todo y no sabía que decir á su amigo. Como buen patriota, aquello le alegraba el corazón: su amigo era un gran elemento para la causa del país.

El silencio se convertía en algo embarazoso y ridículo. Agustín continuaba pensativo, como preocupado, miraba el humo de su cigarro con cierta vaga curiosidad. Su interlocutor comprendió que debía hablar algo.

—¿Y te persigue la policía?

—Sí: hoy he logrado escurrirme de ella; tal vez otro día no tendré la misma suerte ... Sábelo: yo he ayudado á la conspiración, he trabajado con los más decididos, he descubierto secretos de los enemigos de la causa ... y ahora me buscan, no tengo seguridad en ninguna parte. Se encarnizan en mi persecución: creen que con cogerme apagan el incendio. ¡Ta, ta, ta, ta! La chispa está lanzada sobre la pólvora y no hay remedio: estallará. Hoy si me cogen ¿qué harán de mí? Lo más, quitarme de en medio. Un hombre menos. Pero ésto es mejor: el terror inspira la venganza, la venganza discurre medios, el cataclismo sobreviene sin remedio. ¡Ciegos! Se oponen contra toda razón, contra toda ley, y no saben que la fuerza de las ideas arrolla más que los cañones y fusiles; ignoran que el mundo no se gobierna con la dinamita, que las muchedumbres no se doblegan á los golpes de hierro del tirano, sino que se dejan llevar dócilmente por el derecho, por la equidad, por el bien, supremos principios que todo lo someten y pacifican. ¡Ignorantes, no les sirve para nada la Historia!.

—¿Y no crees que tienen razón en llamarte traidor? Reniegas de tu patria, desde el momento que te pones al lado de los que se levantan contra su bandera.

—He aquí el error de creer que la patria es el pedazo de terreno que tiene sus límites en un monte ó en algunas millas de mar. Mas aunque así sea, todavía puedo contestar que hago honor á mi patria, porque no quiero que lastime ningún derecho, impido que lleve á cabo una obra de injusticia, hago que reconozca su error y otorgue á los demás lo que es debido, noción primera de la justicia.

El reloj de la pared dió una hora.

—Vaya—dijo don Martín levantándose, en lo cual le imitó el otro.—Descansa: la noche está muy adelantada. Mi casa es algo segura, puedes quedarte en ella todo el

tiempo que quieras. No me creen sospechoso ... Ahí tienes tu cuarto. Hasta mañana.

Y en la cama, preocupado con las ideas del otro, don Martín siguió hablando antes de conciliar el sueño:

—Descansa, pobre soñador, ya vendrá el día y entonces triunfarás; duerme mientras tus perseguidores vigilan, tus ideas son demasiado nuevas y atrevidas, no sirven para estos tiempos. ¡Ninguno piensa como tú! Tus compatriotas te maldicen, te odian ... ¡porque no piensas como ellos, porque no sabes obrar como ellos!.—(Publicado el 7 de Octubre de 1898, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Dapit Hapon.*)

FE

(CUADRO TAGALO).

I.

Inclinada sobre el bastidor, bordaba una joven el dibujo trazado en un pañuelo. En su actitud y maneras conocíase el mimo y cuidado que ponía en aquel trabajo. Una hermosa púrpura teñía sus mejillas, producida por el cansancio. En los labios, sonrisa graciosa y fugitiva, rosa sobre un vaso de agua, animaba su semblante de correcto perfil tagalo que describió nuestro poeta en estos versos:

« ... sino mang palaring manood
«patáy ó himalá kung hindí umirog» (1)

Estaba sola en la sala. Desde la caida llegaba á ella el ruido que hacían algunos pequeñuelos, sus hermanitos, jugando. Su madre estaba fuera, en el último local de la casa, departiendo amigablemente con la criada. Era, pues, ocasión oportuna de solazarse con sus propios pensamientos,

---

(1) *F. Baltazar.*—Aquel que tiene la dicha de contemplar tu hermosura, muere ú obra un milagro si no te ama.

jugar á su modo, como hace la juventud, con la imaginación. ¡Hermoso juego!

Y, en efecto, mientras sus manos, ocupadas en la labor, subían y bajaban alternativamente con ese ritmo encantador que la habilidad dá y poetiza esa vulgar ocupación del sexo, su pensamiento emprendía un viaje fuera de casa y se iba lejos, muy lejos buscando ... ¡Chist!!! La joven sonreía y apresuraba el trabajo, cantando una canción favorita. Pero después ... una nube empañó el cielo límpido de su semblante, y rodó de sus pupilas una lágrima que ella se apresuró á enjugar.

¿Tristezas? ... Oh, sí: no por ser joven estaba libre de dolor, ni por hermosa, exenta de toda contrariedad. Su historia comenzaba una tarde de Junio. Era todavía, para la clase escolar, tiempo de vacaciones que pronto iba á espirar. Colegialas y estudiantes procuraban disfrutar, en sus pueblos, las últimas ráfagas de placer y diversión mirando con algún temor la apertura de las clases. En aquella tarde, un grupo de ginetes jóvenes que iban de paseo, pasó vertiginosamente delante de su casa. Ella estaba en la ventana con un hermanito. Uno de los jóvenes acertó á mirar hácia la ventana, se fijó en ella y desapareció casi instantáneamente, arrastrado por el galope que llevaba la comitiva.

Ella se olvidó pronto de aquello. Al día siguiente un primo suyo le presentó un hombre.—Un compañero de colegio—decía él. Era el ginete de la víspera: pronto lo reconoció. Después aquel joven frecuentó su casa: al principio le fué amable, simpático; al cabo de algún tiempo, lo lógico, el amor. Dos años duraban ya las relaciones: en Manila se veían y se visitaban: ella estudiaba en un colegio, él, en la Universidad. Durante las vacaciones, se veían más frecuentemente, en su pueblo, repasando en un mismo libro el tierno idilio de sus amores. Eran felices.

En medio de esta felicidad, estalló la insurrección. Ella volvió á su pueblo, él se quedó en Manila. Por algún tiempo ella esperaba cartas: no recibió ninguna. Un día supo la verdad: había sido complicado en los sucesos, y fué desterrado.

Estaba muy lejos, allá al otro lado de los mares. Una carta, recibida al fín, le enteró donde estaba él y de su situación. Después hubo mejores noticias: decíase que había sido indultado con ocasión del cumpleaños del rey. De un día á otro llegaría....

¿Sospechais para quién era aquel pañuelo....?

II.

Un rumor venido de fuera la llamó la atención. Los chiquillos habían cesado en sus juegos y ahora se oían sus saltos y risas como si celebraran la presencia de una persona de confianza. Su madre hablaba en voz alta á alguien, y ella sintió que se dirigían á la sala.

La joven levantó la vista hácia la puerta. ¡Él! Palideció, sintió una especie de desmayo, retiró bruscamente el bastidor y corrió á su cuarto. No podía dominar en emoción: así es que por largo tiempo estuvo apoyada en una hoja del aparador. Luego se mudó el traje, arreglóse de prisa y salió.

En aquel momento, él estaba examinando la labor del pañuelo. Cuando sintió los pasos de ella, se enderezó y la saludó. Sus manos se estrecharon fuertemente. Ni una palabra. Los ojos se dijeron, sin embargo, muchas cosas.

Como primera medida ella guardó inmediatamente la labor.—¡Oh! qué verguenza,—dijo, y la llevó al cuarto, á pesar de las protestas de él.

Se sentaron. Al cabo de algún tiempo la madre salío pretextando un quehacer. Pero un minuto después los pequeñuelos entraron y continuaron sus juegos en la sala.

III.

—¡Cuánto tiempo....!—dijo él á ella.

Ella tenía los ojos bajos. No contestó nada.

—¿Qué piensas, Fe?—interrogó él.

—Nada ... Emilio, ¿qué ha sido de tí todo este tiempo?

El empezó con buen humor:—Mi historia es divertida. Verás. Una noche se practicó una requisa en la casa donde

vivía con otros estudiantes. Un Teniente de la Veterana con un Sargento y varias guardias nos registraron los baules, los papeles, los libros, las composiciones de clase y otras cosas, no dejando rincón alguno sin olerlo y visitarlo. Al terminar las pesquisas, separaron del montón tres cosas: una gramática griega, una lista de nombres y una poesía de R"""" ... Les quise convencer que la gramática era un libro de texto que tenía curso legal en los colegios, y el bigotudo teniente me contestó ásperamente que aquellos caracteres significarían, sin duda, alguna cosa que él descifraría, ya, ya. La relación de nombres, le dije, no era lista de socios de logia ni del katipunan sino simplemente la de una cuestación entre mis compañeros de clase para dedicar un regalo á un catedrático. No lo creyó. La poesía, como estaba escrita en castellano, no necesitaba defenderla: él mismo podía convencerse de que no era subversiva, sino inocente.

No podía contener la risa al ver que aquellos hombres daban tanta importancia á aquellas tres cosas, como si hubieran descubierto un gran crimen. Creo que el teniente sorprendió mi risa, pues se encaró conmigo y preguntó con voz hueca si era yo el dueño de aquellos documentos. Contesté que sí; entonces ordenó á los guardias que me ataran y así condujéronme al cuartelillo. Allí me hicieron sufrir mucho, me encerraron en el calabozo, me dejaron muerto de hambre todo el día, y de noche me sacaron para conducirme al vapor. No hubo instrucción, ni se me oyó, nada ....

En la deportación (aquí la voz del joven empezó á ser agria y triste á la vez) me trataron como á un verdadero criminal, me dedicaron á trabajos forzosos, me golpeaban si no podía trabajar, porque el sol calentaba mucho y no estaba acustumbrado á aquellas duras faenas, por alimento no me daban más que arroz negro y pescadillos secos. Un día me negué á trabajar: el verdugo, á quien llamaban bastonero, me apaleó con sendos bejucazos, un golpe me alcanzó en el rostro: agolpóseme la sangre, me cegó la ira, le quité el bejuco y con él le dí en la cabeza. Hubo sangre. Creí que me matarían aquel día; sin embargo, se conten-

Entonces quiso huir de la sociedad, estar lejos de los hombres. En la sociedad todas son unas víboras, unos lobeznos que se matan unos á otros. Y Manuel se retiró á una posesión que tenía en el campo, alejado de todos, sin recibir ninguna visita. La vida del campo le satisfizo durante los primeros días. Aquellos campesinos eran francos, sencillos aunque rudos: no comprendían la argucia, la doblez ni los demás vicios de los de la ciudad. Sin embargo, al cabo de algún tiempo, aquella vida resultaba demasiado insípida, la monótona sucesión de los días le daba aburrimiento y melancolía insoportable. Al año, todos aquellos campesinos eran muy torpes, algunos, demasiado brutos: la misma franqueza de antes le zahería ahora; sintió nostalgía de un estado mejor, de un remedio más eficáz.

Y se dedicó al estudio. Saber, inquirir los secretos del cosmos, misterios divinos, profundizar las entrañas de la naturaleza, darse cuenta de la agitación de los átomos y del movimiento vital de todos los seres, en una palabra, ser un sabio, un verdadero rey de la creación ... El estudio absorbió las penas de su vida: cada misterio que descubría le dilataba el corazón, sentía placer y risa, se agrandaban sus conocimientos, se acercaba á Dios, se hacía más perfecto. Por consiguiente, el remedio estaba allí, la luz estaba hecha. Pero algún tiempo después renacieron sus penas, la oscuridad se hizo más espesa; cuanto más sabía, más sombras veía; delante, el horizonte se le extendía más largo é infinito: tenía fatigado el cerebro, el corazón, seco...

El sabio se convirtió en artista. Las artes divierten más: las obras de imaginación son menos áridas que las científicas. El trabajo no se extiende á devorar largos libros y digerir inmensos volúmenes: se limita á abrir cauce al gusto, á los grandes veneros del corazón que fertilizan y refrescan. Las artes rejuvenecen cuando por ellas no se busca gloria ni inmortalidad, y entregado á ellas, Manuel sentía rejuvenecerse, abrirse la vida á sus ojos más amable, más hermosa, más divina. Pero en muchos momentos se sentía desabrido, roido por el mal humor, la inspiración no acudía cuando se la llamaba; impotente, furioso, Manuel

rasgaba entonces el cuadro ó rompía el papel y quebraba la pluma arrojando todo lejos de sí. Cuando se repitieron estos momentos tuvo que dejar las obras de arte y descansar.

Pero no dejó de buscar el remedio á las penas de la vida. Su juventud había huido: cuarenta años de estudio y luchas le dejaron hecho un pozo de ciencia y experiencia, pero incapaz de curar las dolencias de su alma: había entregado sus inventos al siglo pero no había podido inventar lo más principal, lo que necesitaba: un bálsamo para sus aburrimientos y decepciones.

Después de algunos años pensó en ser religioso. Aprovechando sus anteriores estudios, y recomendado por su mucha fama, Manuel profesó en una orden muy estricta. La enseñanza. las obras de caridad, el confesionario, el púlpito llevaron su nombre, repetido de labio en labio, le elevaron á altos cargos de la orden. En el claustro había una paz que en vano había buscado en la vida del siglo. la abnegación, el amor al prójimo y otras prácticas de la religión en que diariamente se ejercitaba le daban de gustar encantos y dulzuras jamás saboreados en el mundo. No era sólo ésto: las penas, las tristezas mismas despedían cierto perfume delicado, olían á placer y dicha, puesto que se hacía de ellas una ofrenda á la divinidad que la recibía con amor detrás del velo de los cielos en que está oculto. No había nada, pues, que desear: nada faltaba allí: para el corazón había las obras caritativas, el sacrificio contínuo, la oración; para el pensamiento, las cuestiones teológicas, los horizontes de la mística: á todas las facultades del ser se daba pasto y satisfacción. Luego no hay duda: allí se escondía el bálsamo largo tiempo deseado, el remedio. Su espíritu se llenaba de reposo, de dicha, amor y paz. ¡Haber perdido tanto tiempo en buscar lo que deseaba fuera del claustro!

Pero llegó un día en que también se aburrió: su enclaustramiento le pareció demasiado pesado y triste. Las risueñas flores del mundo que se habían marchitado á sus ojos tornaban á recuperar la esplendidez y el color incitantes de lejanos tiempos; ardían las tentaciones en su

pecho, rugían los pensamientos del mal en su cabeza: la sociedad que había despreciado y de la cual se había distanciado por sus votos volvía á aparecérsele fulgurante, deseable, gozosa, en el vértigo de sus distracciones, con el infierno de sus orgías.

Manuel se entristeció mucho: procuró luchar, disciplinarse, macerar y castigar sus carnes. Su conducta suscitó entre sus compañeros admiración y asombro: la fama de su santidad salió fuera del monasterio, recorrió los salones de la sociedad granjeándole consideración y respeto. Sin embargo, ¡nada! La tentación surgía irresistible y destructora: la inflamaba todo el ser, le envolvía en su siniestro fuego, le martirizaba y le atraía al mismo tiempo.

Lleno de abatimiento y desesperación huyó á los montes, buscó una caverna y vivió como un San Gerónimo. Aquí ya estaba seguro de no ser molestado por los ecos del mundo. ¡Estaba demasiado lejos! La compañía de las fieras en vez de disgustarle, le distraía: en continúa oración y en penitencia continúa, apenas cuidaba de su salud y de su alimento: vivía para Dios procuraba apartar todos sus recuerdos para no sentir tristeza ni molestia.

Pero allí no tardaron en perseguirle sus memorias y sus tentaciones y cuanto más lejos estaba de la sociedad ésta se le presentaba más hermosa y deleitable: la brisa que bajaba hasta su caverna le parecía música insinuadora de los salones: el trino de los pajarillos le parecía voces que hablaban, canciones que había aprendido en otro tiempo y combatiendo sus deseos y librando interiores batallas consigo mismo, Manuel enfermó y murió, minado por el cansancio, la debilidad y la tristeza.

Y cuando cerró los ojos, su espíritu, por fin, comprendió que hallaba el verdadero bálsamo á las tristezas, la verdadera luz que se derramaba en las espesas obscuridades de su alma.—(Publicado el 15 de Diciembre de 1898, en el periódico *La Independencia,* con el seudónimo de *Dapit Hapon.*)

DE FLOR EN FLOR.

Mameng, una niña de ocho años, después del desayuno, baja corriendo al jardín de la casa. Su trajecito blanco ondula al desgaire: el sol hiere amorosamente su rostro y le colorea de alegría. Brinca y ríe, canta y salta, aletea, como un pájaro, con las manos; y pisa aquí el rocío desgarra allá una flor, huella más allá una planta que despide el zumo oloroso de su tallo perfumando sus sonrosados talones. ¡El contento! Sí, el contento de la niña es un delirio, raya en el extremo. Ninguna causa feliz la motiva, pero está así, su esencia es el placer, ¡casta, infalsificable esencia de la niñez! ... Está muy fresca la grama: el sol tiende sobre ella un manto brillante de hermosos rayos: la niña no se para en contemplarla, goza y salta.

En aquel punto, lánguidamente columpiados por la brisa, brillan los rosales que atraen la atención de la niña y la arrancan espontáneas exclamaciones. ¡Oh, qué preciosos! ¡Como crecen sus rosales! Están mojados como después de un baño! ¡Fragantísimos! Los cortará para la Vírgen una hermosa Vírgen que tenía en su cuarto. En ninguna parte han de estar mejor que allí, en su altarcito lleno de restos de velas y perfumes de marchitas flores, cinamomos, azucenas y pasionarias. ¡Oh! la Madre tendrá un contento al ver el ramillete de este día. Lo formará de aquellos rosales ... pero ¿qué tendrán aquellas flores que florecían siempre tan bien? Deben de tener alguna invisible hada que las cuide todos los días, escondida detrás de aquellas plantas.

Y la niña vuelve á correr y á brincar, aletear como un pájaro, entre risas y cantos que despiertan de su sueño de la noche anterior á los dormidos capullos y alborotan á los insectos que, posados tranquilamente sobre la punta de las corolas y estambres, libaban la miel y el néctar que constituían su frugal desayuno. La brisa penetra en el jardín, como un ladrón nocturno, sin hacer el más leve ruido, pero mueve con su soplo todas las hojas en feble y entrecortado vaivén. El sol sigue tendiendo, bajo los piés de la niña, su hermosa sábana de rayos, sobre la

humedecida yerba, pero Mameng no se para en contemplarla, goza y salta.

*

—¡Qué mariposa!—dice visiblemente emocionada la niña y, en ésto, ha visto una amarilla, como el girasol, revoloteando sin descanso de una en otra flor. Mameng se detiene un momento, suspende su carrera, plega sus dos manos sobre el pecho y reflexiona la manera de cogerla. ¡Es muy linda! Tiene unos colores así de ... oro y arcoiris!—Bruscamente alarga la mano derecha: la mariposa se acercó tanto á ella que casi le rozó el vestido; y sus pequeños dedos se manchan del polvillo áureo de las alas, pero la burladora mariposa se escapa. Mameng se animó: la primera tentativa le había hecho creer que tenía ya cogido, entre sus manos, el insecto.

Otras veces también había perseguido mariposas, pero no eran tan lindas y tan ... como aquella, ni estuvo tan afortunada como aquella primera vez. Anteayer cabalmente estuvo ella pesarosa y mal humorada, al volver del jardín, porque aquellas mariposas eran muy ariscas y no se dejaban coger. Pero entonces era otra cosa. De seguro que iba á ser un gran día. La cogería y le daría de comer todos los horas y la pondría en una jaula, como un pájarito, para ver como movía las alas y saber porque besaba tanto á las flores del jardín.

Entre tanto, Mameng queda mirando atentamente y con curiosidad entre sus dedos aquel polvillo de radiante oro puro, mezclado con un tinte azul, que alegraba su vista lo mismo que cuando veía á su planta favorita, allí en un rincón de su huerto, dar un brote ó una flor, rodeado de mil encantos, gracias á su riego y cuidados.

Encendido el semblante que reverbera contento y júbilo, busca de nuevo con chispeantes ojos á la mariposa. «Allí está» se dice y corre hácia aquel punto. Es un hermoso rosal aquel en que se ha posado el lepidóptero. Tiene hojas y flores en abundancia: es la señora y reina de aquellos sitios. Mameng, adelanta con las manos en actitud de coger, teme hacer ruido con sus pisadas y se acerca queda, muy

quedita, sin aliento, sin respiración casi. Le sofoca la emoción. De pronto vuela la mariposa y hiende el aire con sus alas y se va á posar en una planta cercana: parece que al notar la persecución de que es objeto, piensa desafiar á la juguetona niña.

*

Y el desafío se entabla. La mariposa vuelve al mismo rosal y permanece menos de un minuto. Mameng corre tras ella, pero ésta vuelve á volar luciendo al sol sus tornasoladas alas y dirigiéndose á una elevada dalia, á través de un camino de irregulares círculos y figuras enigmáticas que seguían con una tenaz avidez los ojos de la niña. Largo rato estuvo volando sin descansar. Mameng sentía el ruido de su vuelo, veía aquellas dos finas y movibles láminas, pintadas de múltiples colores que la luz del sol hacía transparentes, y no cesaba de formar en su fantasía mil proyectos y esperanzas que le enardecían y le envalentonaban á terminar aquel desafío. En un momento de impotencia, la niña coge del suelo un largo palo que levanta luego por los aires y lo blande como un arma mortífera para atrapar á la fugitiva mariposa. Esta, sin temor alguno al arma, se posa lentamente sobre una flor próxima, agitando con suave movimiento sus alas como si fueran un abanico que le aliviase del calor y de la fatiga sentidos durante el vuelo.

—¡Ah, por fin, eres mía!—exclama la niña entre gozosa y conmovida, alargando el palo y golpeando la flor. La flor se separó del tallo, magullada por el golpe y cayó á tierra, inerte, como cortada por un cuchillo. La mariposa sacudió enérgicamente las alas y voló nuevamente escapada del peligro, continuando el camino de la dalia y trazando sus irregulares círculos y sus enigmáticas figuras como si nada hubiera pasado.

Mameng sigue corriendo en su persecución agitando el palo y sacudiéndolo, á diestro y siniestro, mojada de sudor, y resollando fuertemente por la fatiga. No, no lo dejaría. De veras que no lo dejaría. Le perseguiría donde quiera, hasta el fin: no pararía mientras no se dejara

coger, aunque se viniese encima la tarde, aunque anocheciese. Ella persistiría y de seguro que la cogería al fin, no faltaba más. ¡Que no la llamasen como se llamaba, si ella no cogía aquel hermoso animalito de oro!

Y la mariposa, aleteando coquetona sobre los aires, y la niña corriendo y saltando por alcanzarla, evocan la semejanza de nuestra alma corriendo tras una fugitiva y burladora ilusión. Mameng por momentos aparta la caballera que cae sobre su frente, enjuga el sudor que moja y enciende sus mejillas y busca enseguida á la mariposa que sigue desafiándole con su errático é indeciso movimiento y su continuado sonoro revolotear entre flores y caricias de sol. La mariposa parecía decirla: «Yo soy animado fragmento del iris: mis alas tienen resplandores y esmaltes de primaveral cielo, mi vida es un vuelo sin fin por los espacios: bebo el aura, las flores beso con caldeada pasión, tengo bellezas escondidas, ocultos encantos, deslumbro, me dejo desear y amar, y huyo: persígueme, niña».

*

Mameng la persigue blandiendo el palo que tenía en la mano. Aquel juego ya la cansaba. Se le agotaba la paciencia. Ella no podía explicarse como era tan difícil coger mariposas, cuando tan pequeñas eran. ¡Si se aprendería aquello en el colegio! Aseguraría que aquello se aprendía, pues de otro modo no le costaría tanto. Sus amigas, sí, que sabían coger mariposas, á puñados, así ... á centenares. Algunas veces llevábanla algunos de aquellos animalitos de oro, vivitos, muy hermosos, que ellas colocaban luego sobre la punta de las flores para que pudiesen comer. Pero ella era muy desgraciada, una infeliz niña. Jamás había sabido coger una mariposa. Todas se le escapaban como si les fuera á hacer algún mal. Pero ¡si no! ella no les hará ningún mal, ¡al contrario!

Y con cierto malhumor, con rabia casi, deja caer un golpe violentísimo sobre la dalia en que descansaba el lepidóptero desde mucho tiempo. Ella había dejado adrede que pasase mucho tiempo para hacer creer á la mariposa que ya no la perseguía. Y cuanto más descuidada estaba,

entonces se vió rodar á la flor, al recibir el rudo golpe, y rodar con ella á la mariposa, medio aturdida, temblorosa, agonizante, sin una ala, al llegar al suelo. Era un momento sublime aquel. Cayó la flor entre una lluvia de hojas y vióse á la mariposa hacer imponderables esfuerzos para volar, con una de las alas que le quedaban, y llegar al suelo temblando como un reo al acercarse al lugar del patíbulo.

Mameng la atrapó al fin. Soltó involuntariamente un fuerte grito de júbilo, arrojando lejos de sí el palo y corrió hácia la mariposa cubierta y escondida entre la yerba, rígida ya, sin vida, húmeda de rocío, medio desteñida de aquellos colores hermosos de arco-iris y sin una ala. Estaba fea, muy fea en aquel estado.

La niña la coge y mira con triste curiosidad aquel pequeño cadáver que desprendía el áureo polvillo de su ala, tornasolando la palma y los dedos de la llorosa vencedora. La mariposa muerta con sus ojitos opacos parecía entonces decir á la pobrecita: «Yo soy la ilusión que al hombre convida al goce y á la felicidad, le animo con mis primores, despierto sus deseos para perseguirme; y cuando me tocan, me desvanezco; y cuando me cogen, me convierto en polvo y mortuorio despojo».

LA HADA DEL COMBATE.

I.

Resuena el clarín: los caballos relinchan, las pisadas de un gran ejército hacen retemblar la tierra. Un joven, un bello y arrogante joven, cuyas miradas fulguran, con pálida y misteriosa luz, vá al frente de todos. El enemigo espera á lo lejos; no quiere provocar la lucha: pero el joven manda avanzar—«¿Qué pretendemos? ¿No es luchar por la patria? Adelantémonos: la gloria sale al encuentro del que llega primero».

¡Dura fué la refriega! El enemigo era bravo y su-

perior: los jefes valerosos y decididos. El cañón tronaba con apocalíptico sonido: los fusiles vomitaban llamaradas de infierno. El humo hizo bajar la noche en pleno día: cayeron los hombres como espigas: los cadáveres fueron alfombra de los caballos. ¡Horrorosa hecatombe!.

El bello joven siguió al frente de todos: con la frente enhiesta miraba los movimientos del enemigo é impávido y grande acariciaba con una mano el puño de su arma y con la otra daba la señal de mando.—«Es un héroe», le dicen todos. Y los soldados, borrachos de sagre y pólvora se meten en el corazón del enemigo y hacen profunda carnicería.

En un momento, el bello joven vió que el abanderado había caido. Vió que la bandera había sido cogida por los enemigos. «¡Viles, robais lo más precioso, lo más sagrado, el corazón de la patria, el alma de mi nación. Antes moriré».—«¡Sus! mis amigos, á ellos. á ellos, Perderemos el honor si perdemos la bandera; perdamos también las vidas para perderlo todo». La embestida fué terrible, fué sangrienta: un diluvio de fuego, un arroyo de sangre. Pero, la bandera se ganó: el enemigo, descuartizado, huyó á la desbandada.

II.

Brillaba la ciudad como un gigantesco foco: mil arcos hundían sus alturas en las bóvedas de los cielos: sones de música estallaban en las calles y estremecían las almas. La ciudad festejaba la llegada de los vencedores.

«Ahí llegan, ahí llegan»—gritó la muchedumbre Un bello y arrogante joven, cuyas miradas fulguran con pálida y misteriosa luz, va al frente de todos. La bandera del ejército, aquella que fué reconquistada del enemigo, tremola sobre todas las cabezas: todos la saludan. «¡Oh enseña de la patria! tú alientas al soldado, tú engrandeces al héroe tú embraveces la sangre del corazón».

En un tablado grande y magnífico está sentada en grada de honor, una, sobre todas, hermosa mujer, princesa de la gracia, emperatriz morena de lánguidos ojos. Ella espera con ansia la llegada del héroe y mira á todos sonriente

y como embriagada de dicha. El héroe sube al tablado entre aclamaciones del pueblo y recibe de manos de la hermosa un áureo anillo de gruesos diamantes.

Al darlo, la emperatriz sonríe con la más graciosa y bella de sus sonrisas y dice estas palabras:—¡Oh héroe, tu gloria glorifica á tu patria, la hada de la victoria te ha conducido en sus alas para aterrar al enemigo, llévate el premio que la gratitud del pueblo te da, pues lo mereciste!

El bello joven, besando la mano de la hermosa que le entrega el anillo, contesta estas palabras. Nada me tiene que agradecer la patria; mi valor no ha sido todo: en medio del combate me ha defendido una hada: en la hora del peligro ella me salvó. Allá en una humilde choza de mi pueblo, una mujer está llorando porque me ama. Su pensamiento me animó en la lucha; su recuerdo recalentó mi sangre. Ella ha rogado por mí. ¡Toda mi gloria es suya!.... ¡Oh mujer, eres llena de gracia y hermosura, toda grandeza, toda sublimidad, toda amor!»

(Publicado el 27 de Abril de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Dapit Hapon*.)

LA PRIMERA EMOCION.

Escribió su primer artículo al calor de una inolvidable impresión. Pulió, en lo que pudo, el estilo; empleó pensamientos graves y severos, como de un hombre maduro, de donde fué resultando un habla, más que regular, notable. ¡Qué alegre estuvo después! ¡Con qué cuidado dobló y puso bajo sobre muy blanco aquellas cuartillas de papel que le habían absorvido horas enteras y le habían costado tantos apuros! Luego sonrió. ¡Ah, qué sonrisa!.

Enrique tenía diez y nueve años, pero su cara representaba más. Naturaleza triste, desengañada, era de esos á quienes la juventud presta una seriedad demasiado prematura, niños hombres que llevan una faz marchita por tristezas ideales y un corazón enfermo pero tierno y delicado. Tímido y osado, humilde y altivo, despreocupado

y escrupuloso, tenía todas las contradicciones y defectos de esas naturalezas locas y exaltadas que acaban en un manicomio ó llegan á la inmortalidad; naturalezas ariscas y pletóricas de sol, pero exhaustas de jugo en medio de la alegre primavera. Poseía un talento observador y una inteligencia tardía pero clara y, como al mismo tiempo era de imaginación robusta y fecunda, resultaba imposible que no se manifestase en él esa tendencia común á los seres de su edad y temperamento, esa especie de enfermedad que les lleva á exteriorizar todo lo que tienen dentro, revelar y confiar sus tristezas, delirios é impresiones á los demás como si á éstos les interesaran. Quería ser escritor.

—Ahora mandaré ésto y al día siguiente seguramente se publicará, se dijo Enrique.

Y la sonrisa de antes, una sonrisa retozona, fina y alegre como un rayo de sol que se filtrase á través de los nubarrones de un mal día, volvió á dibujarse sobre sus labios y á animar, si cabe, más su cara. ¿Cómo no? Enrique había sentido durante mucho tiempo la obsesión. Quería publicar algo, darse á conocer. Ya era tiempo. Desde que comenzó sus ensayos y la diosa se hizo sentir en su interior soñaba ya en el deleite inmortal que proporcionaría el publicar sus artículos, aunque no los pagasen: mejor si era así: el arte no es un oficio y se rebajaría si se cambiase sus producciones con dinero, porque no hay dinero que pueda valer lo que un pensamiento, una observación ó una frase feliz.

Ahora se le presentaba ocasión de realizar su sueño. El director de un periódico nuevo invitaba á todos los escritores, viejos y noveles. Buen tonto era él si dejaba escapar aquella ocasión. Era cosa decidida: mandaría *aquello*. Y de antemano, parecíale ya ver publicado *aquello*: veía aquellos caracteres desfigurados y maltrechos que trazó su mano sobre el papel, convertidos en letras de molde, finas, regulares, pequeñas, sin manchas ni arrugas de tinta, mecánicamente bellas.

Enrique salió de su casa. Llevaba en el bolsillo del pantalón el sobre que contenía el artículo. En la calle esquivó la presencia de los conocidos y no pasó por de-

lante de la Universidad donde estudiaba á la sazón y cuya gran sombra se proyectaba sobre la calle como una alfombra de luto. El quería evitar todo lance y todo encuentro que descubriese su secreto. El quería escribir pero no quería que conociesen que escribía: aunque su firma se popularizase y lograse triunfos gloriosos, él quería mantenerse desconocido. Por eso había firmado su trabajo con un seudónimo.

Entre tanto pensaba cómo había de hacer llegar el sobre al director. ¿Entregarlo él? Oh, no: no hay que pensar en eso: entonces le conocerían y cabalmente eso era lo que procuraba evitar. Bueno: habría que dejar el sobre debajo de la puerta como hacen los repartidores con los números del periódico. Pero así podría extraviarse de mil maneras; si el criado no lo barría confundiéndolo con cualquiera basura del suelo, corría el peligro de no ser llevado á la mesa del director ó, si era llevado, lo fuera de manera que éste no lo pudiese ver entre los demás papeles. Y de cualquiera de estos modos el artículo ya no aparecería. Lo mejor ¿cuál era lo mejor? Ah, sí: remitirlo por el correo. Esto era seguro. Y con este propósito iba á volver sobre sus pasos, pero un pensamiento le distrajo y maquinalmente siguió el camino de la redacción del periódico.

Indeciso y tímido pasó delante de la ancha puerta de la redacción, abierta, muy abierta, como si invitase á todos á que entrasen. No había nadie: ni un portero, ni un ordenanza. ¿Entraría? No: sus escrúpulos de antes resucitaron allí, y pasó. Pero luego, como arrepentido de su pusilanimidad, volvió, se detuvo delante de la puerta y miró por todas partes como si esperase ver á alguien para entregar el sobre y, como nadie apareciera, se entretuvo en mirar aquel gran portalón, aquel amplio zaguán y allá en el fondo un bulto grande y largo que permanecía en la oscuridad: acaso un carruaje. Después de mucho rato, Enrique como si súbitamente sintiese un acceso de valor en aquella soledad, arrancó del fondo del bolsillo el sobre y, sin acordarse de su anterior resolución, lo tiró precipitadamente allí, en medio del suelo, donde cayó con un ruido de alas que rasan un instante la superficie de una pared.

Después huyó, corrido y confuso, de aquel lugar como si acabare de cometer un crimen horrible.

Al día siguiente llegó el periódico y Enrique lo devoró con la mirada. Al principio su corazón dió un vuelco; ilusionado, creyó ver al momento el título de su trabajo. Pero se convenció muy pronto de que se había engañado. ¡Su artículo no estaba allí! ¿Por qué? Ah! no debió gustar seguramente. ¡Qué decepción! ¿Era malo, por ventura? Su amor propio se sentía mortificado por esta idea y un movimiento de despecho le hizo decir que todos los redactores de aquel periódico nuevo, incluso el director, eran unos ignorantes. Pero bien pronto se rehizo: tuvo una esperanza: quizá lo publicarían al día siguiente. Aquel día sin duda había sobra de material.

Pero ni al día siguiente, ni al otro ni al tercero el artículo se publicó. Enrique empezó á desanimarse, á estar desabrido: quería pedir satisfacciones al director, saber la verdad. ¿No habrá éste recibido el trabajo? Más de una vez se arrepintió de no haber cumplido su propósito de remitirlo por el correo. ¡El artículo se habrá extraviado quizá!

Enrique, desesperanzado ya completamente, abrió un día el periódico.. ¡Al fin! ¡Allí estaba! Sí, era su artículo. Una llamarada de rubor y gozo coloreó su cara, sintió un desvanecimiento lánguido, suave, como si fuese arrullado en brazos de una hermosura, y una especie de cosquilleo tibio en el corazón y de pasajero mareo en las sienes le dejaron recogido sobre sí mismo durante algunos instantes, oyendo vibrar fuertemente en el silencio las impresiones deliciosas de su alma. Realmente para Enrique aquello era una emoción virgen, una emoción nueva, desusada, desconocida, semejante á la de los primeros amores, mucho más aún; la mirada de la primera mujer amada no le hubiese trastornado tanto: recordó el placer de los dioses y se afirmó que él lo sentía. Miró con ternura el título; luego se fijó en la firma, empezó á leer dos ó tres líneas al principio, saltó hácia la mitad y volvió al principio; leyólo más despacio... Analizaba las palabras y hasta las letras, se fijaba en las nimiedades, en las erratas: algunas

le hacían desfallecer: dejaban oscura y enigmática la frase ó le hacían decir lo contrario de lo que quería. ¿Qué diría el público de él? Se reiría y le calificaría de ignorante, pedestre, sin conocerle. Todo por culpa de los cajistas. ¿Por qué errarían los cajistas?... ¡Vaya! Aquello se lo diría al director: le haría publicar una fé de erratas de su artículo, si fuese necesario. Enrique, de este modo, pasaba de un arrobo delicioso á una pena, de un deleite celestial á una cólera mal reprimida; su artículo no le proporcionaba enteramente el placer de los dioses: hasta se arrepintió de haberlo mandado: aquella mala gente le había estropeado su obra y el público se habría burlado de él con razón.

Pero ¡qué amable era el director! Mire V. que sin conocerle, acceder á su súplica y dar á luz su trabajo en la plana preferente de la revista. Aquello era comprenderle. El trabajo debe de ser hermoso: si no ¿cómo había de publicarlo? Ciertamente le había hecho esperar muchos días: pero era seguramente porque no había sido abierto el sobre sino hasta entonces ó no había sido visto de antemano. A ello se habría debido la tardanza. La verdad es que él tuvo la culpa de no haberlo remitido, como se propuso, por el correo... ¿Cómo podría conocer al director? Porque, á la verdad, Enrique sentía deseos de conocerle para darle las gracias personalmente: un vivo sentimiento de gratitud se movía dentro de su pecho hácia aquella persona desconocida, pero bella y amable, á quien su imaginación le presentaba digna de consideración y respeto.

Tuvo una idea. Enrique dirigió una última mirada de ternura al periódico, lo soltó sobre la mesa y se puso á escribir:

«Señor Director:

«Un millón de gracias por la publicación de mi primer artículo. Débole á V. primeramente el honor de figurar mi firma modesta en su importante revista y segundo la satisfacción y el deleite de los más grandes y puros que he recibido en mi vida. En prueba de gratitud, ya que no puedo demos-

trarla de otra manera, le seguiré enviando á V. mis artículos.»

«Ruégole únicamente que mirando por el honor de mi pobre firma tenga á bien recomendar á los cajistas que no se coman muchas palabras.»

«Sírvase V. admitir los respetos y consideraciones de, etc., etc.»

Dobló el pliego, puso al sobre y llamó.

Pero al ir á mandar la carta, un mal pensamiento le desconcertó y le hirió en lo más profundo de su amor propio quedando un momento pensativo y murmurando:

—No he caido en eso... sí, ¡quien sabe! Mi artículo se habrá publicado porque faltaba algo con que llenar el periódico y sólo sirvió para cubrir un hueco.

Y Enrique, agitado, con algo de vergüenza y pena, rasgó en menudos pedazos y con cierta melancólica negligencia la carta dirigida al director.

(Publicado el 19 de Agosto de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Dapil Hapon*).

UNA MUJER HERMOSA

I.

¿No os acordais ya, señorita, verdad? ¿No os acordais de aquel joven tímido, pobre, triste casi siempre, como árbol de cementerio, muerto de amor por vos, cuyas esperanzas habeis animado y correspondido en otro tiempo con vuestra predilección y cariño? ¿No os acordais de vuestras confidencias que os hacían tan hermosa y amante á sus ojos hasta tal punto que diera por vos cien vidas si cien vidas tuviera y vertiera por vos toda la sangre de sus venas para evitaros un disgusto y ahorraros una lágrima? ¿No os acordais de su exaltación cuando estaba en vuestra presencia, de sus promesas eternas de felicidad como si la felicidad estuviera en su arbitrio el dárosla, de sus grandes tristezas cuando os veía enfadada, de sus ataques de

risa y júbilo cuando brillaba sobre vosotros la paz dichosa de la reconciliación?

¡Cuán fragil es vuestra memoria, señorita! Todo ésto lo echais al olvido como si nada hubiera pasado, olvidais aquel tiempo que tanta dicha y tanto amor contuvo como no han contenido jamás flores los campos en primavera ni estrellas el espacio en serena constelada noche ...

¡Me estremezco de horror ante la espantable ligereza de vuestros recuerdos!

Si tuviera hidalguía y piedad, yo no debiera recordaros nada de ello; siempre, siempre es amargo el recuerdo de un pasado feliz, pero estoy aburrido, señorita y ¡cuán dulce es suscitar recuerdos de amor y felicidad cuando llegan momentos como los presentes!

Juzgad vos misma si debo estar aburrido. Esta mañana me han despertado diciendo que me buscaba un amigo á quien no quería ver; el criado me hizo un chocolate inservible é intoxicante; el cielo permaneció gris y fatídico para no dejarme ver el sol que sabía era mi amigo y mi alegría; cuando iba á salir no quiso pasar ningún vehículo hasta dos horas después; necesitaba hablar á una persona la cual en el mismo momento de mi llegada acababa de salir de su casa; me dediqué en la oficina á emborronar un informe sobre un complicado expediente y el Jefe me reprochó y riñó notando un cúmulo de distracciones; me retiré á casa y el diablo de cocinero había tardado en volver del mercado y no me ha servido la comida sino después de una hora de desesperación y ayuno....

¡Oh, qué dulce es suscitar recuerdos de amor y felicidad pasados en momentos, como los presentes!

II.

Érais una chiquilla cuando *él* os conoció; prometíais ser hermosa, ésto es verdad; porque la ternura dulce de vuestras miradas, las curvas incitantes de vuestro cuerpo y el elástico desenvolvimiento de todo vuestro ser aumentaban de una manera vigorosa y exhuberante cual si las energías de la naturaleza se complacieran en derramar sobre vuestra figura tesoros de hada gentil y divina.

Fuísteis primero muy amigos y *él* os veía crecer y venir á la vida, con esa hermosura que invita á calientes dulzuras de amor, con esa vivacidad admirable de la crisálida que adquiere alas y queda transformada en mariposa en el recinto de un jardin.

¿Qué os diré que no lo sepais? Vuestro amigo con el tiempo se prendó locamente de vuestros encantos y un día os declaró su pasión.

¿Por ventura le rechazásteis? No. Él era pobre, lo sabíais: *él* no era hermoso ni gentil, lo comprendíais: estaba triste casi siempre por un capricho de su naturaleza y tímido con vos apesar de llevaros más años y de la confianza que mediaba entre ambos. Lo de pobre decíais que no era defecto: lo de poco hermoso, menos: lo de triste os gustaba y divertía porque decíais que así os era más interesante y, finalmente, lo de tímido era un encanto mayor porque eso probaba las delicadezas de su pasión y las virginidades de su alma y porque no os gustaban los hombres brutales, coléricos, turbulentos.

¡Qué dulces eran aquellas veladas, qué inolvidables aquellos días de ternuras y caricias embriagadoras!.

Él vivía lejos de vuestra casa: muchas veces no podía veros porque era necesario contar con algún dinero en el bolsillo y él se encontraba casi siempre sin un céntimo: no quería deudas y prefería caminar á pié los kilómetros de distancia que le separaban de vos. Sudoroso, jadeante llegaba á cierta distancia de vuestra casa y para ocultaros su fatiga se limpiaba varias veces el sudor del rostro, componía sus cabellos, se arreglaba su traje y se presentaba á vos sonriente, descansado y perfumado, como si acabase de salir de su tocador.

Su pobreza y su suerte le arrancaban en la soledad lágrimas y suspiros, pero *él* olvidaba sus sacrificios y tristezas al hallarse cerca de vos y se consideraba pagado con creces con una de vuestras miradas y sonrisas amorosas.

Por vuestra parte, vos parecíais corresponderle. ¡Qué buena érais en aquellos tiempos! Le contábais todo, los cuentos de las amigas, las galanterías de otros jóvenes que

os seguían los pasos, las delicias de vuestra vida, el mal humor y el disgusto pasajeros con la familia, le pedíais su opinión sobre el color del vestido, la cinta ó la alhaja nueva, la dábais cuenta de ir á una fiesta, á una reunión á la casa del vecino....

Sí: *él* os amaba y vos le amábais á *él*: él fué muy feliz con vuestro amor, vos también creo que lo habeis sido en aquellos tiempos, pero aquellos tiempos pasaron y hoy ...ya no os conoceis ni os saludais cuando os encontrais en la calle ó en alguna función de iglesia.

III.

Sigo con mi maldito aburrimiento, mi ataque de *spleen*, señorita, y debo seguir recordando hechos del pasado, escenas de felicidad rotas por el deshielo natural de los sentimientos.

¿No es verdad que aquel joven fué lo suficientemente torpe para no conocer vuestro carácter y comprender de lo que érais capaz? ¿No es verdad que dejó de ver en el tranquilo misterio de vuestras pupilas la llama de la traición que ardía debajo de ellas con tétricos resplandores? ¿No es verdad que cuando os vino el cansancio le dejásteis como un mueble inútil que estorba al lujo y fausto de vuestras conquistas?

Teneis razón: eso es muy natural, señorita. Cualquiera en vuestro lugar hubiese hecho lo mismo.

No os recrimino por ello. Si á alguien hay que recriminar ese será él, porque no quiso sacar todo el partido posible de su felicidad, cuando ésta estaba á su favor y le concedía derecho sobre vuestro corazón.

Cuando él se convenció de su desgracia, barbotando dolor en su alma recientemente herida, oid lo que decía:

Tengo derecho á llamarla mía.

Tengo derecho á todo su corazón y á cada una de sus palpitaciones y latidos de amoroso sentimiento porque fuí el primero en poseerlo y ocupar su atención y constituir su dicha.

Tengo derecho á cada uno de sus cabellos porque jugaba tantas veces con ellos y los aprisionaba entre mis dedos,

arreglándolos á mi gusto y capricho para hermosear su cabeza y hacerla más interesante á mi vista.

Tengo derecho á sus labios, sus mejillas, sus manos, porque los he besado innumerables veces con los besos más tiernos y apasionados y llevan aún la huella de mis hondas caricias de amor.

Tengo derecho á las palabras de pasión que dice á su actual amante porque me había dado palabra de no amar á otro y que antes de ser perjura se arrancaría la lengua.

Aquellos árboles que tantas veces nos han visto pasear con la sonrisa y el amor.

Aquella luna que durante un tiempo fué nuestra mayor delicia y cuya salida esperábamos con tanta emoción y ansia para acudir á la precisa hora de la cita.

Aquella brisa que venía del monte, portadora de mil ensueños y proyectos, la cual acariciaba sin temor ni ofensa los bordes de su cabellera y los pliegues de su vestido y llevaba hasta mí el perfume tibio que emanaba de ella.

Aquellos mudos objetos del salón que han asistido á todas nuestras veladas y oído repetir las mismas promesas y que después de algún tiempo parecían recitar entre sí lo que de nosotros habían aprehendido.

Todo eso la recordará mi imagen, mi amor, las horas aquellas de caricias, el mundo aquel de ternuras y confianzas, y si su corazón es infiel, su memoria en cambio permanecerá leal, firme, inquebrantable, por la cual quedará unida á mí eternamente.

Estas cosas os decía, señorita; habeis de perdonar sus muchas extravagancias porque el que hablaba os amaba todavía mucho en aquel tiempo y las muchas inconveniencias que ha revelado en su dolor no os deben inquietar en lo más mínimo.

¿Qué importa que le hayais dicho que vuestro corazón era suyo si luego quereis quitárselo de nuevo para darlo á otro?

Los árboles que os han visto tantas veces ni la luna que ha alumbrado vuestras citas, ni la brisa que venía del monte ni los objetos del salón, testigos todos de

aquellos amores, no dirán nada á vuestros nuevos amantes porque son mudos y discretos y éstos no sabrán nada de vuestro pasado.

¡Estad, pues, tranquila, señorita!

Podeis erguir vuestra frente como si fuese verdaderamente pura, podeis convencer á vuestros amantes con vuestra virtud y honestidad y. sobre todo, cuando os acordeis del tiempo atrás podeis reiros á rienda suelta de la candidez de ciertos hombres como vuestro primer amante, quienes se contentan con dominar á las mujeres por el amor y la promesa creyéndolas con ello suficientemente ligadas á ellos...

El amor es un juego, y pierde aquél que no sabe aprovecharse de todas las coyunturas favorables de la fortuna.

¡Oh, mi maldito *spleen*!

IV.

Hoy sois feliz, según dicen, porque teneis dos ó tres amantes que se disputan y luchan por obtener una de vuestras miradas húmedas de amor y. encantadoras, ofreciéndoos tesoros, comodidades, honores, dichas.

Vuestro antiguo amante no podía, en verdad, ofreceros todo eso. Solamente podía daros ún corazón rebosante de cariño y poesía y afanoso de ser correspondido.

Pero... es mucha verdad, señorita, que ahora no se vive de poesía.

El está casado con una mujer prosaica y casera: ahora tiene dos hijos y dice que también es feliz.

No lo creo: ¡feliz con una mujer y dos hijos!...

Aquí acaban mis recuerdos de amor y felicidad pasados y aquí mi aburrimiento pesado y fatídico se diluye á los rayos del sol que ahora brilla en el cielo, despojado de las nubes grises y funerarias de este día...

(Publicado el 20 de Julio de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *Dapit Hapon*).

EL HIJO QUE VUELVE.

I.

El viejo Pedro no había hablado durante la cena sino algunos monosílabos. ¡El que acostumbraba charlar con todo el mundo, pedir noticias de la guerra, que era el tema de todos los días, ya con los vecinos, ya en tertulia con la familia! Había recibido aquella tarde noticia que un soldado, que acababa de volver al pueblo, le había dado y desde entonces se le había agotado el habla, puéstose sombrío, regañando á toda su familia. Su mujer le había intentado sacar de su mutismo con cuatro gracias pero ¡que si quieres! contra su costumbre el buen viejo la dijo lacónicamente:—Vaya, mujer. ¡No tengo buena la cabeza! ¡Ah, que buen hijo tenemos! Y á medida que adelantaba la noche, se ponía más taciturno, sombrío, horrible. Aquello no era mal humor simplemente, era algo más. ¿Qué le había contado el soldado?

Él, Pedro, tenía, dos hijos en la guerra. Los había educado y hecho estudiar. ¡Buenos muchachos! Él estaba contento no tanto por lo que veía en sus hijos como por lo que de ellos hablaban los vecinos. Labrador al principio, fué adelantando poco á poco, á fuerza de trabajos y sudores, vendió bien sus cosechas por varios años y ganó mucho: empleó parte de su dinero en negocios que le salieron bien y con ésto pudo vivir más desahogadamente y educar é instruir á sus hijos. Pero con todo llegó á viejo, ignorante, y así se consideraba tan pequeño ante sus hijos cuando éstos le hablaban de cosas que no lograba comprender bien. Recordaba que un día, ¡día terrible! cuando hablaron los cañones, sus dos hombres le habían dicho, entre otras muchas cosas, dos palabras que se le habían clavado en la cabeza: Patria, Libertad. Y que ante el entusiasmo que vibraba en la boca de los dos jóvenes, él, viejo y todo, sentía también que se le crispaban los nervios y se le alborotaba la sangre. ¡Oh, sí, que vayan, que vayan enhorabuena si con eso creían pelear por

su hogar, por su madre y hermanas, por él mismo que ya no podía cargar un gran peso sobre sus hombros y enderezar las ramas de los árboles como en sus mejores años. Si pudiera ¡vaya! si pudiera....Él les había echado la bendición contento, satisfecho, abrazándoles para una eterna despedida quizá. La madre les procuraba detener y él se enfadó.—¡Por eso no tendréis nunca hombres sino chiquillos!—la dijo él.

II.

—¿Y mi hijo?

—Está aquí, de vuelta, conmigo: hemos llegado hoy. Le he dejado en casa de.....

Esto le había dicho el soldado aquella tarde.

¿Cómo? ¿Ricardo aquí? ¿Fugitivo también como los demás? ¿Cobarde también? ¿Traidor? Aquello era demasiado golpe: de modo que él le creía que cumplía bien con su promesa, de modo que él le veía fulgurante, glorioso, trágico, en medio de la lucha, animando como buen jefe á sus soldados, dándoles ejemplo de abnegación, de valor, ofreciéndose en primera línea á las balas....y él estaba aquí, á cien pasos, con una mujer, con su novia, riendo tontamente, diciendo cuatro tonterías, mientras allá, lejos, no comen y mal duermen sus compañeros....? ¡Á la primera contrariedad, volver! ¿Qué es ésto? ¡Oh! por cierto que bien le pesó en el alma saber el triunfo de los otros, la retirada de los suyos, es decir, de aquellos entre quienes sus hijos estaban. Pero ésto no era tan doloroso como el saber que su hijo había vuelto, había dado las espaldas en el primer azar....¡Buenos defensores, oh, qué buenos!

Y dudaba entre si buscar á su hijo é insultarle ó rematarle por cobarde, ó no recibirle ni verle cuando se retirase á casa.—¡Me deshonraría con su contacto! decía el exaltado viejo.—Y medía á grandes pasos la habitación, mudo, sombrío, con la cabeza baja como el genio del mal que meditara un plan siniestro....

III.

Después de la cena, dijo á su mujer:

—Cerrad bien las puertas y no recibais á nadie, quien quiera que sea. Voy á pasear.

Y se fué. Fué á buscar á su hijo, aquel mal hijo, que lo era peor de la patria, en la casa de su novia, de la mujer aquella. ¡Qué mujer, Santo Dios! ¿Cómo se atrevía á recibir á uno que había escapado, huido del campo de honor, haciendo traición á su deber, á sus compromisos? Ellos estarán ahora regalándose los oidos con hueca palabrería y después de tanta ausencia, se recompensarán con suspiros y ternezas el pasado paréntesis de sus amores. No tenía ninguna idea fija al ver á su hijo: batallaban mil sombras en su cabeza: latían sus sienes, se ponía enfermo. Necesitaba ver qué cara tenía aquel hijo, que tan negramente se había portado: no le reconocería quizá; tendría cara de criminal, de bandido, demoniaca y horrible. ¡Ca, aquél no era hijo suyo!.

Llegó pronto, en el exceso de su fiebre, á la casa á donde iba á ir y subió rápidamente la escalera para sorprender al cobarde. La gente se asustó al verle, le creyó loco: él preguntó cualquier cosa: pareció oir que le contestaban que había salido hacía unos minutos: volvió á bajar y á dirigirse á su casa. Allí con seguridad estaría. Bien. ¡Oh le insultaría de piés á cabeza de modo que se acordara de la vergüenza que había perdido!

Su mujer le salió al encuentró.—¿Él?—dijo el viejo—¡Quiero verle, quiero verle! Á ver qué cara tienen los militares cobardes, sin honor.—Nadie ha venido—dijo la mujer.—¿Nadie? Bien se ve, que eres madre, pues defiendes aún á los hijos malos. Y le buscó, entró en el cuarto, seguido de su mujer que le detenía, lo mismo que los chiquillos, y al salir de allí viendo que no estaba, se encontró de manos á boca con su hijo, erguido, sereno, como si de nada tuviera que acusarse. La madre se interpone entre el padre y el hijo. Pedro sintió asco al ver aquel joven, todavía vestido de militar, que se atrevía á desafiarle con una mirada tranquila y serena. ¿Habríase visto cinismo igual?

—Y ¿á qué has venido? pudo al fin articular el viejo ahogado por la cólera y la indignación.

El hijo contestó largamente, contando una serie de peligros, de que se había escapado: él había sido abandonado por sus soldados, casi cogido, se había agazapado en una excavación de terreno, á cubierto de unas plantas, estuvo tres días sin comer más que frutas, estaba cansado, rendido extraviado, caminó mucho, día y noche, y cuando se cercioró, se encontraba cerca de su pueblo, quiso visitar antes á su familia y á....(El joven dijo un nombre de mujer).

Cuando Ricardo acabó, su padre estuvo callado mucho tiempo, le miró fijamente, con mirada dura, colérica y al cabo preguntó secamente:

—Y bien ¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? Pedir la bendición de V. y de mi madre y marchar de nuevo. No he venido más que para eso.

Al oirle ésto, aquel anciano, cambiando repentinamente de aspecto, con una exaltación de locura, riendo y llorando al mismo tiempo, abrazó á su hijo á quien anegó en lágrimas el rostro, diciendo:

—¡Todavía eres mi hijo....¡Todavía eres mi hijo!—

(Publicado el 21 de Abril de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

AQUELLA DIOSA...

(PREHISTÓRICO).

Maliksí, el joven pescador, mirando el agua, cantaba á media voz aquella leyenda guerrera que aprendió de un abuelo suyo, *pinuno* de tropas:

En aquel día, el sol no presentó su cara,
los machetes rojos, borrachos de sangre,
pesaban en la vaina; la tierra hambrienta
se hartó de la carne de los cadáveres.
Los cuervos alegres.....

Oyó un sonido y suspendió su canto. ¿Por qué llamaban con el *tambuli* á combate? ¿Qué peligro había? El pescador recogió inmediatamente su red, en cuyas mallas brillaban como sueltas pedrerías las gotas de agua, cogió su remo y se dirigió á la orilla.

Ya había mucha gente, que iba y venía, formaba grupos y se disolvía. El Rahá de X... había mandado convocar á los del pueblo, pues, según decía, tenía que avisarles de una gran noticia. Una próxima batalla quizá, pues la llamada de aviso era marcial. ¿Contra quién? Nadie conocía el motivo ni podía sospecharlo. El Rahá de X... estaba en paz con los régulos vecinos. En una fiesta que celebraron los de Maylintá acudieron muchos Rahás y Maginoos y se divertieron en grande. ¿Cómo después de una fiesta había de tener lugar una batalla?

El pescador se dirigió á su casa, para prepararse y vestirse como los demás, limpiar su *sundang* y acudir á la convocatoria. Cuando llegó á la plaza, el Rahá, solemnemente vestido, rodeado de sus primates, hablaba al pueblo.

Había llegado un mensaje por las montañas. Allá desde la punta Marikít se divisaban á lo lejos grandes bultos negros, que no eran champanes de China ni de Japón. Por sus velas y su aparejo parecían *paraws* monumentales. No siendo chinos ni japoneses comerciantes ¿quiénes serían? No hay duda: eran enemigos, gente de extraños y remotos paises.

«Preparad sacrificios los varones, rezad las hembras y cada cual examine su corazón para ver si ha cometido algún delito, desagradable á Bathala. La guerra es un castigo, la sangre que corre desagrada á la divinidad, menos cuando se la ofrece en penitencia de nuestras culpas. Nos amenaza un castigo: ahuyentémoslo con nuestros votos y oraciones. Ordeno que mañana todos concurran al sacro bosque llevando sus ofrendas para implorar la misericordia de Maykapal».

Así habló el Rahá y todos, silenciosos, le oyeron y asintieron á cuanto había dicho.

***

En efecto, al día siguiente, una gran concurrencia llenaba el bosque. Bajo el sagrado *baliti* se hallaba colocado, sobre un ara de piedra, un ídolo de marfil, en forma de mujer joven y hermosa. Era *Matankilig*, la diosa tutelar de los guerreros.

El *Sonat* venerable celebró ante ella algunas ceremonias y consagró algunos nuevos guerreros. Éstos juraban ante la diosa. El joven Maliksí era uno de ellos y pronunció este juramento:

—Moriré en el combate antes que el extranjero pise y viva en nuestras chozas y cabañas. *El buaya* me trague, al bañarme, ó el *dahungpalay* me muerda, al ir por el bosque, si falto á esta sagrada promesa.

***

Los enemigos habían llegado. Venían en unas embarcaciones grandes, que se movían airosas y gallardas sobre la azul superficie de las aguas, como *lanzaderas*. Los hombres que las tripulaban eran blancos como *hijas del sol*, altos, robustos; estaban cubiertos de piés á cabeza; los trajes de los guerreros eran pesados, y llevaban bonitas armas. En su mayoría usaban barbas, como los *nunus*.

El gentío se estacionaba en la playa y miraba con curiosidad aquellas extrañas apariciones. Los *hombres blancos* habían bajado dos veces á tierra y solicitado conferencia con el Rahá; en ella se les explicó que podían bajar, si gustasen, pero sin armas. Aquella condición pareció molestarles, hablaron de que bajarían á tomar posesión de estas tierras, en nombre de no se qué rey y de no se qué derechos. Entonces, el toque de aviso se repitió, la gente se formó en toda la extensión de la playa y en lo alto de un templete, en medio de la plaza, se colocó la imagen de la diosa, la diosa tutelar de los guerreros ...

***

Porque *Matankilig* era objeto de gran veneración y culto de parte de aquellos sencillos é incultos isleños. Había salvado el pueblo varias veces de invasiones de los vecinos

y le había hecho salir triunfantes. *Matankilig* hacía invencibles á los que se acogían á su protección. Tenía la diosa una fama, tal y tan soberano ascendiente que apenas sus creyentes se atrevían á pronunciar su nombre.

—¡No en vano!

Porque veían en ella no sólo la defensora de los valientes en el combate, sino también la protectora del patrio hogar, del patrio terruño, de las patrias costumbres y leyes, la égida y símbolo de la libertad.

***

La consternación era grande y general.

Aquel era el tercer día que se trababa combate. Todo fué bien al principio. El Rahá, valiente y sereno, peleaba en primera línea. Los demás jefes vecinos, compactados con él, acudieron con sus bravos tiradores de saetas y sus diestras mesnadas de *lanceros*. La carnicería era espantosa. Nadie cedía: ni invasores ni invadidos. Pero después, al segundo día, se vió que flaqueó uno de los Rahás amigos, sintió cobardía y se entregó. Al tercer día, su ejemplo tuvo imitadores, cundió la división en las filas, el desaliento hizo víctimas, faltó cohesión, unidad y fuerza. Llegó un momento: ¡horrible fué! el de la catástrofe: todos se dispersaban, huían .....

Niños, mujeres y ancianos, con sus ajuares á cuestas, subían á las montañas.

Las huestes desorganizadas, tomaban el mismo camino. Sólo se oía el mismo grito:

¡A las montañas! ...

***

La noche era clara y hermosa. La luna, envuelta en su gasa de virgen, derramaba con sus dedos de plata lluvia de perlas que todo lo poetizaba y hurgaba en las cabezas jóvenes ensueños románticos.

Maliksí había corrido mucho. Llevaba sobre sus hombros un objeto que por el cuidado que observaba diríase fuera un tesoro. Estaba sólo en aquella eminencia de la

montaña. Abajo se veía alguna que otra fogata que encendía la muchedumbre fugitiva. Más lejos, en la playa, los enemigos vencedores, casi desaparecían en la bruma. Entonces se sentó y colocó en el suelo su carga. A la luz de la luna se podría reconocer ahora: era el ídolo de la guerra, la diosa *Matankilig.*

El joven guerrero enjugó el sudor copioso que se desprendía de su frente y permaneció pensativo. Después, como si dialogara con alguien,

—Te han abandonado—dijo—los que juraron guardarte fidelidad. Han dejado sus lares, sus chozas queridas; se han acobardado. Por eso les negaste tu favor y fueron vencidos. ¡Merecido lo tienen!

Cavó con su lanza en la tierra, ahondó y cuando creyó que había bastante, tomó el ídolo, besólo, abrazólo algunos momentos y lo colocó luego en la fosa.

¡Adiós! Los enemigos no te profanarán en ese sitio: tus creyentes no volverán á faltar á su palabra; no serás objeto de adoración, pero tampoco de burla y escarnio de nadie.

Se arrodilló y oró.

***

La consternación era grande y general.

Malíksi, el joven Malíksi, había muerto.

En la montaña se comentaba mucho su hazañosa y heroica muerte.

En los primeros momentos se le había visto acudir á todos los sitios de más peligro, esgrimiendo su nudosa y pesada lanza. Había desaparecido después; y cuando ya se le daba por muerto, apareció por uno de los lados del pueblo atacando al enemigo que se había establecido en él. Diez hombres tenía á su mando y todos cayeron con él: era una lucha desesperada, homérica, cuerpo á cuerpo. Malíksi parecía decidido á encontrar la muerte y la encontró.

Á su muerte, aumentó mucho más la consternación: se notó la desaparición de la diosa *Matankilig*, la diosa veneranda de los abuelos, tutelar de los bravos, protectora

de los hogares, égida de la libertad, cuyo misterioso paradero se desconocía....

El pueblo de X....cayó en poder del enemigo.

La diosa ya no se encontró....

***

....Aquella diosa volverá, si el amor á la justicia y á la libertad prende en el alma de todos los hijos de este país, si la fidelidad á la palabra y á la fé empeñadas no se manchan con el hollín de las pasiones, si todos comprendieran que es común el destino y la suerte que ha de caber á todos y que por tanto, deben ser comunes los esfuerzos, las aspiraciones y los pensamientos de todos.—(Publicado el 17 de Noviembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

EL PRIMER AMOR.

—Corazòn de mujer. ¡Puf!

Y dicho ésto, Fernando escupió y se paseó por la habitación, como una fiera enjaulada. Sin duda no consiguió tranquilizar su espíritu, pues siguió monologando en sus paseos y gesticulando solo como un aprendiz de orador ó comediante.

—Pues, no señor ¡que no! Mi voluntad es firme y resuelta. Ahora mismo la escribo y ...se acabó.

Mientras preparaba la pluma y el papel, recitó esta sentencia sabidísima:

—Las mujeres son falsas.

Tres páginas llenó la carta, escrita en medio de una irritación nerviosa que se reflejaba en sus caracteres desiguales y de rasgos violentos. El texto era el de siempre. Recriminaciones de esas que el criterio desapasionado y sereno encontraría baladíes y tontas, pero que el amor abulta hasta la importancia de un delito, quejas supinamente cómicas, si no las avalorara algún toque de poesía y sobre todo, ese fondo de amargo desencanto que se suele

encontrar en frecuentes ocasiones de la vida y que siempre inspira piedad y ternura; en fin, una carta vulgar de rompimiento.

Cuando terminó Fernando, compuso en su semblante una sonrisa, que se pareció á mueca. Desdén ó sarcasmo, lo significativo para nosotros es que después de aquello pareció serenarse y se disipó la última nube de su frente, como la oscuridad á los primeros rayos de la mañana.

***

Oigamos al mismo Fernando contar á su íntimo Julián el resultado de aquella carta y de sus primeros amores:

—No lo puedes creer, no lo creerás. Dicen que el primer amor en las mujeres es lo eterno é imperecedero. Mentira, afirmo que es mentira. Yo, precisamente, me enamoré de esa muchacha, de esa chiquilla más bien, para experimentar, beber por decirlo así, en el vaso dorado de la vida, el amor eterno de las mujeres. La conocí así en capullo y decidí que esa mujer me perteneciera para siempre. Nos llama la vanidad de los hombres á eso, á querer poseer un ídolo que solo nosotros debemos conocer y adorar, un ídolo que sea nuestro, desde un principio, y que sea nuestro hasta el fin. No queremos que sea profanado por nadie y, si fuera posible, que nadie lo mirase. Yo soñaba con eso, al pensar en la conquista de esta chiquilla.

Me costó mucho trabajo y mucho sacrificio: yo veía en ella poca firmeza y estabilidad en sus sentimientos. Lo atribuía naturalmente á que no había promovido su interés y procuré ésto á toda costa. Lo conseguí al fin, digo creí haberlo conseguido. Me dió el sí, me juró que me amaba y me consagró un afecto del cual me sentía orgulloso y feliz. Yo estaba encantado, enajenado: soñaba en mi felicidad presente y futura, pues creía acertar en la elección y realizar mi propósito, un idilio desde el principio hasta el fin, un amor eterno, el primer amor.

No te cansaré en describir mi dicha: bástete saber lo que ya sabes, si has amado. No me ruborizo de confesarte

que conseguí algunos favores bien inocentes: la respetaba como á diosa, pero la quería demasiado para que me contentase con contemplarla de lejos; ésto no lo consideraba infamia por cuanto estaba decidido á hacerla mía legítimamente. Obraba de buena fé, tenía confianza en ella y en mí, y no dudaba que su amor sería mío eternamente.

En cierta ocasión noté en ella desvío, no hice caso, atribuyéndolo á un acto de malhumor, ¿quien no lo tiene? Pero el desvío se fué repitiendo, y entonces me puse en guardia, inquirí la causa. ¿Qué sería? Nada, me decía ella, siempre que la preguntaba. Y yo confiado aún, no podía sospechar de su lealtad, puesto que á veces se volvía cariñosa y dulce para conmigo y además no tenía noticias de ningún otro joven que se acercase á ella, pues conocía todos sus pasos. Me daba además otra razón en abono de mi confianza: habían pasado cuatro años desde que se comprometió; siquiera por el tiempo, ella no desharía tontamente nuestros compromisos.

Sin embargo, la cosa cada día fué peor, su indiferencia, su desvío fueron marcados y ... en fin, para abreviar, me declaró lisa y llanamente un día que quería romper sus relaciones. Figúrate cómo me quedaría: soñar con el amor de toda una vida y luego de repente, así, por un capricho, «¡basta!» ¿Qué es eso? Confiésote que sentí ganas de destrozar á aquella mujer, de estrangularla, de ... no sé cuál es la palabra. Pero me contuve en su presencia: tuve aún, haciendo un esfuerzo inaudito, valor para reirme y así, como si no sintiera la puñalada dentro, con la mayor sangre fría, la tomé la mano y la dije:—adiós. Una vez fuera de su casa, rompiéronseme las vallas del corazón y ¡qué vergüenza! lloré ...

La escribí, en la misma noche, una carta. No sé si fuí duro, violento al calificar su acción; pero todo lo merecía aquella insensata. ¿Que no tenía derecho á decirla, á reprobar su falsía con dicterios y hasta con insultos? Sin embargo, porque le amaba aún, recordé uno por uno nuestros idilios, la llamé á la razón, invoqué su juramento y ¡vergüenza de las vergüenzas! hasta supliqué que me continuara amando.

¡Bah! Inútil. ¿Sabes que no contestó mi carta? No he sabido, pues, el motivo, que ignoro aún. La veo en algunas ocasiones, y me mira, como si no me conociera: es una mujer que parece, como aquella de Campoamor, que «ó no sabe recordar ó no sabe sentir vergüenza» ¿Qué opinas, Julián? ¿Qué género de mujer es esa?...

Y Fernando, esperando la respuesta, tiró la colilla del cigarrillo que se le agotaba en la boca y escupió dos veces, como si tuviera asco.

***

—El corazón de la mujer es (sacando el reloj para consultar la hora) este reloj de bolsillo, cuyo delicado mecanismo funciona con toda regularidad durante un año ó dos, pero llega un momento y, sin saberlo el dueño, sin accidente ni motivo, se interrumpe y para. Déle usted cuerda, y no andará. ¡Igualito! ..

Y Julián se rió de su propia ocurrencia.—(Publicado el 20 de Abril de 1901, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

UN CORAZON QUE NO AMA.

—Os digo que es rara, repitió Pablo á sus dos amigos que iban á paseo con él.—Nazaria no ha amado nunca, no ha querido amar. A su edad, y tiene treinta años, todavía puede decirse que es una hermosa muchacha de diez y ocho abriles. Tiene aquel perfume de gracia, aquel donaire de la mujer que no ha pasado de las primeras ilusiones y esperanzas. ¿Que si se le han presentado partidos? Muchos y buenos, pero todos se han retirado á tiempo, temerosos de un descalabro. No sé; esa mujer no tiene corazón, no ama. ¿Está formada de otro modo que las demás? ¡Averíguelo cualquiera! Yo también he tenido que tomar el prudente partido de mis antecesores, dejando la plaza que estaba por sitiar y renunciando á su conquista. No averiguo la causa. ¿Hay mujeres que no aman,

como Nazaria? Explicadme esta cuestión, la encuentro demasiado rara.

—¿Sabes tú, preguntó Daniel,—así se llamaba uno de los compañeros—si habrá tenido un amor oculto que no ha querido dar á conocer, y la haya dado resultados funestos? Hay organizaciones que, cuando reciben una lesión, se descomponen de tal manera que resultan inútiles para después. El corazón de Nazaria puede ser una de éstas.

—Me dicen todos sus íntimos, todas sus amigas que desde la edad en que una mujer se dá cuenta de serlo, Nazaria se ha consagrado enteramente al cuidado de su tío y de tres huérfanos que la había dejado su padre, al morir. Nunca se le ha visto preocuparse de su belleza. Los jóvenes la miraban, al pasar, detenían se en la calle para verla mejor y ella, á pesar de estar segura de la impresión que causaba, no se daba por entendida y seguía serena, tranquila, indiferente en su camino. Una mujer á quien admiran, alza ó baja la frente, sonríe ó mira, camina con más donaire, arregla algún pliegue de su traje. Todo lo contrario, Nazaria no ha ido más que del templo á su casa, siempre con la cabeza erguida, sin afectación, con aquel andar que tiene, majestad y ritmo á la vez, privilegio y encanto de algunas pocas; y cruzaba imperturbable por entre las rápidas ojeadas de los anónimos admiradores que toda mujer hermosa encuentra en la calle. En algunas reuniones donde ha concurrido, ha sido muy amable, muy risueña; parecía agradecer la solicitud de algunos más simpáticos ó más atrevidos que se acercaban á ella: pero ésto mismo es lo que constituye la desesperación de los que han intentado interesarla. De modo que su vida ha sido un libro abierto para sus parientes y amigos y nadie ha podido leer en él que Nazaria haya tenido predilección por alguien.

—¡Es rara, verdaderamente rara!—dijeron los dos compañeros de Pablo.

—¿Qué medios has puesto para conquistarte sus simpatías?—preguntó después de algunos momentos el otro de aquellos.

—¿Se da cuenta acaso el hombre de lo que hace para

complacer á una mujer á quien trata de interesar? El hombre, en tal caso, lo primero que hace es estudiar á la mujer, procura buscar sus gustos, sus inclinaciones, conocer su lado flaco, como decimos, y penetrar por él. Ya me conocéis; no sé cortejar como hacen muchos, empezando por decir esas huecas frases que, si lisonjean á la mujer, prueban en cambio la vulgaridad de nuestras facultades. Además para ella eso hubiera sido peor. estoy seguro que Nazaria se hubiera reído sencillamente de mí. Conocí que ella tenía una inteligencia fina, aguzada por su observación y sus estudios, y en vez de obrar con galantería. de rodear su cabeza de ese vano humo que marea pronto á la mitad de las mujeres, me propuse irritarla, hacerme insufrible, contrariarla siempre. Todas las veces que tenía ocasión de hablarla, discutíamos acaloradamente, la envolvía en una red de sofismas, dudaba de lo más claro y reíame de lo que creía ella sólido é irrefutable. Esto me produjo disgustos: solía á veces evitar la conversación conmigo y llegó á no gastar más palabras que las á que una buena educación obliga en sociedad. Yo no me desanimé: quería herirla el amor propio, era preciso despertar de algún modo aquel corazón que dormía bajo una capa de hielo. Ví que no andaba demasiado equivocado: ella se interesaba en dominarme. derrotarme en mis sofismas, recluirme al último rincón de las concesiones y yo cedía entonces, decía que sí á todo, lo cual veía que la complacía. Al propio tiempo. me aventuraba á decirla mis sentimientos y ella se reía ó callaba. Delante de ella me burlaba del amor y luego practicaba lo contrario. Una vez creí que había conseguido mis propósitos—¿Por qué habláis tan mal del amor, Nazaria?—la pregunté. Es que no habéis amado, haced la experiencia—No soy tonta: no necesito más que ver á las demás. Me río yo de esas que se ponen tristes. que no comen, por no ver al novio: algunas se ponen delgadas. ¿Creéis que eso es bueno?—Pero no véis más que por un lado las cosas: hay también otras que ríen, que están contentas, cuando antes no acertaban á explicarse por qué estaban tristes: en fin, el pró y la contra de todas las cosas. No hablo de eso, hablo de que no sabéis una cosa que todos han sentido,

que todos han gozado, hasta ese peón albañil que trabaja allí; en esa sucia vivienda, hasta el pájaro que aletea en el espacio llenándolo de alegres gorjeos, porque tiene un nido al que siente amor, afecto ...—Bien, ¿y qué?—replicó y se puso pensativa. Otro día fué ya menos satirizadora para con los novios que veía y aún me dijo que la dió compasión una amiga suya, por vivir sola: ella la recomendó que se casase.

Creí que había adelantado terreno, estaba saboreando el triunfo de antemano. Mas de pronto un día, habiendo sido invitado á una reunión donde ella también estaba, la dije:—¿No habéis introducido hasta ahora, Nazaria, ninguna modificación en vuestras teorías?—No, señor curioso: no os canséis, no tengo corazón para amar. Desde entonces me evitó y me huyó, creyó que la estaba asediando y dió á conocer que la importunaba. Cuando la pedí una explicación, me dijo:—¡Si habéis perdido el juicio; no os hablaré hasta que lo tengáis de nuevo!—Lo tenéis vos: me lo habéis hecho perder, devolvédmelo, pues, contesté. En fin, señores, he tenido que abandonar aquella empresa, cansado y desazonado de tanta intransigencia y temiendo verdaderamente ser molesto é importuno. A última hora llegó hasta á no quererme ver, no sé si por miedo ó por haberme cobrado odio, y antes, como hoy, dedica, por completo, su atención á las cosas de casa y á la iglesia ....

—Según ésto ¿es religiosa, mejor dicho, de esas mujeres que llamamos devotas? preguntó Daniel.

—Sí, ¿crees tú que por eso?....,.

—Ya lo creo: la religiosidad predispone al alma á no desear los bienes de la naturaleza: es, en ciertas mujeres, una enfermedad, cuando constituye una constante ocupación: advierten un peligro en la carne, en el amor: de aquí que no vean sino su lado de suplicio, de dolor. ¿No has oído cómo conjeturaba ella la vida de los novios por la tristeza y preocupación de sus amigas? Sin duda merecen estudiarse esas naturalezas, son casos de observación curiosos. No están indispuestas con la sociedad, pero sienten instintivo horror hácia toda unión en la que tienen que hacer naturalmente algún sacrificio, el de su vanidad ó el de su

libre albedrío. Vale la pena considerar si la religión influye en ellas deformando su naturaleza ó mejorándola: si son casos de egoísmo ó de perfección. Aunque, en muchos casos, no hay nada de eso: esas naturalezas no aman porque simplemente nadie ha sabido despertarlas de su letargo. Son como semillas que duermen bajo tierra esperando la gota húmeda de rocío que ha de sacudirlas para salir á buscar la luz del sol. Nazaria, por ejemplo, me parece que es de éstas. Sospecharía que no le eres indiferente. ¿A qué esos miedos y sustos después de sus burlas y desafíos? Ó mucho me engaño ó creo acertar que no te faltaba mucho para el triunfo, si tan á destiempo no hubieses tomado la retirada. Nazaria ama, pero teme manifestarlo, porque, á su edad, creería que ya es demasiado tarde para caer en esa debilidad. Es otra manera de manifestarse la vanidad en las mujeres ...

—¿Me ama, me ama?—repitió Pablo vivamente como si ésto le iluminara de pronto. ¡Si fuese cierto ....!

Y sonrió con esa espontánea y clara sonrisa que advierte una viva alegría del alma, agitada por felices presentimientos.—(Publicado el 11 de Agosto de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Luciano Miller*.)

UN RAMITO DE FLORES.

Antes de comenzar el baile, Jaime puso delicadamente un ramito de flores en las manos de Adela para colocarlo en su pecho.

—Para mi reina, dijo;—con él será la reina del salón.

Adela sonrió y agradeció con una mirada demasiado expresiva el obsequio de su amante.

***

—Las flores se agostan y mueren porque no hay una mano cariñosa que las cuide y mime, porque no hay una sonrisa ni una mirada de amor que detenga los pétalos

que caen—así se quejaba, después de dos meses del baile, un amigo íntimo de Jaime á la bella Adela.

—¿Por qué?—preguntó ésta.

—¡Ah! ¿le extraña? ¡Corazón de mujer, siempre inocente y cruel para con sus víctimas! ¿Se sonríe usted, Adela? No se sonría. Por usted, ese pobre hombre ha estado á punto de cometer un disparate. No le comprende, no, cuando se ha atrevido á burlarse de él, á reirse de sus explicaciones, como si fueran ridículas niñerías. Siento que ese hombre tenga un mal fin, de que sea usted la causante.

—¿Pero qué he hecho yo?—preguntó Adela verdaderamente asombrada.

—Bien, sí, usted lo ignora, pero creo que no por ello se exime de responsabilidad. Jaime, por lo menos la atribuye toda la culpa.

—¡Si es un tonto ese hombre!

—No lo diga, mi buena amiga, es acaso un extravagante, pero lo es por la pasión que usted le inspira. ¿Quiere usted oir su confesión, aquella confesión dolorosa, lacrimante, en que explayó por completo sus sentimientos, sus tristezas, y en la que reconocí todas las delicadezas y sensibilidades de un corazón como hay pocos en nuestra edad?

Me lo contaba emocionado, con una voz que parecía mojada en lágrimas. ¡Llorar un hombre! Me parecía imposible, nuevo. Preciso es que usted se lo represente en su imaginación, para que comprenda el grado de dolor de aquel hombre, lo desgarrado que sentiría su corazón, para que así no se ruborizara, delante de mí, con aquella muestra de debilidad.

¡Qué feliz se sintió durante el baile! Su Adela estuvo deslumbradora, magnífica, ideal. Veía realzada su hermosura con aquel ramito que ostentaba en el pecho y que ella parecía cuidar que no cayese ó se ajase en lo mínimo. Él estaba orgulloso: miraba á todos con cierto desprecio, estimándose en posesión de un tesoro que no tenían los demás.

¿Recuerda usted bien todos los detalles del baile? Él

se la acercó una vez y la dijo;—¡Qué hermosa estás! Ud., para corresponderle, le contestó:—Es por tu ramo; lo guardaré como reliquia de nuestra felicidad. Mire usted, Adela; estas palabras las conservó él muy bien en la memoria.

Y sin embargo, al día siguiente, cuando la visitó en su casa, ¿recuerda usted que le ha visto de pronto con un aspecto glacial, silencioso, sombrío, como si hubiera venido de contemplar una muerte? Aquel semblante la hizo decir á usted, sin duda para provocar su risa:

—¡Pero, hombre; ¿te van á ahorcar mañana?

¡Ah! No sabía usted lo que en aquel momento sufría el pobre Jaime. Acababa de ver el ramito de la noche anterior, tirado allí, al pie de la mesita, sucio, pisoteado, desconocido. Él recordaba sus frases; él recordaba que puso en aquel ramito un cariño y un cuidado sin igual al pensar que se lo pondría usted en el baile; lo vió acariciado por usted, como orgullosa de él; su imaginación convirtiólo en símbolo de su felicidad, de su amor, de su alma enamorada y luego...lo veía allí, en el polvo, olvidado, deshecho...Le pareció que ello era voluntario, sintió, me dijo, algo como un bofetón sin sonido, vió claro que no se le estimaba, que no se le amaba. ¿Cómo, me decía, tiraría aquella ofrenda de amor, si me amara?

No le pude convencer, á pesar de mis esfuerzos. Le probaba que podría haberse caido de la mesa, por cualquier accidente y me replicaba—¿Y no lo ha recordado ya? ¿No me recuerda, pues, en todo el día?...Contésteme usted, Adela. ¿Tiene razón nuestro amigo?

Y vió usted que se marchó aquella noche, sin despedirse apenas. Usted, por ello, le trató de hombre descompuesto, brutal, descortés. ¡Ah! sentía, me dijo él, al salir, algo así como el escozor de una herida, allá dentro muy adentro, no sabía en qué sitio. Y cuando no volvió á su casa de usted al día siguiente, fué cuando rompieron.

Desde entonces, se puso huraño y sombrío de carácter. Al verme, me pregunta por usted y me pide noticias. ¿Qué le he de decir? Que está usted, como siempre, alegre y contenta y que no deplora en lo más mínimo el

rompimiento. Esto le vuelve loco y le hace decir:—Esa mujer es una loca. ¡Ah! Adela, es una especie de odio el suyo por el cual mira desde dentro su amor.

***

Adela no se rió. Había interrumpido la narración al principio con risa retozonas y vivas, pero al cabo se puso pensativa. Al observarlo, repitió su interlocutor lo que dijo al principio:

—Las flores se agostan y mueren porque no hay una mano cariñosa que las cuide y mime, porque no hay una sonrisa ni una mirada de amor que detenga los pétalos que caen...

—No, dijo Adela, como contestando á interiores pensamientos. Diga usted que esta mujer no es loca, que ha espiado bastante una ligereza suya de carácter, en largas noches de duelo, á pesar de presentarse, como usted ve y juzga, siempre risueña y contenta.—(Publicado el 22 de Septiembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

DECLARACION.

El pobre Vicente no sabía cómo declararse.

Repetidas veces había encontrado á Rosalía, sola, en el salón, leyendo, cosiendo ó arreglando los muebles, y el hombre, que había empeñado consigo mismo formal promesa de declararse á la primera oportunidad, no encontraba la primera palabra de su discurso.

Rosalía era preciosa. Linda, inquieta, nerviosa, como la onda, iba y venía del salón, sin estar quieta en su asiento más que breves minutos. Y hablaba con su visitante moviéndose á todas partes, yendo de la ventana al piano, á tocar algunas tandas, de aquí á la mesa á hojear los títulos de algún periódico, y, curiosa siempre, preguntando de mil cosas y en mil formas al desgraciado

Vicente, que tenía todas sus facultades puestas en lo que debía decir.

Y lo que debía decir no se le ocurría.

—¿Sabes, Vicente, que hacéis mal los hombres en murmurar eternamente de las mujeres?

—No ¡pardiez! yo no he murmurado ...—protestó el interpelado.

—Digo, los que murmuran de entre vosotros. Que las mujeres somos en general así, ó *así*, que no hay una mujer digna, que todas las mujeres somos parecidas, implacables cuando no aman, facilitonas, cuando sí.

Vicente vió abiertas las puertas del cielo. Rosalía hablaba de amor. Por ahí se podía atacar.

—¿Tú no serías implacable ni facilitona, por lo visto? preguntó tímidamente.

Rosalía no atendió la pregunta, pues seguía sus reflexiones.

— ... Y dále siempre, y dále vueltas á la noria de sus tonterías. Mira este periódico, aquí hay un cuento, en que una mujer se prenda de un hombre de talento, le ama, y en cambio éste, después de algún tiempo, caprichoso ó cansado, abandona á aquella. Y no obstante, porque la mujer aceptó otro novio inmediatamente después de la ruptura con el primero, aquella mujer era traidora, coqueta, superficial. Pues ¿qué son los hombres? ¿Unos virtuosos, por ventura, ejemplos de lealtad y de consecuencia en el amor?

—¡Qué severa eres en tus juicios, Rosalía! Me parece que eres de las implacables. ¡Infeliz del que caiga en tus manos! Le destrozas ...

—Le destrozo, sí; pues ¡no faltaba más! Como se porta mal ...

Vicente vió de nuevo el cielo.

—¿Y si se portase bien?

—De eso hay que juzgar: hay muy mansos de ustedes que sólo se valen de su mansedumbre para enmascarar mejor su felonía y ardid: los menos malos guardan dentro unos instintos perversos y unas intenciones todavía peores ....

—Eso es murmurar, Rosalía, contra los hombres ...

Quisiera que los conocieras de cerca para que los juzgaras más benévolamente. Si yo, por ejemplo...

El hombre se acortó y no pudo continuar,

Rosalía estuvo esperando la conclusión del pensamiento pero viendo que no concluía, volvió de nuevo á la carga:

—Estos autores son unos estúpidos, pintan á la mujer seductora que engaña con sus gracias, cuando somos en realidad las seducidas y engañadas, ó suponen, por ejemplo, que esclavizamos ó traicionamos á los hombres, cuando son nuestros déspotas, no ya en el hogar, sino aún de amantes. ¡Qué necios!

Entre tanto el pobre Vicente hacía esfuerzos por dominar su emoción. Rosalía le parecía subyugadora, imponente, majestuosa, con aquella cólera ficticia contra el sexo masculino. Estaba encendida y hermosa, como una musa en hora de inspiración.

Una idea alegre cruzó la mente del atribulado mancebo.

—Vamos á ver, Rosalía. ¿Quieres que hagamos una cosa? Pongamos en práctica tus bellas teorías. Supongamos que no eres seductora, que no eres hermosa ¡dos falsas hipótesis!; supongamos que te seduzco de veras, que te quiero y deseo hacerme amar, díme ¿no serás mi déspota, mi implacable tirana, si, ya por falta de merecimientos, ya por mi carácter ó por otra cualquiera causa, no hallo en tí más que una sonrisa fría de desdén ó una desabrida palabra de desaire?

El valor de Vicente creció con el mutismo de la muchacha.

—¿Crees que está en mejores condiciones el hombre, que nunca sabe el momento cuando le amará ó le dejará de amar una mujer, que ésta que sabe y posee el secreto de hacerse adorar siempre por sus encantos y gracias? Continuando mi suposición de antes, si hoy me llegaras á amar ¿podría saber si al día siguiente mudarías de propósito?

—Vaya, tú también estás contagiado con las preocupaciones de tu sexo. ¡Sois todos unos! Crees á las mujeres, voltáreas y tornadizas, que rechazan mañana lo que ayer amaron. Nos juzgais por vuestro espejo.

—No me riñas, Rosalía; no era esa mi intención. Digo,

si yo te amara, por ejemplo, ¿no me amarías un poco?

El brusco salto del pensamiento, acompañado de un acento meloso y una mirada ardiente, significativa, hicieron comprender á Rosalía la declaración de Vicente.

Sorprendida, pero serena, rechazó el ataque en forma muy clara y abierta, como su carácter:

—Hombre, Vicente: no lo digas de veras. ¡Estoy comprometida!... Pues ¿no lo sabías?

La descarga era mortal. Un mazazo de hierro sobre el cerebro. Una puñalada en medio del corazón.

El pobre Vicente sólo tuvo valor para levantarse y huir.

—(Publicado el 18 de Mayo de 1901, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

LOS TIANAKS (*)

—Lick, Lick, cuéntanos algo.

Oíd.

Y Lick se pudo á narrar. ¡El maldiciente, el pícaro Lick! Él era el más vivaz de todos, él era el que sabía más historias en aquella reunión. Como siempre, era día de viernes. Los *Tianaks*, acabadas sus correrías de la semana, se citaban allí, debajo de aquel puente roto, tendido sobre un lecho de río casi seco, para un conciliábulo, un día de descanso. Y allí se comunicaban sus malicias y sus hazañas y se divertían grandemente bailando sus animadas farandolas, á los rayos de la luna, á los acordes de la música sabia de la naturaleza. Algunas veces se contaban historias. Para eso, ya se sabía. Lick era el más sabedor, el más aventajado. Conocía historias de todo género, sabía de la vida de los minerales, de las aves, de los escarabajos, de las ninfas, hasta de hombres y de hijas de *Maguinoo*....

[*] Geniecillos alegres y traviesos que tienen por ocupación extraviar á los caminantes, según las consejas del país. Son invisibles por lo regular, pero se dan á conocer á veces por algunos signos materiales.

—Nosotros éramos tres en aquella ocasión. Nos habíamos puesto á la bocana de un extenso campo acechando la llegada de unos viajeros que iban á atravesarlo. Yo era quien me las compuse para quedar perfectamente enterado del viaje. ¡Ya sabeis quien soy! Estábamos desesperanzados, cuando les vimos llegar al fin. Delante iba el padre con un hermoso *salakot*, de ribetes y punta de plata mirando tristemente el largo camino que tenía delante. Estaba descalzo. De vez en cuando esperaba á su hija, que iba con un mocito, de simpática figura, camisa de *sinamay* de hermosas listas azules, y un peinado, bien partidito, á lo *romántico*.

Por la conversación que oíamos, se deducía que al día siguiente iban á la iglesia los jóvenes para un gran día, una gran fiesta entre ellos, su boda. Venían de la ciudad para hacer compras, que ya habían llevado delante algunos criados. El padre era un viejo cabeza de barangay que tenía muchos cuartos, pero que no lo aparentaba, uno de esos hombres de la naturaleza que imitan lo sencillo y rudo de ésta, por no haber podido estudiar otros ejemplos.

Era la ocasión. Birlarle al novio aquella doncellita fresca, linda, loca de amor, aturdida con sus propias risas, cabeza llena de esperanzas y locuras, ¡hermosa, hermosísima distracción! ¡Enseguida! Lak, Kik, llamé á mis compañeros, cuando los viajeros venían. Ustedes diviertan al padre y al mozo, me encargo de la chiquilla. Dicho y hecho. Al cabo de poco rato estaban separados. Los hombres tomaban un camino y la jovencilla, guiada por mí, tomaba otro, el opuesto....

***

Los duendecillos se rieron. Llovieron preguntas sobre el narrador.

—¿Cómo lo has hecho?—¿Á dónde la has llevado?—¿Cómo se volvió?—¿La condujiste á su casa?—¿No se verificó el casamiento?—¿Estaba triste la novia?

«¡Callad!», dijo Lick, y el tumulto calló.

Se bifurcaba el sendero, media hora antes de llegar al barrio en que vivían. El uno dirigía á la montaña, el otro

al camino de casa. «Apostáos allí» dije á mis compañeros. «Presentadle al viejo una moneda antigua, al joven una flor con que piense obsequiar á su novia» Y me reí. ¡Admirable! La linda muchacha volvió la cabeza. Claro es que no me vió, pero mi risa la sonó á voz de criatura que lloraba. Se retrasó algunos pasos de sus compañeros y procuró registrar con los ojos la hierba, en la que me escondí. Reíme otra vez. ¡Triunfo! La niña volvió sobre el camino recorrido y, sin percatarse de que se separaba de sus compañeros, ocupados en hablar de cuya era la moneda encontráda y en admirar aquella flor nueva, se dejaba llevar por mi risa que resonaba siempre entre la hierba, á dos pasos de ella. ¿Sabéis á donde la llevé?

Espectación en el círculo. Algunos duendecillos se aproximaron hácia el narrador, impelidos por la curiosidad.

—¡Aquí! ¿Véis este hoyo y esta agua? Y Lick saltó al lado de una gran piedra horadada que adoptaba forma de copa, rebosante de líquido. Esta no es agua del río. ¡Mirad, mirad! Son lágrimas.

Muchos acudieron al reclamo y, después de mirar, hicieron movimientos de cabeza y, gestos de afirmación:

—¡Son lágrimas! ¡Efectivamente! ¡Verdad!

«Aquí lloró mucho la desconsolada muchacha. Me daba compasión; se lamentaba de su padre y de su novio que le habían dejado en medio del camino. No sabía cómo pudo separarse de ellos. Se creía víctima de un engaño del mancebo: le detestó y maldijo. ¿Qué podía yo hacer? Nosotros podemos sentir compasión, pero no podemos devolver el sentido hasta que hicieran la señal de la cruz ó pusieran la camisa al revés. Ni siquiera se acordaba de ésto. No creía en nosotros acaso la pobrecita. Lo único que podía hacer era recoger sus lágrimas, para que no se mezclaran con las ondas del río, y colocarlas aquí. ¡Mirad! ¡Lágrimas de mujer, de doncella enamorada! ¡Yo soy quien las hice verter!»

Los circunstantes se volvieron serios, formales. Indudablemente, sentían compasión hácia la joven. Algunos censuraron á Lick.

***

«¡Y bien! prosiguió Lick. A la tarde siguiente vinieron el padre y el novio y la sacaron de aquí. Estaban cansados de buscar, según decían. ¡Oh, la muchacha aquella como sonrió al mozo, al encontrarle! Olvidó sus maldiciones anteriores y preguntó, cariñosa, maternalmente:—¿Dónde has estado?—El padre conoció mi juego y recitó algunos exorcismos para ahuyentarme; y huí. Me encontré con Lak y Kik, mis compañeros, éstos.—¡Contad lo que os pasó!

«El viejo, al encontrar la moneda, la reconoció diciendo:—Mira, muchacho, ésta es una de las primeras *onzas* traidas por los españoles. ¿Habría caido de algún viajero? Mira, ¡es bonita! Por su parte, el muchacho decía también:—Mira, padre, (llamaba ya padre á su suegro) ¡qué hermosa flor! ¿Cómo se llama aquí? No la conozco. Es la primera vez que tropiezo con ella en estos sitios. ¡Cuidado que si he crecido aquí y conozco todo! La guardaré y sorprenderé á ... (aquí un nombre de mujer) al llegar á casa. Con estas conversaciones habían tomado el camino de la montaña y seguían, seguían, seguían, creyendo continuamente ver la casa próxima. Cayó la noche y siguieron andando, hasta que el viejo, más conocedor de la vida, se paró de repente y dijo:—¡Somos víctimas del *Tianak*! ¿No lo has notado? Tengo cansados los piés y no llegamos aún. Al decir ésto, se santiguó, en lo cual le imitó el muchacho. Se dieron cuenta del sitio y, atajando por caminos para ellos conocidos, en un cuarto de hora llegaron á casa. Nosotros les seguimos riéndonos.

—¿Lilay?—preguntaron á una los dos.

Comenzó la busca, el ojeo por todas partes; el barrio, alborotado toda la noche. Al día siguiente, la boda fracasada, todos los muchachos del lugar en busca de ella. Nada. El novio, todo rabia y furor. Pero no tenía sobre quien descargar su cólera. Y busca, buscando, aquí ..

***

—Ea, la danza, gritó Lick, la *Danza del amor*.

Y toda aquella concurrencia se movió, en una danza loca, macabra, fantástica, mezclada de risas, de cánticos, de chi-

llidos que sólo se traducían en la naturaleza por el cabrilleo discontínuo de los rayos de la luna al quebrarse en las ondas y el rumor alegre y festivo del viento al azotar las ruinas y pilares del puente roto.—(Publicado el 15 de Septiembre de 1900. en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *K. Panganib.*)

LA CONCIENCIA SOCIAL.

Los periódicos habían publicado artículos violentos. Aquel político de fama, jefe de partido, se descubrió que era un malvado. El nombre de la patria, la santidad de la causa del pueblo, habían sido vanos pretextos para encubrir el más vil de los sentimientos, el interés. Aquel hombre se lucró con las esperanzas y los sacrificios de las muchedumbres. confiadas en su poderoso ingenio, en aquel aparente amor á la causa, en aquella actividad sin nombre.

Quien más se distinguió en los ataques, quien más virulentos artículos firmó, saturados de hiel y de fuego, era un amigo suyo, fervoroso, idólatra, Mr. Rouger. No se explicaba el público aquel odio brusco, grande, arrollador, que no se contentaba con derrocar el ídolo, sino que lo pulverizaba á mazazos. Mr. Rouger fué siempre el mayor admirador de aquel hombre, quien le encumbró más, quien labró con más mimo y cuidado su pedestal, y ahora, de repente, cuando se hizo aquel descubrimiento, llevaba su furor hasta tal punto que le llegó á negar un miserable favor.

Sí. Los periódicos se habían enterado de un detalle. El jefe de partido, el *gran hombre*, se había acercado á su amigo para suplicarle que, á fin de no propagarse el escándalo, de evitar su afrenta, retirase uno de sus artículos. No accedió, antes hizo constar en público aquella súplica.

Aquel rompimiento ruidoso de los dos amigos acabó por extremar el escándalo y por que se hablase mucho de aquella cuestión, clavando más y más en la picota la honra del desgraciado político.

***

—¿Por qué? dijo el periodista á Mr. Rouger.

—Porque lo creo necesario. Es preciso que se castiguen todos los delitos, es preciso que á la sociedad no le falte ninguna clase de armas para herir á todos los criminales. Desde luego, usted comprenderá que no puede castigar la ley positiva ciertos actos, que caen fuera de su jurisdicción, y en tales casos, la sociedad queda completamente desamparada, inerme. No puede vengarse. Esto es perjudicial. Los más grandes criminales, los que no roban ni matan, es cierto, pero que hacen otra cosa peor, porque, á la sombra de la confianza, en la impunidad de las tinieblas morales donde trabajan y urden con artísticos relieves sus más nefandos crímenes, lastiman intereses sociales, defraudan esperanzas á millares, engañan á la opinión pública y sumen en ruina una causa levantada, que, puesta en otras manos, la pudieran hacer triunfar, vivir. Tiene usted ese caso. ¿Qué nos ha hecho ese hombre? Nos ha arruinado moral y materialmente. Los que con él estábamos, los que vivíamos de sus mismas ideas, de sus mismas energías, que obrábamos en todo acordes con él, caemos en cierto modo con su caida y nos mancha el mismo polvo que levanta, al llegar al suelo. Las muchedumbres nos han fiado el triunfo de lo que creían legítimo, el honor de lo que llamaban su causa, han dado su óbolo, modesto, ó grande, para sostener nuestras convicciones y teorías, y ya vé usted cómo y en qué se ha empleado ese tesoro. Tantas confianzas engañadas, tantos corazones desilusionados, la fé que huye de tantas almas, la sombra que invade la luz del ideal, que rodean de hoy más espectros y mariposas negras, desengaños y traiciones, y sobre todo ésto, el cieno que cae de esa vileza moral, que nos contamina, nos ennegrece, piden un castigo, un castigo duro, ejemplar, severísimo, igual á la enormidad del crimen, proporcionado á la bajeza incalculable á que ha descendido el autor.

—Allí está el Código: el Código señala penas para todos los actos delictivos. Se le acusa ante la ley.

—El Código no castiga sin pruebas, sin montón de documentos. ¿Y cuándo no las hay? Ya le he dicho que

hablo de actos que el Código no alcanza, á pesar de su inmensa esfera de acción. El Código es deficiente, es humano. Le presento otro caso. para hacerle ver la cuestión más clara. Tengo un amigo que me ama, que me acompaña á todas partes, le confío todo, hacemos unos nuestros intereses, nuestras ideas, entra en mi casa á todas las horas. penetra en todas partes, tiene mi confianza; pero este amigo es un farsante un bandido, se vale de la confianza, del mismo cariño que se le tiene, para seducir á mi hermana y llevársela. ¿Qué cree usted qué puede hacer la ley? De mil modos se puede burlarla.

—Pues ¿qué? ¿cómo cree usted que se puede remediar ésto?

—¡La conciencia social!

—¿Cómo?

—Que sea efectiva. Nosotros sentimos su existencia, pero no obramos para hacerla valer y cumplir sus preceptos. Protesta indignada ante ciertos actos, pero se encargan de inutilizarla las complacencias de algunos, las complicidades de otros, las indulgencias de los más. Yo habría cedido á ese hombre, retirando lo que pedía retirar, si hubiese dejado hablar los sentimientos de hidalguía, de nobleza, de amistad. ¡Me he acostumbrado á quererle, á admirarle, á ponerle sobre mi cabeza, á ejecutar sus deseos y órdenes! No pude facilmente decirle: «Usted es indigno de ese favor, usted es indigno de la sociedad que frecuenta». Necesité vencerme á mi mismo, hacer un supremo esfuerzo sobre mi alma que se plegaba á su súplica cariñosa. Necesité ver claro en mi conciencia la conciencia social que protestaba, indignada, que pedía castigo, demandaba venganza. Y le entregué á la afrenta pública, deshice la aureola que le rodeaba, le desnudé por medio de la prensa.....

—Eso es crueldad, Mr. Rouger.

—¿De qué otro modo quiere usted que queden castigados esos criminales sino con la afrenta y el escándalo? Criminales morales, se vanaglorian de sus actos y toman por proezas aún los más repulsivos crímenes. Tienen tergiversado el sentido moral. La ley les alienta, porque en-

cuentran impunidad á sus actos, y como por otra parte la sociedad donde viven recibe de ellos una grave lesión, afrentosa, negra, que la sociedad se tome la justicia por sus manos, que les estigmatice, les excomulgue.

—Y ¿qué se consigue?

—Se consigue que á todos se haga justicia. Se consigue que los futuros criminales mengüen en número, que la sociedad quede satisfecha, que la virtud no sea igual al vicio, que....

—No veo aún bien claro. ¿Qué pretende usted con deshonrar á esas personas en público?

—Que la sociedad huya su contacto, que no se contamine con el cieno de los malvados, en fin....

—Eso es hacer de los culpables unos seres sin redención, sin arrepentimiento.

—No....Eso es salvar la justicia, es salvar la sociedad.

***

La entrevista no se publicó. No estaba conforme el periodista con Mr. Rouger. Eran, para él, doctrinas anticuadas, reaccionarias, las del sabio político. No convenía hacer propaganda de ellas entre el público.—(Publicado el 21 de Julio de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo *L.Steibn.*)

LA POLÉMICA.

Aquel yanqui hablaba en un lenguaje muy rudo, pero franco. No tenía pelos en la lengua, como suele decirse. Don José estaba escandalizado. Su filipinismo estaba herido: brotaba sangre y, como hombre de valor y audacia, deseaba el desquite.

¿Cómo? ¡El filipino—decía aquel yanqui—no tiene idea de la colectividad, no tiene idea de la patria! Y si no, vea Vd.—añadía el imbécil riendo socarronamente—¿qué hacen las clases altas? ¿qué bien procuran por su pueblo? Aquél es comerciante, se dedica á sus negocios. Aquél es abogado, se dedica á su bufete. Aquél es alto empleado, se

ocupa solo de su oficina. Aquél es propietario, disfruta sólo sus riquezas. ¿Hacen algo para los demás? ¿Piensan en su pueblo? ¿Idean alguna empresa que sea en bien común? Muerta tenéis hace tiempo la agricultura, viviendo en un suelo tan pródigo y tan privilegiado como éste. Apocado es vuestro comercio, como que cada uno trabaja aisladamente, para lucrar lo necesario para sí ó, á lo más, para su familia. No teneis apenas industria, sino algunas incipientes que debe daros verguenza nombrar. ¿Dónde está vuestra unidad, vuestra cohesión, vuestro sentimiento de colectividad, para que nazca la patria? Los que más pueden son los que más rehuyen su deber. En tanto tiempo como os era posible organizaros ¿dónde está vuestra organización? ¡Si no hay una idea grande dentro de vosotros! ¡Si no hay ningún sentimiento altruista que os haga dignos de llamaros pueblo! ¿Habeis tenido alguna vez algún protector de artes, de enseñanza, de algún invento, de alguna industria? Por eso todo fracasa y se deshace en vuestras manos. Ninguna generosa tentativa, ningún esfuerzo civilizador es apoyado más que con estériles discursos, con simpatías platónicas, con beatíficas sonrisas y palmadas de entusiasmo. ¿Pasais á más?...

—¡Pasamos! Gritó Don José sulfurado completamente, fuera de sí, en vista de aquellas duras invectivas que le martilleaban los oídos—¡Pasamos á mucho más!.

Y sin embargo, el hombre, ya fuese porque no encontrase al pronto un ejemplo, ya fuese porque bajo la influencia de su pasión no pudiese ejercitar la memoria, permaneció silencioso y meditabundo después de aquella exclamación.

La risa del otro, una risa sarcástica, belial, le despertó.

—¿No vé usted, dijo rehaciéndose un poco, como todo nace y surge ahora? Somos un pueblo nuevo, un pueblo que viene. ¿Cómo quereis buscar lo que encontrais en otros países? Esos países viven ya años y años, siglos y siglos ..... No hay punto de comparación.

—Por lo menos que se vean síntomas de que ese pueblo nace. ¿Quiere decirme donde ve esos síntomas? Andais hoy tan divididos como siempre; no veo palpitar ese sen-

timiento de comunidad que es base de todo pueblo y origen de todo progreso. Las clases ricas se muestran hoy impasibles é indiferentes para cualquiera idea en que no hallen usurario lucro para su dinero; las clases ilustradas sólo aspiran á ocupar puestos y empleos que les pierden y les inutilizan para más grandes empeños; las clases medias, dedicadas absolutamente á vivir, á luchar por la existencia, no tienen tiempo para otras cosas y las clases pobres, sin auxilio, sin protección de las altas, mueren y se asfixian en su propia miseria y lágrimas, si no se venden á nosotros antes que á los suyos. ¿Es verdad ó no es verdad ésto?

—¡No es verdad! Hay que observar en poco tiempo lo que ha progresado Filipinas. Miente horriblemente ese pincel de Vd. Ni las clases altas dejan de pensar en sus paisanos, ni las pobres perecen de miseria y se venden. Ha visto que han nacido, en poco menos de dos años, potentes industrias que compiten con las extranjeras, honrando á los hijos del país que las dirijen; ha visto que el comercio de Filipinas toma auge é incremento preparándose para la gran lucha económica del porvenir; en muchos lugares y sitios céntricos se han establecído bazares y tiendas que revelan tímidos ensayos por ahora de futuras empresas mercantiles formidables; en provincias despierta el alma de la asociación y hay venturosos signos de próxima vida, de animosa reacción contra un pasado atrasado y al cabo de unos años, muy pocos, cuando el germen de las iniciativas de hoy se convierta en dorado fruto y el estímulo de la competencia extranjera haga comprender al indígena que es menester luchar para vivir en lucha noble y fecunda, cual la del trabajo, todo eso que echa de menos y mucho más habrá, y el desarrollo de la agricultura y el comercio y la protección de las artes, de la industria, de todo lo útil y bello serán corolarios necesarios de un estado más próspero, más rico, llevando entonces á todos los lados del país la prosperidad y el amor, porque entonces se habrán salvado las distancias, se habrán unido todos y trabajarán juntos para la patria hecha, fortalecida y amparada por todos sus hijos.

—Discurso, hizo discurso á que estáis siempre acostumbrados, señor,—pero para que eso que pintáis llegue á ser verdad, habéis de aprender mucho y trabajar más, habéis de pedir á las clases altas menos egoísmo y á las clases bajas más instrucción; y entonces, para cuando todas las clases lleguen á un punto ó un nivel en que se toquen, podréis decir que sois un pueblo, que tenéis una patria. Mientras no veáis á ningún rico donar para escuelas ó bibliotecas públicas parte de ese dinero que sólo dilapida en satisfacer sus caprichos y deshonrar mujeres, á la juventud emplear más tiempo en los libros y aulas que en distracciones y devaneos; á los comerciantes unirse y formar grandes sociedades con sus pequeños capitales, en vez de luchar y trabajar desesperadamente en el aislamiento; mientras os falten ejemplos de caridad, de civismo, de honor ó interés patrio, no esperéis, no, mejorar, redimiros y triunfar, triunfar como un pueblo digno, inteligente, fuerte, que merezca consideración y no lástima, amor y no ridículo.

Y el yanqui, seguro del efecto de sus palabras, se levantó, miró á Don José como si quisiera aplastarle más y se marchó riendo con aquella risa sarcástica, belial, que tanto crispaba los nervios del sensible filipino.

D. José siguió al hombre con una mirada indescriptible en que iba envuelta la explosión de todas las pasiones irritadas de su alma exaltada.—(Publicado el 21 de Septiembre de 1901, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo *R. Panganib.*)

LA FLOR DE SAMPAGUITA.

Bajó un día la Virgen María de los escaños de su magnífico trono de gloria en el Cielo y vino á estas tierras acompañada de dos blancos y risueños ángeles, cuyas alas relucían con argenteos esplendores.

¿Me preguntareis por qué bajó? Porque ciertamente la Señora de los ángeles no tendría mucha satisfacción en dejar, ni por un momento, aquel solio de bienandanzas y

glorias desde donde sus perfecciones se derraman y fluyen en lluvia de gracias sobre nosotros, para venir á este suelo, tan lleno de miserias repugnantes y de torpes liviandades. Y os contestaría sencillamente que porque así lo habían pedido repetidamente, un día tras otro día, las sencillas y fervorosas campesinas de uno de esos pueblos que al pié de las cordilleras de A ... se han formado tan natural y espontáneamente como las mismas rocas y peñones de la montaña.

Teníase costumbre de celebrar cada año en aquel pequeño círculo de vecinos la dedicación del mes de Mayo á la Santísima Virgen con los típicos festejos que en otras partes se usan por los naturales de aquí en el susodicho mes, conocidos por toda la gente con la piadosa denominación de «Cruces de Mayo».

Cada día, á los últimos ecos de las campanadas de la oración que se extinguen con los indefinibles suspiros de la brisa, mientras las plegarias suben y las tinieblas de la noche bajan, en el santuario improvisado, hecho de cañas y ramajes de la cumbre, ante el pequeño altar en que aparece en primer término como una sonrisa del amor y como un recuerdo de la redención, la Cruz, la microscópica Cruz, cuyos brazos abruman las más fragantes y desconocidas flores, se reunían las niñas del hogar luciendo sus pobres pero limpios trajecitos y, enfiladas, de rodillas, se ponían á cantar en coro:

> «Señora de las flores, Madre de la Luz, María sin pecado y Sol del Empíreo, haz que el Señor llueva fecundidad sobre nuestros campos y ahuyente de nuestras heredades las sequías y las langostas y baja entre tus ángeles á bendecir á nuestros abuelos y hacer rebosar de felicidad todas nuestras casas.
>
> Nosotras te queremos mucho y queremos tu mes y tus flores; por eso te los consagramos, y te los dedicamos en prueba del cariño nuestro. Pero haz, oh Señora de las flores y Madre de la Luz, que el Señor llueva fecundidad sobre nuestros campos y ahuyente el espíritu maldito de nuestras heredades y baja, baja entre tus ángeles para bendecir

á nuestros abuelos y hacer rebosar de felicidad nuestras casas».

Y enseguida una de las niñas se adelantaba hasta el blanco altar y cogía la Cruz, formándose de seguida la sencilla y poética procesión que recorría por algun tiempo las accidentadas veredas y tortuosas cuestas de aquel obscuro pueblecito, salmodiando todos las deprecaciones de la letanía, cuyos ecos se repetían en las concavidades y breñas de la cordillera para espantar de allí á los maléficos genios que ceegan sus nidos entre el misterio de los árboles centenarios y los agujeros de las ásperas rocas.

La procesión volvía y enseguida se daba término á aquella piadosa práctica, delicada ofrenda de hijas á su madre, con el tradicional «lunch» de las Cruces de Mayo, sin lujos ni mesas, servido en el suelo, entre la música fresca y dulce del viento y las innumerables lámparas de la bóveda del Señor.

***

Un día, allá por los últimos del mes, cuando la niña que tenía el encargo de llevar la Cruz en la procesión iba á adelantarse hácia el altar, de repente se presentó en medio del concurso una mujer de soberana belleza, vestida de puro blanco, que tenía á ambos lados dos pequeñas niñas rubias y con alas que resplandecían como una alborada en plena noche.

Todas quedaron sorprendidas y deslumbradas, pero, en medio de su sorpresa, todas reconocieron en aquella mujer, por instinto ó por revelación, á la Señora de las Flores á quien todos los días rogaban que bajara entre sus ángeles y á quien decían que amaban mucho.

Sonrió á todas la bendita Señora con una sonrisa que la palabra no puede describir y referir y dijo:

—¿Me conoceis, pues? Soy la Virgen.

—Sí, sí, os conocemos y os amamos mucho.

—¿De veras que me amais?

—Mucho, Señora, dijeron varias voces.

—Vamos á ver, vamos á ver ¿quién me amará más de entre vosotras?

Todas á una: Yo, yo, yo.

—¡Quietas, quietas!—dice la Virgen procurando calmar aquel bullicioso y encrespado grupo de chiquillas, que en un momento perdieron su natural timidez y se empujaban por estar más cerca de la bella Señora.—Yo voy á regalar ésto á la que diga y pruebe que me quiere más. Y mostró entre sus dedos alabastrinos una rama llena de flores, más bellas y blancas que la espirante espuma de los mares.

Entonces se alborotó más aquel corro: subieron de punto los gritos y las exclamaciones y ... si habeis visto alguna vez en medio del campo, cuando empieza á soplar el viento de la tempestad, cómo se agitan y se inclinan las pomposas copas de los árboles y producen un rumor que se parece al de una compacta muchedumbre sorprendida por repentina calamidad, tendriais la imagen exacta del cuadro que os refiero.

—A mí eso, á mí, decían las niñas procurando alzar cada cual su voz sobre la de las otras.

Los ángeles las empujaban suavemente cuando se acercaban demasiado y sonreían como no sonreimos aquí en la tierra, con sonrisa de perfecto contento y completa felicidad.

—¡Pruebas, yo quiero pruebas! ¿Quién me ama más?—habla en alto la Virgen. ¡Quietecitas! ... hablen, niñas, una por una ... vamos, que me diga cada cual por qué me ama.

Una niña de siete años tomó la palabra:

—Yo te amo, Virgen, porque jugando un día por el vecino campo y encontrando entre las flores y las hojas una lindísima mariposa, empecé á perseguirla y persiguiéndola empecé á correr; pero he aquí que en la velocidad de mi carrera caí sobre una piedra y me hice daño. No pude jugar en tres días. Mi madre te rogó mucho, yo oía muy bien sus oraciones y pedía que me curaras. Cuando salí del lecho, mi madre me recomendó mucho que te amara y te rezara todos los días para que me salves de todo peligro. Desde entonces tuve para tí gran cariño y te pro-

fesé mucho amor y te recé todos los días mañana y noche para que me libres siempre de todo mal.

Otra habló así:

—Dadme el premio, Señora, porque os amo más que ésta. Yo os amo porque sois muy bella. No me encanta la luz del transparente sol que llueve, sobre los robustos árboles de la cima como sobre las tiernecitas plantas que no reparan en hollar nuestros piés, sus rayos fecundizadores, porque ese sol no es nada comparable con el divino sol de vuestras miradas. Ni me enamora la luna turbia y lacrimosa que, embarcada en graciosísima barquilla de nubes, boga en el inmenso océano azul, porque esa luna brilla únicamente para ponerse bajo vuestras plantas. Ni me place la música del arroyo, ni la flor, ni el pájaro, ni el juego de mis compañeras, porque sin tí todo es fealdad, todo es imperfección, y las flores, los pájaros y el arroyo, de tí robaron la delicadeza de sus colores y perfumes, la sublimidad de sus cantos y la caricia de sus gorjeos. Ni ...

—¡Basta, basta!—protestan las demás niñas. ¡qué cargante y fanfarrona!

—¡Envidiosillas! murmura por lo bajo la interpelada.

Y otra niña empezó á decir:

—Nadie te ama mejor que yo, madrecita del alma. Yo te doy el dulce nombre de madre y en mis labios y en mi corazón nunca se borra este suave y santo vocablo. Madre no tengo, porque mi madre murió; pero he adivinado desde su muerte que no debe faltarme alguna madre y esa eres tú ... Ahora dime, yo soy quien te amo más ¿verdad?

—¡Embustera! No, no ¡que no! Aquí estoy para decirte, oh poderosa Emperatriz de la Gloria que mi amor para contigo es tan grande y extremado como mi respeto. Ellas te aman pero no conocen el respeto. Y ¿quién ama si no respeta? Me cuentan abuela y padre que en la cumbre de los cielos estás sobre todos los ángeles, doctores, profetas, vírgenes y demás bienaventurados y desde allí dispones de todas las gracias y favores que place al Eterno dispensar á los hombres. Y tú muchas veces ruegas por todos ellos, sobre todo, por los rehacios pecadores. Y

todo lo consigues de Dios. ¡Qué poderosa eres! Por eso te quiero tanto y te respeto ...

Y las otras niñas fueron desfilando delante de la Bella Señora y fueron diciendo sus razones y sus francas ternuras, esperando interiormente ser la escogida de la Virgen para el merecimiento del premio.

Sin embargo, allí á lo último, una pequeña medio se escondía, trémula y sonrosada, sin haber despegado hasta entonces los labios.

La Virgen se fija en ella, la sonríe benigna y cariñosamente y la dice:

—Tú, pequeñita, habla, habla como las demás ... ¿No me amas por ventura?

Como el débil ruido que hace el viento al pasar por el silencioso follaje, así parecía la voz temblorosa de la niña que contesta:

—Mucho, mucho.

—¿Mucho más que tus compañeras?

—No lo sé.

—Dime, á ver ¿por qué me amas?

—Os amo, os amo ¡ah! yo no sé porqué os amo—y al punto la pequeña, baja los ojos y se figura haber soltado mucho la lengua.

En aquel momento la Virgen levanta la mano con la flor de exquisita blancura y llamando á la vencedora, le da un beso en la frente y le dice:

—Tú has vencido. Toma este premio para tí. Y la Virgen la entregó la rama llena de flores blancas y bellas como la espuma de los mares y la dijo cómo debía plantarla para que se multiplicase. Yo quiero que se me consagren las primicias de esas flores—dijo.

—¿Habrá también para nosotros?—preguntan las demás niñas, coloradas de rubor, pero sin envidias ni rencores.

—Sí, hijitas mías, para todas. Sed buenas, sed buenas como hasta aquí, amad mucho á Dios sobre todo lo que hay en la tierra y en el cielo, obedeced constantemente á vuestros padres y en particular preservad vuestra pureza de las engañosas sierpes que se ocultan detrás de los vergeles de la vida. Esa flor es el símbolo de la pu-

reza de vuestros corazones de niña; no me olvideis al contemplar cada día la blancura nevada de su color y al aspirar su embelesador y fresco aroma. Los que me tengan devoción y amen á mi Hijo y á Mí se salvarán.

¿Habeis visto cómo desaparecen y se disipan en un momento, al abrir los ojos, en noche grata de primavera los fantásticos palacios levantados sobre montañas de oro, con torrecillas airosas que llegan á las estrellas, creados por las hadas misteriosas de vuestros sueños? Así instantáneamente desapareció la Virgen de la asombrada vista de las presentes, sin poder ellas explicarse cómo, dejando únicamente á su desaparición, algo así como una luminosa vaga estela de claridad, perfume y música que embargaron de placer por breves momentos á aquellos tiernos y puros corazones.

Repuestas poco después de su sorpresa, decidieron suprimir aquella noche la piadosa procesión y que al día siguiente llevase la Cruz en ella la niña predilecta de la Virgen, la de la flor hermosa y blanca, que recibió entre las mayores muestras de cariño los plácemes y felicitaciones de todas sus compañeras.

Sentáronse luego en la yerba á gozar de las delicias del cuotidiano banquete de las Cruces de Mayo, sin lujos ni mesas, servido en el suelo, entre la música fresca y dulce del viento y las innumerables lámparas de la bóveda del Señor, mientras allá sobre el rótulo de la Cruz del altar se ostentaba, gallarda y espléndida, la flor blanca y pomposa, el símbolo de la pureza, el premio conquistado en el certamen del amor y de la humildad.

***

Cuentan que en la chocita de la niña premiada, delante de la maltrecha y agujereada ventana, crecían á los primeros rayos de la aurora pequeñas plantas exhuberantes de hojas de un tono verde subido y de blancas perfumadas florecitas que semejaban pedazos y bolitas de nieve arrojados allí al azar por la mano de algún genio juguetón: y que aquel día todas las niñas del lugar fueron á la casa de su compañera y allí formaron rosarios de aquellas

delicadas flores con que, á la tarde, orlaron el santuario, el altar, la crucecita y la imagen de la Virgen: y pronto cundió la noticia fuera del pueblo y se apresuraron los comarcanos á hecerse de aquellas plantas para trasplantarlas en sus respectivos jardines.

¿Cómo se denomina aquella planta? Todos sabeis su nombre: es *La Sampaguita*, la de la flor más simpática y perfumada de estas regiones tropicales.—(Publicado en Mayo de 1894, en el periódico *Revista Católica de Filipinas*, con el seudónimo de *Roberto Pí y Villa*.)

EN LA VISPERA DE LA BODA.

Mañana es el gran día—exclamó Arturo, conmovido de felicidad, al llegar á la casa de Alicia.

Ésta sonrió cariñosamente. Llegaba el día tan suspirado por ella. ¡Había deseado tantas veces la llegada de ese día! El corazón pareció saltarle dentro de su pecho: un rubor de dicha y amor encendió su gracioso y amable semblante. ¡Al fin!.

Arturo me había anunciado su boda el día mismo de la víspera. Un día estábamos hablando de ella, de cuando podría fijarse esa gran fiesta de su amor, su matrimonio. Estaba indeciso. Se conoce que se resolvió muy pronto. Bien es verdad que la resolución estaba tomada y madurada mucho antes. Las graves cosas no se acometen en un abrir y cerrar de ojos, se maduran y sazonan convenientemente.

Cuando supe su resolución, tomé el partido de ir á verle, probablemente de pasar con él la última noche de soltero. Habíamos sido siempre compañeros de marchas y cabalgatas, compañeros de claros de luna y salidas de sol, compañeros de fiestas, de lecturas, de desvaríos, de opiniones, de quimeras, exactamente cómo se describía así el buen escritor Veuillot con su compañero. Nada teníamos que no fuera común. Desde que comenzamos las correrías alegres de la edad, todo el dolor, toda la alegría eran tanto

del uno como del otro. Encontré en él más que un compañero, un verdadero hermano. Nadie, pues, con más derecho que yo de tomar parte en el gran poema de su felicidad, de departir con él en la última noche de su cambio de estado.

Sin que me ciegue la pasión, puedo decir que Arturo es un buen muchacho. Cuando digo «buen muchacho» entiendo que es un hombre de rectos principios, de corazón sano y leal. De familia muy cristiana, si no rica tampoco pobre, recibió esa educación que la moral consagra y al mundo, á pesar de lo que es, encanta.

Sabía donde encontrarle en aquel día, y fuí á casa de la novia.

—¡Qué! ¿no está?—pregunté á una chiquilla que encontré en la puerta.

Me contestó que no. No obstante subí. Era de confianza en aquella casa; y como al primer momento no encontré á ninguna persona, me senté á esperar en una silla, cerca de la mesa del salón.—¿Dónde está? ¡Ah! Ya lo sé: me acordé de que efectivamente los que se casaban eran cristianos y tenían que cumplir un gran deber: la confesión.

Alicia es una muchacha agraciada y buena. Acaba de cumplir sus diez y seis años y sabe ya de la vida la parte triste y dolorosa que tiene. Ultimamente había sufrido la familia una terrible desgracia y el brevaje de ese pesar había amargado sus labios hasta el punto de hacerla adquirir una sonrisa que parece indicar una melancolía profunda, tenaz é irrestañable. Sus grandes ojos muy abiertos parecen haberse rasgado súbitamente de contemplar con sorpresa las graves alarmas y desazones del vivir. Niña por la edad, parece ya mujer por su carácter y la expresión de su rostro: tanto pueden la pena y la tristeza que por todos lados nos llegan en esta vida y nos hacen envejecer más pronto. Me acuerdo que más de una vez me decía mi compañero que ella era demasiado joven, pero, al mirarla, enseguida se retractaba diciendo:—Sin embargo, no lo parece. Humilde, cristiana, resignada, era por lo que gustaba á él y por lo que la admirábamos tanto. Con tales

dotes calculábamos habría de ser indudablemente una mujer buena, una esposa juiciosa y cumplidora de sus deberes.

Llegó ella cuando hacía ya cerca de una hora que estaba yo allí. Me tendió la mano y me sonrió afablemente. Ví que era feliz: su rostro tenía cierto esplendoroso encanto que hacía brillar extraordinariamente la luz de sus miradas. Venía de la iglesia con su hermana. Bella y sonriente, yo sentí cierta envidia secreta de su felicidad, porque, al contrario, era huérfano, demasiado huérfano de ésta.

Era ya de noche. No llegaba mi compañero y me despedí. Iría á verle después. No se perdía nada con ello. Era meramente cuestión de tiempo.

Me retiré á mi casa. Al cabo de dos horas marché á verle.

—¡El primero y el último!—exclamó estrechándome al mano, al verme

—¡Es natural! - balbuceé involuntariamente por más que no entendí bien el significado de sus palabras.

Arturo, como su novia, tenía también una luz alegre, juguetona, que bailaba dentro de sus pupilas. Era igualmente dichoso. Estaba algo charlatán, provisto de humor y gracia para muchos días. Hablamos por ratos, en ocasiones, mientras la gente iba y venía á nuestro alrededor, ocupada en ultimar algunos preparativos. Recordamos nuestras teorías sobre el matrimonio. Él me dijo:—Ya lo ves, querido, ha sonado mi hora: no siento turbación ni me preocupo: espero vivir feliz, si Dios me ayuda, y ahora es cuando toca poner en práctica aquel plan de conducta que teníamos soñado y proyectado tanto para cuando nos casáramos. Mira, no me olvido y me propongo cumplirlo. Él se refería á una conversación que habíamos tenido mucho tiempo hace. No recuerdo ya cuando: sería en alguna de las veces en que, como siempre, iba con él á su casa para pasar algunos días de campo. ¡Qué de hablar era el de aquellos tiempos! ¡Qué de reir y desvelar! Muchas veces no tratábamos más que un mismo tema: procurábamos mirarle en todos sentidos y así pasaban las horas sin sentir y solo cuando oíamos el profundo y vibrante canto del gallo que anunciaba más de media noche nos dábamos cuenta de que era necesario y conveniente dormir.

—Caro mío,—le decía entre otras cosas—el matrimonio es un yugo: todos lo dicen y es verdad, pero es un yugo que se suaviza con la prudencia, la virtud y el amor. Hay que ser prudente antes que todo: ser prudente, no sé quién lo ha dicho, es ser invulnerable. En el escoger, en el elegir la mujer, suele haber muchas imprudencias. Muchos prefieren una mujer rica. En estos tiempos, en que hasta la virtud y la honradez se cotizan y se tasan, la riqueza para muchos es una garantía para la felicidad. ¡Bah! qué poca cosa sería la felicidad si no consistiera más que en pedazos más ó menos relucientes de metal! El hombre que busca como factor principal en el matrimonio el dorado metal, quiere hacer negocio y nada más. Es un negocio como otro cualquiera, sujeto á quiebras y ganancias. Otros escogen una mujer bella: bella y basta. Cuando oigo ésto, pienso si la mujer no tiene otra consideración que la de un objeto de adorno ó de valor, que el marido tiene a gloria lucir en su casa ó cuando sale á paseo, para satisfacer una loca vanidad. Cabalmente, como la mujer, en tal caso, es un objeto de valor, se debe tener de él en todo tiempo imponderables cuidados para no ser robado. Francamente, querido Arturo, sobre la riqueza, sobre la hermosura, sobre la sabiduría y otras dotes, para mí lo principal, por más que digan que la idea está mandada recoger hace tiempo por rancia y rutinaria, lo principal es la virtud, Una mujer virtuosa vale más que un tesoro oriental, vale más que una hermosura regia y soberana. Al cabo lo primero se gasta y consume y lo segundo está expuesto á desaparecer al primer ataque de viruelas ó cualquiera otra de esas enfermedades que dejan huella. ¿Sabes que tengo muchas ganas y comezones de ver el rostro que pondría un marido de esos, al ver seco el pozo que manaba el adorado oro ó morir en el encantado rostro de su mujer la magia y belleza celestial en que fundaba todo su amor y felicidad? Una mujer virtuosa conserva á través de todas las contingencias de la vida el eterno perfume de la virtud, por la cual se hace adorable y eternamente amada. Mira, voy á confesarte un secreto que recomienda mucho la virtud y sirve de consuelo á la fé del marido.

Una mujer virtuosa no ha rodado mucho por los salones, ha frecuentado iglesias y sacramentos, está habituada á seguir con fidelidad la voz de su conciencia, á refrenar los rebeldes instintos de la materia. Una mujer así, tiene muchas garantías ciertamente: ella sabrá rodear al marido de atenciones y ternuras, sabrá amar á los hijos, educarlos y darles la virtud, pues que la tiene, sabrá cerrar la puerta del hogar para que no penetren en él la infamia, el escándalo, la traición y los disgustos.

A veces, á la gravedad de la conversación sucedían prontamente el chiste y la ironía.

—Oye, cásate con una mujer virtuosa pero necia y fea ¿qué te parece? ¡Cosa graciosa, compañerito!

La proposición me hacía titubear, pero, no obstante, replicaba:

—Pues no es tan detestable, querido Arturo. ¿Qué quieres decir? Una mujer virtuosa nunca es tan necia que no sepa lo que tiene que cumplir: la virtud tiene esa rara cualidad de hacer sabia á la más inculta en lo que toca al cumplimiento de su deber. ¿No sabes eso?

Mi compañero, después de este recuerdo, me llevó á un aposento para mostrarme el traje de su novia. Allí la graciosa camisa que iba á ceñir el cuerpo, gentil y delicado, lleno de gracias y flexibilidad para los ojos amantes; la severa y majestuosa falda que se arrastraría por el suelo con ese ruido comprimido y suave de tela agitada que parece la música del viento en solitaria arboleda; el blanco y límpido velo que flotaría en ondulantes é imperceptibles pliegues sobre la espalda como si tuviese alas, símbolo sagrado de la pureza y virginidad con que se entra en el matrimonio. Me lo mostraba complaciéndose, sonriendo, como se muestra un objeto caro del cual se posee el único ejemplar. Yo miraba sin hablar, miraba sin ver aquella seda, aquellos atavíos y joyas, elegantes y hermosos, dentro de su modestia y sencillez, porque comparaba en mi imaginación si áquella sencillez y aquella modestia daban menos deleite y felicidad que el lujo y la ostentación de que pueden echar mano el magnate ó el príncipe.

Llegó la hora de dormir. Pero no teníamos sueño y seguimos departiendo.

—Hé aquí en lo que para el hombre—me dijo Arturo—hemos soñado tanto y hemos corrido tantos años para venir después á tomar la realidad, tal cual es, á casarse, que es la acción más prosaica de la tierra, según dicen muchos que entienden.

—Querido, no bromees de ese modo. Acción prosaica, según por que lado se vea: el matrimonio lleva la poesía mayor de la vida, es el encanto que da á la existencia el color de la felicidad. Mira: ahí tienes á Alicia. Joven, simpática, enamorada, promesa de bien y amor, radiante de vida, buena cristiana ¿qué mas quieres? Pues esa mujer, ó llámala mejor, esa deidad, se unirá contigo, entregará su suerte en tus manos, hará de su existencia un continuo sacrificio para servirte y agradarte: te rodeará de cuidados, de obsequios y caricias, será fiel porque te ama, feliz porque cree, orgullosa de tí porque la quieres, verá de arrancar todo abrojo y toda espina que te hiera los pies por los extraviados caminos del vivir, beberá para sí todo el acíbar y te dará toda la miel de las dos porciones en que se divide la vida. Tú trabajarás para recompensarla y para merecerla: no te darán ya cuidado los demás goces y niñerías de la pasada vida; verás á las demás mujeres, sin encantos ni peligros, bajo el color de otro prisma que no es ya el de la ilusión: serás grave y formal como tus pensamientos. Después te preocupará el porvenir de tus hijos: los mantendrás, los educarás, serás recto con ellos sin dejar de ser bondadoso, les darás á conocer primeramente el nombre de Dios, luego les enseñarás los dos caminos que, por lo menos, deben conocer: el de la escuela y el del dolor. Y para todo ésto tendrás á Alicia, tu compañera, que coadyuvará á tus fines y sabrá agradarte y servirte siempre. ¿Qué más? ¿Quieres más poesía, una vida más meritoria al par que encantada y florida qué esta? ¡Oh! Yo te digo que el matrimonio no es mala realidad, es la realidad de la fé, del amor, de la ternura, de la lealtad y del deber compartidos juntos por dos existencias, por dos almas fieles y buenas...

—Tienes razón—me contestó Arturo.

Y como mi «sermoncito» merecía un abrazo, mi compañero, mi hermano, me lo dió, fuerte y rápido, con una espontaneidad que nace del corazón y que el corazón agradece.

A la mañana siguiente, Alicia, vestida de gasa, aérea y bella, caminaba al lado de su novio después de la ceremonia de la iglesia.

Llena de gloria, con un pequeño rubor en las mejillas, recibía las felicitaciones que le daba la pequeña comitiva, y á mi vez quise darle la mía y me acerqué.

—¡Hoy es el gran día, Alicia!—la dije.—Llena estás de gracia y felicidad, «ave».

Ella sonrió cariñosamente. Recordaba seguramente las palabras de su novio en la víspera y experimentaba la misma emoción: ví que un rubor de dicha y amor encendía su gracioso y amable semblante.

¡Al fin!

Al retirarme, después de dejarles, felices y contentos, prometí escribir en mi cartera: «El matrimonio es un yugo pero él se suaviza con la prudencia, la virtud y el amor.»

—(Publicado en Noviembre de 1896, en el periódico *Revista Católica de Filipinas*, con las iniciales *R. P.*)

RECUERDOS DE ANTIPOLO.

HORAS DE VIAJE.

Reverbera el sol: sobre la superficie del río se persiguen en alborotado juego las chispas de luz irisando las ondas y los árboles de la orilla: canta el agua hermosas canciones como las aves casi invisibles en las ramas llenas de amores y nidos: despliégase aquí y allá verdor primaveral que dilata las venas del alma, recorridas por sangre de júbilo y placer: á lo lejos centellean altas montañas sobre las que ruedan arroyos de gigantescas piedras preciosas que brillan con sus enormes facetas y descomponen la luz solar en sus prismas y cada vez súcedense cuadros

tranquilos y campestres que detallan un jardín en «este» sitio en cuyas flores las parejas de mariposas liban savia y néctar y en cuyo fondo se levanta la risueña casa, en *aquel* punto la torrecilla de pequeña iglesia que se eleva con carga de oraciones y nubes de incienso, adosada al bajo convento de musgosas paredes y más «allá» un pasto idílico de ganados que rumian y descansan en la yerba bajo secular árbol que derrama su sombra con prodigalidad de corazón joven, retratándose fielmente en semejante variado sucederse de decoraciones nuestra pobre alma por cuya vida los desengaños y las ilusiones, las penas y las dichas se suceden también en interminable cadena y en pródigo y exacerbado lagrimeo.

Es la hora casi del mediodía. Es el tiempo en que la animación resuena mejor con sus mil disconsonantados ruidos y heterogéneos elementos de bullicio y las pequeñas embarcaciones entablan certamen verdadero y verdadera lucha. El Pásig resulta un palenque de honor. Los meml brudos remeros gastan el esfuerzo ciclópeo de sus brazos para coger el primer puesto con su embarcación y colocarse á la vanguardia de sus compañeros, lugar en que la gloria coloca siempre á sus escogidos y muy apetecible sin duda si frecuentemente la gloria humana no fuera hermana del orgullo hinchado y hueco. Las embarcaciones van repletas por dentro: diez ó doce individuos, que forman la familia completa, con todas sus provisiones y ajuares- las incomodidades y monotonías del viaje son allí sazonadas con cuentos, conversaciones y apropósitos, propios del lugar y de los objetos que se observan á ambas orillas del río.

—Esta es la casa de D. Fulano.

Y la vista de aquella casa que surge entre bosques de rosales y plátanos compone y fabrica en la imaginación del joven de la familia la red de oro de un ensueño oriental, prometiéndose al tiempo de tener él su familia edificar en igual sitio una casa semejante, pero más poética aún, más hermosa, mejor cubierta con ropaje, de enredaderas, más sonriente con sus jardines y verjas y árboles y fuentes y estanques.

Y la imaginación del joven sigue corriendo por las alturas como un caballo con alas de águila, sin cuidarse de caer y caer en la sencilla cuenta de que tales astros de su pensamiento, tales flores de su fantasía, no se construyen con tanta facilidad como los construía la imaginación, sino que para ello se necesitaba sobre todo, mucho oro, moneda de la cual no tenía ni mucho ni poco, con lo cual ¡ay! quedaban por tierra derribados por la horrible prosa de la realidad sus casas sonrientes y sus soberbios jardines.

Entre tanto, el abuelo, venerable y tembloroso, que lleva en sus cabellos la nieve tranquila de la vida como una corona de rey, con cara plácida y cansada voz va contando á sus nietos, quietecitos y mudos, en actitud de oir, la leyenda de un santuario cuyos montones de escombros y piedras, vistos desde la banca, hablaban al viajero en ese enigmático pero sonoro lenguaje de las ruinas, de alguna violenta catástrofe sucedida, en cuya negra atmósfera flotaban incendios de destrucción y esplendores de cementerio. El santuario hace tiempo se levantaba erguido y brillante sobre los peñascos dominando al río que pasaba cerca y el caserío del pueblo que se agrupaba á su sombra como manada de vacas que se agrupan á la sombra de gigantesco árbol en día de asfixiante calor. Mucha era la devoción que profesaban los vecinos del lugar y en particular, por esa influencia que tiene nuestra religión y culto, los chinos infieles de los contornos, al bendito San Nicolás de Tolentino que allí se veneraba. San Nicolás era fama que hacía milagros, pero muchos milagros de los cuales se veían constantemente favorecidos sus finos amantes y devotos.

Pero plúgole un día dar mayor prueba de su bondad, salvando de peligro de muerte, seguro y grande, á un pobre chino que en obscura noche caminaba en dirección al santuario, vela en mano, para cumplir sin duda al Santo una promesa hecha con todas las veras de su alma. Estaba ya á diez pasos del santuario, á la orilla del río, cuando he aquí que retrocede horrorizado y pálido, gritando desaforadamente, con grande temblor en la voz y en el cuerpo como si la muerte misma se le apareciera allí arre-

bujada en su tenebrosa sábana, con la guadaña sangrienta pronta á descargar sobre su cabeza el golpe definitivo y mortal. A la mortecina luz de la vela, veíase la deforme cabeza de un caimán terrible y hambriento que le salía al encuentro con la satisfacción con que el lobo encuentra á la desventurada oveja que, sorprendida en su camino, no tiene tiempo de retroceder ni lograr su libertad. El infiel debió ver entonces á San Nicolás, en los aires, mostrándole cara simpática y bondadosa, porque le invocó y clamó fuerte para que su voz llegase sin duda y diese fuertemente en el corazón del Santo.—¡«San Nicolasi, San Nicolasi»! y éste debió atenderle, porque en el mismo instante el caimán quedaba pegado en su sitio y se transformaba milagrosamente en monstruosa y siniestra figura de piedra.

Dos bancas llegan emparejadas en este momento y cada cual procura ganar á la otra, impulsada por el recio remar de los barqueros. Las dos bancas luchan por muchos momentos sin lograr ninguna ventaja: en su carrera alcanzan una tercera banca que entrométese también en la lucha entablada. Golpéanse con titánica furia las movibles espaldas del río, saltan las ondas descompuestas en menudas chispas murmurando no sé qué blasfemias é imprecaciones, fórmanse mil remolinos y hoyos de agua que escupen espumas y describen circunferencias que poco á poco se alejan y se borran; y al fin, una de las embarcaciones, la más pequeña, consigue adelantar, ciñéndose los trofeos de la victoria y allá va seguida de risas y aclamaciones, embriagada de incienso y honor. Los derrotados remeros aprietan en sus puños con más vigor las armas del combate, doblan la frente, sus pechos resuenan como fuelles, cortan las aguas con centuplicadas energías manejando el cuchillo de sus remos y, al golpe que hacen, brotan largas manchas de rizada nieve que detrás de las bancas parecen regueros de sangre del río producida en los momentos del porfiadísimo combate.

Un poco más allá se repite la misma escena entre otras embarcaciones. Y á cada canto de victoria suéltanse al viento nuevas banderas de risas y movida algazara que sa-

tura de alegría la resplandeciente atmósfera y va enviando á todas partes ecos gratos de las fiesta, efluvios de primavera, perfumes de río y explosiones de júbilo.

—¡«La Cueva de Doña Gerónima»!

El aspecto de la cueva medio escondida entre las deformes brusquedades y naturales asperezas del terreno, pobladas de ruinas de vegetales y árboles vivos que presentan en el muestrario de sus hojas todos los matices de la esmeralda, hace preguntar al padre de la familia dirigiéndose á uno de los barqueros.

—¿Qué se dice este año de la Cueva?

El preguntado entonces cuenta lo que se dice, cosas de bandidos, encantamientos, enigmas, aventureros que penetran en el seno interminable de la cueva y no vuelven á salir, ruidos de hachas que parecen quebrar las gargantas y hundirse en los cráneos, sin que se pueda saber de dónde salen, fantasías. en fin, y delirios de la gente supersticiosa del lugar que finge monstruos, esfinges diabólicas y silbidos humanos donde no hay más que la sombra de un gavilán que pasa ó el trémulo susurro del viento que en lánguido desmayo se echa en brazos del follaje tranquilo y silencioso.

Los niños, al oir semejantes cosas, abren mucho las grandes esferas de sus ojos en cuyas pupilas se mezclan algo de miedo y algo de interés y véseles, mientras el narrador adelanta, apretarse unos á otros para solicitar valor ó buscar los brazos de sus padres donde la inocencia se cree segura como en los brazos de Dios, sagrado instinto que nos advierte que el alma del hombre, débil de suyo como la niñez, debe buscar los brazos del Trabajo y de la Virtud, padres suyos, para defenderse de las flechas del vicio y los borrascosos naufragios del corazón.

—Pero ¿quién es D.ª Gerónima, papá?—atrévese á preguntar uno de los pequeños, espoleado por la curiosidad que despierta el interés de las narraciones.

Mas no contesta el padre, sino que lo hace en lugar suyo el abuelo que repite lo que ha oido referir á su madre, cuyo testimonio, porque viene de más lejos, es más verídico, á semejanza de las bullidoras aguas de un manantial que son

tanto más puras cuanto más cerca de su nacimiento están.

—Dª Gerónima es, según dicen algunos, una anciana millonaria, excesivamente millonaria, que escogió para vivienda suya esa legendaria cueva, lastimosamente desengañada del mundo, queriendo acabar sola la endeble trama de sus días, para consagrar los posteriores años de su próximo ocaso al recuerdo y expiación de una tempestuosa y desgraciada juventud. Pero otros más dados á las cábalas y juegos de una calentada fantasía aseguran que dicha señora es una encantada, sin duda el «Hada del Pásig», cuyo lujo y riquezas orientales se ostentaban en las vajillas de oro y plata que se servían en su mesa. Lámparas llenas de preciosidades brillaban cuando ella comía y revestían de luz las desnudas paredes y el suelo húmedo y medio reblandecido.—Mujer vulgar ó hada, lo cierto que se refiere de ella, lo que todos dicen y en ello convienen, es que, después de cada comida, la señora tira los platos al fondo del río sin que se la viera recogerlos ó buscarlos, ni tampoco pudiera alguien encontrarlos á pesar de repetidos requerimientos y buceos emprendidos por los vecinos, invencibles buzos y nadadores soberbios por lo común.

En ésto, el venerable narrador cuyas palabras son recogidas con emoción respetuosa por sus pequeños oyentes, interrumpe bruscamente el hilo de su lenguaje, dibuja en el lienzo de su boca innumerables pinceladas de risa y agita vivísimamente el pañuelo que lleva en la mano saludando desde lejos á una banca que venía en dirección opuesta, repleta también de personas conocidas, de vuelta de la romería.

Cuando ya las dos bancas se acercan óyense estas voces:

—¡Hola!

—¡Buenas!

—¿Desde cuándo?

—Desde el jueves—¿Cuándo piensan volver?

—Dentro de la actual semana.

—¡Adiós!

Y agítanse nuevamente los pañuelos como amapolas azotadas por el viento y ríen las bocas mientras las em-

barcaciones se separan echando entre ellas espacios y más espacios.

Llega la hora de la comida. Algunas bancas, cetáceos vivos, siguen su presuroso curso nadando con las aletas de sus remos y permitiendo que en su obscuro y enorme vientre las familias levanten la tienda de suculento festín, en el que los comensales derrochan la gracia, la sal y el humor rociado con sendos tragos de agua pura, mientras el sol tuesta y reverbera arriba, colgado de invisible hilo; pero los más hacen breve parada en las tiendas que de trecho en trecho vense cerca de la orilla, pequeños «quioscos de nipa» que hunden sus piés en las aguas del río para bañarlos, coronados arriba por la refrescante sombra de los árboles. Bulle allí numerosa concurrencia que come, bebe y fuma con libertad, se hace charla de todo, los corros y las tertulias levantan un ruido semejante al que formarían mil moscardones reunidos en un jardín. Terminada la comida, recuperadas las energías gastadas y los esfuerzos de los miembros, los atletas del río renuevan otra vez la lucha y vuelven á buscar la fatiga y los sudores en el violento ejercicio de su profesión.

La siesta es brillante y cálida, refrescada por las delicias de una brisa humedecida en las ondas y el sueño invita con melodiosas canciones y sonrisas á todos á entrar en el palacio de sus glorias y reposos. Los niños son los primeros que hacen honor á la invitación por ese privilegio de la felicidad de que gozan, no comprendiendo ni sintiendo de la vida sino solo la parte hermosa y amable. Uno tras otro, todos entran al fin, y al bullicio continuo que comenzó desde las primeras horas del viaje sucede un prolongado y triste sosiego durante el cual no se oye más que el resuello, débil y suave en los niños, entrecortado en el adolescente, robusto en el padre y cansado en el abuelo; y sólo quedan sufriendo el sueño, allá en un extremo de la embarcación, los criados que vigilan los trastos y conversan largamente.

Va terminando el viaje. Los remos fatigados caen con cierta pausa y golpean las aguas con mimosa languidez. La embarcación se desliza perezosa sobre el río, pero entra

finalmente entre dos filas de cañaverales cuyas copas ondulantes se juntan en el vacío para tejer verde bóveda de follaje y sombras. Pasan los momentos. Después se oye un tumulto misterioso al principio, como un trueno lejano, que poco á poco va claréandose y descifrándose, y aquel tumulto que indica la proximidad del «embarcadero» despierta á toda la familia que se levanta alborozada y bulliciosa arrojando del pecho todas las molestias y sufrimientos del viaje en un robusto y largo suspiro de satisfacción.

La tropa de niños bate palmas y se pone en movimiento, el abuelo sonríe con su eterna sonrisa bonachona, las mujeres recomponen el descompuesto traje, el padre grita y enfrena el entusiasmo de los pequeños y el mozalbete se ciñe con gravedad el sombrero, ajustando el bonito calzado y empuñando el elegante bastón.

Mientras, el sol sigue reverberando arriba y las ondas continúan su alborotado juego con las chispas de luz formando geométricos dibujos y caprichosos arabescos ...—(Publicado en Junio de 1895, en el periódico *Revista Católica de Filipinas*, con el seudónimo de *Roberto Pí y Villa*.)

LOS PATRIOTAS.

—Decía usted que.....?

—Decía que el patriotismo es una palabra vana, que se abusa mucho de ella para ocultar fines egoistas y, á menudo, perversos, que los que más lo proclaman son los que menos lo tienen, que en las muchedumbres suele ser un acto inconsciente como en las clases cultas un vehemente deseo de popularidad y gloria, jamás una virtud que emana del alma, que florece, que arraiga en ella....

—¡No tanto! Exagera usted demasiado la tinta. ¿Es decir que no hay patriotas para usted, que no hay patriotismo en la tierra? ¿No vé que ésto es absurdo? ¿Cómo entonces explica en muchos la abnegación, el sacrificio constante, la invencible repugnancia á abjurar de sus creencias, la muerte, inclusive, por una idea?

—Idealismo, vanidad. Disfraz más ó menos estudiado para engañar á incautos y embaucar á cándidos, recurso de los que no pueden ni quieren vivir á sus propias expensas, sino á expensas de los demás, afán acaso de ciertos temperamentos que sueñan en quimeras de inmortalidad y fama.

—¡Y bien! ¿No cree usted, por consiguiente, que esos hombres obran por virtud y acaso obedecen mandatos imperiosos de su conciencia?

—Ríase usted de eso, hombre. Hay un interés propio en todo lo humano, un interés que nos domina y solicita siempre en todos nuestros actos. Usted no obraría el bien si no viera en él una utilidad ó conveniencia. La buena reputación y fama nos obligan á obrar con medida y cautela, no porque nos guste el bien, sino porque hay una ventaja en hacer creer que somos buenos. El patriotismo es, como cualquier otro sentimiento humano, interesado; detrás de él se ocultan bastardas ambiciones, ó ensueños de grandeza que llevan á sacrificar al montón para la comodidad de unos pocos; es una especie de egoismo monstruoso, aunque más refinado, que hace del nombre de la patria un pretexto y del bien del pueblo una máscara ridícula....

—¿Y la idea de que es necesario que haya hombres que se sacrifiquen por los demás, que constantemente luchen y se fatiguen por el mejoramiento de la sociedad, del pueblo en que viven? Es preciso, creo, discurrir con más serenidad para descubrir que en el fondo de las acciones de esos hombres predomina la idea de la colectividad sobre la del individuo, que no atienden mucho ni poco lo que serán después, que solo buscan é inquieren lo necesario para el bienestar de todos, que se olvidan de sí mismos....

—Error, superstición, leyenda, ¡qué queréis que os diga! No me convenzo de que esos hombres tengan tanta virtud y obren con tanto desprendimiento.

—¿Supone usted que Jesús deseaba algún beneficio para sí? Jesús es un patriota de la humanidad, un modelo de patriotismo.

—Jesús era, sencillamente, Dios.

—Entonces, vamos á los hombres. Esparta tuvo aquel

general sobre cuyo sepulcro Simónides escribió esta inscripción: «Viajero, ve á decir á Esparta que hemos muerto obedeciendo sus santas leyes.» Leónidas ¿dirá usted que quiso pensar en sí en aquella ocasión? Los Gracos mueren asesinados, ¿hubieran muerto así, si no hubieran querido defender al pueblo contra la nobleza? Juana de Arco muere quemada en un suplicio; ¿era solo por su propio bien? Washington sufre nevadas rigorosísimas durante diez años de lucha, ¿luchaba solo para sí? Los filósofos, los oradores, los sabios todos, ¿cree usted que tienen necesidad de pasar una vida árida y, á menudo pobre, solo porque tuviesen interés en ello? Conceda, conceda algo á esos hombres y reconozca que realizan un fin social, sin ellos faltaría el estímulo generador de las grandes evoluciones históricas, habla en ellos perpetuamente una voz que dice: ¡adelante! y adelante llevan á sus conciudadanos, y en medio de sus mayores errores y contradicciones viven persiguiendo un ideal de bien, de constante progreso y felicidad para su patria.

—Menos cuando la llevan á graves y mortales desastres.....

—¿Lo hicieron así alguna vez? No lo hicieron con seguridad para hacer daño, con malicia; fallaron en sus cálculos, pero sus propósitos jamás dejaron de ser nobles y levantados: son víctimas de la fatalidad, nunca autores de un crimen.

—Es decir, seres irresponsables. ¿Á dónde nos conduce su teoría?

—Teoría justa. A quien madura los medios y escogita detenidamente los recursos proporcionados para un fin legítimo y beneficioso á un país, y, sin embargo, tropieza y cae, no puede en justicia culpársele de nada: es desgraciado, no criminal y la desgracia no mancha, despierta respeto, si no afectuosa compasión.

—Los patriotas son locos.

—Locos envidiables.—(Publicado el 8 de Febrero de 1902, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

ALMA NUEVA.

¿Qué es lo que deseáis saber? ¿Cómo trasforma el amor las almas? Ved.

Alejandro se enamoró de la bella Nisia. Bella, como todas las mujeres que pintan los novelistas. Tenía un corazón muy hermoso, como sus ojos y cabellos. Carácter dulce, paloma sin hiel. ¡Todo lo mismo que dicen los novelistas! Pero tenía una cosa propia, una cosa que la distinguía de las heroinas de novela. No amaba.

¿Lo dudais? No quería amar á nadie. Si se la hablaba de amor, se reía. Una risa fría. sarcástica, tranquila, que envolvía un soberano desdén. Muchos que la asediaban se cansaron. ¿Amar? ¡Qué tontería! exclamaba ella riendo siempre.

—Para decir que es tontería es menester haber probado amar—contestó uno de los jóvenes que ella despidió,

Alejandro lo sabía todo. Aquella alma era invulnerable, era una organización inanimada, un busto, una estatua de museo. La vida es amor y sentimiento. El que no ama tiene algo de inanimado en su ser. Pero Alejandro la amaba porque sí, porque le encantaba. Sabía las dificultades de vencer, pero no pensaba en ello.—Consultaba su corazón y éste le decía: La amas.

Efectivamente, Nisia le interrumpió á las primeras frases.

—No se moleste, es inútil. Yo no pienso amar ni casarme en toda mi vida. Hay mil mujeres que le aceptarán.

Alejandro no insistía, pero firme en su propósito volvía otro día. Era Alejandro un carácter, terco y tenaz como una roca. La batalla se libraba entre dos temperamentos iguales, enérgicos y consistentes. Era difícil predecir el resultado.

***

La tarde era deleitosa.

Nisia estaba asomada contemplando con suma atención las escenas que se desarrollaban en la calle.

Una joven campesina pasó: iba sola. En su mirada triste vagaba indefinible pesar. Su andar era precipitado como de quien temía algún peligro. Nisia sintió hacia la desconocida una profunda lástima.

—¿Sería huérfana esa mujer?—pensó ella.

Al propio tiempo pasaba una alegre pareja: ella, corpachona y bien vestida, él un mocetón robusto y sano, que llevaba en la diestra un nudoso bastón. Ella estaba cogida ligeramente del brazo del mozo.

Unos gritos de alarma de la gente de la calle hicieron comprender á la pareja un peligro próximo. De repente, á lo largo del camino, vió ésta venir corriendo un perro, seguido por dos vecinos con largos palos.

—Un perro rabioso,—decía la gente.

El hombre de la pareja se puso enseguida en guardia; la mujer palideció.

El animal despedía espuma por su boca y se dirigía hacia la pareja. La mujer tuvo un instante de vacilación y quiso correr atrás. Entonces el hombre la defendió con su cuerpo y dejó caer el bastón sobre el cuerpo del animal, con tan nerviosa furia que el perro lanzó un ahullido y salió escapado.

El peligro pasó. La pareja, satisfecha y contenta, continuó su camino.

Nisia, conmovida desde la ventana, había caido en una madura reflexión. Pensaba en aquella campesina que iba sola, sin alegría, sin apoyo y luego en la mujer de la pareja, que se había salvado de un riesgo, por haber quien la protegiese. La primera no debía tener un amor: la segunda era amparada por el amor. ¿Cuál de las dos situaciones era preferible?

Una voz simpática y respetuosa saludó á Nisia desde la calle. Ella la oyó y se asustó sin saber porqué. Era la voz de Alejandro que en aquel momento pasaba, á caballo, en la calle, como solía hacer todas las tardes.

En aquel estado de su ánimo la mujer tuvo una graciosa sonrisa para el enamorado joven y le siguió largo tiempo con la mirada. ¿Qué era aquello? Alejandro lo

notó y adivinó un maravilloso cambio en el alma de aquella mujer.

Alejandro venció pocos días después. En Nisia se había operado un cambio completo. La mujer sentía con alma nueva, tocada de amor como las demás. ¡Igual que las heroinas de las novelas!

¿A qué se debió aquel cambio? Nadie lo supo jamás. Se atribuyó á los méritos ó á la suerte de Alejandro; pero Nisia interiormente, se daba esta explicación:

—Si una viviera sola, se vería rodeada de peligros. La sociedad está llena de ellos, según se dice. ¡Cuan bueno es verse resguardada de ellos por el amor!—(Publicado el 5 de Abril de 1902, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo de *R. Pañganib.*)

LA GUERRA EN EL CAMPO.

—¿Qué es ese ruido, madre?

La voz de la madre tiembla de espanto como su corazón. Ha oído el vago y lejano rumor del combate, el cañón que á lo lejos ahulla roncamente, como un perro mal humorado que desvela. Se ha acordado de sus hijos y marido y siéntese agitada de horribles sacudidas.

—Es el de la guerra, hijo mío. Allí están tu padre y hermanos.

—¿Qué hacen?

—¡Matar! Los enemigos quieren apoderarse de nuestras propiedades, de nuestros sembrados, de nuestras casas, y ellos quieren impedirlo pensando en sus mujeres y en sus niños.

—¿Les hemos hecho algún mal?

—¡No, hijo mío! El mal lo hacen á nosotros, porque no piensan que cada hombre que cae deja abandonados otros seres débiles, que cada hueco producido en un hogar se

llena de sollozos de viuda y nostalgia de huérfanos. Dios lo tendrá en cuenta, hijo mío, en la hora de su justicia.

—¿No hay más remedio que Dios, madre? ¿No pueden hacer nada los hombres?

—Los hombres no quieren reconocer su error. Son ciegos cuando de su perdidión se trata. Á los que Dios quiere perder, los torna antes imbéciles.

El ruido del cañón se vá acercando. La madre tiembla más visiblemente y el niño, al ver á su madre, lleno de terror, se agarra á su cuello. Los dos se abrazan por mucho tiempo.

La puerta rechina y se abre: oyése un indefinido rumor de voces. Algunos hombres traen un cadáver. La madre reconoce á uno de sus hijos.

Espectáculo de horror, de desesperación. Lágrimas, ayes, sollozos parecen henchir la casa, por cuyo techo atraviesan sombras lívidas, espíritus deformes é invisibles. El ruído del cañón sigue ahullando allá fuera, sembrando muertos y vencidos y haciendo retemblar la casa.

De repente el llanto de la madre cesa. Mira al muerto, sondea la herida, acerca sus oídos á aquel corazón que no hace ningún ruído, paralizado en su movimiento de péndulo y al fin le besa en la frente mojándola con sus lágrimas. ¡Qué fría estaba la frente!

Después se levanta, se yergue como leona ofendida, coge en brazos al niño, señala al cielo y al muerto y dice una palabra terrible.

¡Juramento! ¡Venganza! El niño pareció comprender y dejó de llorar. Los hombres que trajeron el cadáver se miraron y afirmaron algo con algunos gestos de cabeza.

El dolor de la madre se vuelve á exaltar y llora de nuevo. Óyense nuevos ayes, gemidos, pasan ráfagas humedas de lágrimas, tempestad interior que desgarra, sacude, atonta. ¿Qué dice, qué murmura, qué reza?.....

Afuera, se oye una especie de grito fatídico, demoniaco, que responde á aquellos sollozos de mujer y dice:

—¡Maldición! ¡Maldición para la guerra y sus autores.

—(Publicado el 25 de Junio de 1902, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo *R. Panganib.*)

LA LIBERTAD.

El Rey dijo á su ministro:

—Ahogad esa voz que agita al pueblo. No puede consentirse á un hombre que hable contra el orden actual. La salud del pueblo ante todo.

—El pueblo le oye, Señor—insinuó tímidamente el ministro.

—Haced lo que os digo.

El ministro cumplió la orden. Se decretó la prisión del agitador y se le encerró en la cárcel.

El Rey quedó tranquilo.

La sociedad, escandalizada con aquella prisión, protestó en silencio. Nadie se atrevió á hablar. Los consejeros dijeron al Rey:—Está bien.

El Rey, cuando se vió obedecido, cuando vió que nadie protestaba, creyó que había hecho un gran bien al pueblo. Su conciencia tuvo una gran satisfacción.

Pero el pueblo, creyendo que no tenía libertad para hablar, calló y obró.

Un día se descubrió una conspiración. El Rey llamó al ministro y le dijo:

—Ametrallad á toda esa gente que quiere perturbar el orden público. ¿Qué? Pues ¿no tiene libertades? ¿No se la dice que puede hablar y obrar todo lo que quiera dentro de la ley? ¿No está satisfecha de las libertades que le doy? ¡Ametralladla, eso es lo que merece!

—El pueblo, Señor, se dice que está temeroso de todo, porque habeis puesto en prisión á un hombre que se atrevió á pensar en voz alta lo que sentía—advirtió melancólicamente el ministro.

—¿Cómo? ¿No ha leido la Constitución? ¿No están

allí todas sus libertades? ¿Qué caso hacen entonces de la Constitución? ¿Ó es que este pueblo es estúpido é ignorante?

—No lo creo, Señor. Pero el pueblo juzga, no por lo que lee, sino por lo que ve.

—No. Esos hombres han delinquido contra la ley, la ley les castiga con la pérdida de la vida. Si el poder se muestra débil, no habrá escarmiento. Haced lo que os he dicho. Ordenad que se ametralle á esa gente.

El ministro cumplió la orden. Una escolta de soldados apareció, formó el cuadro y se hizo una descarga sobre una cuerda de hijos del pueblo, que formaban parte del complot descubierto.

El pueblo lloró aquel día; pero el Rey tuvo un momento de satisfacción por haber cumplido con su deber.

Los años pasaron.

El pueblo se sintió un día fuerte y unido y se declaró en abierta rebelión.

El Rey, furioso, se puso al frente de las tropas y combatió. Pero ¡ay! los rebeldes eran muchos, estaban unidos y compactos, y la fortuna les fué propicia. El Rey quedó vencido.

Llorando de pena, indignación y rabia, el Rey apostrofó al pueblo de este modo:

—¡Pueblo ingrato! ¡Por tu bien he trabajado y consumido las mejores horas de mi vida, y, sin embargo, te levantas contra mí!

Y el pueblo contestó con voz terrible:

—Ahogaste la voz de un hombre libre y los excesos de tu autoridad te han ahogado. Para que los reyes aprendan á respetar de corazón y no de boca la libertad de los pueblos.—(Publicado el 23 de Agosto de 1902, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo de *R. Panganib.*

LA MUERTE DEL PADRE FLORENTINO.

(A propósito del último capítulo de *El Filibusterismo.*)

«En su solitario retiro, á orillas del mar, cuya movible superficie se descubría al través de las abiertas ventanas, extendiéndose á lo lejos hasta confundirse con el horizonte,» el P. Florentino había envejecido veinte años más. Veinte años más para un anciano son demasiada carga, y así el venerable sacerdote ya no distraía su soledad, como antes «tocando aires graves y melancólicos»; su ocupación era rezar. Bien sentía él que su fin se aproximaba; su encorvada espalda, que ya no podía levantar y erguir, y ese temblor general que se apodera de un organismo al que le va faltando el combustible de la vida, le evidenciaban que la Bondad Suprema le concedía poca tregua para comparecer ante el inapelable Tribunal.

El sacerdote había terminado su oración aquella noche. Sin moverse de su asiento quedóse en actitud pensativa, como solía. En medio del silencio, oyó entonces á lo lejos la voz de las campanas que doblaban cada hora por los difuntos en aquella primera noche de Noviembre, y se vió que su semblante tomó una expresión triste. Por una rápida asociación de ideas, se acordó de un huésped que veinte años antes estuvo allí en aquel aposento y murió en su propia cama. Aquella escena la tuvo siempre fija en su mente. Su huésped, moribundo ya, había hablado y discutido mucho con él, á veces con voz pausada y lenta, á veces agitada y colérica. En aquel momento se le presentaban vivos todos los detalles de aquella noche; aquella confesión dolorosísima del moribundo, su historia, sus padecimientos, sus luchas, luego su muerte criminal, muerte suicida, y después aquella maleta, aquel fabuloso tesoro que el Padre arrojó al mar; todo recobraba sus dimensiones y figura y se reproducía exactamente ante sus sentidos.

Una media luz del quinqué que iluminaba el aposento, bañaba la figura del viejo con resplandores aéreos, vaporosos, así como los demás objetos de la habitación. De pronto, sin previo aviso, se abre la puerta y penetra si-

gilosamente un personaje a quien el P. Florentino mira con singular extrañeza, como si tratara de convencerse de que no soñaba.

El personaje dió afectuosamente las buenas noches y después de tomar la mano del sacerdote, como la de un antiguo amigo, arrimó una silla á la de éste y exclamó:

—¡No se ha olvidado usted de aquella noche! Sí, tenía usted razón, hoy bien lo conozco; tenía usted razón al decir que «la libertad se conquistaba mereciéndola, elevando la razón y la dignidad del individuo, amando lo justo, lo bueno, lo grande, hasta morir por ello, que cuando un pueblo llega á esa altura, Dios suministra el arma y caen los ídolos, caen los tiranos como castillos de naipes y brilla la libertad con la primera aurora.» Yo he visto despuntar esa aurora, he visto como la saludaban gozosos y triunfantes los mismos que ayer se burlaban de nuestra locura, de lo que llamaban nuestra manía, y he visto que alrededor de su luz se agrupaban todos, absolutamente todos, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, para gozar de su tibio claror. ¡Oh, he visto levantarse á ese pueblo que un día antes era motejado de salvaje, y con suprema arrogancia, con viril serenidad, reclamar sus derechos y conquistarlos por la fuerza, cuando fué necesario. Eran esas mis ideas, pero ya sabe Vd. como fracasó mi intento, la Providencia me perdió, no quiso que el labrador disfrutara de la cosecha ...

—Porque usted se valió de medios reprobados—interrumpió vivamente el sacerdote; venimos á los mismos razonamientos de antes. Dios negó á usted su apoyo, por tales medios, y lo negará á este pueblo si no escogita los buenos caminos, los senderos del amor, como ya le he dicho ...

—Es verdad ... los senderos del amor, repitió el personaje. Sin amor no habrá unidad, sin unidad no habrá fuerza; el odio entre hermanos no fructificará más que sangre y lágrimas. Convenza Vd. á ese pueblo que ahora sufre, llora y desespera, que no siembre venganzas, recelos y crímines; que procure llevar el arrepentimiento á las almas que se han hecho indignas, con ejemplos dignos y honrados, para atraerlas y mejorarlas. Nadie resiste á la

luz; esas almas abyectas se levantarán, se redimirán por la virtud y sacrificio de los demás.

—Me complacen sus ideas, que coinciden en un todo con las mías, pues estimo que por ellas, sólo por ellas, volveremos á aquella unidad que mal hora se rompió. He cavilado, he pasado noches enteras en vigilia reflexionando sobre esa separación de hermanos que un día cobijó la misma bandera y ahora han tomado diferentes rumbos para encontrar la común felicidad. ¿Cómo pueden unirse, si no se aman, si no constituyen una sola alma, si entre ellos se pelean, se dividen, se destrozan? No obstante, tengo aún una esperanza.

—¿Cuál?

—¡La juventud! Sí; he pensado siempre en esa juventud «soñadora, temeraria, hija digna de los trópicos.» ¡Ah, si «toda esa juventud que pierde su tiempo en amoríos y tonterías pensara un poco más en su patria y consagrara sus rosadas horas y sus frescos entusiasmos al bien de su país»! Entonces este país se salvaría, entonces habría un pueblo digno, feliz, con clara conciencia de sus derechos, atento á sus deberes, entonces ésto.....Lo que pierde á nuestros hombres, lo que pierde al país es esa falta de fé, esa falta de virtud y confianza en si mismos y sobra de miedo y demasiada facilidad para someterse á todas las tiranías y llegar á todas las complaciencias. Algunos creen que eso es patrimonio del saber, de la cultura y no es más que una debilidad del organismo, una caquexia de las propias fuerzas. Pero ¡ah! cuando veamos á nuestra juventud más interesada en todo lo que al bien y progreso de la patria atañe, cuando veamos á nuestros jóvenes menos entregados á sus devaneos, más serios, cifrar su gloria y ventura en saber y aprender siempre; cuando esa avalancha de «carne palpitante de vida, pura, joven, lozana,» se desborde por todos lados y trabaje con afán, con impaciencia, con amor para elevar y mejorar la condición del pueblo, entonces sonará la hora de la redención y asomará por Oriente el esperado nuevo día. La esperanza está allí: es inútil ponerla en otra parte.

El viejo sacerdote calló y estuvo, al parecer, formulan-

do sus pensamientos en voz baja. Su interlocutor no se atrevía á interrumpirle, le miraba fijamente como si quisiera adivinar las reflexiones que bullían en su frente.

El P. Florentino de repente se llevó la mano al corazón y dijo:

—Siento algo aquí que me aprieta y ahoga. Me siento mal; amigo mío, me voy á la cama.

El personaje le condujo á la cama, arreglóle la sábana, pregúntole atentamente qué necesitaba, pero el anciano respondió:

—Amigo, siento que mi hora ha llegado. La llama se apaga por falta de aceite.

Sus labios se movieron para rezar. Concluído el rezo, se volvió á quejar de algo que le dolía, llamó á su interlocutor y le dijo:

—Muero alegre y contento, porque he visto amanecer el día de la libertad sobre las cumbres de mi patria. ¡Dichosos los que la han visto! Pero de repente el alba pletórica de claridad y esperanza se nubló. Negras nubes la oscurecen. Descuidad: esas nubes son pasajeras. Nacerá el día, porque el pueblo está preparado, ha abonado con su sangre el germen y la sangre es fecunda. El fruto madurará, no lo dudeis. Dios vela por el árbol....¡Hay algo providencial en la suerte de los pueblos!

—Descansa, alma buena y magnánima—exclamó el personaje misterioso, extendiendo solemnemente sus brazos sobre el cadáver—que en tu solitario retiro no has dejado de pensar en los demás, y que á pesar de tu vejez has contribuído con tu trabajo, propaganda y sacrificios al bien de tus hermanos. Descansa en paz, has trabajado mucho, tienes derecho al reposo. Tu país te recordará con veneración y amor; no será así á los que solo han escondido egoismos en su alma, han trabajado por ellos mismos, y no han hecho «lo que buenamente podían y debían por el país que les ha dado todo, por los ciudadanos que les han ayudado á vivir.»

—(Publicado el 23 de Noviembre de 1901, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo de *L. Miller*.)

CUARTILLAS VOLANTES.

LA LUNETA.

Alegre, blanca como la espuma que cerquita caracolea en la playa, tiene en sus venas sangre española y en sus labios sonrisa filipina.

Es el paseo de más garbo y más gracia, que requiebra el sol con gestos de luz, á la temprana hora de la misa y juega con la onda, á la tarde, cuando el día despide al mundo con mirada febril y calenturienta y la brisa se enreda en los cabellos de mozas garridas que pasean soñando en la noche que avanza y en la cita que les espera.

Por él pasaron en otro tiempo las noblezas de España que aquí llevaron coches soberbios y lacayos galoneados; las miserias de levita y sombreros de copa; los bravos uniformes que lucharon en varias guerras, cuajados de estrellas y cruces; los hábitos blancos ó negros que desencadenaron la gran tempestad y volcaron la inmensa catástrofe sobre esta tierra; todo cuanto tenía de típico España, cuanto venía á retratar aquella raza romántica y despreocupada, con la cara vuelta á su leyenda de oro para no mirar las grises miserias del presente.

Allí, en aquel idilio, hay un pequeño lugar trágico que despierta los odios y eriza los pelos. Un pequeño lugar sangriento donde escribió la experiencia de un pueblo, con signos dantescos, una sentencia de sabio: «Así juzgan los señores á los esclavos.»

Tal vez por ésto no acuden ya á dorar á los rayos de la tarde sus alegrías frescas los camaradas de la Universidad, amigos de saber y galanteos, que van en la cátedra á sentar su hora de aburrimiento y en el paseo á requebrar á las muchachas de talle airoso y cabeza lánguida. Ni los carruajes van atestados ya de flores de carne, abiertas y tentadoras, que sonrién con sus labios de sangre y escriben algo con sus miradas de luz.

Hoy parece que allí se ejerce un tácito monopolio: los «boys» de América invaden aquello todas las tardes, como

un campamento y corretean su grave humorismo y su ingenua democracia. Las caras imberbes, las mejillas quemadas, los rubiáceos cabellos y las monosilábicas interjecciones interrumpen el rumor de idilio, la nota blanca y traen á los oídos aquella sentencia escrita con signos dantescos en el pequeño lugar trágico.

Y allá en la bahía, como respondiendo á este tenebroso pensamiento, surgen gigantescas sombras, flotantes ciudades de hierro que duermen su espantoso sopor de bestia, cubiertas por la bruma gris del mar....—(Publicado el 17 de Febrero de 1900, en el periódico *La Solidaridad*, con el seudónimo de *Ricardo.*)

EL ALMA DE ESPAÑA

¡Aún vive la vieja alma de España aquí! En todas partes veo su sombra, proyectándose como desde una inmensa altura y ocupándolo todo. Rastreo su influencia en todas nuestras poblaciones, en los monumentos, en los templos, en las calles, en los cuadros de las casas, en los libros que aprendemos, en nuestras maneras, en el lenguaje, hasta en lo último, en nuestros vicios y defectos. Se nos ha trasvasado en las venas la sangre de aquella España decadente que nosotros despojamos aquí, con un supremo esfuerzo de ira, de su ancho manto de reina para tendernos sobre él á disfrutar del alborozado festín de la libertad.

Creímosla muerta en nuestros brazos para siempre y, después de muchos días, oímos aún su alentar penoso de mujer cansada de una gran vida, quien desea consagrar los restos de su sorprendente belleza á Dios y al templo. Matrona decrépita, con su velo de santa y su conciencia timorata no ha podido legarnos más que esa educación ficticia que nos llena de cosas de cielo la cabeza y nos incapacita, torpes é ignaros por completo en las cosas del mundo, para las verdaderas luchas del hombre, las verdaderas artes del vivir.

Quisimos enterrarla, cuando la creimos muerta en los brazos de nuestra revolución, pero no pudimos enterrar con ella lo que ya hemos recibido, lo que se ha asimilado al alma nuestra, lo que se ha inyectado en nuestra sangre. Es en vano raer de la piel esta color blanca que ha dulcificado las fibras morenas de nuestros abuelos, extraer de nuestras ideas el jugo de aquella civilización que ha vigorizado las celdillas de nuestro cerebro, vaciar del alma las virtudes ó vicios que hemos heredado. La substancia de una raza se ha transfundido en la sustancia de la otra: la masa, los nervios de unos y otros se han asimilado. No hay reactivos posibles: la descomposición no se logrará. Además, ¿por qué? Trabajo de desunión, de odio: ¡te abomino!

La sombra de España peregrinará por nuestra tierra años y años. Aún hablaremos su lenguaje los que crecimos odiándola por sus instituciones y sus hombres, los que con la pasión de la libertad deshicimos su cabeza con el hacha de la revolución. Por mucho tiempo nuestros monumentos conservarán inscripciones á sus conquistadores, misioneros y reyes, como Magallanes, Legazpi, Urdaneta, Isabel II y Carlos IV; nuestras calles dirán los nombres de Generales, Oidores y Obispos, como Villalobos, Anda, Dasmariñas, Sande, Salazar, Tello, Salcedo y Ronquillo; aprenderemos el arte en el arte de sus poetas, músicos y pintores y haremos aprender á nuestros niños en libros é historias de españoles. Los cuadros de Alfonso XIII y de la Reina Regente, como las pinturas de sus villas y monumentos, no se descolgarán por mucho tiempo de nuestras casas y servirán aún para adornar y alegrar muchas de nuestras fiestas y reuniones. ¡Aún oiremos con placer la Marcha Real que se tocaba ante Dios, á los Gobernadores generales y Obispos y nos bailará el alma oyendo los aires populares de aquella tierra que engendra el canto y la risa en los labios! Y su bandera, aquella bandera roja y amarilla, que festoneaba nuestros arcos y fachadas en otros días de fiesta, será usada aún con anacrónica ligereza en los pueblos oscuros y humildes donde el viento de la revolución ha soplado sin intensidad. Y después de una labor intensa de siglos, renovado todo, desaparecida la

sombra de hoy, aún nuestra historia recordará á España hablándonos de ella los propios libros y escuelas ...

... Por ésto, me empequeñece el hablar mal de España y los españoles; siento rubor y vergüenza cuando injurian á esa vieja nación los hijos de esta tierra, histórica por su hospitalidad, nobleza y honradez.

España no es ya más que una sombra en tierra filipina: injuriar á una sombra es propio de pequeños y cobardes.

¡Saludo á esa vieja España!—(Publicado el 5 de Mayo de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*.)

LUZ DE CIELO.

Á Fulvio.

La llamaste así, me acuerdo todavía. ¡Cómo me hace sonreir este recuerdo! Cuando en todas partes crugía aquella borrasca de sangre y plomo, en medio de aquel penoso y voluntario ostracismo, allá en aquella libre tierra donde no ondeaba más que la querida bandera, hace un año, vivía el amor sereno, hermoso, apasionado, sonriente. Y en medio de la general consternación, sobre las cabezas que caían ensangrentadas y los llantos, que ensordecían, de la viuda y del huérfano, el amor cantaba encendidas estrofas, delicadas ideas, y plateaba con su virginal rayo todos los sueños del cerebro.

¡Luz de cielo! ¡Qué ocurrencia! El amor tiene realmente cosas felices. ¿Á quién, sino á un corazón que amaba, se le ocurriría eso? Y lo cierto era que necesitábamos, en medio de aquella negra y sombría cerrazón, una *luz de cielo* que deshiciese las compactas nubes y sostuviese nuestra atribulada fé. Acaso, por instinto, echando de menos esa luz, apellidaste así á una mujer, que había despertado en tí hondo sentimiento y provocaba sueños románticos en tu alma poeta.

Ella era hermosa, lo merecía. Alegre, franca, simpática, de rostro noble, de corazón bondadoso, parecía efec-

tivamente un hermoso claror de luna, que asomase por el hueco de un cielo tormentoso... Y mientras el monstruo de sangre se revolvía y agitaba en la inmensa ciénaga del suelo, allá, en un hogar diminuto de la montaña, reía el amor con risas alegres, llevando el ramo de rosas en los labios y la corona de margaritas en la frente.

¿Verdad? ¡Qué rico era el sentimiento, qué dulce el idilio en aquella tierra libre! Aires frescos, oleadas de luz, perfumes de selva... Aquello era nuestro: aquello henchía el corazón de amor. Y el amor era dichoso y tierno, muy tierno, pues hablaba sin miedo, en tierra propia, entre hermanos, entre amigos. Aquel bosque, brillante como una gran esmeralda; aquel hogar de nipa que parecía un nido por lo pequeño, perdido entre aquellas montañas que tenían curvas caprichosas como las inflexiones de una bayadera; las cañas que vibraban sus flexibles ramas, esbeltas liras del aire; el sol del atardecer, melancólico como un amor abandonado; las ondas del lago que copiaban las tembladoras plantas de la orilla y murmuraban, según tú, estrofas de esperanza, todo nos hablaba de una gran heredad, perdida y recobrada, por la que libremente se podría transitar, gozar y amar ¡sobre todo amar! en familia, con las manos unidas, abrasadas en un mismo fuego, los ojos escintilantes y húmedos, delatando el poema sagrado de la pasión, sin miradas curiosas, sin rubores, en medio de una atmósfera de confianza é intimidad, donde todo es amigo y conocido, donde todo hace sentir la gloria de la libertad, que levanta la frente del hombre y dá arrogancias al corazón...

Aquella heredad desapareció: aquella bandera se eclipsó entre crepúsculos de sangre... Ya no hay idilios en la montaña ni en aquel hogar de nipa que parece un nido, por lo pequeño. ¿Dónde estará hoy? ¿Lo habrá tragado el monstruo, como nos ha tragado á nosotros? ¡Qué sabemos, ni qué necesidad tenemos de saberlo ya! No volveremos acaso á aquellos sitios amenos, ni volveremos á acordarnos de aquellos buenos tiempos. Hoy, como ayer, lo importante es el drama, el drama que sigue en pié, formidable, impávido, siniestro. Todo está triste. La musa

de la elegía plañe su cítara sobre tantas tumbas anónimas. El hombre piensa bajo un pesado plomo y habla mirando quien le oye. El amor ríe como siempre, pero su sonrisa es amarga, porque el porvenir no amanece entre auroras, sino entre siniestras hogueras. Cada día se abren fosas; el espoliario se ensancha, el sol ilumina brazos amenazadores, cerebros congestionados de odio, miradas enfurecidas. ¿Á dónde llegará ésto?

¿Á donde? No quiero pensarlo. Me inspira ésto fatídicos pensamientos. ¿A dónde hemos venido acaso? ¿A subir la cumbre? No leo en el porvenir. Hoy sólo sé que tenemos un gran fardo de tristezas y desengaños sobre el hombro, el corazón sangrando, la mirada triste, mirando la cumbre que está á lo lejos. Allá vamos subiendo y ésto es lo que me consuela, no nos detuvimos ni fuímos de los que volvimos atrás, al tropezar con los abrojos y los abismos. ¡Hay tantos!

Nos falta una luz. Nos anegan las sombras y no sabemos cómo dar un paso. *Luz de cielo* llamaría yo á esa luz, como así llamaste á una mujer. Sí: un ideal fijo, incommovible, común, que enamorase á todos, que nos hiciese sacrificarlo todo. En medio del peligro nos soltamos las manos y he aquí que ahora nos vemos distribuidos y dispersos en las tinieblas. Brille esa luz y nos salvaremos.

Recuerdo cuando amabas á *Luz de cielo.* Dedicábasla todo el calor de tu inspiración y consagrabas á ella toda tu alma. Si todos amáramos así el ideal, lo poseeríamos con seguridad, como posees hoy á la virgen púdica de tus sueños de ayer. La gloria de la posesión se consigue siempre por el esfuerzo del amor. ¡Oh, entonces sí, entonces podremos volver á aquella gran heredad dos veces ya perdida, donde el amor es rico y el idilio dulce, donde se vive en familia, en confianza, donde todo es amigo y amado, donde todo hace sentir la gloria de la libertad que levanta la frente del hombre y dá arrogancias al corazón!....

¡Qué idea! Hoy es el día de tu boda, la gran fiesta de tu amor, de tu vida. Hago de ésto mi regalo, toma: es un ramo de flores secas, un montón de ideas sueltas.

¡Qué lástima que no la celebráramos allá, para cuando

se festejen las sublimes nupcias de la Patria con el Ideal!—(Publicado el 7 de Julio de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Rafael*.)

¡TODOS PERIODISTAS!

Los periódicos á quienes hemos dado en llamar infantiles gozan de buena vida y de mejor fortuna. No sólo viven sino que procrean. Eran tres ó cuatro los que citamos el otra día: hoy hemos visto otros dos. Estos son: *Horas na* y *El Aprendiz*. El primero es semanal y el segundo decenal.

Ya no son escolares los que éstos redactan: son muchachos que habiéndose despedido del colegio por voluntad ó necesidad, quieren aprovechar sus conocimientos y ensayar sus entusiasmos en algo práctico, en vez de entregarse de lleno á los romanticismos del amor y sentarse embobados á la vera de sus novias, en plática insustancial é idílica.

Cierto: el suelo de Filipinas cambia. Ya no germina niños sino hombres: los capullos se truecan en flores; las crisálidas en mariposas. Germinación intensa, fecundación activa. Bajo un sol de libertad—por desdicha nuestra hay negras nubes—todo grana y resplandece: la niñez piensa como un joven; la juventud como un viejo. Hay prisa por vivir, por ganar tiempo, por vencer. Es un sol amoroso, germinal, un sol—dios, el de la libertad.

***

La manifestación del periodismo es de las más brillantes en Filipinas. En poco tiempo, á los primeros rayos de la libertad triunfante, se lanzan al mundo *La Independencia* y *La República Filipina*, dos gemelos que parió la Revolución. Murieron ¡ah! murieron los pobrecitos, ahogados por la metralla, rindiéndose ante la fatalidad allá, en un hospital de sangre de los campos luzónicos. Luna, aquel

corazón atleta, aquel guerrero—héroe, había sido el caudillo de unos jóvenes que desde *La Independencia* fueron forjando el rayo con que había de armarse luego el brazo de la revolución contra América....

Después vino la disidente *Democracia*, Poblete con *El Grito del Pueblo, La Patria* con Utor, *El Liberal, La Fraternidad* y en tiempos más cercanos *La Luz, La Unión, El País, El Imparcial, El Pueblo* y *El Nuevo Día*. Casi todos ó sin casi redactados por jovenes fogosos, entusiastas, inflamados por una sola idea, comulgando en una sola fé; adorando en una sola divinidad. ¿Que más prueba de que aquí hay Patria y que ésta vivirá porque hay hijos que la defienden?

***

Y por eso no nos reímos cuando vemos á nuestros niños, seriotes y formalitos, coger la pluma después de la gramática y el latín, para escribir sus ideas, y exhibirlas entre sí como se exhiben sus juguetes de lata y sus cajas de confites....

Saludamos en ellos á los futuros herederos de nuestra labor ímproba, fatigosa, ruda, la que ellos creen despojada de espinas, triunfante y fecunda en cosechas de glorias y aplausos, cuando en horas de aburrimiento, que son frecuentes, se darían todos los pequeños placeres y efímeros triunfos que consigue uno, por una sonrisita de mujer ó un buen cubierto en el restaurant.

¡Ah! Merced á estos pequeñuelos somos ya hoy los periodistas, no una clase sino una raza. No estamos destinados á perecer, nuestra labor se heredará de padres á hijos y de generación en generación....

¡La clase de los periodistas, eterna como la humanidad! ¡Magnífico! ¡Sublime!—(Publicado el 27 de Octubre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, sin firma.)

LA HEGEMONIA ESPAÑOLA EN EL ALMA FILIPINA.

Alguien habló en Manila hace pocos días de favorecer la hegemonía española en el alma de este país, porque «los gérmenes de aquella harán á éste más grande que todos los tesoros y que todos los progresos materiales».

Así, simplemente expresado el concepto, resulta una exageración, sólo disculpable por ser hija de un entusiasmo legítimo y santó. Pero tiene su fondo de verdad. A parte del ropaje poéticó con que lo viste su panegirista, la proposición merece conceptuarse de gran interés y trascendencia.

Nuestro siglo es un hombre febril que busca nuevos continentes y tesoros. Se ha atrevido á despoblar el cielo de dioses y, cambiando de rumbo, que antes dirigía á los puertos de *eterna felicidad*, escudriña los misterios de la naturaleza, los secretos del cosmos. Ya no se harta de tener en la cabeza ideas más ó menos grandes ó puras; quiere al mismo tiempo rodearse de comodidades, embellecer la materia, consolidar su imperio sobre el planeta que pisa. Se aburre de estar en un sólo punto, quiere recorrerlos todos, en un sólo minuto. Dar placer al cuerpo y ensanchar al espíritu: tal es su lema.

La educación clásica, por virtud de ésto, se halla en decadencia. Hasta las ideas que expresa, los rumbos que escoge, la felicidad que enseña, resultan incomprensibles, cabalísticas, para algunos pueblos. Aquel lema sublime: *Antes honra sin vida que vida sin honra* es propio de locos. Hoy se dice: *Sé fuerte y domina*. Los principios, son, como se vé, sino contradictorios, por lo menos opuestos: aquel da predominio al alma, á la idea: éste al cuerpo, á la materia.

Los pueblos nuevos son eminentemente románticos, por ser en la vida primero la ilusión que el desengaño, la edad aventurera y romancesca que la de la experiencia y moderación. Cultivar el alma de estos pueblos, dirigirlos hácia tal sentido, vale tanto como labrar sus futuros destinos, encaminarlos á su felicidad ó desgracia.

Predomina en nuestro pueblo la educación latina. «Aquí

está—según el panegirista de la proposición que arriba apuntamos—esparcida por venas y sentimientos la hegemonía española; aquí está vertida la educación clásica, que si no hace fuertes de cuerpo, hace invencibles de espíritu.» No en vano hemos dormido durante mucho tiempo y durmiendo, como Adán, en el paraiso, Dios, bajo la figura de España, se encargó de sacarnos una costilla para formar una alma nueva en el seno de nuestro anterior espíritu. Tenemos dentro un alma española, que necesitamos adueñar ó arrojar para definir de una vez y para siempre el carácter de nuestro pueblo.

Hay que sentar, no obstante, que nuestro espíritu es muy distinto. La naturaleza, así como nos ha dotado de otra piel y otra sangre, nos ha dado también distintas cualidades y potencias. El alma española los ha vivificado, pero obsérvanse determinadas resistencias, impulsos contrarios, influídos por la naturaleza, el clima, los mismos componentes físicos y psíquicos. ¿Cabe la asimilación? No. En la naturaleza no se combinan lo positivo y negativo, se rechazan siempre. ¿Cabe la hegemonía? Sí.

Conservar, depurar el alma española para inspirar los actos y sentimientos de este pueblo es, creemos, saludable, vigorizante, salvador. La educación clásica espira en brazos de un siglo fuerte y positivista, pero la educación clásica tiene arranques, soberbias, rasgos que admiran y asombran. «Es la faz opaca y decadente de la civilización,» pero conserva su hermosura helénica, los eternos prestigios y poemas de la juventud robusta y vigorosa del mundo.

El alma española tiene vicios y defectos, cuyos gérmenes heredamos. Depurándola, podemos tener lo que quisiéramos. El alma española representa el antiguo culto á las ideas puras, á las ideas inmortales, las que hacen los pueblos, las que mantienen el eterno rejuvenecimiento de la humanidad en la quebrantada postración de nuestros días, consumidos por la fiebre y nostalgia del becerro de oro.

Los pueblos jóvenes materializados son una aberración. Son niños que parecen viejos. Las pasiones de un viejo

en un alma de niño inspirarán repugnancia, crearán una monstruosidad. No es ésto decir que hay que fundir totalmente el alma filipina en la fragua de los ideales caballerescos, románticos; decimos que no se debe prescindir del culto á las ideas de otro tiempo, las que informaron la civilización clásica y que heredaron, entre otros pueblos, España, bajo cuyo ministerio y auspicios disfrutamos de las grandes ventajas y auxilios de la cultura de naciones más adelantadas.

No es preciso, sin embargo, narcotizarnos bajo las influencias de la educación que preconizamos. Hace grandes de espíritu y pequeños de cuerpo, como confiesa el propio apóstol. Vivimos en siglos en que el cuerpo tiene que crecer á medida del espíritu: de otro modo el desequilibrio le haría sucumbir. Nuestra idiosincracia, nuestros gustos, si bien los examinamos, nos solicitan más hácia el lado práctico, positivista, hácia el mercantilismo creciente y dominador en estos siglos. Es propio de las razas malayas. Un alma clásica, en un cuerpo de Rostchild. Tal es el modelo. ¿Es un monstruo? ¿Es un ideal?

Ya hemos respondido en el curso de estas consideraciones, si así pueden llamarse. La hegemonía española en el alma filipina responde á una aspiración que nosotros encontramos sugestivamente práctica, saludablemente hermosa. No hay aquí odio, como asegura un escritor, al español ni al alma española, que vive en las leyendas é historias. La hubo momentáneamente contra el alma impura y falseada que aquí trajeron y representaron individuos oficiales y corporaciones particulares, á quienes creyó el pais causadores de sus males. Pasado el turbión, puede quedar el sedimento, pero odio, no. No agitemos la superficie, para que la corriente natural del tiempo arrastre poco á poco el sedimento.—(Publicado el 7 de Septiembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*.)

NOVEDADES MANILENSES Y LA NUEVA POBLACION.

MANILA, 25 DE ENERO.

Bajo el título que encabeza estas líneas, estoy dispuesto á inaugurar una serie de artículos para dar cuenta á ese público de las novedades que he encontrado, á mi vuelta, en esta ciudad, hoy marcadamente cosmopolita. Todos dicen que ésto está completamente trasformado. No hay duda que tienen razón. Manila luce un traje nuevo, abigarrado, que lleva sobre sus hombros con gallardía y donaire de mocetona guapa y coqueta. ¡Cualquiera conoce el Manila de entonces con su clásico tipo del chino en todas las esquinas y tiendas, con la flamante pareja del fraile en la Escolta y en la Luneta, con los únicos sombreros de copa de los altos empleados y los galoneados trajes de los altos militares españoles! Ahora hay de todo, una variedad completa, un cosmopolitismo mareante. Japoneses y japonesitas, con sus trajecitos de colores, que nos evocan la tierra florida de los crisantemos, *ladies* americanas é inglesas, bellezas rígidas, frías, altas como hipsipilas de palacios en Londres y Washington, alemanas, austriacas, francesas y algún que otro tipo turco ó árabe, en fin ... ¡la gracia y bendición de Dios!

Una ola de extranjerismo invade y ahoga la antigua población y vida manilense: apenas restan algunos vestigios y rasgos de nuestra bendita y quieta existencia de ayer. Quien quiera conocer á Manila en los escaparates y anuncios de la Escolta y Rosario, los dos puntos más céntricos, y quiera estudiar, como geólogo social, la época pasada enterrada en las capas actuales, difícilmente se formaría idea exacta de aquella sociedad medio espiritual y mística. Hoy los *bares* son un contento y una delicia pura: el *whisky* y la cerveza saturan con su fuerte aroma la atmósfera cálida de esta tierra: los rótulos y letreros anunciadores de la Escolta están escritos en idioma extraño: apenas lo español queda: se oye hablar en las aceras y puertas un lenguaje violento, monosilábico, al que no están acostum-

brados los oidos y en medio del ruido y el vaivén de la calle ve uno pasar una población heterogénea, mezclada en multiforme amalgama, en montón híbrido que aturde los sentidos y produce mareo.

No, señor; no es ésto lo antiguo. Recorre toda la ciudad un espíritu nuevo, atrozmente mercantilista, absorbente, emprendedor, que dá á ésto aspecto de un gran mercado. No es sólo la Escolta, el modelo: en las demás calles y plazas céntricas se nota un trasiego febril, hervoroso, y se abren puertas de bazares ó puestos de bebidas y se levantan quioscos. Decididamente, Hong kong vá á tirarse de sus patillas inglesas, rojo de envidia, en pocos años. Manila con la importancia que vá á adquirir le podrá dar un puntapié. Mister Barrett y Mr. Beveridge, célebres muchachos, resultarán profetas.

Cada día la ola crece é inunda el Archipiélago. El vigor de la raza sajona se comprueba de manera muy palmaria. Llega, y lo absorbe todo. No hay oficio ni menester que no sirva. Grandes comerciantes, grandes periodistas, grandes bebedores, grandes mineros, grandes exploradores y grandes aurigas: de todo hay y á todo llegan. La carne morena, la carne malaya, es débil de suyo y se retira, apenas lucha. No está constituida para estas bregas mercantiles y tiene la experiencia de que no es posible luchar con los fuertes. Doctrina, que, descendiendo del trono de la política, se confunde y democratiza en el terreno del comercio.

Dejemos ya esta materia y démonos un paseo por la Luneta (hoy Camp Wallace), punto ayer de cita de la aristocracia española. Hermosa todavía, sonríe á la mar azul, con que juega, poblado de oscuros y sombríos barcos. Es la tarde y como en otra época, una serie de vehículos recorre y dá vueltas al rededor de la plazoleta. La brisa refresca y el sol de fuego muere allá, tras la histórica cima de Mariveles. La luz eléctrica se enciende, y observo y miro el cuadro.

La concurrencia es nueva. Yo no son las bellezas españolas, altivas y sonrientes, que gustan de la *jota*, la nota clásica de su tierra, y de la *marcha de Cádiz*, que

vibra en los oidos filipinos con angustia fúnebre, por haber coreado los últimos suspiros de los mártires de Bagumbayan. Hoy los carruajes van atestados de *misses* y *militaras* que llevan á su derecha los vestidos de khaki, armados de estrellas y águilas. Alguna que otra amazona, en potro soberbio, corretea por el largo camino del Malecón, demostrando en su adorable silueta el atrevimiento de la raza. Las tímidas violetas filipinas apenas se exponen en sus *quiles*, medio velados por la penumbra, recatando sus cabecitas púdicas, que miran intensamente con reflejos de llorosa nostalgia.

Una soldadesca contenta, pero grave y orgullosa, se solaza y dora á los rayos de la luz eléctrica su alegría de conquistador. Una banda toca aires de su tierra y hasta en ésto el oído advierte que hubo cambio, que en el mundo del arte las naciones tienen también propia individualidad y encarnan en sus producciones músicas el carácter y relieve personales. ¡*All right*! se oye exclamar al final de cada pieza. ¡*Bien, muy bien*!, se decía antes. Óyense también aplausos, y ésto sí que da idea de un lenguaje universal: hablan del mismo modo en dicho lenguaje los europeos que los americanos, y los filipinos.

¡Oh, la nueva población!

Allá en un suburbio de nipa del arrabal de Sampálok, á lo largo de dos calles fantásticas, aparecen de noche faroles venecianos, casitas decoradas, con todo el aparente lujo de una grandeza sibarita. Atraen los colores interiores de las habitaciones abiertas, muy abiertas, para que todo el mundo pueda penetrar, y en las puertas, en las ventanas, en la misma calle, bustos femeninos, grupos de carnes blancas expuestas allí como en un soberbio mercado. Con sonrisitas picarescas, finas, ó con gestos extraños atraen al inmoral que por allí se pasea ó busca á los hastíos y sopores de la vida incentivos de fuego, combustibles de carne. El lugar deslumbra y fascina: allí hay mucha luz, demasiada luz acaso para ciertos secretos: la rosa de Venus, impúdica, desnuda, avasalladora, con su olor de hembra y sus tentadoras formas, no recata los misterios del culto y quema el incienso ante el público, como

públicamente hacían su ofrenda las antiguas sacerdotisas de Venus....

—*Esto* hace pensar en *aquello*—me dije y soñé en las novelas de Zola y López Bago, en las ciudades de allá, cultas, hermosas, pulcras, pero también corrompidas.—(Publicado el 9 de Febrero de 1901, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*).

¡PASO!

(LA UNION del 22 de Noviembre.)

Cada día la emigración filipina á Europa y América va creciendo...

La prensa no cesa de acusar un día tras otro la marcha de un filipino, notable ó desconocido, para el Extranjero, con objeto de estudiar algo, ciencia ó arte.

¡Filipinas avanza! Es indiscutible.

Ayer ¡cuán pocos eran los que allá, en el Extranjero, llevaban el nombre de filipinos y daban á conocer que aquí, en un rincón del mundo, existían unas islas, cubiertas de mares y flores, un cielo de oro y tierra virgen, todo idilio y hermosura, todo amor y fecundidad.

Rizal, Del Pilar, Luna, Regidor, Basa.... eran pocos pero eran buenos: en el Extranjero, fugitivos, infelices, ilotas, conservaban sin embargo, un amor; adoraban á una deidad, la más hermosa: ¡la patria!

Era aún una patria ideal, una patria soñada: era Filipinas que dormía, desnuda y hermosa, en la selva inviolada, en una hamaca de sampaguitas, bajo un sol triunfal, riente, arrullada por la canción inmensa y brillante de las aguas.

Murieron ya, murieron algunos de ellos: todos con nimbo

en la cabeza, quién por su ciencia, quién por su patriotismo, quien por su virtud ó por su fama...,

Quedan de aquella generación vieja pero colosal, de aquellos hombres hercúleos, gigantes, algunas sombras gloriosas, que vacilantes por los años y las fatigas de la lucha, cumplen aún su misión, labran en el surco con los jóvenes, y recuerdan, con sus canas brillantes, con sus manos temblorosas, la edad épica, la edad legendaria de nuestra reconquista.

No ha mucho, no ha mucho de ésto: todavía están húmedos los moldes de los escritos con se han vindicado caducas teorías; fresca la sangre, con que se han lavado errores nefandos; mal borrada la huella de las lágrimas: pero la reconquista se ha hecho; el derecho, violado, ha recobrado sus fueros de virgen ...

¡La patria se hizo!

Ave, Patria ...

***

Sobre el surco de luz que han trazado tantos espíritus bizarros, almas ilustres, méritos sin tacha, glorias innegables, sigue hoy una avalancha de gente púgil, vigorosa, entusiasta, en cuyas frentes brilla una esperanza viril y en cuyos ojos arde el fuego auroral de la santa libertad.

Ya nadie duerme: todos se empujan y abalanzan al gran combate del progreso; todos quieren llegar, tomar parte, figurar en las avanzadas; aman ese combate; aman esa vida, vida robusta, vida convulsa, del vapor, de la electricidad, quieren llevarlo todo á prisa, aprisita, con impaciencia, con aturdimiento, con delirio, ¡por la grandeza, por la felicidad de su patria!

Por eso emigran esos jóvenes y van al Extranjero para estudiar, para atesorar oro de ciencia, de arte, de virtudes políticas con que enriquecer el alma de su país.

¡Paso!...

***

¡Hurra, oh jóvenes! ¡Adelante!

Después de varias décadas, la transformación se habrá hecho...

La juventud gloriosa que se ha ido, cargada de méritos, de conocimientos, de glorias, retornará á su patria é injertará en sus venas la vida nueva de las civilizaciones occidentales.

La noche se habrá entonces acabado: el cañón habrá enmudecido hace tiempo: un solo himno sonoro, largo, tempestuoso, se entonará desde los cogonales, desde las cumbres, desde las playas, desde los palacios y fábricas.

¡Es la Patria libre que canta!

¡Son los filipinos redimidos!—(Publicado el 5 de Diciembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*).

¡HACIA EL PORVENIR!

Una época de turbulencias acaba de extender su árido soplo sobre nuestro país. Los edificios están aún quemados, el suelo ardiente y escombroso, el sepulcro ahito de carne humana, clama indignado contra tamaña mortandad. No se perdonó ¡ah! dolor ni sacrificio que no se ofreciera en holocausto de la Idea. ¡La idea que ha vuelto las espaldas á los hombres por la ingratitud y el menosprecio de muchos!

Hoy toca reconstituirlo todo: hogares, iglesias, escuelas, costumbres, tradiciones, riquezas, cuanto se ha perdido, cuanto ha envuelto entre sus ruinas la catástrofe.

Grandes son los males, pero grandes son también los bienes: de un lado la destrucción, la muerte, el aniquilamiento de la producción, el estancamiento del comercio; de otro, la vida del derecho, la abnegación de los pueblos, el civismo individual, el supremo deleite de luchar por la libertad. Mucho se ha perdido, pero mucho también se ha ganado: se ha ganado hombres para la historia, luz para la posteridad y mártires para el cielo.

Donde quiera que se vuelva los ojos, se nota el desperezo lento de una vida que vuelve. Circula por los aires un vientecillo de fronda y por las venas de la tierra el licor del trabajo renovado. Las aulas se han abierto para la juventud entusiasta, el comercio se ha lanzado por esos mares, fatigado de largo descanso, el labrador vuelve con su esteva á agujerear la tierra adormecida por el canto de la batalla, y en todas partes la vida se normaliza, las aguas desbordadas tornan á su cauce, un nuevo aliento vivifica las almas y renueva la faz de nuestro pueblo.

¡En marcha! ¡Fuera estacionamientos y paradas! Camino del porvenir, allá deben dirigirse todas nuestras miradas y enderezarse todos nuestros pasos.

El pasado es un recuerdo sombrío del cual, huyendo, nos hemos precipitado en este presente movedizo é incierto. Pero cien veces cayendo y otras cien desangrardo, hemos aprendido mucho, se han abierto los ojos á la realidad y se ha aguzado la vida del espíritu.

Calmadas las pasiones que nos dividían en la lucha, siéntese un movimiento gallardo y consolador de unión, de abrazo, de conjunción fervorosa de las almas en el seno de la Patria. Es síntoma feliz, síntoma que alegra y hace renacer la esperanza de una redención definitiva. Nadie obstruya ese movimiento: sería criminal, insensato y alevoso. Favorézcanlo en todos sentidos las almas que tienen fé que tienen amor, que tienen interés por los destinos de esta hermosa cuanto castigada tierra.

¡Cuántas virtudes ha dejado ver la Revolución en la ruta de su camino! Si bien se mira, si se ahonda un poco á través de aquella perturbadora y sangrienta acción, á través de aquellos arruinados muros y esqueletos rígidos de pueblos enteros, á través de aquel mal calificado desbordamiento de ambiciones, de concupiscencias, entronizamiento de la ignorancia, abusos de poder y mando, salieron á la superficie ocultas virtudes, generosos desprendimientos, energías viriles y sublimes heroísmos de los pueblos, que jamás se hubieran conocido ni demostrado, si no se hubiera hallado el país en el supremo trance de su vida amenazada, en el desesperado esfuerzo del alumbramiento de una patria.

Los que tienen costumbre de maldecir, los que sólo miran la superficie y no quieren ver el fondo de las cosas no saben más que lanzar denuestos é injurias para aquella Revolución que, si algo hizo, fué elevar el concepto que se tenía de nosotros, dar hombres al país y hacerle más experimentado y avisado para lo futuro. Sin el acicate del dolor, sin los estímulos del amor propio y de la dignidad herida ¡ay! los pueblos no progresan. Bendito el dolor, bendita la ocasión que nos llevó á aquella aventura laboriosa y desdichada, que abrió tumbas sin cuento, pero que vigorizó el germen de nuestras libertades.

Hoy una desoladora decepción roe las almas y las entrega al desaliento. Pero, en medio de ésto, hay sanos impulsos, chispas de vida, vigorosos empujes hácia los derroteros del porvenir. Empujad, empujad allá, hombres de toda laya y condición, que no habéis perdido la fé, que guardais el amor y la esperanza de los destinos futuros de la Patria.

Algo que viene hace pensar en la misteriosa aurora de un sol, que soñó Rizal. Es la juventud que brilla, puja en las aulas, que se multiplica en el Extranjero, que guarda tesoros de fé y convicciones más puras, más abnegadas, más sonrientes, no contaminadas con el barro de bastardas pasiones. Lleve allá esa juventud sus miradas á donde amanece ese sol que en vano cubren traidoras nieblas.

Es preciso, sin embargo, que todos le sostengan y faciliten el camino. Bajo un cielo propicio, tentador y generoso, que brinda América para todas las manifestaciones de la actividad y el patriotismo, surja de nuevo la unidad que enlazó á todos en los memorables días de la Revolución, surja potente en el alma de nuestros políticos el ansia del bien popular más que el deseo de exhibición y de personal conveniencia, surja en el corazón de nuestros ricos un poco de altruismo y protección para las clases desheredadas, fundando escuelas, bibliotecas, casinos que no sirvan sólo para el juego, surja en el pueblo un deseo de bien, de instrucción, de saber, que le haga merecedor de toda consideración, de toda libertad, y juntos, en fin, formando todos un grupo compacto, compactísimo, comulgados en un

ideal, desposados con la Patria, hagamos rumbo hácia el puerto. ¡*Hácia el porvenir*!.—(Publicado el 5 de Octubre, de 1901, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

INSTANTANEA.

La dama de la Caridad.

En estos días de catástrofe y sangre hay una figura, celestial y aérea, que recorre los mustios campos de batalla para esclarecerlos con un rayo de sol y animar con otro rayo de alegría el semblante del soldado. Esa figura tiene una sonrisa que conmueve y alienta: las manos llenas de dádivas que se buscan y bendicen: á través de su camino siembra el bien y contento, su paso deja un rastro de luz y gloria.

¿Quién es? ¿De dónde ha salido? Hace poco yo la veía en su hogar, ya angel de paz, deleite de la vida, apartando las espinas que podían herir los pies del esposo en los zarzales del mundo, ó cubriendo al hijo con égida de amor para sacarle ileso de todos los peligros; ya soñadora virgen, alegre, que solo gozaba en trinos y amoríos, buscando en el cielo estrellas que no estaban más que en su frente y auroras que solo llevaban sus labios, pero alarmada al instante por el rugido espantoso de guerra, salta de congoja, palidece de ira y con sus manos, con aquellas manos blancas, hechas para el amor y la dicha, amenaza al opresor... Al poco rato sus ojos dejan caer lágrimas, su corazón sollozos: es que allá lejos, en el lugar de las hecatombes, se oye rumor de llanto, ayes, quejumbres débiles de hombres que sufren y mueren. Son los heridos, los valientes que caen sacudidos, como frutas de árbol, por el azote de las balas, por el furor gigantesco de los cañones.

Entonces aquel ángel ó virgen, solicitud, ternura, debilidad, cariño, se ciñe su vaporoso, oriental traje y desam-

para por un momento el hogar en que quedan los juegos de los niños ó los ensueños de rosa de la juventud, y va por esas calles llamando de puerta en puerta y subiendo de casa en casa para implorar *algo*; algo que sea pan para el huérfano, venda para la herida, alegría para el soldado, bálsamo para el enfermo.

Como una mendiga pide, ruega, insiste: su voz es húmeda por la emoción, temblorosa por el rubor, pero magnetiza, convence: el rico afloja su bolsa, el pobre se desprende de su último cuarto.

...Y la figura se va, repleta de sonrisas y dádivas, y en los ecos del viento ausculta de donde las voces y las quejas de los heridos parten, y se encamina allá, jubilosa y febril, como si tuviera alas, entregándose de todo corazón á la tarea de *dar*, creando, como Dios, el día y la vida en la negra melancolía del herido y en la muerta fisonomía del enfermo.

Cuando desaparece, la acompañan ecos de voces agradecidas, miradas centelleantes de gratitud, gestos que bendicen. Ya está muy lejos y todavía hay allá, en el sitio que ha abandonado, murmullo de plegaria, calor de consuelo, heridas que se cierran, bocas que sonríen... ¡Es el rastro de luz y gloria que deja donde pasa!

¡Aquí está! ¡Ella va de vuelta á su hogar! Descubríos...

REMEMBRANZAS.

3 DE AGOSTO DE 1898.

Aúrea página que guarda el libro de nuestra jóven nacionalidad es la del 3 de Agosto de 1898. En Kawit, cuna del Libertador, pacta el pueblo filipino sus nupcias con las instituciones republicanas. Declara muertos para siempre los viejos principios y el viejo régimen y proclamada la propia soberanía, abrázase á la nueva virgen, ídolo de los tiempos modernos, la libre y austera República.

Á este fin quedaron convocados en la heróica Kawit los heraldos del nuevo régimen. Veinte provincias ó más enviaron allá, con el entusiasmo nacido de las cosas nuevas y con la fé puesta en los decretos de la Providencia, sus representaciones para jurar ante la República juramento de fidelidad y honor.

***

El día fué bueno. Claro y despejado amaneció el cielo después de una noche lluviosa y anubarrada. Hasta la naturaleza parecía gozarse en aquella hermosa trasfusión de nueva vida en el débil organismo del país.

Los ecos de la majestuosa marcha nacional hienden los aires y saludan la aparición del Libertador. Vivas sonoros entonan los pechos. El júbilo estremece las calles, llenas de muchedumbre. La comitiva se dirige á una plataforma cuajada de banderolas de los nuevos colores nacionales, de hojas de palmera y flores. Los bizarros soldados del Ejército Libertador cubren la plaza. En sus trajes llevan aún el polvo de los combates y en sus miradas las radiaciones gloriosas del triunfo.

***

Uno á uno, delante del joven y amable caudillo, que viste de rigorosa etiqueta, repiten las fórmulas de juramento los elegidos de los pueblos, unos cien hombres, ungidos de prestigio, de fortuna ó de saber, que el sufragio popular, por primera vez ejercido, sacó de las urnas para garantir los nuevos fundamentos del orden, justicia, moralidad y honor de la nueva sociedad.

Cuando el acto termina, el caudillo toma la palabra y todos callan. Da las gracias á todos, aplaude el acierto de los pueblos, aconseja, ruega, suplica para que en todo tiempo y lugar se haga cumplir el nuevo regenerador régimen, cuyos principios son los de toda República: igualdad; libertad, fraternidad. Recuerda la pasada ignominia, el sabor de cicuta de la pasada esclavitud, alienta, enfervoriza, clama y todos los corazones se incendian en ira,

centellean los ojos y los labios pronuncian terribles juramentos de proseguir el calvario de sangre que conduce al Tabor de una gloriosa y definitiva conquista de nuestra soberanía.

Otros más pronuncian discursos que repiten las ideas del caudillo ó contienen saludables enseñanzas para el por venir, sereno y luminoso, de la Patria.

***

El Almirante Dewey desde su palacio flotante de hierro, *Olimpia*, fué testigo de aquel acto del que fué notificado. Y lo sancionó en silencio. Infinidad de bancas y paraws habían algunos días antes sorteado las aguas borrascosas del mes de Julio y caracoleado cerca de los cruceros americanos en dirección á Cavite—El Almirante anglosajón meditaba acaso en aquellos días en un plan que le parecería gigante y hazañoso: la fácil é incruenta captura de la Ciudad de Manila.

***

Batieron la marcha nacional al concluir todas las ceremonias, desfilaron aquellos bisoños soldados que venían de contemplar la agonía del león español, arbolando la nueva tricolor enseña surgida de los rojos campos de la lucha que el aire rizaba y doraba al sol... ¡Todos sentíamos el placer y el orgullo de ver algo propio, algo nuestro, después de tantos siglos que no poseímos nada!

¡Aquella bandera era nuestra!

¡Aquél ejército era nuestro!

¡Aquella marcha era nuestra!—(Publicado el 3 de Agosto de 1899, en el periódico *La Independencia*, sin firma.)

REMEMBRANZAS.

(29 DE SEPTIEMBRE DE 1898).

En fecha igual á la de hoy, el año pasado, celebráronse en Malolos las fiestas por la ratificación de la inde-

pendencia nacional declarada en la Capital de Kabite el 12 de Junio del mismo año, Magníficas, espléndidas fueron dichas fiestas durante las cuales el pueblo se esponjó en vivas alegrías y transportes patrióticos, bebiendo en los aires el oxígeno de la libertad y en el porvenir los saludables efluvios de una santa esperanza.

Recordamos que nunca, como entonces, vimos una romería inmensa de gente. Los coches del ferrocarril estaban rebosantes de viajeros y vomitaban en el andén de Malolos compactas masas humanas. Las calles estaban cubiertas de arcos, las casas florecientes con banderas y colgaduras nacionales. La música hendía los espacios con notas vibrantes y guerreras: el sol asociábase á tan justas expansiones anegando en dorada luz todas las perspectivas.

***

La procesión cívica recorrió las calles por la mañana. Un carro simbólico representaba la diosa Libertad, joven y hermosa, enarbolando el lábaro de nuestra redención, la gloriosa bandera tricolor. Bajo sus piés todo el pasado. la edad de las cadenas, de las persecuciones, del derecho hollado que estaba representado por signos materiales.

Ante aquella carroza la multitud batía palmas y entonaba cantares y vítores de júbilo, mientras la música estrumpía estruendosos sones de victoria y el ejército desfilaba en soberbia y brillante manifestación militar.

***

Seis mil hombres de todos cuerpos y armas ocupaban la plaza de Malolos ...

¡El esfuerzo de un pueblo nuevo que resurje animoso de su tranquilidad y atraso de tantos siglos!

¡La demostración más esplendente de las energías de una raza que siente el llamamiento de la Historia para cumplir su papel en los destinos del mundo!

Aquel ejército había luchado y había triunfado contra una soberanía de tres siglos y en su marcialidad y viveza leíase la firme decisión de defender la Patria recon-

uistada, la libertad surgida de las lágrimas y sangre de una maravillosa y rápida revolución.

***

Desde entonces el pueblo filipino ejerce su verdadera soberanía.

La ratificación del Congreso que declara independiente á la Nación Filipina intitula á ésta á ingresar en el concierto de las demás naciones libres de la tierra.

Una nación nace desde el momento que es soberana y es soberana desde que declara así su voluntad y tiene todos los medios apropiados para vivir ...

Por eso ardía en júbilo y fiestas la población de Malolos el 29 de Septiembre de 1898.

El pueblo filipino había declarado su voluntad en tal día y había dicho: ¡Filipinas es independiente!

***

Gritos de guerra recorren hoy los aires y saltos de sangre enrojecen las verdes campiñas de Filipinas.

¿Por qué?

Porque alguien trata de arrancar de nuevo la corona de libertades de la frente del pueblo y trata de hacerle dar un salto atrás.

. . . . . .

¡No será! El pueblo filipino sabrá luchar por su soberanía con tesón, con integridad.

El juramento de fidelidad prestado ante la bandera del sol y las estrellas es juramento de vida ó muerte.

¡El pueblo filipino será libre y soberano!—(Publicado el 29 de Septiembre de 1899, en el periódico *La Independencia*, sin firma).

EN LAS FIESTAS DE KABKAD.

26 DE NOVIEMBRE. 11 NOCHE.

Mis queridos compañeros de Redacción:

No van coordinadas estas notas, van como he ido recibiendo las impresiones.

Estoy en Kabkad, sí; en este momento están bailando en la Casa Presidencial. Oigo los mimosos compases de un vals; una juventud risueña y brillante olvida y sueña. En estos momentos, estoy seguro, en medio de la ardorosa atmósfera del salón, que irisa las imágenes del cerebro y duplica las sensaciones del alma, nadie piensa en la guerra, en tristezas y espectros. ¿A qué? La juventud es así: aturdida y loca, la rebosa el licor de la vida y lo derrama en alegrías y fiestas. ¿Por qué recriminarla? Dejad que se divierta.

Yo me hallo impresionado: tantos colores de rosa, tantos destellos como despiden ojos hermosos y parleros, tanta nieve y carmín en las mejillas y labios, tanto discreteo y ruido, me producen cierta sensación no sé si de placer ó de envidia. Porque hay que advertir que no tomo parte: me contento con mirar y ser espectador. No lo creereis quizá y oigo que me decís con la sorna de siempre: ¡Picarillo! Ya os contaré como no teneis razón, pero ahora me toca cumplir mi compromiso de reseñar la fiesta. ¡Fuera divagaciones!

***

En el momento que llegamos, nos dirigimos á la casa del presidente del pueblo. Aquí me cuentan lo que han sido los festejos de ayer: lamentan que yo no los haya visto, pero mucho más lo lamento, pues me lo figuro. Tal como me lo narran, con el lujo y atrezzo necesarios, me es fácil reconstruir la representación entera.

Es una de esas antiguas fiestas religiosas que el pueblo filipino celebraba en su tranquilidad paradisíaca de ayer. Imaginad montones de arcos en las calles, figuraos millares

de luminaria en plazas y ventanas, como si algún genio juguetón hubiera tenido el capricho de desmenuzar en menudos fragmentos el sol; la iglesia hecha un mar de fuego; las banderas y palmas por todas partes; la música, á todas horas en las calles; luego las casas rebosantes de *convidados*, la serenata hasta las doce de la noche, que pone vigilante á toda población y en fin ¡todo aquello, aquello de ayer!

Subsiste la tradicional piedad del pueblo filipino. Respiro un aire de tradición, un sano perfume de antigüedad religiosa, que conforta y vigoriza en este período de aniquilamiento y destrucción. Me dicen que el carro de la Virgen es una curiosidad artística; me dicen que entre los arcos había uno de tres naves que no he visto; me dicen que después de la procesión hubo una retreta militar, correcta, admirable; me dicen que los barrios han tributado *loas* y otros obsequios, que los que conocen Filipinas saben qué son. ¿Quiere decir ésto otra cosa sino que la tradición vive y la piedad popular no cambia?

Me he paseado por las calles y he visto los rastros brillantes de la pasada fiesta. Todo está aún abanderado é iluminado; el interior de las casas atestigua, con sus despojos de secas palmas y cortinajes blancos, el festival de anoche, bien así como una hermosura marchita despide aún de su semblante rastros de luz.

***

Vuelvo á ver el baile, después de escribir ésto, que está en su mayor apogeo. Allá un rostro moreno que revela el calor de los trópicos; allí un perfil mestizo, mezcla de pasión y caricia; más aquí, una carita blanca, que sonríe con dulzura.

Ahora tocan un rigodón y no me atrevo. Todas las parejas están comprometidas. El salón de la casa es estrecha para contener á tanta gente.

Mientras danzan las parejas jóvenes, uniendo ensueños y realidades con puentes de oro, los viejos hablan de caballos y de carreras. Me mezclo con ellos y oigo los comentarios que hacen de la primera tarde de las carreras, á que asistimos.

Es hora ya de hablar de éstas, que son la nota típica del día. La tribuna parece un jarrón gigantesco que contiene escogidas flores: dicen que el pensil kabkareño cría muchas hermosas, y lo creo. El tiempo, algo desapacible, nublado, y llovizna, de rato, en rato, pero al rededor del hipódromo la gente pulula y desafía la nube amenazadora. Por fortuna ésta no cae y tienen lugar las tres carreras.

***

Mañana, día segundo de carreras. Por la noche, baile en la Tribuna del Hipódromo.

Escribo estas líneas al vapor, y las mando por la misma lancha en que he venido. Deslabazadas son las notas: no las repaso siquiera, pues ya tengo sueño.

Ha terminado el baile á las dos de la madrugada y escribo estas mismas cuartillas entre los vapores del sueño. ¡Qué rico es echarse en cama, después de tantas fatigas é impresiones!

Abur, señores. No sé si me olvido de algún detalle: en todo caso ya lo subsanaré. Mañana será otro día. Os prometo otra crónica más latosa que ésta. Con que, prepararse.

Ah ¡me olvidaba! La gente de aquí se queja del retraimiento de los de esa Ciudad. Al parecer recuerdan con agrado y delicia la concurrencia del año pasado. Decid eso á los que tienen motivos para ser aludidos.—(Publicado el 27 de Noviembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *R. Panganib.*)

---

28 DE NOVIEMBRE. 10 NOCHE.

Imposible. La crónica que prometí ayer se ha quedado en agua de borrajas. Tenía la cabeza mareada, sin humor para escribir. Inconvenientes de prometer. Hoy con alguna calma, resumo las impresiones de ayer y hoy y hago

de ellas una sola crónica. Mañana nos marchamos, Dios mediante, y todo lo demás os lo contaré verbalmente.

Lo primero es el baile de anoche en la tribuna del Hipódromo. Esta tribuna está hoy transformada, nueva. Cuantos han estado el año pasado, la encuentran notablemente mejorada, gracias al esfuerzo de la sociedad. Una sociedad de jóvenes entusiastas y alegres. Se ha enmaderado el piso y se ha colocado el techo y pintádolo de blanco. Para buscar semejanza, se podría compararla á una muchacha que crece en edad y hermosura. ¡Guapa tribuna!

Coquetona, muy coqueta estaba anoche durante el baile. ¡Que si hubo gente! ¡No faltaba más! Pero en honor á la verdad, hay que decir que el año pasado estaba más cuajada de hermosuras. Á las nueve de la noche, entraban las primeras señoritas, que en muy breve tiempo, con las otras que fueron llegando, convirtieron aquello en salón de encanto y poesía.

Se bailó. Terpsícore, envuelta en misteriosa neblina, dirigía con su varita mágica á aquella juventud suelta y alocada. Me acuerdo de Kasabal y Monte Cristo, los atildados cronistas de los salones y fiestas de la *high life* española, que saben reproducir con tinta de oro en sus cuartillas de nieve las alas raudas del vals y fototipiar los ojos brillantes de gozo de las mujeres hermosas. Me siento también suelto y alocado como los demás, y me dejo arrastrar por aquella bullente atmósfera que aturde y embriaga de emociones deliciosas, como un vino exquisito y delicado. Adiós mis pudibundeces y resistencias de torpe bailarín, todo se acabó y en medio de tanta luz, tanto atractivo femenino, tanto perfume y juventud, concluyo por caer en la seducción y quedar envuelto en los giros y veleidades á que Terpsícore invita...

Á la una había terminado el baile. Allá, atrás, dejamos el Hipódromo, resplandeciente como un gran fanal, con sus lámparas y espejos y sus farolillos á la veneciana, que fulguran de modo fantástico. Ah! todavía volví la cabeza para juzgar á distancia de aquel poético edificio, y vílo, por un espejismo encantador, lleno de cabezas jóvenes y sonrientes, volando, como ensueños, en una atmós-

fera de rosa pálida, bajo un fondo sujestivo de azul y encarnado, esos colores que tanto simbolizan para nosotros y tanto alegran y enardecen nuestro ánimos.

***

Ayer, la nota del día fué el baile de la tribuna; hoy, miércoles la gran diversión es la última tarde de carreras.

.....

.....

En resumen: se han dado á conocer tres ó cuatro buenos caballos más en esta temporada, cuyos nombres ya no cito por haber sido mencionados en la reseña hecha.

La tribuna, ayer y hoy, hermoseada con la presencia de simpáticas y conocidas damás de la sociedad kabkareña. Cinturón de masa humana, manchado á trozos con sujestivos y variados colores, ceñía los alrededores del hipódromo.

El totalizador, animadísimo, en los tres días. Tomo nota de las utilidades que llegan á buena cifra. Ya comprenderán los inteligentes lo que ésto equivale para los otros hipódromos.

***

La afición á los caballos es una característica de este pueblo, La sociedad *Jockey Club de Carcar:* (así con C y R) no es más que una manifestación de esta peculiaridad. Aquí todo el mundo habla de caballos y toma parte en las carreras. La masa misma, esa masa ávida del gallo y de las galleras, comparte su devoción hacia el *fiero bruto* de Zorrilla. No es extraño, por ésto, que tengan fama los caballos de esta procedencia, y que en Manila, entre los mejores caballos se cuenten hoy algunos muy conocidos aquí.

Admira la unión y el entusiasmo de los miembros de esta sociedad. Aquí se realiza aquello de *en la unión está la fuerza*, pues basta que uno proponga algo que dé auge y esplendor á la sociedad, para que los demás lo acepten y se haga inmediatamente. No hay las rencillas y envidias de otros puntos: todo uno, acorde y perfecto. No es

que me digan ésto, sino que lo he visto. Por otra parte, bastaría haber presenciado cómo se han verificado las fiestas para creer que hay una sola voluntad y un solo entusiasmo.

***

El nuevo carro de la Patrona es efectivamante magnífico. Lo he visto ayer mañana cuando sacaron la fotografía. Quisiera darles una idea, pero vá á alargarse demasiado ésta. Además me han prometido un ejemplar.

Hemos tenido serenata. Hay aquí un músico, á quien todos llaman *Bindoy*, natural de Pandakan, Manila, que es el Director de la banda. Este Director es al mismo tiempo un compositor aprovechado. Tiene varias composiciones que gustan á los inteligentes de aquí, entre ellas, un vals titulado *María y Josefa*. Bien, bien por el Director. Me dicen que piensa editar algunas de sus obritas y yo le estimulo.

***

Me parece que ésto se estira. No tiene remedio. Hay aún muchas cosas que decir y otras que de intento no he mencionado.

Las fiestas han terminado oficialmente. Veo algunos arcos que se recojen, otros permanecen en esqueleto. Sin embargo, dura aún un rumor de alegría, un ambiente de fiesta, que alegra la vista y enternece el corazón. Pero no quiero más. Aquí termino y si quedan otros algos escribiré otra cartita.

(Publicado el 4 de Diciembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*.)

DESPUES DE LAS FIESTAS.

2 DE DICIEMBRE.

¡Mil diablos, queridos compañeros! Ya les veo á ustedes refunfuñar por no haber vuelto á esa, pero crean uste-

des que no he tenido la culpa. «La serpiente, señor, me ha tentado y .....» podré repetir con Eva. ¡Si no era posible, si no! Vean y juzguen con corazón benigno.

Al día siguiente al último día de las carreras, me dicen ésto:

—Ya que está usted aquí, bien puede aprovecharlo para dar un salto á Sibunga. ¿No le gustan á usted los viajes?

¡Que si no me gustan, vaya! Aceptado. El día aquel estuve, pues, en Sibunga. Allí ya, el mismo galante y amable amigo que me acompañó, me dijo:

—Venga usted á Argaw. Está á dos horas. Estamos allí algunos momentos y volvemos enseguida; tiene tiempo para estar en Kabkad á la tarde, se lo aseguro.

¿Iba yo á rehusar la invitación? A Argaw fuímos. Y ya ven ustedes: un día más de juerga para mí. Mientras vosotros, allí, desesperadamente y pluma en ristre, renegando de mí.

Pues es el caso que el viernes me dicen á mí y á mi compañero esta otra cosa:

—Vamos, quédense ustedes un día más: hagan la cuenta de que mañana es último de semana, el domingo no hay periódico: luego, no pierde usted ningún trabajo.

Murmuré excusas que no me comprendieron. Y me quedé y aquí estoy. No me arrepentí de ello.

***

Ví las galleras. Es el juego por antonomasia de nuestro pueblo. Son los toros de España y los caballos de Londres. Es el Circum de Roma y el Olympikon de Grecia. Se ha dicho que el filipino sólo tiene una pasión: la del gallo. Gran verdad y gran disparate. El filipino ama el gallo, como ama el *tubá* y el *basí*, como ama otras cosas, por ejemplo, la libertad. Su pasión es la misma que siente cada pueblo por sus diversiones favoritas. Salta de contento un inglés al ver un caballo que emula en velocidad al viento; se muere el pueblo español por el toro y los toreros: pues el pueblo filipino goza también con dos gallos que riñen. Y á la verdad, yo veo más gracioso, más di-

vertido, más inocente, más poético, si cabe, el que dos aves, cuyo destino al fin y al cabo es ser manjar de la mesa, representen una escena trágica, y diviertan la curiosidad pública con sus cuerpecitos alados que chocan, con sus piés que esgrimen mortales navajas, con sus cuellos fieramente arriscados, ágiles, inteligentes y artísticos en la pelea, como diminutos atletas.

Es un ejercicio del valor en lo pequeño: no tiene efecto dramático como el toreo, ni emoción noble, intensa como el hipódromo, pero en medio de todo, se experimenta una sensación estética, singular, producida por la idea de la fuerza en la debilidad, de la tragedia en seres tan inofensivos, tan pequeños ...

Yo he observado una cosa, cuyo significado entraña acaso un fondo legal, histórico y sociológico. Muy alto vuelo, me decís, pero oíd. Allí, el todo es el público ó mejor, el pueblo. En el *ruedo* preséntanse dos gallos, ¿creeis que forma uno su juicio á la simple vista? No: á todos es lícito examinar las condiciones de los combatientes, el público penetra en el ruedo y tiene derecho á conocer y estudiar de cerca el valor real é intrínseco del gallo por el que expone una apuesta. Hay allí un jurado que resuelve las dudas y dirime las contiendas. Todo parece una práctica patriarcal, un sedimento de nuestra época nebulosa y legendaria, en que al mismo tiempo había participación en los hijos del pueblo y una absoluta autoridad que los dirigía y refrenaba.

***

Otra costumbre tradicional que he visto es la compra del maíz. A ser pintor, reproduciría en un cuadro la escena. Me recuerda también la forma sencilla, primitiva, de las transacciones populares reducidas á la forma latina: *do ut des* Cuadro rural, animadísimo, juguetón. Es un montón de gente que pesa, cuenta y vacía los sacos: fórmase allí un ruido discorde, heterogéneo, mezcla de voces, de gritos, de regateos y números; predomina, sobre todo, el ruido de los granos de maiz que se van midiendo por gantas.

Todos los domingos se ve ésto: hay feria ó *tiangí*. La

de este pueblo es alegre, pintoresca; después de la misa, nunca antes, poco á poco las tiendas se abren, las mercancías se exponen. Hay de todo ¡absolutamente de todo! desde los últimos *neceseres* para la cocina, hasta la tela finísima de *sinamay* que compite con la seda.

Van á la feria las mozas del pueblo, las más garridas y hermosotas y ¡claro! allá también acuden los mancebos de la población no en busca de baratijas sino de chicoleos y aventuras. Por donde la féria es completa; allí no solo se venden y compran objetos de todas clases, sino que se cazan corazones y se conciertan matrimonios.

***

La iglesia está levantada sobre una poética colina que domina la población. Es reciente y hermosa. Distribuida en tres naves, separados por arcos graciosos da idea de la riqueza y holgura del pueblo fiel que la ha costeado. No muy fresca, pero clara. Para llegar á ella, se sube una cuesta suave, muy suave, que apenas fatiga. Me re cuerda la situación del célebre santuario de Antipolo.

Aquí es donde se venera á Santa Catalina, la Patrona, que está en el nicho del altar mayor. Santa Catalina fué el objeto de estas fiestas y muy contenta debe estar de la piedad y devoción de su pueblo. Tienen fama estas fiestas de Kabkad. A eso he venido y he comprobado que la fama no era embustera.

***

Ya no hay nada, los arcos recogidos, las flámulas y banderas retiradas de las ventanas; la población ha recobrado su aspecto normal, su traje diario. Aún así, me produce exelente impresión. No sé si por lo bien que aquí me tratan ó porque de suyo es así. A veces el trato bueno produce espejismos.

Nos hemos paseado y divertido toda la mañana. Aprovecho la siesta para escribiros. Esta correspondencia la he de llevar conmigo mañana. Dios mediante. Procuro, pues, recordar algo más, por si hay detalles notables que omito: tengo memoria fatal.

Dicen que esta noche habrá serenata y circo infantil.

Ah! las carreras, sí; no he hablado de las carreras extraordinarias que se han verificado. Pero ésto se dispensa: no he estado aquí en aquel día, por haber ido á Sibunga y Argaw, día, por cierto, para mí delicioso y divertido.

***

¡Adiós! ...

Tengo que dar adiós á este pueblo y á los amigos. No deseo ser desagradecido.

Brindo, pues, este último párrafo á estos kabkareños, rumbosos y amables. Lo escribo con tinta del alma, con pluma del amor. Yo sé que se acaricia la idea de un Club. Hay personas entusiastas que la apadrinan y prohijan. Ea, que venga ese Club. Sabed que Sandiko, aquel cerebro práctico, depositó en los Clubs una semilla redentora: la vida de colectividad, la vida solidaria. Haced de vuestra sociedad hípica un Club ó fundad el que está en embrión, lo necesario es que adopte un carácter popular, que se dé entrada al pueblo para que poco á poco se eduque y se *sociabilice*. Teneis, por fortuna, voluntad y entusiasmo, las dos palancas de todo progreso, de todo impulso redentor. ¡Amad, sobre todos vuestros amores, al pueblo!

¡Adiós! ...

Cuando mañana deje este pueblo y vuelva la mirada en el límite del camino, para recordar los días de oro que aquí he pasado, en medio de los agasajos y atenciones de los amigos ... recibid ¡todos! mi saludo, un saludo de amor, de amistad, de afecto que se aleja, pero no se entibia ...

Yo vuelvo á mi redacción con un millón de goces en el alma, con un fardo de impresiones y delicias al hombro y con una flor de ensueño en la imaginación, flor de rosa pálida, de perfume místico, que quedará de la fiesta, como un recuerdo hermoso, una piadosa reliquia ...—(Publicado el 7 de Diciembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*.)

UN DIA DE VIAJE.

I.

Siempre ha sido para mí delicioso el viajar. No es el ver paisajes y admirar lugares nuevos para la vista lo que más incita á ello, como el conocer y estudiar usos, modos y peculiaridades de los pueblos y deducir, por comparación mental entre unos y otros, enseñanzas de mil modos provechosas á los conocimientos y estudios individuales. Y así que se presenta ocasión para un viaje, inmediatamente me hallo dispuesto á emprenderlo, seguro de encontrar placeres y emociones que sobre el cuadro de una vida monótona y á ratos desabrida, parezcan trazos vigorosos de luz. Comprenderán mis lectores como acogería la proposición de pasar al pueblo inmediato de Sibunga, cuando en las fiestas de Kabkab tuve ocasión de conocer al amigo A....

—Mañana tempranito le enviaré un vehículo. Así no cogeremos sol.

Y efectivamente: á las siete de una mañana fresca, hermosa, con un cielo despejado y un sol de oro que apenas llegaba á la piel como una caricia, marchábamos, en vehículo, por aquella árida pedregosa carretera, en cuyos lindes á derecha é izquierda, crece el tuba-tuba y se extienden campos alegres, sembrados de maiz ó azúcar, cortados por las siluetas atrevidas de las montañas. Es de advertir que las montañas se hallan cerca y noté que estaban habitadas. Dispersa por aquellas cumbres y laderas, se veía una multitud de cabañas de nipa, chicas, risueñas, poéticas, con su cercado y su huertecito, con algún que otro ganado de labor y la próxima era, trayendo á la imaginación la vida idílica, feliz que forjó Horacio y encerró en los esculturales versos de una oda.

Al mirar aquellas montañas, que por sus gigantescas alturas y su imponente extensión parecían llevar el sello de lo inconmovible y eterno, al recordar las ciudades agitadas noche y día por sueños de poder, de ambición é

intrigas de amor y gloria, donde bulle y lucha una muchedumbre infinita, trabajada por las fatigas y las vigilias de la existencia y al traer y asociar luego la idea de la guerra que desgarra el inmenso seno de este país, tan amado como digno de venturosa suerte, ¡palabra de honor! me sentía envidioso de aquella gente ignorada y oculta entre las breñas y los vericuetos de la altura, que no gime, que no sufre, que no sueña en amores de libertad y patria, cuya posesión tanto cuesta y hace derramar tanta sangre y lágrimas...

Hablaba con mi compañero de ésto y tratábamos de adivinar cuándo había de acabar el pesado y sangriento calvario, mientras la pareja de animales trotaba y el sol picaba poco á poco la piel. No cambia la decoración en todo el camino, ahora cortado por un barranco sobre el que han improvisado un puente, luego por un riachuelo de poca profundidad que moja á los caballos; lo cual me hace pensar en lo que habían escrito y publicado acerca del estacionamiento y atraso de Filipinas tantos sistemáticos detractores de antaño de todo lo filipino.

Mi compañero me enseña un edificio, escuela de nipa, antes de entrar en el pueblo, donde, dice, se enseña juntamente á los niños y niñas del barrio. Me parece buena la idea, que está adoptada en América y otros puntos y me parece aún mejor que la escuela tenga edificio propio aunque sea de nipa. No importa lo modesto, como el que la instrucción tenga templo propio donde darse y recibirse. Más vale que pagar mensualmente alquileres costear una casa escuela. Esto lo decía y pensaba cuando mi amigo me advierte:—Ya estamos.

Las calles de Sibunga tienen nombres, lo que no pasa en otros pueblos, y sus nombres, todos históricos, me sugestionan y despiertan en mí hechos y fechas gloriosos. José Rizal es la calle principal de la población; José Burgos, Malolos, Kalookan, Aguinaldo, Imus: hé aquí lo que rezan los rótulos: nombres todos, como se vé, de mayor ó menor valor histórico ó de más ó menos intención patriótica. Ví pocos edificios notables pero tiene los más esenciales: iglesia, convento, casa consistorial, casa—escuela,

cementerio, cuartel, etc. La población presenta un aspecto limpio y aseado.

Buen fondeadero. Me dicen que por eso acuden más vapores y embarcaciones allí: es plaza comercial, explotada principalmente por chinos. Comparando: Kabkad es más agrícola, pero Sibunga más comercial.

Estuvimos poco tiempo, una hora próximamente. No ví mucha gente en las calles, acaso ocupada en el trabajo. Me llevó mi compañero al edificio presidencial, caserón antiguo, sólido, de piedra, donde noté que había poco despacho en los diferentes departamentos. Me entero de que para mantener el orden local solo hay 20 policías. ¡Pueblo dichoso, envidiable!

—Y bien, vamos á Argaw—me dijo mi compañero, después que hubimos tomado un buen piscolabis.

—Hombre, eso ya no entra en la cuenta: me comprometí hasta aquí y creo que basta. ¿No recuerda ya que tengo que volver á la tarde á Kabkad?

No sé qué me dijo que me animé y allá fuímos. El sol ya no bromeaba, picaba de veras. Un sol netamente filipino. A la media hora se detuvo el vehículo, con los caballos fatigados, en una barriada de casas distribuidas en un sitio pintoresco.

—Estamos en Simala. Ese edificio que se construye es una ermita; aquí en esta casita, había una repostería, donde anteriomente solía reunirse la sociedad española del pueblo.

La casita á que se refería mi compañero era más bien una quinta de recreo, con su jardín, su huerta, su pesca y otros deliciosos aditamentos. ¡Demontres! Me parecía aquello un retiro hermoso para los hastíos de la vida: un alma desengañada no podría escoger mejor sitio para dar al mundo al olvido. El jardín huele á sampaguita y limon: un emparrado cercano brinda sus racimos tentadores y su sombra deliciosa. Probamos las uvas, que me traen la idea de España. ¡Ah! ¡qué recuerdo! España, la vieja querida. Allí en aquella misma casa, en aquellos rincones quedaría alguna sombra de España: los españoles se reunían allí antes, era de rigor por las tardes encontrarse allí y charlar. No; no podrían haber desaparecido de allí tan

pronto. ¡Hace poco que aquel pedazo de terreno se decía suelo español.

¡Qué gran cambio! Hoy reina silencio en aquella quinta, que está deshabitada, descuidada. Algo de solemne y sepulcral se respira en el ambiente. Me habla al alma de las desgracias de mi país, de ese estado de postración y abatimiento en que está, de esa tristeza general que reina en los pueblos, paralización de vida, de comercio, de ruido que semeja reposo de tumba. ¡Ah! otra vez la idea de la guerra, de la maldita guerra, que persigue y acosa á todas horas la imaginación! ¡Maldita idea!

—¿Vamos? me preguntó mi compañero, cortándome de repente aquellos vuelos del pensamiento.—(Publicado en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo *Resurrecto.*)

UN DIA DE VIAJE.

II.

Aquella carretera, aunque buena y recientemente reparada, es larga, muy larga: no parece acabar nunca. El suelo es arenoso, lo que indica la proximidad del mar y es verdad, el mar está ahí, á dos pasos, y en sus desbordamientos inunda el camino. Á trechos se ven manglares, donde se siembra y crece portentosamente el *bakawan* y esos pantanosos lugares que se forman en las proximidades de las marismas. Casitas ruinosas, aisladas, indican de cuando en cuando la existencia de una familia perdida en aquellos solemnes desiertos. El baroto que está junto á la playa, el remo, la vela y la red, que se hallan recogidos en el piso bajo de la casa revelan la ocupación constante de aquella gente. Así sería la antigua vida filipina, de ahí se habrían formado los grupos, las poblaciones, las tribus por reunión y agregación de unas familias y otras, dispersas y alejadas anteriormente entre sí. La verdad, al pasar por aquellos sitios apenas poblados, donde apenas veía alguno que otro viviente, que nace y crece allí, casi ads-

crito á un punto, con el mar por diversión, por medio de subsistencia y por todo, recuerdo aquellos relatos de misioneros, aquellas lecturas históricas que han ido formando y cristalizando en mi imaginación una idea de la vida remota de nuestros antepasados; una vida esencialmente marítima, costera.

Traigo aquí un párrafo de Morga que describe la manera de vivir de nuestros antepasados: «Los edificios y casas de todas estas Islas Filipinas, de los Naturales dellas son de una misma manera y sus poblazones; porque siempre hacen á la orilla de la mar, entre ríos y esteros, juntándose de ordinario los Naturales, por barrios y poblazones, donde siembran su arroz, y tienen sus palmas, nipales, platanales, y otros árboles, y aparejos para sus pesquerías y navegaciones.., Las casas y moradas de todos estos naturales son en comun fundadas sobre palos y harigues, altas de suelo, estrechas de posentos, y bajas de techos, fabricadas y tejadas de maderas, y cañas; cubiertas y techadas de hojas de palma, cada casa de por sí, sin que una se arrime á otra. En lo bajo cercadas de varas de cañas, en que crían sus gallinas y ganados, y pilan y limpian sus arroces: súbese á la casa con escaleras levadizas hechas de dos cañas; tienen en lo alto sus batalanes descubiertos, para el servicio; padres é hijos todos juntos, poco arreo y aderezo de la casa, á que llaman *bahandin.*»

¿Es distinta esa pintura de la que en realidad ofrecen, á la vista de un viajero, nuestros pueblos costeros, como lo son casi todos los de Sebú? Al rápido trotar de unos caballos, con que cambiamos en el camino los que trajimos desde Sibunga, despertábanse estos recuerdos y pensamientos de nuestra antigüedad, y veía yo á un pueblo virgen, sano, hermoso, sencillo, tal como la naturaleza le ha creado, dispuesto á recibir todas las formas y hechuras que quisieran infundirle los sociólogos y políticos. Esa es la gran ventaja y facilidad para la labor de nuestros estadistas: el molde es nuevo, la materia, dispuesta; es fácil sacar la mejor figura, dibujar los mejores rasgos y contornos para pulir el alma y embellecer el espíritu de esta nación.

Trepamos por una larga y árida cuesta, que ya hi-

cieron sudar á los dos pobres brutos: mi compañero me pondera aquella altura y dice que desde allí se puede ver el pantalán de Sebú, con ayuda de un catalejo. Lo creo: aquel punto me parece muy elevado y desde él se ofrece efectivamente á vista de pájaro todo lo que se tiene al rededor,

—Allí es Kabkad—y me enseña hacia un sitio que humea y que desaparece á traves del verde de los árboles.

Vencida aquella cuesta, la decoración que se ofrece es la de la montaña, que por todas partes se halla cultivada, pelada, como una calva. No hay bosques, todo se aprovecha: las laderas, los descansos, los ribazos: hasta el último rincón del monte. Donde no se siembra tabaco, se ve maiz ó kamote: en todas partes la huella del arado, la sombra del trabajo humano. Admiro esta condición de las montañas, que todas son así en Sebú, según me asegura mi compañero y se explica, según él, por la falta de proporción entre el terreno y la población de la isla. Como es pequeña relativamente, aunque larga como una pata de inglés, los naturales, no cabiendo en el llano, se esparcen por las cumbres y las pueblan y cultivan.

Desaparecen los paisajes de la montaña y vuelve el mar á solicitar con su brillo azul, su movible superficie y su canción sonora en la playa la atención del viajero. Estamos en un llano hermoso, pintoresco, poblado de cocoteros, altos y rectos, como cosacos rusos. Aquello es la entrada de Argaw, que antiguamente seguía bordeando la playa y ahora se dobla por un camino, que, me dicen, se ha practicado para abreviar la distancia.

Tiene Argaw calles largas y muy rectas, como si se hubieran medido á compás. Veo las casas apiñadas, aunque conservando entre sí igual distancia, lo que indica mucha población. No la he recorrido toda, pero por lo que he visto y por lo que me han contado, Argaw tiene importancia.

Su Presidente nos recibe afectuosamente, con franca hospitalidad filipina. Charla de mil cosas, de un modo alegre, vivo, que nos revela en él un temperamento nervioso, enérgico. Es obsequioso y amable y nos lleva á pasear y

dar á conocer los principales edificios del pueblo. Al hablar del atrio de la iglesia, nos cuenta la historia de aquellos muros que la circuyen, formando una verdadera fortaleza. Dícese que se había construido en aquella forma contra los moros que antiguamente solían asaltar é invadir aquel pueblo. De ahí aquel torreón que sirve de atalaya, y aún queda á la vista del mar. La iglesia presenta un aspecto de riqueza y lujo, aunque de gusto antiguo. El convento es de corte común y ordinario como los muchos de Filipinas.

La antigua Casa popular es hoy cuartel americano. Hay otro edificio notable, grande, que, dicen, servía para escuela pública en tiempos pasados; hoy, fatalmente está en estado de ruina y descomposición. Allí sabemos que el Gobierno americano piensa reedificar el edificio: haría bien, ya que la junta popular no tiene, al parecer, recursos para sufragar lo que constituirían sus gastos. Merece consideración aquel edificio: cumple que se la dén.

Las calles están bautizadas con nombres españoles: Magallanes, Calderón, Cervantes, etc. El piso, en algunas partes, está embaldosado: cuéntanme que en otra época, todas las calles lo estaban por un capricho del cura. ¡No es malo el capricho! Total, el beneficio era común: el cura lo comprendería así. ¡Memorable cura ingeniero!

Argaw es industrial, esencialmente industrial. De sus telares salen esas finas y sujestivas piezas de sinamay que llaman *tinampipi* y que son adquiridas y buscadas en todos los mercados. Lós aparatos son primitivos, pero el arte brilla en la combinación de los matices y la delicadeza del trabajo supone paciencia y habilidad. Tan explotada como esta industria es la de los nácares, de los cuales hacen maravillas para adornos y objetos de salón.

Kabkad es agrícola; Sibunga, comercial; Argaw, industriosa, manufacturera. Tres pueblos que se completan. Por eso sin duda hay una gran cordialidad y harmonía tanto en el trato como en las relaciones de sus habitantes. Con razón me decía gráficamente un amigo: Kabkad, Sibunga y Argaw forman una triple alianza.

Sí; una triple alianza que desearía se extendiese á los

demás pueblos. No hay vuelta de hoja, solo la alianza de todos en uno nos proporcionaría la salida de este maldito laberinto en que nos vemos metidos...

—¡Uhuy! ¡qué tarde es!—insinué á mi compañero al consultar el reloj. Vámonos, vámonos, se ha de echar la noche encima.

La luz de la tarde parpadeaba meláncolica como si tuviera sueño; la chiquillería salía de las escuelas de los barrios y se paraba á ver pasar el vehículo; en la playa gemía triste el mar; en la montaña, se recogía el ganado y todo se disponía á la oración y descanso. En las pocas viviendas brillaba el fuego del hogar y en las *tindahans* los vecinos entretenían el ocio entre novelerías y sucesos del día. Mientras, la pareja nuestra trotaba tendidamente debilitando en el alma las impresiones que producían los panoramas del camino, esfumados vaporosamente en la media tinta del crepúsculo.

Anocheció y de vuelta al punto de partida, me hablan de unas carreras extraordinarias de caballos que he perdido, de apuestas y animación, y más tarde cuando bajo la tibia luz de una soñadora noche de luna salimos á paseo, bailábame el alma con inflexiones de *balitaw*, pensando en mi viaje y saboreando los deleites é impresiones de un día tan bien aprovechado.—(Publicado el 15 de Diciembre de 1900, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto*.)

UNA VISITA AL LICEO DE MANILA.

MANILA 30, DICIEMBRE.

Cuando aún estaba ahí, yo sentía vivos deseos de conocer este establecimiento. Estaba iniciado en los preliminares de su fundación, allá por el mes de Febrero ó Marzo de este año; dos almas entusiastas, de antiguo dedicadas á la enseñanza, habían elaborado la idea y la habían expuesto ante un círculo de amigos, que la encontraron her-

mosa, útil, *patriótica*. Del *Club Rizal*, que también entonces estaba en embrión, iba á formar parte ó sección el proyecto, pero naufragó el Club en este borrascoso oleaje que sortea la noble alma filipina, y se salvó, por lo visto, la idea de la enseñanza. ¡Fortuna grande!

Y hé aquí el Liceo. No es tan adecuado el nombre, pero *le nom ne fait pas á la chose*. Es un edificio que forma parte de la larga hilera de casas que constituyen por un lado la estrecha, si bien movida, calle de Dulumbayan. Lugar céntrico, no cabe duda, y acaso sea esa su primera ventaja. No lo distinguí al primer momento, de los demás edificios: como no sea por el rótulo, no hubiera caído en que aquél era el establecimiento que yo buscaba. Entré en la Secretaría.

El Sr. Ignacio Villamor, el Secretario, hojeaba un libro que sería la nómina y hablaba á un escribiente. Se interrumpió cuando supo el objeto de mi visita y hablamos algún rato. Luego que terminó el trabajo, me dijo:

—Vamos arriba.

Y arriba fuímos. En el portal y en el zaguán ví á algunos estudiantes. No era aquel un palacio, no era siquiera una casa suntuosa, rica, de algún propietario filipino, de modo que subía uno con bastante confianza, sin necesidad de reprimir el ruído de los tacones.

—Este es el salón de actos—me dice mi acompañante, al terminar el último peldaño de la escalera.

Es un espacio rectangular, de bastante capacidad: allá en el fondo un entarimado y sobre la pared, medio guardado por la penumbra, un cuadro con el busto de nuestro ídolo: Rizal. La evocación de aquella sombra es allí oportuna y saludable: electriza la mirada y el corazón. Rizal es el cantor de la juventud filipina; modelo de estudiante, vivo espejo de virtudes cívicas que deben imitar de niños los que un día han de ser ciudadanos de su patria.

Saludamos al Director, persona discreta y amable. Hablé con él naturalmente—de qué cosas iba á hablar?—de los progresos del colegio, de la instrucción de la juventud, del número de alumnos, del régimen interior, del estado económico, del entusiasmo de las provincias, etcétera, etcé-

tera. El estaba contento, según yo veía, de los resultados que daba el colegio: en tan pocos meses de vida se habían establecido todos los departamentos y acuden allá numerosos jóvenes, ansiosos de luz, hambrientos de saber. Todas las clases están concurridas: desde la más elemental á la superior. Sólo para los internos se han tenido que habilitar muchos aposentos nuevos: reciente es la edificación de un segundo piso en una de las alas del edificio.—No hay para contentar, según me dijo, á muchas solicitudes de provincias.

Efectivamente me llevó á todas las habitaciones del internado y recorrimos juntos todo el colegio.—Es incapaz, es incapaz ciertamente—repetía yo, viendo que se aprovechaba hasta el último rincón. De arriba abajo todo está ocupado, distribuido y destinado para un fin: aquí el pequeño museo, con algunas colecciones de aves, animales y minerales, los instrumentos de física y otros adláteres para las clases: allí la biblioteca con pocos libros aún, ya producto de donativos, ya de adquisiciones propias.

—No tenemos nada aún,—me decía con cierto ruboroso tono, señalándome los estantes del museo y de la biblioteca,—pero ya se ha pedido á Europa y América todo lo que aquí hace falta. No se puede improvisar todo.

Y es verdad. El colegio tiene apenas existencia de meses. Lo pensaba así, aún cuando nada me dijera mi acompañante. Obra del tiempo es todo y mucho más un colegio, con todos los requisitos y adelantos que exige el mundo moderno.

—Lo raro es que lo tuviesen todo bien dispuesto—le contesté.

Y me explicó aún detalles curiosos y para mí interesantes de las reformas que se piensan hacer en el edificio, ensancharlo por la otra ala, construir un segundo piso, adquirir el solar contiguo para responder día por día al ingreso de alumnos y al entusiasmo creciente del país.

—¿De modo—le interrumpí—que ésto no ha sido un desengaño para sus fundadores, como otros muchos proyectos que se realizan en nuestro país?

—Oh, en este punto, podemos estar muy contentos,

pues la esperanza, puesta en nuestro pueblo, no se ha malogrado. Responde el país á los propósitos que nos inspiraron al establecer este Centro y si ya, como digo, no fuera insuficiente el edificio, podríamos hacer mayor bien y contentar á muchos padres de provincias que solicitan el ingreso de sus niños y á los cuales tenemos que contestar negativamente.

—¿Qué instrucción religiosa se da á los alumnos?—se me ocurrió preguntar.

—La católica: católico creemos á nuestro pueblo y creemos corresponder á la confianza que depositan en nosotros los padres de familias, imbuyendo ó afirmando en el corazón de los alumnos las creencias católicas. Hay una clase de religión para ésto, pero no es obligatoria, considerando que dados los rumbos del siglo, se impone una razonable tolerancia en materia religiosa. Por cierto que con arreglo á lo que juzgábamos nuestro deber, pedimos á nuestra autoridad eclesiástica un capellán católico, que explicara esta asignatura y formara y educara religiosamente á los alumnos que lo quisiesen, pero ... amigo mío, hasta hoy no lo tenemos ...

El hombre vaciló mucho, al decirme ésto, como si sintiera haber hablado demasiado, lo que no comprendí. Indudablemente hay aquí un secreto que no quiso darme á conocer.

Bueno; pues lo respeto. Por lo demás, ha hablado mucho de otras cosas, que si es para escribir un artículo, tengo de sobra. Consulté el reloj y eran las doce y media. ¡Carambola! Había estado dos horas próximamente de visita.

—Señor Director, usted perdone, pero le he quitado tiempo y tendrá sin duda que hacer: ruego á usted que me dispense. Adiós.

Con la característica filipina, de invitar á comer, *cuando llega la hora*, mi interlocutor sonriendo y estrechándome la mano, me decía:

—Quédese usted: no me molesta: es tiempo de vacaciones y no hay afortunadamente muchas cosas que hacer.

Pero yo no me había de quedar ¡claro! porque me invitasen, aunque sabía por testimonios varios, que en el

colegio los internos están bien tratados en la mesa, y bajé rápidamente como pude la escalera, repitiendo mis excusas y diciendo para mi americana:

—¡Pues me he lucido! Me está esperando un amigo y en vez de media hora escasa que prometí de plazo, he dejado trascurrir más de hora y media. Pero ¡qué demontres! ya se habrá marchado de impaciencia: en cambio he estado á gusto, charlando y visitando el colegio, que allá, desde provincias tenía tantas ganas de conocer para saber si respondía y podía responder á los deseos y exigencias de nuestra juventud actual y de nuestra época.

Me he convencido de ello. Creo que el *Liceo* está llamado á ser la cifra, en el porvenir, de nuestra cultura y adelanto modernos. ¡Dios lo quiera!—(Publicado el 12 de Enero de 1901, en el periódico *El Nuevo Día*, con el seudónimo de *Resurrecto.*)

DIEZ Y OCHO ABRILES.

A F...

Suele el viento, al pasar por los jardines en la fantástica hora de la media noche, á la sagrada luz de las estrellas y del callado y melancólico rayo de luna, despertar con su apasionada voz á las somnolientas flores para contarlas hermosos y delicados cuentos recogidos de los palacios, torres, volcanes, arroyos y entrañas de la tierra ...

Yo tuve la fortuna de oir una noche uno de estos deliciosos cuentos del viento. He aquí en que ocasión.

Era noche de Abril. ¡Hermosa noche! Mil rayos de luna, como fantástico aguacero, bañaban el pequeño jardín que tenía delante filtrándose entre las hojas y dibujando en el suelo enigmática geometría. Llegaba hasta mí una tibia oleada de perfume, de ese perfume que se absorbe con todos los pulmones, incienso de la naturaleza, suave y divino, que se traduce, al aspirarla el alma, en ensueños de amor y presentimientos de felicidad.

Estaba meditabundo y reflexivo. Tenía un tema que desenvolver y todo el día me había pasado en serias reflexiones y monólogos. De esta suerte, ya fuese por las ráfagas de misterio y poesía que venían del jardín, ya fuese por el cansancio que sobreviene á todo trabajo mental, me cogió el sueño y dormí. ¡Miento! No: no era dormir aquello: tenía despierto el espíritu estaba en ese estado medio de vigilia y somnolencia que es como el claro oscuro entre la vida y la muerte. En este estado, pasado mucho tiempo, me pareció oir algo así como una voz que hablaba y refería una historia en un lenguaje para mí nuevo, pero comprensible entonces por no sé que misteriosa iluminación del espíritu.

... Era el viento que al pasar por los jardines en la fantástica hora de la media noche, á la luz de las estrellas y del callado y melancólico rayo de luna contaba á las somnolientas flores un lindo y delicioso cuento, ¡el cuento de aquella noche!

... Acabo de venir de Arabia, flores mías, país de las sultanas y de las huríes, de la hermosura y del amor, donde sorprendí los secretos y misterios de un harén en que había penetrado burlando la vigilancia de los terribles eunucos que ocultan puñales, venenos y pistolas, debajo de sus trajes, para matar sigilosamente á los amantes y enamorados de las mujeres del sultán. Yo me paseé tranquilamente bajo aquellas bóvedas y arcos en que la arquitectura árabe dibujó infinitos calados y filigranas de color que parecen deslumbrador diluvio de pedrerías y fragmentos de soles. Yo recorrí todos aquellos salones y dormitorios perfumados por las plantas más ricas y más raras del mundo y por el humo delicioso de los pebeteros encendidos á todas horas, sobre enanos pedestales de bronce y madera. Ví las claras fuentecillas que arrojan á lo alto sus chorros que suenan como liras y me sumergí en los baños de marmol donde los cuerpos de las sultanas se lavan y desnudan mostrando misterios de hermosura y modelos de estatuaria, y solacéme sin miedo ni cuidado alguno en todos los rincones, admirando las mil exquisiteces del amor y del placer de que los sultanes rodean á sus lindas favoritas

de ojos que queman, como carbones de fuego, y labios que sangran, como abiertas granadas, y oí las conversaciones, las metáforas y simbólicas comparanzas que la pasión mora emplea para incendiar corazones y quemar almas hermosas, y ...

Iba ya á salir, cansado de inspeccionarlo todo, cuando allá al extremo de la galería, me pareció oir tenues suspiros, lánguidos sollozos de mujer. Soy curioso: me colé por las rendillas de la mal cerrada puerta y al punto me hallé en medio de una habitación espaciosa y hermosísima, la reina de todas las demás habitaciones del haren. Sobre una silla al lado de una mesa ví á una mujer, digo, una niña que tenía sepultada la cabeza entre las dos manos y lloraba. Yo sentí lástima. Soplé y refresqué su frente con uno de mis soplos más delicados y tibios que acarician y ahuyentan las mayores tristezas. La mujer separó con sus manos los bucles que le caían sobre la frente y levantó la cabeza.

¡Oh, qué bella era! Figuraos, mis queridas flores, un conjunto de estas seis cosas: rayo de aurora, ondulación de mar, grano de trigo, centelleo de estrella, gorjeo de ave y obscuridad de noche primaveral. El rayo de aurora dió un color de fuego á sus mejillas; el grano de trigo, un moreno divino á su cutis; el centelleo de estrella, un fulgor misterioso y lánguido á sus ojos, la noche primaveral, una obscuridad brillante á sus cabellos; el ave una emisión gorjeadora á su voz, y la ondulación del mar, una flexibilidad seductora á su talle y una insinuante elasticidad á todos sus movimientos.

¿Por qué lloraba? Yo me consumía en deseos de conocer la historia de sus lágrimas y suspiros y murmuré á su oído palabras consoladoras, una frase de amor, una galantería á su hermosura. No me entendió sin duda, porque no dijo nada; al contrario sepultó otra vez la cabeza entre ambas manos, la hundió sobre la mesa y lloró... ¡Ah! no me entendía, ¡infeliz de mí! no entendía mis palabras y caricias: solo me entendeis vosotras, mis queridas flores, y el mar y el bosque y los gnomos de los subterráneos y los fantasmas del vacío, y entre los hombres, los poetas,

esos privilegiados de la naturaleza que tienen oído y ojos para las cosas inmateriales, profetas que andan descalzos y tristes, llevando en los labios el gorjeo, como las aves y en la frente la luz, como el sol... Continuó llorando, llorando por largo tiempo, pero, al fin, sintiendo acaso la intensidad y el frescor de mis caricias, levantó el rostro enrojecido por el fuego de su llanto y llamó á una esclava.

—Zora, tu eres fiel y amante servidora—dijo á la esclava cuando se presentó.—Ven, necesito confiarte un secreto...

—Mande mi sultana y señora.

—Siéntate, mi fiel Zora. Oye la historia que te voy á contar: la historia de mi vida, la historia de mis padecimientos. Yo necesito contarla á alguien, quitármela del pecho porque pesa y abruma como un enorme peñasco dentro, aquí dentro... Nací pobre, huérfana, sin bienes, sin propio hogar: una familia rica cuidó de mi infancia y me adoptó por hija. Después crecí, crecí. Y un día, Zora, sí, un día sentí algo en mi pecho y amé. ¿Sabes lo que es amor, pobre esclava? ¿Has amado? ¿Amas? Entonces sabrás que amar es ser de otro, amar es darse, amar es completar nuestra vida con el cariño de otro ser. ¿No has amado todavía? Entonces no conoces aún la palabra «felicidad», no sabes aún, ¡infeliz!, lo que es vivir. Yo amé y *él* me amó... Una noche, noche de luna, *él* acababa de entonar una serenata, al pie de mi balcón. El silencio era completo: la brisa, fresca, perfumada: á lo lejos, la fila de los árboles blanqueados por la luna, apenas se movía, parecía desmayada por el sueño. Acabada su canción, él se alejó después de enviarme un *adiós* envuelto en ardientes besos, cuando allá, próximo á la entrada de la fila de árboles, un relámpago de luz brilló, silbó una serpiente de fuego y él se tambaleó, cayó. ¡Por el Profeta! Aquello era una asechanza. El estaba herido. Bajé temblando, llorosa, para socorrer al desgraciado amante, cuando al momento varios hombres negros se apoderaron de mí y me trasladaron á esta morada... Y aquí vivo, gimo, me falta aire, luz, todo, no puedo vivir. Lloro continuamente por el muerto, por el amante traicionado. ¿No ves mis lágrimas? ¿No miras

mi rostro? No puedo vivir aquí, no quiero vivir. Sálvame, ¡oh mi fiel y buena Zora! Tú puedes hacerme un favor; préstame un servicio, vé, habla, ruega, suplica á un eunuco, cómprale, si quiere... ¡yo quiero un puñal...! Tráeme un puñal.

Y la esclava se fué y al poco tiempo le entregó el arma deseada.

Yo temblé y detuve mi respiración, flores mías, al adivinar la decisión de aquella niña, creyendo que en aquel momento ejecutaría su fatal designio, cuando para mi suerte se abrió la puerta y apareció el sultán, el rey de aquellos palacios.

Á su vista, la niña ocultó cautelosamente el arma homicida y lanzó á su señor una mirada de desafío.

—Sultana, la más bella de mi palacio, la de rostro moreno y más puro que el sueño del profeta, la de ojos más habladores y luminosos que los fulgores del edén, la de labios más húmedos y sangrientos que las rosas del Ofir, la de frente más altiva que la de la leona herida, hurí terrestre que me envidiara el mismo profeta, ¿por qué te portas así conmigo? El sultán es tu esclavo, sus vasallos son tuyos; sus riquezas, tuyas: todos envidian tu suerte. Dí una sola palabra y tendrás todo; haz una seña y se cumplirá tu deseo; manda y el reino entero se verá postrado á tus pies para cumplir tu orden.

—Pues bien, sultan, déspota, tirano, dame al muerto, devuélveme á mi amante—contestó la niña con brío é indomable corazón.

Los ojos del sultan relucieron como dos espadas que se encuentran en la lucha: su mirada tranquila y amorosa despidió incendios de rabia, cólera, celos, muerte, saltó sobre la niña tratando de violentarla pero en un momento ésta se apoderó del arma homicida y con energía, con estridente energía y firme pulso enterró en su propio seno la fina hoja del puñal.

¡Fué un momento! Un chorro de sangre roja saltó, la niña cerró los ojos y cayó pesadamente sobre el pavimento. ¡Oh, yo ví bien cómo llegó al suelo, mis queridas flores! El suelo del harén purpureó al momento; yo ví también al

sultán morderse de rabia los labios hasta hacerse sangre, estrujar la temible barba y los gruesos bigotes y rasgar el manto en señal de dolor é impotencia, yo ví acudir á los eunucos y esclavas á la voz del sultán, mirarse estupefactos é indecisos y levantar luego el cadáver para conducirlo á su lecho mortuorio. Entonces salí de aquellas estancias, recorrí todos los salones y demás habitaciones propagando la trágica noticia y seguidamente me escapé, me escapé de ahí con temblor y con dolor, trayéndoos un botín de frescas mieles, de perfumes desconocidos que recogí de paso de los vergeles y plantaciones de aquella tierra tan hermosa y privilegiada....

¡Adios! Yo me voy, flores amigas, dormid y soñad con la encantadora sultana del harén, cuya historia os he contado, valiente y fiel hasta la muerte, idólatra de su amante y víctima de su amor antes que trofeo de la lascivia del sultán, toda hermosa y virgen, toda grande, toda heroica.

Y la voz se dejó de escuchar y sentí un soplo fresco de aire sobre mi frente que despejó mi inteligencia y me arrancó del estado de vaga somnolencia y letárgico sopor que pesaba inmensamente sobre mi espíritu.

Mis ideas volvieron. Una gran claridad surgió entonces de mi cerebro entregando en mi poder la solución del enigma que en vano buscaba todo el día en la penumbra de mi entendimiento. La historia que oí es la historia que quería componer para tí, mi linda amiga, pero se anticipó el viento, y no me queda otro remedio sino copiar, referir lo oído. ¿Te gusta? Pues bien: la sultana del harén es un símbolo: es la imagen del amor de los *diez y ocho abriles*, esa edad en cuyo pórtico entras hoy y que guarda la esfinge del amor leal, del amor heroico, sublime, el amor *hasta la muerte.*—(Publicado el 20 de Mayo de 1899, en el periódico *La Independencia*, con el seudónimo de *F. F.*)

HISPANIA.

Los españoles están de fiesta. Un rumor de alegría y órgano de iglesia llega á este rincón de la tierra, que un tiempo fué española, donde aún queda una numerosa colonia peninsular. Los partidarios del trono y de la dinastía, en Manila, han colgado de sus balcones, entre farolillos niponeses y airosos ramos de palmera, su enseña nacional, el lienzo de sangre y oro que se plegó en Filipinas en el crepúsculo de su imperio oceánico ... Los españoles están de fiesta ...

Su pequeño monarca sube al trono, ofrécenle el cetro de mando y oprimen su frente de niño con la legendaria corona de los antiguos reyes.

¡Oh! ¡La corona! ... Antiguamente era un símbolo del rayo divino que bajaba del cielo, sobre las testas privilegiadas, hoy se considera como una irrisión en las cabezas que la llevan. Ya no hay privilegios ni realezas entre los hombres. Los vasallos están convencidos de que las coronas no sirven para hacer á los monarcas mejores de lo que son. No les dan más méritos ni virtudes. Ayer los reyes mandaban á los pueblos, hoy los pueblos mandan á los monarcas. ¡Triste símbolo de un poder que no contiene ya la idea que significa, como un arca que ha perdido su tesoro!

La sangre y el linaje no otorgan el título para gobernar á los pueblos. Lo dan los votos, el sufragio de las muchedumbres. Por eso las coronas, más que armaduras divinas que defienden la majestad y el trono, son pararrayos que atraen las iras y venganzas populares.

¿Soportará la cabeza de un adolescente la pesada corona que le ciñe la tradición de su pueblo?

Músicas batiendo el himno de los monarcas iberos; cañones que asordan el espacio; retretas militares, lidias de toros, riffeños corriendo la pólvora, tumultuosas batallas de flores, veladas y concursos ... ¡el colmo de la alegría! Y sobre todo eso el pálido sol de Europa sacando chispas de luz de los entorchados de oro de los diplomáticos y príncipes extranjeros, testigos de la ceremonia ...

Nosotros, los filipinos, españoles un tiempo, españoles aún en la lengua, en las maneras y en los vicios, nos asociamos de corazón á la alegría de la Nación Española por la mayoría de edad de su rey. No hemos de profanar la fiesta con recuerdos enojosos, que ya hemos olvidado; después de la catástrofe, de las duras vicisitudes de nuestro proceso histórico, queda en las nobles almas filipinas, un recuerdo piadoso y adorable para la que aquí fué, durante tres siglos, soberana y reina de los destinos del pueblo.

Los españoles están de fiesta. Homenajes y bendiciones llueven hoy sobre el trono del Rey niño á quien desean fortuna y felicidad sus gobernados. Sí, es cosa de desearlo de veras, porque el trono español no se asienta sobre un suelo firme y seguro.

La revolución de las ideas ha trabajado mucho en lo que va del siglo la conciencia de la muchedumbre: la tormenta, precedida de signos amenazadores, está próxima á cernerse sobre la testa coronada del niño Rey.

¡Dios aleje la nube!—(Publicado el 17 de Mayo de 1902, en el periódico *El Renacimiento*, con el seudónimo de *Resurrecto.*)

LOS QUE SE VAN.

JOSÉ PALMA.

Se ha ido ... ¡Pobre hermano mío! Yo no podía pensar que se fuera tan pronto, que la muerte le arrebatara súbitamente de nuestro lado. Le veía trabajar, sufrir, luchar con los compañeros de la Redacción: le veía servir con fé, con amor y energía, la causa de nuestras causas, el honor y el encumbramiento de la patria. No es tan fácil esta labor, ni accesible para muchos; se necesitan corazones hechos á todas las luchas del dolor, abnegaciones infinitas, entusiasmos valerosísimos. El bloque de hierro es duro, enterísimo: no le desbastan un golpe ni dos; ó cede el martillo, ó cede el yunque, pero la materia no. Los profanos no pueden comprender las tristezas y fati-

gas de la vida íntima de una Redacción, cuánto se sufre y cuánto se suda para el trabajo de un día, y, en cambio, cuán poca la recompensa, cuán mezquina, cuán vana.

Por eso, hay pocos que pueden dedicarse á ese género de vida que exije tan ímprobos sacrificios y encuentra tan pobres consuelos; se requiere, para ello, como sucede á los santos y héroes, una especie de predestinación. Vivir no para sí sino para los demás, estudiar mucho, gastarse la salud y el cerebro no para ganar una fortuna ni para mandar un pueblo, sino para iluminar ignorancias, disipar errores ó combatir vicios ... ¡qué hermosa misión, pero al mismo tiempo qué ingrata! Teneis que restaros muchas satisfacciones á vosotros mismos para darlas á los demás, teneis que vencer el propio egoismo para no ver más que el ageno bien ó el bien colectivo, teneis que abandonar muchas veces porvenir, carrera, todo, para poder consagraros á perpetua lucha contra todos los prejuicios y las injusticias de los hombres, lucha en la cual salís más veces derrotados que vencedores, acaso escarnecidos, acaso también odiados.

Pues él, Pepe, vivió así, desde que abandonó el Colegio y se sintió capaz de coger la pluma. El podía terminar muy bien cualquiera carrera, cuando y como quisiera, le sobraban dones para ello. Pero venido en tiempos de combate, cogido por las tormentas de nuestra época en que todo el horizonte está encandecido y repleto de electricidad, no pudo sustraerse á la influencia de este ambiente, ni rehuyó su deber de batallar y concurrir al hermoso despertar de su raza.

***

El era un hombre taciturno y reservado desde pequeño. Pocas veces se sentía alegre con esa alegría ruidosa de los despreocupados. En la familia era el más joven de los hermanos, pero logró imponerse por su carácter, que tenía á veces rarezas incomprensibles. Un día, siendo estudiante del Ataneo, abandonó por completo los libros y el curso sin explicar nunca el motivo. Más tarde en una ocasión desapareció de casa por más de un mes sin dar aviso de su paradero.

En sociedad era bastante encogido, casi tímido. Los que le han conocido podrían decir, sin embargo, cuánta era la dulzura de su carácter, el fondo de simpatía y atracción que poseía para sus amigos. Así como era reservado en familia, era franco y abierto para sus amistades. Tuvo muchas en su vida; gustaba de la amistad como de un licor divino que entonaba el frío de su carácter reservado y de sus indominables melancolías.

Amores, casi no los tuvo; puede decirse que no tuvo más que uno. Demasiado delicado en sus sentimientos, él sentía amarguras infinitas por una desazón, por una nonada. El nunca creyó que el amor fuera un pasatiempo, como lo es para muchos jóvenes; así fué siempre desgraciado. Amor romántico el suyo, lleno de idealismo y poesía como en los clásicos tiempos, le inspiró hasta en sus últimos momentos de lucidez, antes de la agonía, unos versos que eran como la dedicatoria de un poema que comenzaba al borde del infinito.

Este amor fué para él una especie de redención en su época de estudiante. Él era muy desaplicado; aprobaba—¡cómo no! pues que no le era difícil—los cursos, pero hablando en rigor, se portaba mal. Sin embargo, cuando conoció y sintió aquel «único» amor que llenó su corazón y su vida, volvió á los estudios que había dejado, hincó su cerebro en los libros, y febroso, excitado como si sintiera un nuevo espíritu en su ser, se afanó en conseguir buenas notas y conquistar esos pequeños lauros estudiantiles en que antes no puso jamás su atención ni sus ansias. Desde entonces demostró su afición desmedida á las bellas letras, empezó á cultivar con no poco éxito en clase su estro poético y consagróse al estudio con unción, con fatiga, como si quisiera recuperar en un minuto el tiempo lastimosamente perdido ...

***

Empezamos á estudiar juntos la literatura leyendo muchos libros y aprendiendo nuevos modelos que se nos prohibían en el colegio. La literatura del colegio—toda clásica—parecíanos fría, desabrida, incompleta. Yo observé

pronto en mi compañero cuán rápidamente adelantaba en la imitación de sus maestros y favoritos, y cuán pronto se formaba su estilo propio, por lo regular, brillante y armónico.

Sus primeras producciones fueron publicadas en la «Revista Católica»; eran, generalmente, cuentitos inocentes ó poesías de carácter religioso. Al propio tiempo enviaba sus trabajos de sabor profano á «El Comercio» que publicaba entonces hoja literaria los domingos: y tuvo la complacencia de ver admitidos sus ensayos que tenía el buen cuidado de encubrir bajo un pseudónimo. En la «Ilustración Filipina», y más tarde en «La Moda Filipina», publicaciones netamente indígenas, tuvieron también acogida sus poesías y cuentos que trasparentaban á través de la copiosa flor del estilo el alma poética y sentimental de su autor.

Luego... vino la gran hecatombe, el súbito vuelco de una soberanía, el despertar sublime de un pueblo... Pepe fué periodista. Cuando me confiaron la dirección de la hoja tagala de *La Independencia*, aquel periodiquito engendrado por una revolución y que engendró otra, desconfiado de mí mismo, confié en Pepe, que encauzó y popularizó aquella hoja. Y más tarde, «allá en las afueras», cuando todo se desquiciaba y caía á nuestro alrededor formando un montón de fuego y ruína, él, Pepe, continuó firme y sin vacilar, sereno el corazón y la pluma, alta la frente ante los juicios futuros de la historia.

Colaboró después en todos los periódicos filipinos que á raiz de nuestra época revolucionaria aparecieron y desaparecieron; su pluma era pródiga y abierta á todas las solicitudes y requerimientos de la amistad y el compañerismo. No se negó nunca á nadie; ni dejó de trabajar porque no tuviese «con qué»; fué según el moderno sentir, uno de esos ilusos que consideran la vida como un ideal vaporoso, despegado del limo profundo que produce la devoradora pasión del oro.

***

Trabajaba en *El Renacimiento* con fé, con tesón, ha-

ciendo lo que es necesario hacer en esta época—olvidar la guerra, reconstruir lo derruído, afirmar la unión—cuando imprevista y traidora enfermedad le hirió de muerte. El *doce* de *Febrero* de 1903, el *Esteban Estébanez* de *El Renacimiento* dejó de escribir para siempre; dejó de luchar, de ocupar su puesto en la mesa de Redacción. Cuánto ha sufrido con su pérdida este diario, en donde vació todo su querer y entusiasmo, á que consagró las rosadas horas de su juventud y de su vida, no he de decirlo: sus compañeros —que también fueron míos—podrán decirlo mejor. Yo sólo sé decir de él que trabajó mucho y trabajó con fé, sin desmayos, en la causa de su país y que amó y sirvió á esta tierra con el amor ignorado de esos soldados de fila que van á la vanguardia de un ejército y perecen sin saberse jamás la tumba y el lugar en que perecieron.

No tiene otro timbre de gloria, pero creo que no lo necesita: trabajar da derecho á descansar. ¡El mereció su descanso!

¡Descanse en paz!—(Publicado el 11 de Febrero de 1905 en el periódico *El Renacimiento*, con la firma del autor.)

¡¡AL DESTIERRO!!

La entrada del siglo XX se puede representar en el mapa de Filipinas con una barcada de expatriados.

Ayer se publicó en la prensa la sentencia de deportación «á favor de varios compatriotas, generales, oficiales, agentes ó simpatizadores de la insurrección», y dentro de breves días seguramente saldrá el buque que les ha de conducir á las hospitalarias playas de la isla de Guam.

El cuadro es lúgubre por su fondo y su significado: las figuras son sombrías y borrosas, envueltas en una tarde gris que se despide, en una atmósfera de bravío duelo.

¡Hasta el mar parece que tiene olas negras; gime y solloza en secreto!

¡Allá va! el barco, cargado de carne del destierro cruza las inmensidades desiertas del mar; atrás quedan el

llanto, la desesperación y la duda en las familias, los hogares desiertos, las campiñas patrias, las cañas y palayales de oro; los paisajes de plata de las noches de luna, los ecos del «kundiman» sentimental y del «balitaw» chispeante; delante, un porvenir tenebroso, velado entre celajes de noche; las paredes de una prisión ó el vagar errante por una tierra desconocida, con mares que no rien y se electrizan á las alegrías de alma, con ríos que no cantan las prehistóricas leyendas del Pásig, rodeados de extraños panoramas, de bosques incógnitos, cuyos pájaros trinan en idioma que no se entiende y cuyas flores despiden un perfume harto exótico.

¿Volverán las aves de invierno que las tempestades de su país arrojaron á climas lejanos, á enigmáticos derroteros?...

***

Mientras, el pensador queda á la orilla contemplando el buque que se vá. Sumido en hondas meditaciones, no ve las manos que se agitan, más que para despedir á los deudos, para implorar una clemencia de los cielos; no ve los rostros que se contraen y lloran, pensando en un alejamiento que no tiene término; y mientras á su lado la esposa se deshace en lágrimas, ante una viudez no impuesta por la muerte, y los niños dejan transparentar en sus redondos ojos el asombro y la tristeza de los huérfanos, él no mira ni oye, sino que atiende á las inexplicables voces de su alma que procura analizar, investigar orígenes y consecuencias y descifrar en el porvenir un enigma escrito con negros trazos.

El ve una niebla inmensa, embarrando todo el horizonte; cruzan á través pálidas figuras, siniestras, ensangrentadas, levantando en vano un estandarte hecho girones, agujereado por balas y metrallas. A veces una noble visión, una mujer hermosa, alienta y bendice á los cuerpos vencidos, á los espíritus que caen y desmayan, pero su voz se apaga entre el griterío y el tumulto de muchedumbres que luchan y se tropiezan en la brega, forman bandos y grupos que se repelen entre sí: no son hermanos, son ene-

migos: levantan todos el grito á un mismo tiempo y no se entienden: en vez de un coro, forman una orgía: después, contrariados y despechados se disuelven y tornan por diferentes caminos á sus hogares.

El pensador medita en ésto y se explica muchas cosas: se explica la pena que todos sienten, la desilusión que ha robado tantos sueños, la esencia del amor patrio que se ha evaporado en tantas almas, el gran «chasco». Medita en los males que pasan, en el presente sombrío, en el porvenir pavoroso, en la esperanza que se aleja, en la catástrofe que avanza, en la paz que se arrebuja entre infinitas congojas y ¡todo es claro, natural, lógico para él!

¡Bah! Si la unión es la gran fuerza, la desunión es la gran debilidad.

***

Se cerró aquel siglo con política de benevolencia, de amor, de atracción.

Ha llegado otro—¡ya estamos!—y lo que el imán no atrajo, el rayo lo deshará. «Væ victis»!

...Pero los hombres olvidan que este paso es peligroso; que la fuerza no doblega la resistencia, sino el amor; que el favor supremo que se puede hacer á un pueblo es el de la libertad; que nada entorpece y obstruye tanto el bien en el corazón del hombre como el enrabiarle y desesperarle como una fiera...

***

El barco se esfuma en la distancia entretanto que el pensador rumia, á la orilla del mar, este irónico pensamiento de McKinley: «Nuestro deber es, al tratarles (á los filipinos) procurar que nuestra bandera no sea menos querida en las montañas de Luzón, y en las fértiles comarcas de Negros y Mindanao, de lo que es en nuestra patria; que allá como aquí sea el venerado símbolo de la libertad, la luz y el progreso en todos los caminos del engrandecimiento».

¡Ojalá! «Así Dios le ayude».—(Escrito para *El Nuevo*

Día, en Manila, el 8 de Enero, de 1901. Prohibido en Cebú por la censura. Publicado en Septiembre, 6, 1901, en *El Renacimiento*, sin firma).

SOBRE «FLORANTE» Y SU AUTOR.

(MIS RECUERDOS É IMPRESIONES).

Cuando tenía pocos años aún, en mi pueblo oía hablar ya de Baltazar. La primera idea que tuve de él, por lo que me referían, era la de un hombre que hablase sólo, sin oyentes, que gesticulase en plena calle y recitase versos á todas horas. Cuando un niño sobresalía en los *dichos*, en ese inocente juego de recitación á que antaño sometía la vanidad de los padres la ciencia de sus hijos, se le ponderaba diciéndole: te pareces á *Quico*. *Quico* era Baltazar.

Una tía mía, muy aficionada á propinar sendos chinelazos á los chicos para corregir sus travesuras, solía consolarles canturreando aquellos versos que decían:

Sa taguríng bunsó't likóng pagmamahál
ang isinasamá ng̃ báta'y nunukál,
ang iba'y marahil sa kapabayaan
nang dapat magturong tamád na magulang.

Estos versos, decía ella, son del «Florante» ¿Qué era el «Florante»? Yo no sabía entonces de él otra cosa sino que era un *corrido*.

Más tarde lo conocí, cuando era estudiante de primera enseñanza. Y cuando entonces leí por primera vez el «Florante» sufrí una gran decepción. El «Florante» no era como los demás corridos. Le faltaba el brillo de las épicas batallas de héroes, precedidas de tempestuosos y arrebatados diálogos; el sabor de los dulces requiebros de amor á las Princesas *encantadas*, ocultas en sus palacios por el celo de los padres; el arte misterioso de los Magos que convierte á los hombres en culebras, las cuevas en pala-

cios ó cura de repente las mortales heridas del combate ó acorta en un día la distancia de Constantinopla á Hungría sobre caballos con alas. En fin, le faltaba todo eso que aturde y marea la fantasía y hace soñar en seres inverosímiles y en mundos absurdos. El principal personaje del «Florante» me pareció aburrido y soso con el largo relato de sus propias desventuras. Aquello era un monólogo inacabable, triste, pesado y atormentador para quien había leido antes muchos otros corridos, llenos de peripecias amenas y fecundos en divertidos lances. Casi tuve un disgusto por haber gastado mi dinero en un ejemplar del «Florante».

Entonces eran raros los ejemplares de esta obra. No sé si se agotaban las ediciones ó si se prohibían, lo cierto era que en muchos *expendios* de aquellos que se improvisaban en la calle del Rosario ó en las ferias de los novenarios tuve bastante dificultad de encontrar uno.

Cuando estudiaba Retórica y Poética en el «Ateneo»—cuidado si fuí mal poeta en las aulas y fuera de ellas—me acordé otra vez del «Florante». Lo empezé á hojear por la «dedicatoria al lector» y ¡cuan delicadísima me pareció entonces!. La «dedicatoria á Selia» me impresionó—y me impresiona aún cada vez que la leo—con la poderosa sugestión de la belleza y encanto que encuentro en su ritmo y en su verso. ¡Cómo expresa en castiza dicción tagala la nostalgia del amor ido, el recuerdo de la mujer, adorable y adorada, que nos hizo pasar las primeras horas agradables de la vida, minutos de placer intenso que equivalen á eternidades!

¿Quien no se sentirá embelesado ante el profundo sentimiento poético que encierran estos sencillos versos:

Himutók ko niyao'y inaaring langit
paraiso naman ang may túlong silid.

Y aquellos otros:

Sa larawang guhit ng sa sintang pinsel
kusang inilimbag sa puso't panimdim
nagíisang sanlang naiwan sa akin
na di mananakaw magpahangang libing.

É impresionado dulcemente, tuve que continuar la lectura del «Florante» hasta el final. Á cada paso descubría nuevas bellezas, revelábanse á mis ojos ocultas joyas de poesía engarzadas en fácil y brillante ritmo. Me pareció que leía el libro por primera vez; me era completamente desconocido.

El «Florante» es, ciertamente, una joya de la literatura tagala, la mejor joya de su poesía, como en son ponderativo lo han dicho ya escritores y críticos que conocen nuestra lengua. No está su mérito sólo en la forma, en la vigorosa y limpia frase que ciñe y modela perfectamente el pensamiento, está también en la concepción, en el alto y magnífico simbolismo que encarna y vive en todo el poema. No es Florante un mero personaje de *corrido*, un tipo legendario de *batallador* que mata cien enemigos de un solo golpe, en un alarde de valor y fuerza, es más bien el tipo de un hombre de nuestro siglo, de elevado carácter moral, que llora, con sus propias desventuras, las desgracias de su atribulada Patria, á quien desea ver feliz. Es un personaje que combate contra la maldad triunfante, contra la tiranía ensoberbecida que le aleja de su Patria y de su amor.

Creo que el privilegiado autor del «Florante» no se contentó con hacer de su poema una obra de diversión para el vulgo de su época, sino que intentó algo más, una obra de alcances morales y políticos. Hay muchos rasgos en el libro que pueden probar este aserto.

Florante, atado á un árbol, invoca al cielo por los males que reinan en su Patria. El retrata la situación en éstos términos:

«El hombre de buenas costumbres—es lanzado al piélago de la burla y de la intranquilidad; los honrados son enterrados—y sepultados sin ataud.

«Pero los traidores y malvados—son entronizados;—á los perversos con hábitos de fiera—se les ofrece perfumado incienso.

«El mal y la felonía yerguen sus frentes;—el bien,

tímido inclina su cabeza;—el derecho santo, acongojado y débil—derrama silencioso llanto.

«La boca de donde emanan—la sabiduría y la verdad—es atravesada—por deshonrosa espada de muerte».

¿No se encuentra en estos versos algo como una reproducción de la época en que vivió el autor del «Florante»?

Pues este autor presenta también otro personaje, el moro Aladín, quien, viendo á Florante amenazado por dos leones en el árbol en donde estaba sujeto, se compadece de él y le desamarra. Florante, al recobrar su conocimiento y al verse en brazos de un moro, se incorpora y quiere huir. El moro entonces le retiene suavemente y le dice:

«Si te da asco el verte en mi regazo—y te envenena el que no sea yo cristiano,—es para mí un remordimiento dejar de socorrerte—al verte en tan lastimero estado.

«Tu traje me revela—que eres de Albania y yo de Persia;—tu eres enemigo de mi secta—pero en la desgracia somos amigos.

«Aunque soy moro abrigo sentimientos de humanidad—me alcanza lo mismo la ley divina;—en mi pecho está grabado—el mandamiento natural de socorrer al desgraciado.»

¿No parece revelar este lenguaje que el autor del «Florante» trataba de enseñar la tolerancia religiosa, cuya práctica no estaba muy generalizada en la época en que vivió?

No deseo reproducir más pruebas porque me parecen bastantes las anteriores para demostrar que el poema de Baltazar era al propio tiempo que recreativo, de alcance político y moral. *Utili et dulci.*

El genio poético de Baltazar era esencialmente descrip-

tivo. Enamoran en «Florante» más las descripciones que los demás pasajes. Difícilmente se encontrará una descripción más acabada de una selva como aquella con que comienza la obra. La descripción de la hermosura de Laura constituye, á mi juicio, un modelo en su género en la poética tagala:

Siyang pamimitak at kúsang nag sabog
nang ningning ang tálang kaagáw ni Venus.
anaki ay bagong umahon sa búbog
buhók ay naglugay sa perlas na batok.
Liwanag nang mukhá'y walang pinag-ibhán
kay Febo kun an yóng bagong sumisilang,
. . . . . .
Sa kaligayaha'y ang nakakaayos,
bulaklak na bagong winahi ng hamog
anopa't sino mang paláring manoód,
patay ó himalá kun hindi umirog.

En mi entusiasmo por la obra de Baltazar, después que la leí en ésta segunda época, intenté una traducción de la misma. Pero ¡quiá! quien no ha nacido poeta no sirve para traducir á un poeta. Después de haber terminado la traducción la encontré mala y no sé si la tiré ó la quemé.

¿No será acaso conveniente que alguno de nuestros poetas del día haga una fiel traducción del «Florante» para bien de la literatura patria?

Después de los años trascurridos, olvidado de los libros del Colegio, de la poesía y de los versos que tienen sabroso encanto en los primeros pasos de nuestra vida adolescente, me ha producido impresión simpática la publicación de una obra sobre el «Florante y su autor.» Y es tanto más viva mi impresión cuanto que el autor de esta publicación es un obrero y no un intelectual. Hermenegildo Cruz, ese obrero inteligente y patriota, merece grandes plácemes de sus conciudadanos por su reciente obra *Kun sino ang kumatha nang «Florante»*. Es un trabajo el suyo muy valioso, no solo por la recopilación de las obras poéticas inéditas del malogrado vate tagalo sino principal-

mente por la reconstitución de la personalidad y figura algún tanto olvidadas de uno de los más privilegiados ingenios de nuestra tierra.

En esta gloriosa resurrección del alma nacional, en esta alba floreciente y risueña de nuestras libertades, ¡cuan grato es, ciertamente, recordar á los seres que han pensado en la Patria, que han estado trabajando durante la noche, que no se han olvidado de los que han de venir, seres que se han hundido en la tumba después de cumplir la faena del día legando á sus descendientes los frutos dorados de su ingenio y de su corazón!

Bendigamos su memoria. Y eríjase cuanto antes el monumento al inmortal Baltazar. (Publicado, etc.)

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo	I
El canto de la pasión	1
Un viaje á Polo	4
La feria de Quiapo	8
José Villanueva Fernandez	9
En el campamento	12
El espía	13
Lo que hemos dejado	15
Los heridos que llegan	17
Un hogar de patriotas	20
Lejos del pueblo	22
Las víctimas sagradas	24
Se fueron	25
La sombra de Elías	26
¿Patriota ó traidor?	32
Fé	36
Buscando el remedio	41
De flor en flor	45
La hada del combate	49
La primera emoción	51
Una mujer hermosa	56
El hijo que vuelve	62
Aquella diosa	65
El primer amor	70

Un corazón que no ama 73
Un ramito de flores 77
Declaración 80
Los tianaks 83
La conciencia social 87
La polémica 90
La flor de sampaguita 93
En la víspera de la boda 100
Recuerdos de Antipolo 106
Los patriotas 113
Alma nueva 116
La guerra en el campo 118
La libertad 120
La muerte del P. Florentino 122
La luneta 126
El alma de España 127
Luz de cielo 129
¡Todos periodistas! 132
La hegemonía española 134
Novedades manilenses 137
¡Paso! 140
¡Hacia el porvenir! 142
La dama de la caridad 145
3 Agosto 1898 146
29 Septiembre 1898 148
En las fiestas de Kabkad 151
Después de las fiestas 156
Un dia de viaje 161
Una visita al Liceo de Manila 168
Diez y ocho abriles 172
Hispania 178
Los que se van 179
¡Al destierro! 183
Sobre «Florante» y su autor 186